



STAY

WAGS SERIES

SARINA BOWEN

*USA TODAY
BESTSELLING AUTHOR*

*NEW YORK TIMES
BESTSELLING AUTHOR*

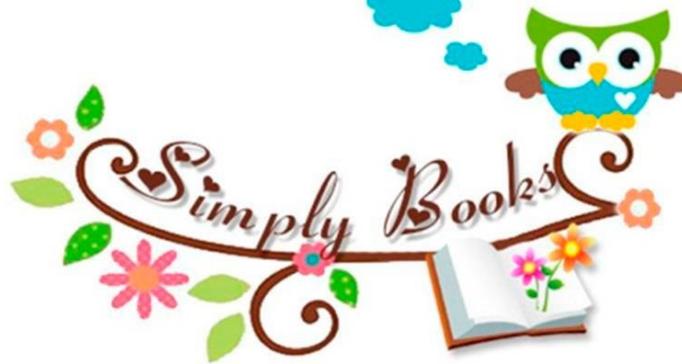
ELLE KENNEDY

SARINA BOWEN WAGs # 2

WAGs # 2 ELLE KENNEDY



Este libro llega a ti
gracias a



2

¡Descubre tu próxima aventura!

STAY

Créditos

Moderadora:

Mimi

Staff de Traducción:

Mimi
Kath
Maria_Clio88
Brynn
Cjuli2516zc
Pancrasia123

Mona
Nelly Vanessa
Gerald
Lady Vasco
Lingos05



3

Corrección y revisión final:

Fatima85

Diseño:

Euma

STAY

SARINA BOWEN WAGs # 2

WAGs # 2 ELLE KENNEDY

Índice

Sinopsis

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Diecinueve

Veinte

Veintiuno

Veintidós

Veintitrés

Veinticuatro

Veinticinco

Epílogo

Autoras



STAY

Sinopsis

¿Puedes enamorarte de alguien a quien no has visto nunca?

Hailey Taylor Emery tiene la corazonada de que su cliente favorito en Fetch, un servicio de asistencia virtual anónimo, es en realidad la estrella de hockey Matt Eriksson.

Aunque va contra las reglas que revise su expediente, está un noventa y cinco por ciento segura de que pasa al menos parte de cada día mandándose mensajes con su enamoramiento de toda la vida y complaciendo todas sus necesidades. Todavía cuidando de un corazón herido, gracias a su reciente ruptura, Hailey está perfectamente contenta con un poco de flirteo inofensivo en línea... hasta que tiene que reunirse con su cliente. Frente a frente.

Palabra clave: pánico absoluto.

Matt Eriksson no desconoce el dolor. Aún no ha superado la destrucción de su matrimonio y apesta ser el único tipo del equipo que sabe la verdad... que hockey y relaciones a largo plazo son una mezcla tóxica. Apenas ve a sus hijos y tratar con su ex lo hace sentir loco. La única persona en su vida que parece entenderlo es alguien que no enseña su lindo rostro.

Pero no es nada que un par de asientos de hockey en la cuarta fila no puedan arreglar. Hailey no puede resistir la oferta. Matt no puede resistirse a Hailey. Buena cosa que no tenga que hacerlo.

¡Enciendan la KissCam!

Advertencia: contiene rabiosos fans de hockey, fotos de pollas incomprendidas, jugadores de hockey en la ópera y explosión de ovarios.



Uno

Está todo en el agarre

Hailey

Estaba siendo un día ocupado en Fetch Inc., pero finalmente, alrededor de las dos, puedo salir de la oficina por un espresso. Cuando regreso, llevando mi vaso a mi oficina privada, diviso a Tad, el técnico, llamando a mi puerta.

—¡Estoy aquí! —grito.

El alto técnico con gorra de béisbol se gira. Cada vez que lo veo, lleva una gorra del equipo de hockey de Toronto. Lo apruebo totalmente, ya que soy la fan número uno del equipo.

—Ahí estás —dice, un poco sobresaltado. Sus ojos van a mi vaso de café—. Solo iba a preguntar si querías descansar y tomarte un café antes que tuviera que irme.

—¡Oh, lo siento! —Busco en mi saturado cerebro, intentando recordar si tenía una reunión programada con él. Estoy en blanco—. Ya fui por mi taza. ¿Hay algo que necesites decirme sobre los servidores?

Parpadea.

—Los servidores están bien.

—Menos mal. —Abro la puerta de mi oficina y entro—. Entonces yo, mmm, ¿te veo la próxima semana? —Es un trabajador independiente, así que solo veo a Tad de vez en cuando. Sin embargo, es un chico agradable.

—¡Por supuesto! Ten una buena semana.

Ni siquiera llego a mi escritorio antes de ser interrumpida por otra voz perteneciente a mi amiga y empleada, Jenny Dawes.

—¡Hailey! —grita desde la puerta—. Hay dos nuevas tareas en tu lista.

Eso fue rápido. Ir por mi café tomó menos de diez minutos.



—¿Debo asumir que si estás aquí para hablarme sobre ellas es porque son interesantes?

—¡Mira tu pantalla! —dice con obvio júbilo.

Muevo el ratón de mi ordenador para encender el monitor. Hay dos nuevas tareas en mi lista, y *ambas* son interesantes. De hecho, una me da una inapropiada emoción.

Eso es exactamente cuán glamurosa es mi vida estos días... una queja potencial es lo más destacado de mi día.

Ya que soy la copropietaria de Fetch, la principal compañía de asistencia virtual en Toronto, solo las solicitudes más críticas de los clientes llegan a mi escritorio. Estas caen en dos categorías: clientes que son naturalmente problemáticos, y clientes que gastan un montón de dinero en nuestros servicios. Las dos nuevas tareas contienen una de cada.

—¿Y bien? —pregunta Jenny. La sonrisa en su rostro es totalmente atolondrada.

Sorbo mi café.

—Todavía no he cliqueado en ninguno. Acércate si tienes tanta curiosidad.

Muy sabiamente cierra la puerta de mi oficina. El chismorreo no es algo que queremos que el otro propietario, Jackson, escuche. Trabajar con mi exmarido ya es lo bastante complicado... no necesito que piense que estoy demasiado enfocada en uno de nuestros clientes.

Jenny prácticamente salta alrededor de mi escritorio para poder ver la pantalla.

—¿A quién vamos a abrir primero? ¿Al señor Polla o a tu futuro marido?

—Estás loca. —Tomo otro sorbo y me detengo por un momento. Realmente no está bien que tenga una fantasía que involucra a un cliente en particular. Y lo peor es que soy totalmente transparente—. Abriré al señor Polla primero. Llegó dos minutos antes que el otro. Política de la compañía.

Jenny suspira.

—Necesitamos a alguien que quite el palo de tu trasero. Y luego te azote con él. Me pregunto si tu cliente favorito es travieso en la cama.

Mi cerebro traidor tiene todo tipo de fantasiosas preguntas sobre ese cliente.

¡Céntrate, Hailey! No debes ponerte pervertida sobre los clientes.



Como una señal de disciplina, cliquee en la otra solicitud primero, la del cliente que se ha dado el desafortunado nombre de usuario de *SrVeinteCentímetros*.

Su nombre de usuario ni siquiera es la razón por la que lo llamamos señor Polla. Este tipo se ganó su apodo por arreglárselas para incluir su entrepierna en cada foto que manda. Hace un mes, nuestros empleados empezaron a marcar sus solicitudes como no-seguras-para-trabajar, motivo por el que ahora vienen directamente a mí o Jackson. O Jenny, si ninguno de los dos estamos disponibles. No queremos incomodar a ninguno de nuestros Fetchers.

Jenny y yo pensamos que el señor Polla probablemente es inofensivo y definitivamente hilarante. Así que a menudo nos reímos juntas de sus más que descarados intentos de ganar nuestra atención. La solicitud de hoy se titula: *Batería de sintonizador de guitarra*.

Parece bastante aburrido. Pero lo sabemos mejor.

Cuando la fotografía que ha enviado aparece en la pantalla, Jenny resopla sonoramente en mi oreja.

—Vaya. Esta podría llegar a la cima de la lista. Está todo en el agarre, ¿cierto?

En efecto, la foto es una ganadora. El afinador tiene una cabeza... redonda. Realmente no hay otra palabra para ello. El señor Polla ha posicionado la mano en su regazo, palma hacia arriba, sus dedos agarrando el afinador sugerentemente.



Como si eso no fuera suficiente, su verdadero, eh, *miembro*, está cubierto por solo unos finos pantalones de nailon. Como siempre, parece realmente feliz de vernos.

—Buena pronunciación en el glande hoy —observa Jenny—. Nuestro hombre es un excelente fotógrafo. Realmente usa el brillo de esa tela para maximizar el efecto.

—Realmente es un erudito —conuerdo—. ¿Puedes leer el número del producto de esa batería?

—Oh, la *batería*. —Jenny suspira—. Correcto. Haz zoom.

Centro la foto en su otro muslo, donde una batería con forma de disco está posicionada, los números centelleando. CR2032.

Con un poco de búsqueda, aprendo que CR2032 es un modelo de batería común de litio usado en relojes, calculadoras y otros pequeños artefactos electrónicos.

—Lo tengo —dice Jenny, haciendo una nota sobre la batería en su teléfono—. Reenvía esta solicitud a mi lista. Iré a Bloor Street. A la tienda de cámaras, o a esa gran joyería, tendrán lo que necesitamos.

Con un clic más, hago justo eso. El señor Polla recibirá sus baterías en la recepción de su edificio de apartamentos probablemente en una hora. Pagará por la compra, además de un veinticinco por ciento de cargo adicional, así como treinta y cinco dólares la hora por nuestro tiempo. Todo por algo que podría haber hecho él mismo.

Gente rica. Les encanta un buen servicio, y están dispuestos a pagar por ello.

—Ahora apresúrate y mira qué necesita el futuro marido de Hailey. Estoy muriendo aquí —se queja Jenny.

—Cálmate. Realmente espero que no sea otro asunto de pasear al perro —digo, cliqueando para encontrar la solicitud de *Sniper87*—. El último fue un desastre. Todavía me siento mal por ello.

De hecho, el tema de su solicitud es: *¡Strike 2! ¿A la tercera va la vencida?*

—Oh-oh. —Jenny se muerde el labio—. ¿Qué ha pasado ahora? —Se inclina y leemos el mensaje juntas.

¡Hola, HTE! Gracias por enviarle a mi madre su regalo de cumpleaños. Dijiste que sabías de chocolate, y no es que no te creyera, pero mi madre no para de hablar de las “trufas de cacao de origen único” o lo que sea que fueran. Mi lugar como hijo favorito está asegurado por otro año.

—¡Aw! —Jenny suspira—. Hiciste feliz a su mamá. Cuando se convierta en tu suegra, será mucho más fácil.

No dignifico su broma con una respuesta, porque lo he oído de ella antes. Y tengo un mal presentimiento sobre el resto de este mensaje.

Ahora, odio ser un grano en el culo pero, desafortunadamente, el nuevo paseador de perros era en realidad peor que el que dejó a Rufus comerse mi maleta de piel. Esa cámara de seguridad que encontraste para mí muestra al paseador de perros pasando un montón de tiempo fisgando en mi apartamento. Aquí hay una muestra de sus actividades.

—¡Vaya! —grita Jenny—. ¿Vamos a ver su apartamento?

—¡Jen! —grito—. ¿Enviamos un *acosador* a su casa y sientes curiosidad por su pisito de soltero?

Cualquier otro día, estaría muriendo por verlo, sin embargo. De hecho, he intentado imaginarlo muchas veces. Cuando se divorció el verano pasado, *Sniper87* usó Fetch para comprar rápidamente los muebles de un apartamento nuevo. Durante el transcurso de dos meses, yo había elegido con cariño cada pieza.

Y esta es la coincidencia que puso mi curiosidad en llamas: mientras exploraba Toronto por “*un sofá enorme como la mierda con una banqueta a juego*” (sus palabras) y “*una televisión tan grande que sea capaz de ver los pelos de la nariz de los comentaristas deportivos de los partidos*”, los blogs



de chismes estaban ocupados cacareando sobre la ruptura del matrimonio del jugador veterano de Toronto, Matt Eriksson.

Fue entonces cuando había mirado más de cerca el nombre de usuario de *Sniper87*. En hockey, “sniper” es como se llama a un habilidoso delantero. Y mi jugador favorito nació en 1987.

Aun así. *Podría* ser una coincidencia.

Una de las cosas que diferencia a Fetch de nuestros competidores es que ofrecemos a nuestros clientes la opción de permanecer anónimos para los Fetchers que les atienden. Teníamos a las celebridades en mente cuando ofrecimos esa opción. *Sniper87* tiene la opción de privacidad marcada en su cuenta. De ahí el misterio. Pero cada día mi curiosidad arde más.

Mi mano tiembla en el ratón cuando pulso el enlace del video. La pantalla muestra un video sin sonido y de baja resolución. En el fondo, alguien se mueve a través de un espacioso apartamento abierto.

¡Y ahí está el sofá que había escogido y los cojines! Están centrados en una hermosa y extensa habitación.

—Oh.Dios.Mío, ¡tiene terraza! —Jenny jadea—. ¡Y esa cocina! Vaya. Podría subirte sobre la encimera de esa isla y hacértelo.

—¡Jenny! Céntrate. —El tipo en la pantalla está caminando lentamente alrededor de la habitación, como un inspector de policía en un caso. El imbécil toca lentamente cada objeto en su camino, estudiando cada posesión de *Sniper*. Y mientras toquetea un libro, un marco de fotos y una pila de sobres que ha encontrado en una mesa, un perro negro lo sigue, con una cadena en su boca, luciendo triste—. ¡Oh! —me lamento—. El pobre perrito necesita salir y este imbécil está leyendo el correo de nuestro cliente. —Mi estómago se aprieta—. Esto es culpa mía.

Y entonces todo empeora. Dejo caer mi cabeza en mis manos cuando el rarito saca su teléfono y comienza a tomar fotos del apartamento de *Sniper87*.

—Esto *no* es culpa tuya —discute Jenny, palmeando mi espalda—. Lo encontraste en un servicio de paseadores de perros. Simplemente no era uno *bueno*. Sucede. Ahora... —Toma el ratón de mi ordenador y clic de nuevo en una imagen anterior en el video—. Observa esto de nuevo. Creo que eso es un jersey firmado colgando en la pared.

Alzo mi cabeza.

—¿En serio? —Mi corazón se contrae.

—En serio. —Señala—. Ahí. El resplandor en la imagen hace que sea un poco difícil de ver. Pero eso es una manga, justo ahí. Es... ¿un jersey de los Rangers?



Si alguien puede divisar ese detalle, incluso en blanco y negro, es Jenny. Tiene ojos de halcón.

—Vaya. ¡Sí! Pero eso no prueba nuestra teoría sobre él. Podría simplemente ser un fan del hockey. ¿Y por qué un jugador colgaría un jersey firmado en su pared?

—Los jugadores también son fans. Ese es probablemente un jersey de Gretzky. Tu hombre, Eriksson, habría sido un niño cuando Gretzky estaba en la cima de su fama.

—Tienes respuesta para todo —protesto.

Jenny resopla.

—Sería horriblemente fácil callarme, ya sabes. Abre su jodido archivo de cliente y mira ya. Solo nos estás torturando a ambas.

—Todos los clientes que ponen la opción de privacidad tienen derecho a permanecer de esa manera.

Pone los ojos en blanco.

—Apuesto a que lamentas haber pensado en esa opción de privacidad cuando empezaste la compañía.

—Ha cruzado mi mente.

—Mira. Es honorable que no permitas que las tres docenas de Fetchers sepan los nombres de ciertos clientes. Pero eres la *propietaria*, y ha confiado en ti con su nombre, su dirección, su tarjeta negra y su talla de ropa interior. Los términos del servicio declaran que Jackson y tú tienen acceso a esa información. Así que sal de tu miseria y mira su archivo.

—Tal vez otro día —digo para cambiar de tema—. Ahora mismo necesito arreglar este problema.

Jenny deja escapar un pequeño gruñido.

—Lo juro, a veces pienso que has sido secuestrada por alienígenas. La Hailey que conozco no es una cagueta.

—¿Una qué?

—Una *cobarde*. —Me encojo, pero sigue hablando—. La Hailey que conocí hace unos años era una valiente emprendedora y una triunfadora. ¿Qué sucedió, cariño?

Mi divorcio, eso pasó.

No ha terminado conmigo todavía.

—Podrías *conocer* al hombre de tus sueños, lo sabes. Solo llámalo y agrádecele por ser un gran cliente. Preséntate y asegúrate que sabe cuánto valoras su gran —guiña—, *negocio*.

—No voy a hacer eso —balbuceo.



—¿Por qué no? Necesitas salir de nuevo y empezar a conocer hombres. Tad, el técnico, quiere salir contigo también. ¿Pero le das la hora del día? No.

—No, no lo hace. —Esa es una idea ridícula.

Jenny me pone los ojos en blanco.

—Acabo de verlo invitarte a café. Lo rechazaste.

—No quiso decirlo así.

Pone una mano en mi hombro.

—Hailey, lo hizo.

—De ninguna manera —insisto.

—Lleva una gorra de Toronto cada vez que va a verte, y de hecho ¡sé que no es un fan de Toronto! Lo oí decirle a Dion que era fan de los Bruins.

—Oh.

—Ahora ella lo entiende.

—Soy un poco lenta a veces. —¿Tad es fan de los Bruins? Incluso si *estuviera* interesada en él, nunca funcionaría, no con nuestras lealtades divididas. Cuando se trata de mi equipo, voy a muerte.

—Solo eres lenta sobre algunas cosas —dice—. Sin embargo, ahora mismo no puedo hostigarte más sobre ello porque me voy a comprar baterías para un hombre obsesionado con su pene. Hasta luego.

—Nos vemos.

Se va y regreso al mensaje de *Sniper87*. Desde mi ordenador, un poco de tecleo revelaría su identidad. Y estoy tentada. Pero hay dos problemas con descubrir la verdad.

En primer lugar, si *Sniper87* realmente *no* es Matthew Eriksson, el más sexy y más fuerte delantero del bien dotado equipo de Toronto, estaré abatida. El hecho de haber pasado parte de cada día asistiendo a alguien que podría ser la celebridad objeto de mi largo enamoramiento, fácilmente es la cosa más romántica en mi vida ahora mismo.

Si no es él, realmente no quiero saberlo.

Y segundo, si miro su cuenta, eso *me* convierte en una acosadora espeluznante, como el intrusivo paseador de perros en el video. Por el momento, solo estoy *suponiendo* la identidad de mi cliente. Es un juego que inventé para divertirme. Pero si en realidad verificara que *Sniper87* es Matt Eriksson, eso cruza una línea que no debería ser cruzada. Está usando Fetch porque promete anonimato. Y mantener esa promesa es un cimiento de nuestro negocio.



Se acabó la especulación, de todos modos. Hay un problema que necesita ser resuelto. Abro una ventana de chat en nuestra aplicación de Fetch.

HTE: *Hola, Sniper. ¡LAMENTO TANTO lo del paseador de perros! Le dejaré saber al servicio de inmediato que su empleado se comportó inapropiadamente. Y, obviamente, Fetch nunca los contratará de nuevo. Mirar ese video me puso enferma, y me siento terrible sobre eso. Solo contratamos servicios que tiene cuatro estrellas o más, bla bla bla, pero no es realmente una excusa.*

De inmediato, puntos aparecen bajo mi mensaje, indicando que está tecleando una respuesta. E inmediatamente siento un inapropiado hormigueo en mis regiones inferiores.

Como he hecho muchos trabajos para este cliente, chateamos a menudo. Y lo disfruto mucho más de lo que debería.

Sniper87: *¡Oye, respira hondo! Sé que Fetch es increíble. ¡Especialmente tú! Es por eso que oyes de mí tan a menudo. Y esta mierda me sucede todo el tiempo. Ya escribí a Wag Walkers una nota mordaz despidiéndolos. ¡Y no es tu culpa, H! Confío en ti completamente. ¿Pero qué vamos a hacer ahora? Estoy de viaje y Rufus necesita un paseo esta noche y mañana por la mañana.*

HTE: *Estoy buscando otro servicio mientras hablamos.*

Sniper87: *¿Sería posible que pudieras pasearlo tú? Sé que va contra la política de la compañía entrar en las casas de los clientes (lo aprendí cuando quise que juntaran las camas de mis niñas), pero estoy en un apuro. Diablos, ni siquiera necesitas entrar. Abre la puerta con mi código de seguridad y silba. Rufus llevará la correa si usas la palabra "paseo".*

Dudo. Y entonces dudo un poco más.

Tiene razón sobre la política.

Nuestros empleados hacen tres cosas:

- 1) Hacer reservas y planes en línea.
- 2) Compra y entrega de bienes.
- 3) Contratar servicios locales.

Eso es lo que el seguro de nuestros trabajadores cubre. Así que siempre contratamos a externos para otras tareas. Sin excepciones.

Sin embargo, había enviado a un rarito a casa de este hombre. Si las fotos de su apartamento terminan en internet, moriré de vergüenza.

HTE: *De acuerdo. Qué tal si envió a un empleado de confianza para pasear a Rufus. Alguien que quiera a los animales.*

Sniper87: *Eres la mejor. Gracias, H.*



SARINA BOWEN WAGs # 2

WAGs # 2 **ELLE KENNEDY**

Sus palabras me dan un cálido y empalagoso sentimiento por dentro.
Pero si Jackson descubre lo que voy a hacer, enloquecerá.

Esto será una misión secreta.

Ni siquiera Jenny puede saberlo.



STAY

Dos

Mi alma gentil

Matt

Nuestro juego contra Chicago es brutal. Perdemos 4-3. Y para el momento en que entro en el vestuario para ducharme y cambiarme, cada músculo de mi cuerpo tiene rigor mortis.

Los pasados dieciocho meses han sido una lección de humildad. Mi esposa se fue y cumplí los grandes 3-0. Treinta no es viejo, a menos que juegues hockey profesional. Claro, me quedan tal vez cinco años, pero estoy empezando a entender que cada uno se va a sentir más duro que el anterior.

Y jodidamente odio eso.

Lo empeora el hecho de estar rodeado de jóvenes, robustos, y para nada cerca de la artritis, hombres. Como Ryan Wesley, de veintitrés años, que se pasea hacia su casillero con elegancia en su andar. Pensarías que acaba de pasar tres horas tumbado en una hamaca en lugar de patinando como un loco y anotando dos tantos.

Will O'Connor, nuestro nuevo delantero, está en la mitad de sus veinte, pero actúa incluso más joven. Pecho desnudo, con sus pantalones de hockey desabrochados y una toalla envuelta alrededor de su cuello, O'Connor hace una extraña danza al moverse por la habitación antes de detenerse delante de mí y Blake Riley, que también anotó esta noche. Desafortunadamente, los esfuerzos de Blake y Wesley no fueron suficientes.

—Oye, Riley —dice O'Connor arrastrando las palabras, pasando una mano por su cabello ondulado. El chico tiene cabello de niño bonito. Y rostro de niño bonito. Es... bien, un niño bonito. Con un montón de arrogancia.

—Oye, O'Connor —lo imita Blake.



—Lemming y yo vamos a ir al bar de la azotea... que supuestamente es increíble. ¿Vienes?

Blake niega.

—Nah. Tengo una cita.

Las cejas de O'Connor se alzan. Así como las mías, porque por lo último que oí, Blake todavía estaba viviendo felizmente con Jess Canning, la cuñada de Wesley. Muevo mi cabeza hacia Blake, lo que me gana una ruidosa risotada.

—Tranquilo, Matty-Cake —dice Blake—. Es una cita de skype con J-Babe.

Me relajo. Pero solo ligeramente, porque el hijo de puta sabe cuánto odio sus estúpidos apodos.

—Salúdala de mi parte —replico.

—Lo haré. —Blake sonríe ampliamente—. Bueno, si lo recuerdo. Podría no hacerlo, ya sabes, porque sexo por skype con Jessie siempre me pone en un coma de amor justo después.

O'Connor pone los ojos en blanco. Fuerte.

Unos pocos casilleros al lado, Wes gime.

—Hombre, estás hablando de mi hermana —grita—. No tienes permitido decir las palabras “sexo por skype” y “Jess” en la misma frase.

Blake resopla.

—¿Sí? ¿Pero está totalmente bien para ti mirar fotos sucias de J-Bomb cuando estás sentado a mi lado en el avión?

—¡Esas no eran fotos sucias! —protesta Wes. Con las mejillas rojas, mira alrededor de nuestros compañeros riendo—. ¡Me envió fotos de su nuevo traje! Estaba totalmente vestido.

Con un ruidoso suspiro, O'Connor se vuelve hacia mí.

—¿Qué hay de ti, Eriksson? ¿Bar en la azotea?

—Paso —gruño. Uno, es mitad de puto noviembre, ¿quién quiere estar en una azotea? Y dos, estoy muy cansado.

—Marica —acusa O'Connor. Luego sofoca la risa—. O en realidad, coño¹ es lo que vas a perderte.

Le sonrío.

—Niñito, estaba consiguiendo coño mientras todavía estabas en la escuela. Fui fichado a los dieciocho, ¿recuerdas? Y todos sabemos que las conejitas aman a los jóvenes.

¹ La palabra en inglés es pussy, que puede significar marica, cobarde, coño... entre otras cosas. De ahí el juego de palabras.



—Sí, porque hace más fácil engañar al pobre inocente para ponerle un anillo —replica O'Connor—. Lo cual es lo que te sucedió, viejo.

No precisamente. Mi exesposa ni siquiera es una fan del hockey. Hasta este día, Kara cambia de canal cuando hay un juego. Y durante nuestro matrimonio de seis años, nunca falló al recordarme que era un deportista tonto quien obviamente se había casado bien.

Había un montón sobre el mundo del hockey que no le gustaba, y me hizo responsable de toda la atención femenina que recibía. Como si fuera *mi* culpa que las fans nos rodearan después de un juego, o vinieran a mí cada vez que daba un paso fuera de casa.

La atención es agradable, pero nunca engañé a mi esposa. Nop, mantuve mis pantalones abrochados desde el segundo que dije “Sí, quiero” hasta la horrible mañana en que firmé esos papeles de divorcio y vi desoladamente la tinta secarse.

—Lo que sea —le digo a O'Connor, porque realmente no quiere oír las verdaderas razones de mi divorcio—. Este viejo va a volver a su habitación de hotel y dormir. Diviértete congelándote las pelotas en la azotea.

El más joven guiña.

—No te preocupes. Encontraré a una dulce conejita de Chicago para mantener mis pelotas calientes.

—Disfruta —gruño. Es difícil creer que fui así una vez, atrevido, arrogante, y obsesionado con el sexo. Estos días, la única cosa con la que estoy obsesionado es descubrir cómo pasar más tiempo con mis hijas.

Salgo del vestuario con Blake y Wes, que están absortos en sus teléfonos. Fuera, el autobús espera para llevarnos al hotel. Me pongo junto a Riley y cierro mis ojos por el corto trayecto. Sí, me siento viejo, de acuerdo. Acabo de cumplir treinta y siento como si ya tuviera un pie en la tumba. Ah, mierda, de acuerdo, estoy siendo melodramático. Pero solo estoy... cansado.

La luz verde que me da acceso a mi habitación de hotel es la mejor cosa que he visto en todo el día. Me quito mi traje al minuto en que mi puerta se cierra. Necesito dormir.

Pero primero tengo que revisar a Rufus.

La aplicación de seguridad en mi iPad se abre para mostrarme una vista de mi apartamento. El lugar todavía se siente un poco estéril para mí, aunque Hottie, de Fetch, ha convertido en su causa personal adecentar mi nido.

Ha hecho un buen trabajo también. El mobiliario y los platos son atractivos pero modestos. Todo lo que le envié fue un plano y una llamada de ayuda y fue a la ciudad. Ni siquiera sabía qué necesitaba comprar, pero



ella se encargó, incluyendo cosas que probablemente habría ignorado. Como toallas de mano o jaboneras para cada baño.

Incluso encontró un marco para el arte de las niñas que cuelga en la pared. Todo lo que tengo que hacer es deslizar cada nuevo dibujo con cera detrás del cristal, enmarcándolo como magia. Ya que no veo a mis niñas tan a menudo como me gustaría, es agradable tener sus obras de arte cerca para hacerme pensar en ellas.

Sí. Si mi lugar luce solitario, no es culpa del apartamento.

Entonces, hace dos semanas, había tenido que usar la aplicación Fetch y pedirle a Hottie que me encontrara una cama y platos para perros. Mi exesposa decidió sin advertencia que Rufus era demasiado para ella. Recibí un mensaje pidiéndome que escogiera entre tomarlo o enviarlo a un refugio para animales.

Un *refugio*. ¿Quién hace eso? Aunque realmente no debería estar sorprendido. Dado que Kara me echó, ¿por qué debería mi perro recibir algo mejor?

Mi cámara de seguridad se enfoca y localizo a mi amigo peludo de inmediato. Está durmiendo felizmente en el sofá, su barbilla sobre sus patas.

—Hola, amigo —digo, aun sabiendo que no puede oírme. Entonces arrastro mi dedo por la línea de tiempo al final de la aplicación, rebobinando el día mientras entrecierro los ojos a las imágenes en miniatura que aparecen. Rufus con su juguete de morder en la alfombra. Rufus durmiendo. Rufus comiendo la cena y...

Ahí. Otra persona en mi apartamento. Rebobino incluso más para poder ver cómo empezó este encuentro, entonces lo reproduzco a velocidad normal. La puerta se abre y una mujer joven entra. Capto solo un rápido vistazo de su delgada figura antes que se arrodille frente a Rufus, que se ha deslizado cautelosamente del sofá. Le da un rápido olisqueo, y ella se inclina amablemente hacia él, ofreciendo sus manos y palabras que desearía poder oír.

La cola de Rufus empieza a menearse como loca y no puedo culpar al chico. Esta chica es linda al estilo punk-rock. Tiene largo cabello negro con mechones desordenados, amplios ojos, y montones de plata en sus orejas, *¿cuántos pendientes tiene?* Entrecierro los ojos pero la imagen no es lo bastante nítida para decirme. Le hace a Rufus una pregunta que debe contener la palabra “paseo”, porque él se agita con felicidad antes de correr para encontrar su correa, derrapando en el suelo de madera con excitación.

Un momento después, salen por la puerta juntos. Sin acecho, gracias a Dios.



Echo un vistazo al reloj para poder averiguar si la chica llevó a mi chico a un paseo apropiado. No hay nada que ver en la pantalla salvo mi apartamento vacío, así que abro el sitio web de Fetch porque tengo una teoría.

En la pantalla de acceso hay una foto que veo cada vez que visito el sitio. Es una mujer atractiva en una oficina en alguna parte. Tiene su cabello negro recogido en un moño desaliñado, exponiendo la suave piel de su cuello, y un lápiz en sus dientes. Cada vez que uso Fetch, lo cual es bastante cada día, la admiro. Podría fácilmente ser una foto de archivo. Pero *podría* ser Hottie, la mujer que se encarga de la mayoría de mis solicitudes.

De acuerdo, su nombre no es realmente Hottie. Pero no sé qué significa HTE. En mi cabeza, pienso en ella como Hottie. Y, esto es patético, es la única mujer con la que hablo a diario y ni siquiera nos hemos conocido en persona.

Excepto que estoy bastante seguro de que estuvo en mi apartamento hoy. La mujer que vi en mi cámara de seguridad se parece mucho a la que me he estado comiendo con la mirada en la pantalla de acceso.

Un montón.

La aplicación de seguridad no muestra actividad durante un largo tiempo. Me cepillo los dientes y me preparo para acostarme. Reviso la puntuación de los otros partidos de hockey jugados esta noche para ver cómo está progresando la competición.

Finalmente hay movimiento en la cámara de nuevo. La puerta se abre y Hottie entra con Rufus. Su cola meneándose la golpea en el muslo. Lleva vaqueros ajustados que hacen que sus piernas parezcan kilométricas.

Luego se inclina y le da a Rufus un beso en la nariz.

Bestia afortunada.

A pesar de estar exhausto, me encuentro cliqueando en el icono de chat de la aplicación de Fetch en lugar de apagándola. Lo más probable es que Hottie esté dormida, pero aun así tecleo una rápida nota.

Sniper87: *Parece que Rufus se divirtió con su nueva paseadora. ¿Éxito?*

Para mi sorpresa, pequeños puntos aparecen en la pantalla, indicando que alguien está respondiendo. Un segundo después, su mensaje aparece.

HTE: *Dímelo tú. Solo el cliente puede determinar si algo fue un éxito.*

Sniper87: *Eso parece. Te parece bien pasearlo mañana por la mañana también, ¿cierto?*

Hay una breve demora.



HTE: *Enviaré a la misma empleada, si estás feliz con ella.*

Estudio la pantalla por un momento. No sé por qué, pero estoy convencido que Hottie paseó a Rufus hoy. Quiero que lo admita, pero de nuevo, no estoy seguro de por qué me importa tanto. Hemos estado chateando por casi un año, pero no es como que estemos saliendo en línea o alguna mierda.

Esta es una relación de negocios. Excepto... que no lo es. Esta mujer decoró mi apartamento. Sabe la marca de bóxer que uso. Se siente bastante jodidamente personal en este momento. Sabe que estoy divorciado. Que desearía ver a mis niñas más. De hecho, fue su idea comprar a las gemelas exactamente las mismas camas que tienen en su dormitorio de mi antigua casa. *“Se sentirá más como su casa cuando estén contigo”*, había sugerido.

Sniper87: *Estoy muy feliz con esta empleada.*

Eso fue un eufemismo, así que añadido un poco más.

Sniper87: *Estoy agradecido con ella. Además, es linda.*

Presiono enviar en un arrebato, y no estoy sorprendido cuando hay otra demora.

HTE: *¿¿Estás ligando con mi empleada en este momento??*

Tengo que resistir la urgencia de en realidad teclear: *No, estoy ligando contigo.*

Honestamente, me sorprende que la idea incluso entrara en mi cabeza. Desde el divorcio, apenas he pensado en mujeres. De acuerdo, no es totalmente verdad. Soy un hombre, me masturbo un montón, veo algo de porno. Pero no he hecho ningún intento de liarme con una chica real. Rechazo mujeres a izquierda y derecha cuando estoy en el bar con mis compañeros. Estoy en un lugar raro. Siento como si fuera demasiado viejo para polvos de una noche, pero demasiado hastiado para algo más serio. Eso solo deja una opción: celibato.

Sniper87: *Solo señalo cuán linda es mi nueva paseadora de perros, es todo.*

HTE: *Me aseguraré de transmitir eso (sarcasmo).*

Sniper87: *¿Es una fan del hockey?*

HTE: *¿Por qué preguntas?*

Sniper87: *Solo curiosidad.*

HTE: *Creo que podría serlo. ¿ERES un fan del hockey?*

Resoplo.

Sniper87: *Prefiero el ajedrez. El hockey está bien. Un poco demasiado violento para mi alma gentil.*



HTE: *Ajá. Estoy segura.*

Entrecierro mis ojos. De acuerdo, siento como si *me* estuviera provocando ahora. En realidad, debe hacerlo, porque esta mujer debe saber exactamente quién soy. Cuando empecé a usar Fetch, hubo varios conjuntos de iniciales diferentes apareciendo para cumplir con mis solicitudes. Pero últimamente es siempre HTE, y su firma dice “*copropietaria, directora*”. Claro, pedí permanecer anónimo, pero imaginé que eso solo me hacía anónimo para los Fetchers. Como propietaria, HTE debe tener acceso a todos los perfiles de los clientes. Lo cual significa que es muy consciente que soy Matt Eriksson, el delantero de Toronto.

Sniper87: *Broma. El hockey es lo mejor. ¿Qué haces despierta tan tarde?*

Una muy larga pausa. Puedo casi oír la nota reticente en su respuesta.

HTE: *Me quedé levantada para ver el juego de Chicago, y ahora estoy demasiado nerviosa para dormir.*

Una enorme sonrisa aparece en mi rostro. Mierda, ¿por qué me estoy divirtiendo tanto ahora? Y mi cansancio parece haberse disipado como humo. Chatear con Hottie siempre aligera mi humor.

Sniper87: *Espero que la derrota no te devastara demasiado.*

HTE: *Lo hizo, en realidad. Estoy inconsolable.*

Mis dedos pican por responder: *Estaría feliz de ir y consolarte...* Es cierto también. Mi libido de repente se ha despertado y sacudido. Mi polla en realidad está endureciéndose... y ni siquiera hemos hablado de nada sexual.

Sniper87: *Asegúrate de enviar a la misma paseadora mañana por la mañana a las diez. Podría haber algo para ella sobre la encimera de la cocina.*

HTE: *¿Qué diablos significa eso?*

Sniper87: *No te preocupes sobre ello.*

Sin embargo... mierda. Ahora tengo que encontrar una manera de dejar mi pequeño regalo en el apartamento cuando todavía estoy en Chicago. Busco en mi cerebro hasta que una idea se forma. Katie Hewitt, pienso triunfante. La esposa de mi compañero de equipo tiene una llave extra de mi nuevo lugar, y totalmente sería capaz de hacer esto por mí. Katie es una súper mujer.

HTE: *¿Qué quieres decir con que habrá algo sobre la encimera de la cocina?*

Todavía sonriendo, ignoro la pregunta y tecleo tres cortas palabras.

Sniper87: *Buenas noches, HTE.*



SARINA BOWEN WAGs # 2

WAGs # 2 **ELLE KENNEDY**

HTE: ¡Responde la pregunta, Sniper!

HTE: Aquí en Fetch no nos gustan las sorpresas.

HTE: ¿Sniper? ¿Estás ahí?

HTE: ¿¿Sniper??



STAY

Tres

Fijación por los hombros

Hailey

Doy vueltas en la cama toda la noche después de esa conversación con Sniper. Cuando mi alarma suena a las seis y media la mañana siguiente, gimo audiblemente al techo.

Me llamó linda. ¡Lo dijo más de una vez!

Tal vez soy la chica más patética del mundo, pero releí esa conversación unas cien veces antes que apagara la luz e intentase dormir.

No debería haber flirteado con él. Pero, demonios, fue divertido.

Cuando consigo llevar mi cansado trasero a la oficina, la mañana pasa con lentitud. Me encuentro con nuestro programador para discutir algunas de las nuevas funcionalidades para la aplicación de móvil, pero estoy mirando el reloj todo el tiempo.

Estoy desesperada por pasear un perro. En eso se ha convertido mi vida. Un *buen* perro, pero, aun así.

Mientras se acercan las diez en punto, termino la reunión y saco al programador de mi oficina. No quiero llegar tarde para sacar a Rufus. Y, maldición, hay una petición marcada esperándome, un trabajo para el señor Polla.

Envío un mensaje a Jenny, que aparece en mi oficina un momento después.

—¿Qué ha hecho esta vez? —pregunta rápidamente.

—No lo abrí todavía, porque sé que disfrutas con ello.

—Eres la mejor clase de amiga —comenta Jenny rodeando la mesa para colocarse detrás de mí—. ¿Quieres ir a tomar unas copas mañana por



la noche? No puedo hacerlo esta noche porque tengo entrenamiento de roller-derby².

—Claro. —A Jenny le gusta arrastrarme a los bares con la esperanza de conocer algunos hombres decentes. Nunca funciona como planea, pero es más divertido que quedarme en mi apartamento como una perdedora—. Pero elige un lugar con televisión. Jugamos contra Buffalo en casa. Y creo que podemos ganar esta vez. Lo espero con ansias.

Mi amiga gime.

—No un bar de deportes. Quiero clase, no depresión con cerveza y cáscaras de cacahuete.

—Pero muchos hombres estarán allí —señalo.

Frunce el ceño de forma contemplativa.

—Lo meditaré.

—Hazlo. —Pulso en la petición del señor Polla. Se lee: *SrVeinteCentímetros requiere: un Kimono de seda.*

—¡Oh, Dios! —resopla Jenny—. Este podía ser uno bueno.

Y el señor Polla no decepciona. Requiere un kimono en talla masculina media. “*Al menos de ciento veinte centímetros de largo*”, ha aportado. “*El color no es importante*”.

Naturalmente, hay una fotografía. Se ha recortado el rostro, lo que es una vergüenza porque Jenny y yo hemos tenido curiosidad sobre él durante años. Pero se muestra el cuerpo de un hombre desnudo excepto por un apretado calzoncillo azul, apenas cubriendo su erección, que permanece en ángulo en el calzoncillo, tensando la tela.

Jenny se ríe, pero tengo un poco de prisa.

En la fotografía, una cinta métrica apoyada en su hombro cuelga por su cuerpo. La cinta pasa por su equipo, terminando sobre su rodilla. Amplio el fondo para ver que hay ciento veintisiete centímetros de largo.

—¿Crees que puedes encontrar un kimono? —pregunto—. Usa mi ordenador si quieres. Hay algo que tengo que hacer y tengo que apresurarme. —Una mirada al reloj me dice que es casi la hora de sacar a Rufus.

—Espera. ¡Amplíalo! ¡Finalmente podemos averiguar si el *SrVeinteCentímetros* está diciendo la verdad! Aunque el ángulo de la cinta no está bastante recto. Así que tendremos que hacer un poco de

² Deporte de contacto, velocidad y estrategia originario de EEUU. Se basa en una carrera sobre patines tradicionales alrededor de una pista ovalada en sentido contrario a las agujas del reloj, donde dos equipos compiten entre sí con el objetivo de acumular la mayor cantidad de puntos posibles.



trigonometría para discernir si su hipotenusa es de veinte centímetros. Podemos usar el teorema de Pitágoras...

—Tengo que irme —interrumpo, levantándome de la silla—. Te enviaré un mensaje en veinte minutos, ¿de acuerdo? Si el kimono resulta difícil de encontrar, aportaremos ideas.

Jenny se coloca en la silla que he dejado libre, pero me sigue con la mirada mientras tomo mi chaqueta y meto los brazos.

—Estás actuando un poco extraño ahora mismo.

—Solo llego tarde. ¡Adiós! —Me escapo, dejando a Jenny haciéndose preguntas, y lista para comprar un kimono a un tipo rico con un largo pene.

¿Es divertido mi trabajo, o no?

El apartamento de Sniper está a solo unos bloques de mi oficina, así que solo me lleva unos minutos paseando llegar. Hoy llevo unos zapatos muy cómodos para mi paseo con Rufus. El edificio es de la clase que tiene a un portero vestido elegantemente esperando a dejarme entrar.

—Estoy aquí para pasear a Rufus del 303 —le digo.

—Estará feliz de verte. Han pasado varias horas desde que lo dejé aliviarse en mi descanso para el cigarro. Sube directamente.

El elevador me lleva a un pasillo enmoquetado para amortiguar los pasos. La puerta de Sniper se abre con teclado numérico. El código es 1967. Ese es el último año que Toronto ganó la Copa Stanley.

Pero, oye, esto es Ontario. La mitad de los códigos de seguridad y números de seguridad de cajeros pueden ser 1967. Amamos nuestro hockey.

—¡Woof! —Ladra Rufus saltando del sofá. Es un sonido feliz y está acompañado por un meneo total de cola. Me agacho y le muestro cariño. Da vueltas, huele y salta alrededor. *¿Ves lo buen chico que soy?*, demanda su lenguaje. *He estado en casa solo durante horas y no me comí los muebles de papi.*

—Eres un muy buen chico —coincido—. El mejor. ¿Por qué no busquemos tu correa y así podemos ir a un paseo?

Sale corriendo y me levanto, girándome hacia la cocina immaculada al final de la habitación. El mostrador de la isla está completamente vacío excepto por dos cosas. Un cuenco de fruta que elegí para que coincidiese con los platos de mi cliente.

Y una tarjeta blanca, curvada en los bordes.

Cruzo la habitación porque no puedo ver lo que hay ahí escrito. Mientras me acerco a la tarjeta, encuentro que hay dos palabras grabadas en ella.



Para HotTiE

Cuando tomo la tarjeta de la brillante superficie para estudiar lo que pone, hay algo debajo. Dos entradas. Para el partido en casa de mañana por la noche.

En la fila D.

Dejo salir un pequeño chillido de alegría un segundo antes de recordar que hay una cámara de seguridad aquí.

Rufus ladra coincidiendo conmigo. Ahora avergonzada, guardo la tarjeta y esos billetes muy cuidadosamente en el bolsillo de mi chaqueta.

Saco a Rufus al parque, corriendo todo el camino hasta allí. Y luego le envío un mensaje a Jenny.

Cambio de planes. Ven al partido conmigo mañana por la noche. Acabo de conseguir un par de asientos excelentes.

De verdad, su respuesta llega al instante. ¿Y cómo sucedió?

Es alto secreto, intento. ¿Pero a quién estoy engañando? Ella me sacará toda la historia en el momento que vuelva a la oficina.

De verdad, ¿quién podría guardárselo?



Estoy extrañamente nerviosa la noche siguiente. Como si realmente estuviésemos a punto de conocer a Matt Eriksson. Lo que no es así. Probablemente nunca lo conoceré. Pero, de todos modos, me tomo un poco de tiempo extra en el servicio de señoras, aplicándome barra de labios como si fuese para una cita.

De nuevo en mi escritorio, le envío a Jenny un mensaje.

Me marcho ahora. ¡Me reúno contigo en las puertas de entrada en veinte!

Luego meto las llaves y el teléfono en mi bolso, preparándome para marcharme de la oficina.

Pero hay una gran decisión más que hacer. ¿Jersey o no jersey? Esa es la cuestión. Y he estado considerando este punto todo el día.

Por un lado, un buen fan siempre viste su jersey en el partido. Y bueno, soy un poco supersticiosa. La vez que me olvidé mi jersey, mis chicos perdieron.

Aun así, en la espalda de mi jersey pone ERIKSSON. Y solo ante la remota posibilidad que él sepa qué asientos me dio y mire para ver si los he usado, preferiría no verme como una superfan. Incluso si mi lengua cuelga cada vez que veo su rostro en televisión, al menos necesito

mantener la apariencia de profesionalismo tanto como estemos trabajando juntos.

¿Qué hacer?

Me perderé el saque si me lo pregunto mucho más. Así que meto el jersey en mi bolso de gran tamaño y dejo mi oficina, bloqueando el cerrojo antes de cerrar la puerta.

Fuera, en la zona donde se sientan los otros Fetchers, echo una rápida mirada alrededor. Dion está dirigiendo el turno de noche, y levanta la mirada para saludarme, le correspondo. Esa es una buena noticia para mí. Dion es un sólido empleado que apenas contacta conmigo por problemas.

Fetch está abierto las veinticuatro horas los siete días de la semana para servir a nuestra base de clientes ricos a cualquier hora. Tenemos más servicios después de las ocho de la noche y antes de las ocho de la mañana. Resulta una buena técnica comercial. Hay cinco Fetchers a cargo esta noche, incluido Dion.

Los días pares estoy de guardia y existe el pequeño riesgo de ser llamada de regreso a la oficina para resolver algún problema durante el partido.

Pero esta noche todo parece tranquilo, así que me dirijo hacia la puerta. Justo antes de salir noto el indicio de luz bajo la puerta de Jackson. Ya que soy la que está de guardia, me sorprende que él esté aquí a las siete y media. ¿Un problema, tal vez?

Solo hay cuatro pasos o así por el pasillo hasta su puerta. Alzo una mano para llamar, pero luego me detengo de golpe cuando escucho voces.

—La propiedad parece genial —dice la voz de Jackson—. Es un lugar de lujo. Melinda fue conmigo y le encantó el vecindario. Es hermoso.

Se me cae el corazón. Melinda, ¿eh? Había escuchado rumores sobre Jackson saliendo con alguien. Con el tiempo tenía que pasar. ¿Pero están mirando bienes inmuebles? ¿Ya?

El ataque que estoy teniendo casi evita que escuche más. Pero luego escucho al padre de mi ex hablar, y comienzo a darme cuenta de que he malinterpretado algo.

—Gran tráfico peatonal —está diciendo el señor Emery—. El nivel de ingresos de ese vecindario es incluso más alto que aquí, en Yorkville. Vas a hacer una fortuna.

—Pero no estamos preparados para expandir el negocio —protesta Jackson—. No es el momento correcto.

—¿Y de quién es la culpa, hijo?



En el breve silencio que sigue, siento un escalofrío en mi espalda. El padre de Jackson es la persona más combativa del mundo. Y Jackson no es muy bueno diciéndole dónde meterse.

—Papá...

—Compra su *salida*, Jack. Hazlo *ahora*. No puedes hacer crecer tu negocio si Hailey todavía está ejerciendo su influencia.

El frío que he estado sintiendo se convierte en un frío ártico.

—Bien, eso es injusto —dice Jackson suavemente, mientras silenciosamente me muero al otro lado de la puerta. Es bueno que él venga en mi defensa, pero el hecho que estén teniendo esta conversación me hace querer gritar—. Fetch es tanto negocio de Hailey como mío.

—Lo que es la razón por la que puede saltar ante la oportunidad de cobrar —presiona su padre—. La forma en que tienen organizadas las cosas, la chica tiene que tener poco dinero. ¿Y si te presto medio millón para alejarla? ¡Podrías tener tus oficinas Fetch en cuatro ciudades dentro de un año!

Es horrible lo fácil que es imaginarme siendo echada. El señor Emery nunca quiso que Jackson y yo comenzásemos este negocio, pero al momento que tuvimos éxito intentó meterse como inversor. Siempre rechazamos sus ofertas.

Al menos, siempre lo hemos hecho hasta el momento. Pero ahora que nos hemos divorciado, tal vez ya no conozco tan bien la mente de Jackson.

Hay movimiento detrás de la puerta y el miedo de ser atrapada hace que me mueva. Doy dos pasos silenciosos hacia atrás, me giro y salgo tan rápido como puedo.

Huyendo de la oficina, me apresuro al grupo de escaleras exteriores, ni siquiera deteniéndome para admirar la mampostería y los antiguos apliques de hierro. Me encanta esta oficina, escondida de los bienes inmuebles multimillonarios de Yorkville. Y me encanta esta pequeña compañía que construí con mi exmarido.

No pueden echarme. No se lo permitiré.

Mientras camino por Scollard Street hacia la estación de metro, mi corazón está lleno de pensamientos furiosos. *Que te jodan, señor Emery. Nunca* ejercí mi influencia sobre Jackson. ¡Maldito hombre! Nunca le gusté.

Cuando digo que nunca le gusté, quiero decir *nunca*. Incluso cuando tenía siete años y subía a los árboles con Jackson en el patio trasero, solía dirigirme una mueca. Me dejó saber a una temprana edad que no era lo suficientemente buena para su único hijo, que la hija poco femenina de una madre soltera de clase media nunca pertenecería a su familia millonaria.



Muchas veces durante el pasado año y medio, me he recordado que el único lado bueno de divorciarme a los veintisiete años es no seguir teniendo a Herbert Emery como suegro.

Mi rabia me lleva a la estación de metro. Pero para cuando estoy metiendo mi billete en el torno, mi furia ya está dando paso a la intensa tristeza.

Después de todo, soy la única persona que conozco que posee a medias un negocio con su exmarido. Es extraño. Lo admitiré. Y tampoco es como si fuésemos socios capitalistas. Lo veo cada día en el trabajo. O casi todos los días. Ya no compartimos hogar, pero no sería justo decir que he seguido adelante.

¿Lo haré alguna vez?

Cuando tenía diecinueve años, literalmente me casé con el chico de al lado. Para entonces, Jackson y yo ya nos habíamos conocido toda nuestra vida. Crecimos en los suburbios de Toronto, ambos en hogares tensos. La suya era tensa porque su padre era muy poderoso y dominante. La mía era tensa porque mi madre era verbalmente abusiva y a veces violenta.

Jackson y yo encontramos refugio en nuestra amistad desde una temprana edad, refugiándonos en la casa del árbol en su patio trasero cuando las cosas se volvían una locura en casa.

En algún momento durante el instituto, nuestra relación pasó de dormir en la casa del árbol a acostarnos en la casa del árbol. Fuimos a la misma universidad un año después. Y cuando yo tenía diecinueve años, nos fugamos para casarnos en las vacaciones de primavera en un viaje a Las Vegas. Eso fue hace diez años.

Hace cinco años a Jackson y a mí se nos ocurrió la idea para Fetch mientras veíamos un programa de televisión. Al principio, solo fue nuestra pequeña tormenta de ideas. Pero cuando la compañía de Jackson se reubicó en Vancouver, dejó el trabajo. Así que nuestra idea se convirtió en un plan. Dejé mi trabajo en el banco para ayudarlo a comenzar el negocio. Hace tres años conseguimos nuestro primer beneficio, y hemos estado creciendo desde entonces.

Y hace dieciocho meses... Jackson y yo estábamos tomando un café juntos en su escritorio cuando muy amablemente sacó el tema del divorcio.

—Somos grandes amigos. Dirigimos una gran compañía juntos. Pero no creo que hayamos servido de modelo como la pareja más romántica del mundo —había indicado él.

Aunque el instinto me decía que tenía razón, el corazón se me partió justo en ese momento, derrumbándose y cayendo junto los restos de la galleta de avena que me acababa de comer.



Estaba devastada. Todavía lo estoy, si soy sincera. El rechazo todavía duele con tanta fuerza que no he hecho nada más que trabajar como un perro el pasado año y medio.

Jackson se mudó, dejándome nuestro apartamento y todo el mobiliario. Él lo había hecho como amabilidad, así yo no tendría que buscar un apartamento o comprar nuevas cosas. Pero ahora vivo en el museo de nuestra vieja vida. Todavía como mis cereales por la mañana en los cuencos que elegimos juntos en Eaton Centre. Después de la ducha, me seco con las toallas que compré porque a él le gustaba ese tono en particular de azul.

Tal vez no habíamos tenido la relación más pasional del planeta. Pero la pasión no lo es todo. Somos muy adecuados en muchas otras formas. Y perder a alguien al que has conocido toda tu vida deja un gran agujero.

Ahora su padre quiere alejarme incluso más.

Mientras el tren llega a la estación del estadio de hockey, realmente considero la idea del señor Emery. Si vendo mi parte de la compañía, tendría dinero suficiente para mudarme a otro lugar, conseguir un nuevo comienzo. Podría trabajar como siempre he querido, y luego encontrar un nuevo proyecto.

No es como si nunca hubiera pensado en poner un poco de distancia entre Jackson y yo. Pero ¡maldición! Ese negocio es mitad mío, y es un éxito. Mi madre pasó toda mi infancia intentando convencerme de que nunca tendría éxito en nada. Y ahora lo tengo.

Incluso si el éxito es solo parcialmente mío.

No sabía que Jackson estaba tan ansioso por expandirse a otros vecindarios. Antes habíamos mencionado expandirnos “algún día”.

¿Tal vez ha estado esperando todos estos meses a que yo comprendiese que necesitaba seguir adelante? Ahora es una idea inquietante. Pero casi puedo verlo. Es un hombre amable, lo contrario a su padre. Sería algo normal en él esperarme. Dejar que me diese cuenta por mí misma que es tiempo de irme.

Siempre fuimos buenos el uno con el otro. La única pareja que conocía que nunca peleaba. Y él quería el divorcio. Porque eso tiene mucho sentido. Cuando alguien me pregunta sobre ello, siempre digo que nos divorciamos *de forma amistosa*, y lo genial que es. Aunque solo la primera mitad es cierta.

Afortunadamente, está el hockey para aliviar mi dolor.

Salgo a la emoción de noche de partido. Jerséis rojos fluyen hacia los túneles mientras giro en este alegre caos en busca de Jenny.

—¡Aquí!



Girándome, descubro que ha sido difícil de ver porque su jersey se camufla muy bien con las fotografías en la pared detrás de ella. Lleva la réplica de un jersey del capitán del equipo y una sonrisa gigante.

—¡Venga! —chilla—. El saque de disco es en quince minutos. Y tenemos que comprar comida. —Se pone un letrero debajo del brazo mientras me acerco.

—Espera. —Miro la cartulina—. ¿Qué dice? —Jenny es un poco más, umm, espíritu libre que yo, y por todo lo que sé, la pancarta ofrece una mamada por cada tanto marcado.

Inclina la pancarta y alza el brazo, así puedo ver el mensaje que ha escrito.

¡VAMOS CHICOS! ¡ESTE ES NUESTRO AÑO!

Gracias a Dios. Ahora probablemente no terminaremos en el segmento de fanáticos psicóticos de la noche de ESPN.

—Vayamos a por sándwiches de carne de cerdo y cerveza. Yo pago.

—No tienes que pagar —protesto.

—Lo sé. Pero de este modo, si en el futuro tu hombre nos da asientos de nuevo, tendrás que invitarme porque te compré la cena.

—Tenías todo planeado, ¿eh?

—Apuesta por ello. —Me da una pequeña sonrisa malvada y mi cariño por ella se cuadruplica justo en el momento. Jenny fue una de nuestras primeras contrataciones, justo antes de abrir las puertas oficialmente. Es una de nuestras cuatro managers, y definitivamente mi mejor amiga. Técnicamente soy su jefa, pero fingimos que no lo soy gran parte del tiempo.

Poseo un negocio con mi ex. Salgo con mi empleada. Tal vez mi vida es un poco claustrofóbica. Demándame.

Después de comprar un poco de comida nos dirigimos a los mejores asientos en el mundo.

—Vaya —digo con un jadeo mientras conseguimos nuestro primer vistazo del calentamiento.

—Vaya —repite Jenny, abriendo los ojos de par en par mientras nuestros ídolos se deslizan por la pista en sus patines. Estamos tan cerca de la acción que podemos escuchar el chirrido del acero contra el hielo—. Esto es lo más cercano que he estado de tener una experiencia religiosa.

—Dijiste eso cuando vimos a U2 el año pasado.

—Pero Bono no estaba estirando sus poderosos muslos a unos tres metros de mí. —Jenny suspira con felicidad mientras Blake Riley pasa junto al cristal con una sonrisa. Luego nos lanza un beso. No, lo lanza *cerca* de nosotras.



—¡Te amo, cariño! —grita alguien unos sesenta centímetros detrás de mí.

Girarse es meramente instintivo. Una hermosa rubia saluda a Riley y miro al hombre sentado a su lado.

Luego, incluso más casualmente, vuelvo a girarme, el corazón latiéndome con fuerza.

—¡Jenny! —chillo en cuanto estamos de pie para el himno nacional. Me arriesgo a susurrarle en la oreja, porque otro ocupante en la fila justo detrás de nosotras está cantando “*Oh, Canadá*” a un volumen sin precedentes para la capacidad pulmonar de un humano—. Estamos sentadas con los familiares de los jugadores. Incluido una mitad de Wesmie.

Jenny abre los ojos de par en par y la veo echar una ojeada a Jamie Canning, que es famoso por casarse con el jugador estrella Ryan Wesley.

—Estos son unos asientos increíbles —murmura—. Será mejor que sigas paseando a ese perro, jovencita. Quiero volver la semana que viene.

Ahí es cuando veo a Matt Eriksson y mi pulso se acelera bastante. Patina con Wesley y Blake, y los tres se ponen en posición de saque.

Estoy tensa cuando el disco cae y ni siquiera sé por qué. Luego salen disparados mientras Wesley gana el disco y se lo pasa a Eriksson. Un pequeño chillido de emoción se me escapa mientras me inclino hacia delante en mi asiento.

Soy una chica de Toronto en su elemento esta noche. Escúchame rugir.

—¡MACHÁCALOS MATTY! —grito.

—¡Auh! —se queja Jenny, tapándose un oído—. Tranquilízate. U2 no fue así de alto.

—Lo siento.

—¡PERO LOS FANS DEL HOCKEY NO SE CONTIENEN! —chilla la mujer detrás de nosotras—. ¡VE POR ELLOS BLAKEY! ¡TRINCHA SU PAVO!

—¡SÍ! —chillo como loca—. ¡DÉJALOS COMO UN VESTIDO EN LA NOCHE DEL BAILE!

—Caray —exclama Jenny, sorprendida—. Sabía que eras fan, pero no sabía...

La frase queda sin terminar porque Toronto se acerca a la red. Wesley pasa a Eriksson, que lanza y es... Se me detiene la sangre.

Falló. El portero de Dallas hace una gran parada con la punta de su guante y el defensa lo aleja.

—¡BUEN INTENTO! —grita Jenny, metiéndose en la batalla.



Durante los siguientes veinte minutos llenos de acción, olvidamos todo excepto el partido. El primer tiempo es rápido y furioso. Nuestros chicos no logran marcar, pero le están poniendo las cosas muy difíciles a Buffalo.

—Tenemos diecisiete tiros a puerta —masculla Jenny, tragando su cerveza antes de la sirena—. Su portero debe haber ido a la iglesia esta mañana o algo.

—No importa —farfullo, mi voz ronca—. Vamos a ganar esta noche. Simplemente puedo sentirlo.

Vamos al servicio y luego compramos dos cervezas más. La KissCam hace su trabajo y yo no miro la pantalla gigante. Esta noche no soy la chica que se divorció a los veintisiete años. Esta noche soy una chica fiestera con asientos codiciados para el mejor partido del mundo.

Y por una vez el universo está conmigo. Marcamos tres veces en el segundo tiempo y dos en el tercero. Matt Eriksson consigue un tanto y una asistencia. Grito como loca por él las dos veces. Buffalo no puede seguir el ritmo y el marcador está 5-2 cuando solo quedan tres minutos en el cronómetro.

Estoy cansada y sudada mientras mis héroes se alinean para un saque más. Saben que van a llevar esta victoria a casa y todo el estadio está emocionado.

—Vaya. —Suspiro, abanicándome el rostro sonrojado—. Esto es muy vigorizante. Ha pasado un año desde que...

—¿Tuviste sexo? —finaliza Jenny.

—Vi un partido de hockey en persona —corrijo, aunque lo otro también es cierto.

—¡Vaya! —exclama Jenny, llevando mi atención de nuevo al hielo. Naturalmente dirijo la mirada a mi jugador favorito—. Eriksson va a conseguir una penalización.

Efectivamente, el locutor anuncia una falta de dos minutos. Y de repente, mi celebridad favorita está patinando directo hacia mí, su hermoso rostro arrugado con molestia. Nunca he estado tan cerca de él. La forma en que sus amplios hombros se mueven con cada paso me pone extrañamente hambrienta.

¿Es extraño tener una fijación por los hombros? *Tranquilízate*, me digo. *De todos modos, solo estás viendo su relleno*. Pero eso solo hace que tenga curiosidad por ver lo que hay debajo.

Luego él gira la cabeza y me mira directamente.

—Oh.Dios.Mío —chilla Jenny.

Exactamente mi pensamiento. Ahora estoy un poco congelada. Como una de las víctimas del señor Freeze en esos comics que Jackson



colecciona. Puedo sentirme mirándolo fijamente y es posible que esté un poco boquiabierta. ¡Pero esos ojos grises! Tan sexy. Las fotografías de prensa de este hombre no mienten.

Hay un alboroto a mi izquierda mientras Jenny hace algo. No miro. Todavía congelada.

Pero entonces, lo juro por Dios, el indicio de una sonrisa pasa sobre su boca sensual antes de volver a girarse para mirar la acción en el hielo. Y la magia se rompe. Me giro hacia Jenny, abriendo la boca para decir algo. Está sosteniendo su pancarta. No, está sosteniendo una pancarta *diferente*.

—Oh, Dios mío, ¿qué has hecho?

—Es solo una pequeña broma —contesta, intentando volverla a colocar debajo de su asiento.

—¡Jenny! —exclamo, sujetándole la muñeca y dándole una segunda mirada.

Pone:

¡HOTTIE ESTÁ SOLTERA!

—¿Qué...? Oh, Dios. ¡No lo hiciste! —Todo mi cuerpo destella con el calor de la vergüenza.

Me sujeta ambas muñecas con un movimiento ninja.

—Respira, ¿de acuerdo? Él dijo que eras linda. Te llamó Hottie³, por el amor de Dios. Solo le di un pequeño empujón.

—¡Es un cliente!

—¡No me importa! Esta es *tu* vida, Hailey. La única que tienes. La vieja Hailey era la mujer con más confianza que conocí. Siempre estaba luchando para conseguir lo que quería. Tráela de vuelta, ¿está bien? Deja de lamentarte como un cachorro herido y ten una aventura con el hombre. Te lo estoy suplicando. Incluso si te provoca un caso furioso de revoloteo, aun así, merecerá la pena.

—Un... ¿qué? —A Jenny le gusta inventarse palabras, pero estoy demasiado conmocionada para entenderlas esta noche.

—Los nervios. Las mariposas. Prácticamente tuviste un aneurisma cuando te miró.

—No es así —miento—. No hasta que vi tu estúpida pancarta.

Jenny solo sonrío. Y luego suena la sirena y quinientos fans se levantan para gritar.

³ Hottie en inglés también significa bombón.



SARINA BOWEN WAGs # 2

WAGs # 2 **ELLE KENNEDY**

Bueno. Incluso si muero de vergüenza la próxima vez que aparezca el nombre de *Sniper87* en mi pantalla de ordenador, al menos le dimos una paliza a Buffalo.



STAY

Cuatro

Desayuno de emergencia

Matt

Hottie está soltera.

Todavía estoy riendo la mañana después del partido. La pancarta había sido divertida, ¿pero las mejillas sonrojadas de la mujer sentada junto a la que sostenía el cartel? No tenía precio.

E incluso con el rostro rojo como un tomate, Hottie se había visto hermosa, incluso más hermosa en carne y hueso que en la grabación de seguridad. Sus ojos eran azul oscuro, el color del océano después de una tormenta. Eran realmente agradables de mirar, bueno, durante los poco más de tres segundos que miré en ellos. Todavía no puedo creer que apareciese en el partido, pero con asientos así, habría sido tonta de no hacerlo.

Tal vez debería pedirle salir a cenar.

Considero esta nueva idea mientras me lavo los dientes en el baño de la habitación principal. Enjuago, escupo, y luego estudio mi reflejo en el espejo. No me he afeitado en días, así que tengo una barba rubia incipiente. Mis ojos se ven un poco enrojecidos. Y mi cabello, que normalmente mantengo rapado, ha crecido y ahora está despeinado en todas direcciones. Todo en mi apariencia me dice que no estoy preparado para pedirle a Hottie, mucho menos cualquier mujer, una maldita cita.

El divorcio jodidamente apesta.

He pasado los últimos dieciocho meses sintiéndome enfadado con Kara por dejarme. Aunque habíamos estado en un duro bache, *nunca* le habría hecho eso a ella. Pero hay veces que... yo... joder, puede que esté... aliviado.

La vergüenza hace que me aparte del espejo. Odio cuando pensamientos así aparecen en mi mente. No me alivia que mi matrimonio se rompiera. Estoy entristecido.



Y aliviado.

No, estoy devastado.

Pero también aliviado.

Un gemido silencioso sube por mi garganta. Me dirijo a la habitación y tomo ropa limpia del vestidor. Bien. Tengo que concederle a mi traicionero subconsciente que el último año con Kara había sido realmente horroroso.

¿Solo el último año? Se burla mi estúpido cerebro.

Está bien, tal vez fue más de un año. Tal vez nos había sentido separarnos antes de eso. Realmente, la brecha comenzó después del nacimiento de las gemelas. Nada más que algo de posesividad y celos injustificados por parte de Kara y muchos viajes y algo de vagancia por la mía, nuestros dos primeros años de matrimonio fueron geniales. No fue hasta que llegaron las chicas que Kara decidió que cada cosa que yo hacía estaba completamente mal y que las cosas necesitaban hacerse a *su* modo, no una opción intermedia.

No me entiendas mal, no estoy culpando a mis hijas por la tensión en el matrimonio. Adoro a mis niñas. No las dejaría por nada del mundo.

Buzzzz.

Me enderezo mientras el teléfono fijo en mi mesilla de noche suena audiblemente. Hablando de mis chicas...

Tomo el teléfono y pulso el botón para contactar con el portero.

—Tommy, mi hombre —digo alegremente—. Por favor, dime que hay dos encantadoras señoritas en camino.

—Tres —corrige, y escucho la sonrisa en su voz—. Acaban de entrar en el elevador.

—Gracias. —Cuelgo y me pongo el pantalón de deporte, una sudadera de Toronto por la cabeza, y me apresuro a la puerta. Las ventanas hasta el techo que abarcan la gran habitación principal brillan con el sol de la mañana. Es un hermoso día, cielo azul y rayos de sol amarillos en mi alfombra. En el calor de mi apartamento, puedo fingir que es un día de verano y no hace un frío de pelotas ahí fuera.

Estoy emocionado mientras espero la llamada. Tengo a las niñas hasta mañana por la mañana, en cuyo momento su madre las recogerá y podrán pasar el día con sus abuelos en Markham, un agradable suburbio al noroeste.

Había estado brutalmente molesto cuando averigüé que no las tendría todo el día de mañana. Quería señalar que ven a los padres de Kara cada viernes para comer, una tradición que comenzó cuando todavía llevaban pañales, pero discutir con mi ex es tan efectivo como hablar con una pared. Ella siempre gana las discusiones. Siempre.



—¡¡PAPI!! —chillan dos voces en el momento que abro la puerta.

En un nanosegundo estoy agachado para tomar a ambas niñas en mis brazos. Dos pares de pequeñas manos me rodean el cuello. Dos hermosos rostros en forma de corazón me miran con adoración. Y dos bocas liberan gritos de risa cuando les doy besos por todas sus mejillas regordetas.

—¡Oh, las eché de menos! —La emoción es gruesa en mi garganta mientras abrazo a mis hijas de cuatro años contra mi pecho.

—¡También te eché de menos, papi! —exclama June.

—¡Yo también! —grita Libby.

—¿Sí? ¿Cómo está mi June-bug? —Revuelvo el cabello oscuro de June antes de hacerle lo mismo a su hermana gemela—. ¿Y mi Libby-Lu?

—¡Mami nos consiguió sombreros nuevos!

—¡Con pompones!

Jadeo.

—¡De ninguna manera! ¿Por qué no los llevan puestos?

—Mami dijo que todavía no hacía suficiente frío —me informa June.

Contengo una maldición de irritación. Por supuesto. Kara es una experta en todas estas cosas. Supongo que eso incluye determinar el momento preciso del cambio de estación de Toronto en el que a nuestras hijas se les permite ponerse sus gorros. Para distraerme de mi molestia, giro a las chicas en mis brazos, ganándome más gritos de felicidad.

—¿Las pondrías en el suelo, por favor? —pide una voz dura desde la puerta—. Todavía no han desayunado y todos esos giros harán que se mareen.

La maldición que está atrapada en mi garganta ahora es una fila de improperios que están deseando salir. En cambio, tomo una respiración y luego suavemente dejo a mis hijas en el suelo.

—¡RUFUS! —exclama June cuando ve al perro, que está al otro lado de la esquina para ver de qué se trata todo el alboroto en el pasillo de entrada. Su entrada retrasada solo muestra la mierda de perro guardián que está hecho. *Bastardo perezoso.*

Mientras las gemelas se acercan para acariciar al perro, me giro hacia mi exesposa y me obligo a hacer contacto visual. Y ahí está ella, su brillante cabello castaño cayendo por sus hombros en rizados sueltos, su cuerpo esbelto marcado con vaqueros y una chaqueta de cuero, una bufanda de lana resaltando el color de sus mejillas. El divorcio obviamente le sentó bien. O tal vez es su nuevo novio, el dentista. El buen dentista Dan, que llega a pasar más tiempo con mis hijas que yo.

¿Pero quién está amargado?



Esta es la mujer que decidió que yo no era lo suficientemente bueno para permanecer como miembro completo de la familia. Que mis hijas estarían mejor viendo a su papi una vez cada dos semanas. Ella me descartó como hace con la ropa de diseño cuando determina que está pasada de moda.

La rabia me revuelve las tripas. Pero así no es como quiero que sea mi día, y no es el tono con el que quiero atacar a *Su Majestad*. Así que me obligo a decir algo agradable.

—¿Cómo te va, Kara? Te ves bien. —Tampoco estoy mintiendo. Mi ex está tan guapa como el día que me casé con ella.

—Te diría lo mismo, pero... —Arruga ligeramente la nariz—. ¿Se te rompió la maquinilla de afeitar?

Logro sonreír de forma irónica.

—Nah. Estoy intentando parecer más rudo. —Señalo mi barba—. ¿Qué? ¿No lo estoy logrando?

Una sonrisa reticente tira de sus labios.

—Lo siento, Matty, pero no, no lo haces.

Que use mi apodo hace que me suavice un poco. Nunca sé con qué Kara voy a encontrarme cuando aparece, la chica sonriente y relajada que conocí a los veintidós años, o la mujer rígida y de lengua afilada que se divorció de mí a los veintinueve.

A veces, todavía me confunde cuánto ha cambiado. Quiero decir, ciertos aspectos de su personalidad, que no siempre me gustaron, eran constantes a lo largo de nuestro matrimonio, su pesimismo, su sinceridad, su impaciencia. Pero en esos primeros días, era divertida. Tomaba riesgos, se reía, sabía cómo relajarse. De algún modo esos momentos de relajación se volvieron menos y menos frecuentes, y ella se volvió más y más inflexible.

Me culpa a mí, por supuesto. Dice que el estilo de vida del hockey nos separó, que nos rompió. “*Estoy cansada de estar decepcionada*” había susurrado después de una de nuestras peleas solo unos meses antes del divorcio. Me había perdido la cena de aniversario de sus padres la noche anterior porque el vuelo del equipo se retrasó en Michigan gracias a una tormenta de nieve. Joder, no era como si lo hubiese preparado para perderme otro evento importante, pero para Kara, solo era otra gran señal que gritaba “*¡Mi marido me descuida!*”.

Matthew Eriksson, amigos. El decepcionante crónico de esposas.

—De todos modos —está diciendo mi ex—, estoy segura de que ya te ocupaste de ello, pero quería recordarte que las chicas no toman gluten, así que nada de gofres para el desayuno esta mañana.



—Espera, ¿qué? —Pestañeo con desconcierto. Siempre hago gofres para las chicas. Es nuestra tradición.

Kara resopla con impaciencia.

—Nada de gluten, Matt. Unos huevos revueltos en su lugar. También te envié opciones de comida y cena.

¿De qué demonios está hablando?

—¿De qué demonios estás hablando? —cuestiono en alto. Luego me encojo y miro hacia la sala de estar, pero las chicas están demasiado ocupadas acariciando a Rufus para notar que papi dijo una mala palabra.

—No comprobaste tu correo electrónico —dice Kara de forma plana.

—Anoche tuve un partido —respondo con dientes apretados. Ya me estoy encaminando al mostrador de la cocina, donde dejé mi teléfono móvil. Apresuradamente abro la aplicación de correo y pulso en el nombre de Kara.

—¿Y no lo comprobaste esta mañana? —El tono de Kara tiene una marcada desaprobación.

La ignoro y ojeo el mensaje. Por amor de Cristo. Parece un ensayo. Y sí, incluyó potenciales planes de comida para que las implemente durante esta corta visita de mis hijas. Se refiere a ellas como “sugerencias”, pero ambos lo sabemos mejor.

—¿Qué tenemos contra el gluten? —exijo con tirantez.

Aprieta los labios y frunce el ceño.

—Te lo dije la semana pasada... Elizabeth ha estado teniendo algunos problemas estomacales últimamente. He monitoreado su ingesta de comida y creo que el gluten está haciendo estragos con su sistema.

O ella solo tiene un maldito dolor de estómago, probablemente porque se atiborró a galletas cuando la dictadora de su madre no estaba mirando, y eso no tiene nada que ver con el maldito gluten.

—Hablamos sobre esto —dice Kara con irritación—. Y coincidiste en que teníamos que cambiar la dieta de las chicas.

No recuerdo acceder a eso, pero lo cierto es, que probablemente lo hice. Nuestras llamadas de teléfono semanales consisten en Kara parloteando durante una hora, mientras yo digo cosas como “*ajá*”, “*claro*” y “*suenan bien*”.

—Bien —mascullo—. Libby no puede soportar el gluten. El gluten es el diablo. El gluten será borrado de esta casa.

—¿Te estás burlando de mí?

—En absoluto.



La dura expresión de Kara me dice que sabe que estoy mintiendo. Luego pone una sonrisa en su rostro y llama a las gemelas:

—¡Vengan aquí, ángeles! ¡Despídanse de mami!

June y Libby corren a abrazar y besar a su madre. Kara las abraza fuertemente antes de decir:

—Sean buenas con papi, ¿de acuerdo? Llámame si tienes cualquier pregunta. Tengo planes para esta noche, pero tendré el teléfono encendido.

—Una gran cita con el dentista Dan, ¿eh? No olvides pasarte el hilo dental antes.

Me lanza una fea mirada sobre la cabeza de nuestras hijas.

—Voy a tener una cena con Daniel, sí. Pero repito, mi teléfono estará encendido.

Mis hijas tienen cuatro años, y lo hacen genial diciéndome exactamente qué necesitan. *¿Pero Kara no piensa que pueda lograrlo durante veinticuatro horas sin consultarle sobre su cuidado?* La furia me atraviesa y me toma un esfuerzo sobrehumano no decir algo sarcástico.

Honestamente, he tenido compañeros de equipo divorciados, y nunca he entendido cómo pueden tener todavía resentimiento contra sus exparejas. Pero ahora la broma me afecta a mí. Ahora mismo estoy más cerca de rendirme con Kara que el delantero de nuestro equipo cuando alguien esquivaba a nuestro portero.

Afortunadamente, un momento después ella se ha ido y es como si un peso hubiese sido levantado de mi pecho. Kara es una mujer difícil. Ama profundamente a nuestras hijas, lo sé, pero actúa como si fuese la única progenitora. No tengo nada que decir cuando se refiere a las niñas. Nada.

Elizabeth ha estado teniendo algunos problemas estomacales últimamente.

Elizabeth. El nombre completo de Libby saca un último coletazo de furia. Ni siquiera tuve nada que decir en nombrar a mis hijas, por amor de Dios. Kara me informó tras dar a luz que las chicas se llamarían como sus bisabuelas, June y Elizabeth. No tuve voto.

Y, Cristo. ¿Qué voy a hacer de desayuno? Les prometí gofres a las gemelas cuando hablamos por teléfono. Son nuestro ritual, maldición. Ya no llegan a verme tan a menudo como nos gustaría.

Tomando una respiración profunda, tomo el teléfono de nuevo y pulso mi aplicación de Fetch. En la línea de Asunto, tecleo: ¡SOS! ¡EMERGENCIA DE DESAYUNO! ¡MAYDAY!

Con suerte eso suena lo suficientemente grave para provocar una respuesta inmediata. El mensaje en sí es menos loco.



Sniper87: ¡Hola HTE! Tengo a mis hijas esta mañana y acabo de ser informado que el gluten es el diablo. Necesito masa de gofres libre de gluten. Inmediatamente. Por favor, ayuda.

No espero que responda al SOS ella misma. Quiero decir, estoy seguro de que tiene mejores cosas que hacer que cumplir las emergencias de los clientes más pequeños. Pero sorprendentemente, es el nombre Hottie el que aparece en la zona de respuesta.

HTE: ¡Oh, chico! ¿Alguna es celíaca?

Sniper87: Lo dudo. Pero mi exesposa vive para complicar las cosas.

HTE: Lo tengo. Enviando a alguien con masa de gofres libre de gluten ahora mismo.

Sniper87: ¿De verdad? ¿Puedes sacarme de la zona de penalización?

HTE: Saca la plancha de gofres, Sniper.

—¡Papi! —June aparece a mi lado, tirando de la pernera de mi pantalón—. ¡Estoy hambrienta!

—¡Yo también! —se queja Libby, y de repente tengo dos pares de ojos grises mirándome con acusación.

—Trabajando en ello —les aseguro—. ¿Qué tal un poco de zumo de naranja por ahora?

—Jugo de frutas —ordena June.

—¡Y helado! —Libby me lanza una sonrisa angelical y añade—: Te eché de menos, papi.

Entrecierro los ojos hacia ella.

—Deja de intentar manipular a tu padre, Elizabeth. No vas a tener helado para desayunar.

—¿Qué significa *manipular*? —pregunta June.

—Significa que tu hermana está intentando engañarme para que le dé un dolor de barriga. —Me dirijo al refrigerador y miro dentro—. Tienen suerte. Tenemos jugo de frutas. —Siempre pongo estas cosas en la lista de la compra porque es el zumo favorito de June-bug.

¿Además? Es orgánico. ¡Toma esa, Kara! Le hago un corte de mangas mental mientras saco el envase y luego tomo dos tazas de plástico pequeñas de la alacena. Rufus, el tonto de mi perro, decide elegir ese momento para dirigirse a la cocina y correr entre mis piernas, haciendo que pierda el equilibrio. Termino derramando el zumo de frutas por mi sudadera gris claro. *Genial*.

—¡BUAJAJAJAJAJA! —Las gemelas estallan en risas, señalándome con sus dedos regordetes—. ¡Papi! ¡Estás violeta! —exclama June con alegría.



—No se rían de su padre, pequeños monstruos. —Gimiendo, me quito la sudadera mojada y manchada de violeta y la lanzo en el respaldo de uno de los taburetes de la encimera. Estoy seguro de que el líquido traspasó la tela porque mi pecho se siente mojado. Bajo la mirada. Sí, hay manchas violetas en mi pectoral izquierdo. *Doblemente genial.*

Tomo un trapo y rápidamente seco el líquido que cayó al suelo y la encimera. Luego sirvo las tazas, pongo a las niñas en dos taburetes y las observo tomarse su zumo felizmente.

Hombre, es fácil complacer a mis hijas. Dales un poco de jugo de fruta y están sonriendo como si fuese la mañana de Navidad. Aunque una vez que sus pequeñas barrigas comiencen a gruñir y se den cuenta que sus gofres no están preparados, dudo que vuelvan a sonreír.

Saco la plancha y una sartén para freír unas salchichas para el desayuno. Con suerte Hottie vendrá en poco tiempo. Lo juro, la mujer es una santa por los milagros que consigue.

Y no me decepciona, menos de quince minutos después que enviase mi SOS, el vestíbulo llama para informarme que tengo una entrega de Fetch.

—Oye, ¿Tommy? —pregunto al portero—. ¿Es posible que la entrega fuese hecha por la misma mujer que paseó a mi perro?

—Sí, es ella.

—¿Me haces un favor? Pregúntale su nombre por mí.

Espero mientras Tommy charla con ella y siento el vello de mi nunca erizarse.

—Su nombre es Hailey Taylor Emery —indica Tommy un momento después.

¿Hailey Taylor Emery? Como en ¿H... T... E...? ¿Hottie está en mi vestíbulo?

—Envíala arriba —suelto en el receptor.

—En realidad, ha pedido que el recepcionista lo tome...

—No —interrumpo—. Dile que no aceptaré el paquete a menos que lo entregue en persona. —*Jesús, ¿qué me sucede? ¿Por qué estoy obligando a esta pobre mujer a que suba para verme?*

Hay un pequeño silencio antes que Tommy hable de nuevo:

—Lo llevará arriba.



Cinco

Solo juega bien

Hailey

—¿Señorita Emery?

—¿Sí? —No entiendo esto. Especialmente debido a que me dirigía a la salida más rápido de lo que mi amiga podría decir me-avergonzaste-como-la-mierda-anoche. Pero me giro nuevamente con la indicación del portero.

Sus ojos brillan de diversión.

—El señor Eriksson le pide que deje el paquete usted misma. De lo contrario, no aceptará la entrega.

Gruño en alto. *¿Por qué ahora?* El viento de noviembre me azotó el cabello dejándolo como un gran arbusto de camino aquí.

El portero extiende la bolsa y la tomo. Mientras camino hacia el reluciente banco de ascensores, lo escucho decir:

—Estará bien.

¿Sabes esa sensación en el estómago cuando un ascensor comienza a elevarse? Hoy el tirón es seguido por una ola de pánico total. Mis palmas comienzan a sudar, y la bolsa de plástico de Whole Foods se vuelve resbaladiza en mi mano.

Estoy a punto de ponerme frente a frente con Matt Eriksson, el hombre al que he adorado en secreto desde que vi su primer juego de la NHL en la universidad.

La campana del ascensor llegando a su piso me envía una chispa de nervios por todo el cuerpo. Salgo y camino unos pasos hacia su puerta. Oigo voces dentro: el tono agudo de la risita de una niña y luego el amigable gruñido de Rufus.

De acuerdo, Hailey. Solo juega bien.



Levanto la mano para tocar, pero la puerta se abre de golpe y no lo hago. Mi brazo cae torpemente a un lado mientras una niña abre la puerta de par en par.

—¡Hola! ¿Trajiste gofres? Papi siempre ordena cosas.

—¡Eso no es verdad! —Argumenta una voz masculina, y el áspero timbre envía un hormigueo por mi espalda—. ¿Quién hace las mejores salchichas del mundo?

—Mamá dice que las salchichas tienen demasiado sodio —dice otra pequeña voz desde adentro—. ¿Qué es sodio?

—Es... ¿Libby? ¿Abriste la puerta?

Solo estoy parada allí como un maniquí, tratando de darle sentido al caos. Y luego la puerta se llena con otro cuerpo.

Con un gran cuerpo. Específicamente un pecho ancho y desnudo con músculos ondulantes por todas partes. Quiero decir, están ondulando activamente. Es fascinante. No sabía que alguien tuviera pectorales bien definidos en la vida real. Y abdominales como la antigua tabla de lavar de mi bisabuela.

Santa mierda.

Ahora las abdominales tiemblan un poco.

—¿Hottie? —dice alguien con una sonrisa.

—¿Mmm? —Finalmente aparto los ojos de ese glorioso estómago y miro hacia arriba. Pero luego estoy sorprendida por esos ojos fríos y penetrantes. El señor Frío me recibe de nuevo, y estoy solidificada en una estatua de chica de los recados.

—¿Lo entendí bien? ¿HTE significa Hottie?

La extraña pregunta penetra mi estupor, pero solo a mitad de camino.

—N-no —tartamudeo—. Hailey Taylor Emery —repito como autómata.

—Encantado de conocerte, Hailey Taylor Emery. —Extiende una mano para que se la estreche, y logro asirla. Pero la seca calidez de su mano contra la mía es asombrosa. Matt Eriksson me está sosteniendo la mano. Logró treinta y dos goles el año pasado con esta mano. Y está unida al cuerpo que protagoniza mis fantasías más sucias.

Y ahora me doy cuenta de que estoy agarrando su mano torpemente. Así que la tiro de la misma manera en que sueltas una cerca eléctrica que accidentalmente tomaste, de repente y con gran fuerza.

Fue entonces cuando Rufus me vio. Primero hay una gran alboroto de alegría, luego el sonido de uñas de patas sobre la madera pulida. Saca a la niña de cuatro años de su camino como una ansiosa bola de bolos que deja de lado un alfiler. Llega al pasillo, todo su cuerpo tiembla de emoción.



Mi cerebro todavía está lleno de lujuria, así que no le doy a Rufus el amor que exige. El perro se ve obligado a tomar las cosas en sus propias patas. Se levanta, poniendo sus patas en mis caderas. Su considerable volumen me saca de balance. O tal vez todavía estoy tambaleándome por la proximidad a Matt Eriksson. Pero pierdo el equilibrio y caigo en la alfombra de felpa del pasillo.

—Abajo —logro decir antes que Rufus me lama el rostro.

—Jesús —susurra Matt—. *Abajo*, Ruf. Deja a la pobre chica. —Empuja al perro a un lado—. ¿Estás bien?

Hago un ruido confuso de asentimiento. Algo así como “*yrrm*” porque ahora se cierne sobre mí, como un dios, y ese pecho pulido es todo lo que puedo ver. Tiene una capa de vello oscuro que se ensancha hasta convertirse en un sendero feliz al entrar en sus bajos pantalones de chándal.

Y estoy mirando de nuevo.

Cierro los ojos y ruedo hacia un lado, luchando por ponerme de pie mientras mis mejillas arden con incomodidad. Rufus se escapó de nuevo, probablemente en busca de su correa.

—¿Papá? —dice la niña que abrió la puerta—. ¿Tendremos panqueques ahora? Tengo *hambre*. —Tira de su mano.

—Aquí —digo, agarrando la bolsa con la mezcla del suelo donde está caída y empujándola hacia él. Tengo que salir de aquí y recuperarme por un minuto, o quizás un año. Y después de eso probablemente buscaré otro trabajo en otro lugar. A una buena distancia de Matt Eriksson, probablemente. Algo como Tahití, casi estaría lo suficientemente lejos.

Desliza la bolsa sobre su muñeca. Luego se inclina y coloca a su hija en edad preescolar sobre su cadera. Ella desliza sus brazos alrededor de su cuello y coloca una suave mejilla sobre su hombro desnudo.

¡Pop, pop! Ese sonido que están escuchando es el estallido de mis ovarios.

—Gracias —responde—. Siento que sea un caos aquí. —Luego sonrío y mi cociente intelectual baja otros cinco puntos—. ¿Qué te pareció el juego anoche?

—Fue increíble —digo con sinceridad. Es mi primera frase exitosa desde que pisé su piso—. Gran comunicación ofensiva durante el segundo período. Realmente generó algunas buenas oportunidades.

Cuando sus ojos se abren con diversión, me doy cuenta de que mi adicta interna al hockey encontró una forma nueva de avergonzarme.

—De todas formas, tengo que irme, a menos que haya algo que necesites. —*Como mi cuerpo desnudo en tu cama, por ejemplo*. Algo acerca de estar cerca de este hombre me hace pensar muy poco parecido a Hailey.



—Hay otro juego pronto —dice, su mano grande acaricia la espalda de su hija—. Enviaré a Rufus al rancho para perros para los largos viajes por carretera. Pero si pudieras sacarlo a caminar el domingo por la noche y el lunes a última hora de la mañana, sería genial.

—Está bien. —Haría lo que me pidiera. Triste pero cierto—. El domingo debería estar disponible... —intento juntar un par de células cerebrales, pero su desaliñada mandíbula lo hace difícil. Me pica la mano por extenderla y tocar esos cabellos erizados y probar su textura bajo mis dedos—, alrededor de sexo treinta o siete.

Sus ojos se arrugan en las esquinas, así que, en mi cerebro, recorro lo que acabo de decir.

—Seis treinta o siete —me corrijo. *¡Abortar, abortar!* Necesito salir de aquí. Este hombre tiene hijas por alimentar, y prácticamente estoy babeando en su felpudo. Soy peor que Rufus—. Me tengo que ir. Ha sido un placer —tartamudeo, retrocediendo.

—Hasta más tarde, Hailey —me grita mientras voy saltando para el botón del ascensor.

—¡Adiós! —Me las arreglo para contestar antes de escuchar el hermoso sonido de la puerta de un apartamento cerrándose finalmente. Estoy sudorosa y casi jadeante por la dificultad de mantenerme estoica frente al jugador de hockey más atractivo del mundo. Cuando entro en el ascensor, mi teléfono vibra con un mensaje de texto.

Tengo miedo de mirar, pero cuando lo hago, es solo Jenny.

¿Y BIEN?, exige. ¿Le llevaste al hombre sus gofres sin gluten? ¿Te invitó a desayunar y a un rapidito?

Eres hilarante, respondo. ¿Podrías por favor buscar en Google trabajo en Tahití?

Los siguientes dos días transcurren lentamente. Los paso intentando no revivir mi mortificante encuentro con el Pedazo de Dios del Hockey. Era mucho esperar que lo hiciese bien. Claramente, mi divorcio ha estropeado mi cabeza y me hace pensar en mi confianza: la antigua Hailey no hubiera tenido problemas para coquetear con hombres guapos, aunque cualquier coqueteo que haya hecho fue inofensivo, ya que estuve casada la mitad de mi vida.

El consejo de Jenny sobre volver a salir y empezar a hacerlo no está mal. Pero necesito comenzar poco a poco, con un tipo que no me convierta en una idiota balbuceante.



Dejar de lado nuestro incómodo encuentro no será fácil porque tengo que regresar a la escena del crimen. Cuando voy a pasear con Rufus el domingo por la noche, me siento un poco sudorosa al bajar del ascensor en el tercer piso.

Por supuesto, no hay nadie en casa excepto un perro. Y todavía me quiere. Le rasco las orejas y trato de no pensar en nada de lo que dije el otro día cuando me quedé en el pasillo perdiendo la cabeza.

Ugh.

Nos divertimos juntos antes de llevarlo a casa otra vez. Una caminata más es probablemente todo lo que tenga, también. Matt había dicho algo sobre enviarlo al rancho de perros cuando el equipo se vaya de viaje.

Cuando llegue el lunes, tendré que hacerle frente a *la otra* incomodidad en mi vida. He estado evitando a Jackson en el trabajo, pero mi suerte se acabó finalmente.

—¿Tienes un minuto? —pregunta mientras corro hacia la puerta a media mañana.

Mierda.

—Claro —digo, aunque realmente no es verdad. Se supone que debo pasear con Rufus, pero como no quiero que Jackson lo sepa, lo sigo hasta su oficina y me siento frente a él.

—¿Cómo has estado? —pregunta, con una sonrisa en su estrecho rostro. No puedo evitar compararlo con mi ídolo del hockey, y realmente no es una pelea justa. Jackson es un poco nerd, pero es un gran tipo. Me siento culpable al notar lo flaco que se ve su cuello asomando por encima del ordenado cuello de su camisa de vestir.

—Estoy bien —miento—. ¿Y tú?

Sonríe de regreso, y vislumbro un pequeño destello de por qué siempre lo querré. La amabilidad irradia de él como la luz del sol a mediodía.

—No me puedo quejar. ¿Cómo está la actualización de la aplicación móvil?

—No está mal. Debería tenerla lista para beta antes de Navidad. Darle a nuestro subcontratista un ultimátum finalmente hizo el truco.

Jackson se estremece.

—Me alegra que no se hayan ido.

—Sabía que no lo harían. —Esta es la razón por la que trato con los programadores. Jax es inteligente como el infierno, pero no puede jugar con las bolas duras. Le informo sobre nuestro progreso, y hace algunas peticiones que tendré que seguir.



—Gracias por manejar todo esto —dice, ajustando la posición de su lápiz para que se alinee perfectamente con el papel en su escritorio—. Necesitaremos algunos clientes para esta versión beta. ¿Tienes a alguien en mente?

Tiene razón, y aún no he llegado a esa parte. Probablemente porque solo tengo un cliente específico en mente en todo momento.

—Buen punto. Hablaré sobre eso. —Es una lucha no controlar mi reloj. Pero no puedo decirle a Jackson a dónde voy, porque viola la política de la compañía.

Entonces, me muestra algunas fotografías que tomó de artículos promocionales de vacaciones.

—Creo que tengo el concepto del envoltorio de regalo correcto —dice, señalando una hermosa foto de una caja envuelta en papel blanco con rayas plateadas—. Dejaremos que los clientes elijan el color de la cinta que sea apropiado para las vacaciones que están celebrando. Pedí azul, rojo y plateado.

—Es hermoso —digo—. Entonces agregaré esos colores de cinta al menú de regalo.

Saco mi teléfono del bolsillo y me pongo una nota. Jackson es la mitad artística de este negocio. Mientras administro los aspectos técnicos del negocio, él es quien diseña nuestro sitio web, nuestra marca y todas nuestras comunicaciones con los clientes.

También es quien puso mi foto en el portal web. Hicimos esa toma hace cinco años, cuando ni siquiera podíamos permitirnos que un fotógrafo nos ayudara. Fue su idea ponerme ese lápiz rojo en los dientes, el que coincide con el texto de nuestro logotipo.

—¿Algo más? —pregunto, esperando que diga que no.

Mi ex inclina la cabeza hacia un lado, viéndose pensativo.

—Mi padre me hizo ver una propiedad en el vecindario Bridle Path. Con la expansión en mente.

Solo así, mi estómago se tensa.

—Pero no estoy seguro de que estemos listos para eso, ¿verdad? —pregunta Jackson—. No antes que se inicie nuestra nueva aplicación.

—Bien... —digo lentamente, tratando de leer entre líneas—. Pero, sé que quieres expandirte.

Frunce el ceño ligeramente.

—La expansión es una forma bastante crucial para hacer crecer los resultados. Pero tenemos que estar completamente preparados para llevarla a cabo. Ahora mismo, finalmente estamos en un lugar donde casi podemos respirar. La expansión nos pondrá de nuevo en modo lucha.



—Hmm —digo, tratando de adivinar el subtexto de esta conversación—. Si necesitas lucha, puedo pelear. —*¡No mostraré debilidad!* Si quiere que deje la compañía, tendrá que salir y decirlo.

—Voy a reflexionar sobre esto —dice en cambio.

—Está bien —respondo, saltando de mi silla—. ¿Hay algo más?

Lentamente, niega.

—¡Hasta más tarde! —digo con falsa alegría, luego corro a la salida. Y, aunque sé que Jackson no me está persiguiendo por la calle, sigo corriendo hasta el edificio de apartamentos de Matt. *¿Es extraño que en mi cabeza nos tratemos con el primer nombre?*

Rufus está tan feliz de verme esta mañana como lo estuvo anoche. Lo llevo al parque cercano donde hay un espacio para perros y le quito la correa. Ya me conoce lo suficientemente bien para venir cuando lo llamo, así que no me preocupa terminar persiguiéndolo por el lugar cuando sea el momento de irme.

Además, le compré un regalo gourmet para perros de camino a la oficina esta mañana, por si acaso esta es nuestra última vez juntos.

Mientras huele traseros y socializa en el recinto de perros, dedico tiempo a resolver un par de problemas en la oficina enviándole instrucciones por mensaje de texto a Dion. En poco tiempo, mis manos se están congelando y pierdo la noción del tiempo.

—¡Vamos, Ruf! —grito—. ¡Hora de irse! ¿Quieres una galleta?

Viene corriendo cuando ve el regalo, y le sujeto el cuello mientras se la come. Caminamos de regreso a la avenida Yorkville a buen paso, y estoy tarareando cuando llamo al apartamento de Matt.

—Siéntate —le digo a Rufus cuando entramos—. Buen chico. —Me dejo caer de rodillas, y mueve su cola cuando hacemos contacto visual—. Sí, eres un chico muy guapo. —Le doy un beso en la nariz. Lo desabrocho, y se menea un poco más, probablemente preguntándose si tengo más de esas golosinas. Mis manos indudablemente huelen a galleta perruna—. Lo siento, amigo. Ya te di todos los bienes.

—¿Lo hiciste? —pregunta una voz baja, y casi salgo de mi piel.

Mi corazón da espasmos de sorpresa cuando giro para ver a Matt Eriksson parado frente a la isla de su cocina sonriéndome.



Seis

Noche de póker

Matt

Hottie casi se cae del susto, y me siento mal por sorprenderla. Parece tener un pobre sentido del equilibrio por alguna razón. Pero incluso tambaleante, es la mejor vista que he tenido en días. Lleva unos pantalones ajustados y un abrigo de invierno azul del mismo tono que sus ojos. La punta de su nariz está roja por el frío, y tengo el impulso más tonto de besarla. Tiene una nariz muy linda, y el pequeño pendiente en ella es extrañamente atractivo. Nunca me he sentido atraído por las chicas punk, pero definitivamente me siento atraído por esta.

Rufus se recupera primero. Se acerca para decir hola, pero luego corre directo hacia Hottie. *Ese traidor*. Ya tiene una ventaja sobre mí. Ha estado en el lado receptor de un par de besos de Hottie.

Yo no he tenido nada. Es la primera vez que tengo celos de mi perro.

—Estás en casa temprano —dice Hottie, levantándose con cuidado.

—Cierto —conuerdo—. Nuestro almuerzo benéfico fue cancelado, y volamos a casa dos horas antes de lo previsto.

—Correcto. Bueno... —Camina hacia la puerta.

—Oye, no tan rápido —me quejo—. Acabo de poner la cafetera. ¿Tomas una taza conmigo?

Sus ojos se ven un poco salvajes, y trato de no sonreír. Mi Hottie es fanática del hockey, aparentemente. Es obvio que la asusté. Eso sucede a veces. Un ser humano perfectamente funcional puede ponerse un poco loco cuando se trata de los jugadores de hockey. Lo sé de primera mano porque dije mal mi propio nombre una vez cuando le pedí a Wayne Gretzky que firmara esa camiseta colgada en mi pared.

—Me encantaría tomar un café —dice con una voz casi normal.

—Genial. ¿Cómo lo tomas?



ELLE KENNEDY

—Negro —dice, y sus hombros se relajan un par de grados—. Gracias.

—Siéntate —le indico, haciendo un gesto hacia el sofá—. Quítate el abrigo.

Le doy la espalda y preparo un par de tazas. Cuando las llevo al sofá, encuentro a Rufus boca arriba, con la cabeza en el regazo de Hottie y el vientre al aire.

Ella mira hacia arriba cuando coloco las tazas sobre la mesa.

—Muchas gracias.

—En realidad... —Tomo un sorbo de mi café—. Eso es exactamente lo que quería decirte. Has sido una verdadera ayuda para mí, Hailey. He tenido un año realmente de mierda, para decirlo sin rodeos.

Se estremece.

—¿Te refieres a tu divorcio?

—Sí. No fue mi idea. Pero me mudé cuando ella me lo pidió, porque no quería que mis hijas fueran desarraigadas de su hogar. Amueblar un apartamento no fue algo que hubiera planeado hacer, ¿sabes? Estaba tan molesto. Pero luego tú hiciste todo, y no tuve que gastar ninguna energía en los detalles, y realmente lo aprecio. —Echo un vistazo a las cosas de buen gusto que Hottie eligió—. El lugar se ve genial.

Su sonrisa es mi recompensa por abrirme así. Realmente ilumina su rostro, y hace que esos ojos azules cobren vida.

—De nada. Y lo entiendo totalmente.

—¿Lo haces?

Asiente, y la potencia de su sonrisa se enfría unos pocos grados.

—Recientemente también me divorcié. Sucedió más o menos al mismo tiempo que el tuyo, alrededor de hace un año y medio. Tampoco fue mi idea.

—Oh —le digo, y una opresión se apodera de mi pecho. Intento imaginar a alguien diciéndole a Hottie que se mude, y siento una oleada de ira en su nombre—. Lo siento, Hottie. Quiero decir, Hailey. —*Mierda.*

Ella ríe, por suerte.

—Es realmente una suerte que mis iniciales no sean U.G.H.

Ahora también me estoy riendo.

—O I.C.K.

Se ríe.

—Tenemos un empleado cuyas iniciales son D.T.H. Lo llamamos el señor Oscuro.



Todavía riéndome, levanto mi taza y doy otro sorbo. Mientras bebo, noto que la mirada de Hailey está fija en mi garganta. Luego se da cuenta que lo noté y sus mejillas adquieren un tono rosado. Sí, definitivamente la pongo nerviosa.

—Entonces, umm. Tus hijas son súper tiernas —dice después de un silencio incómodo—. ¿Tú y tu ex tienen custodia compartida, supongo?

—Apenas. No las veo tantas veces como quisiera —admito—. El horario de viaje del equipo es una perra, ¿sabes?

Asiente con simpatía.

—Eso debe ser duro.

—Sí. Lo es.

Pongo mi taza sobre la mesa y me reclino contra los cojines del sofá. Rufus está entre nosotros, y distraídamente extendiendo la mano para acariciar su vientre. Excepto que Hailey todavía lo está acariciando también, así que mis dedos involuntariamente rozan los de ella cuando alcanzo a la mascota.

Su aliento se detiene. Entonces quita la mano como si el vientre de Rufus, o tal vez mi mano, estuviera cubierta de pulgas. O tal vez lo hizo debido a la pequeña sacudida de electricidad estática que pasó por nuestros dedos cuando colisionaron.

Ahora se está sonrojando violentamente, y miro divertido mientras envuelve ambas manos con fuerza alrededor de su taza.

—Deben extrañarte —dice, incómoda de nuevo—. Tus hijas, quiero decir.

Mi corazón se aprieta dolorosamente al recordar las lágrimas brillantes en los ojos de June-bug cuando Kara vino a buscar a las niñas la otra mañana. June siempre ha sido más sensible que Libby. Lloro cuando se cae un sombrero. Libby es más reservada. Bueno, para una niña de cuatro años. Todavía tiene sus momentos de berrinches, pero en su mayor parte, es mejor ocultando sus emociones que su hermana.

—Las extraño también —digo bruscamente. Luego me trago el nudo en la garganta y rápidamente cambio de tema—. ¿Qué pasa contigo? ¿Tú y tu exmarido tuvieron hijos?

Hailey niega.

—Estábamos demasiado ocupados construyendo nuestro negocio. Planeábamos tener hijos eventualmente, pero el momento nunca fue el correcto.

—¿Tu negocio? —repito—. ¿Te refieres a Fetch?

—Sí. Jackson y yo somos copropietarios de la compañía.

Mis cejas se disparan.



—¿Trabajas con tu exmarido? Hombre, eso es tan duro como no ver a mis hijas regularmente. Nunca podría manejar ver a Kara en una oficina todos los días.

—En realidad somos buenos amigos —confiesa Hailey. Sus ojos azules se ablandan, y veo un destello de pena allí—. Hemos sido amigos desde que teníamos seis años.

—Oh. Vaya. ¿Lo conoces desde hace tanto tiempo?

Asiente.

—Éramos vecinos. Crecimos juntos, salimos cuando éramos adolescentes, nos casamos durante la universidad. —Una pausa—. Me divorcié a los veintisiete.

—Lo siento. —Casi me siento mal por pedirle que se quedara a tomar un café. Quería agradecerle y conocerla un poco, pero de alguna manera nos llevó por este camino serio, demasiado íntimo. Entonces cambio el tema nuevamente—. Tienes veintiocho años, ¿eh? Te ves como de quince. —Me estremezco—. No, quita eso. Pareces de dieciocho, como legal. De lo contrario, no podría seguir llamándote Hottie en mi cabeza.

Hailey se ríe, y es un sonido dulce y melódico que hace felices a mis oídos.

—Tengo veintinueve años, en realidad. Y sí, sí, me veo joven. Es una maldición.

Me río.

—En serio —insiste—. Todavía me piden mi identificación en el cine cuando compro entradas para películas clasificadas en R.

—Tómalo como un cumplido —le aconsejo—. Te sentirás en las nubes cuando tengas, como, sesenta, y todos te confundan con una treintañera.

—Cierto.

Una pausa cae sobre la habitación. Rufus ronca entre nosotros. Hailey está bebiendo lo último de su café, lo que me alerta sobre su inminente partida. Sé que probablemente saldrá disparada de aquí como un murciélago del infierno en el momento en que termine su café. Si voy a invitarla a salir, entonces tengo que hacerlo ahora...

¿Invitarla a salir?

Mierda, ¿de dónde vino eso? ¿Quiero invitarla a salir?

Trabajo la idea en mi cabeza por unos segundos. Sí, creo que sí. Sin embargo, no he estado en una cita desde mi divorcio. ¿Vestirme e ir a cenar y pasar una tarde con una mujer sin la expectativa de tener sexo? No he hecho eso en mucho, mucho tiempo.

Lamentablemente, llevo tanto tiempo pensando que no noto el momento. Hailey dejó su taza sobre la mesa y se está poniendo de pie.



—Debería irme —dice, y escucho tanta reticencia y entusiasmo en su tono, como si al mismo tiempo estuviera muriéndose por quedarse y muriera por huir.

Supongo que escogió lo último, porque comienza a caminar hacia el pasillo.

—Espera, te acompaño —le digo.

—De todos modos, supongo que quieres que siga sacando a pasear a Rufus, así que avísame sobre tu horario de la semana y lo incluiré en mi calendario. —Está balbuceando de nuevo, mientras aparta la vista—. Lo confirmaremos todo a través de la aplicación Fetch y podré enviarte actualizaciones, y gracias por el café y la conversación. Esto fue realmente agradable. Disfruta el resto de tu día, *Math*. ¡Quiero decir, Matt! Hablaremos pronto. ¡Adiós!

Está fuera de la puerta antes que pueda parpadear, dejándome preguntarme: *¿acaso me llamó Math?*

Ya que no tengo juego esta noche y las niñas están con su mamá, rápidamente respondo que sí cuando Blake Riley me llama y me invita a su casa para la noche de póker.

—¿Quién más estará allí? —pregunto, balanceando el teléfono entre mi oreja y mi hombro mientras rápidamente me bajo los pantalones deportivos por las caderas y los reemplazo con vaqueros desteñidos.

—Wesmie, Hewitt y Lemming —responde Blake—. Esperaba a Luko también, pero sus suegros están en la ciudad. Es una pena, porque eso es dinero gratis, ¿sabes?

Lo sé. La cara de póker de nuestro capitán de equipo es como una ventana sin cortinas, puedes verla bien.

—Estaré allí en treinta —digo—. ¿Quieres que lleve algo?

—Solo tu buen trasero... —Blake grita de repente—. ¡Qué, J-Babe! ¡Cheezus! ¡Eso *duele!*

Oigo una voz femenina amortiguada en el fondo. Es Jess, la novia de Blake.

—¿Su *buen trasero?* —pregunta—. ¡Con quién estás hablando!

Hay un aullido de risa en mi oído.

—¡Eriksson! —grita Blake entre risas—. ¡Me estaba refiriendo al buen trasero de Eriksson!



—Mi trasero está bien —estoy de acuerdo—. Dile a Jess que estaría feliz de enseñárselo cuando llegue allí.

—Claro, se lo diré —responde Blake alegremente—. Después de cortarte las pelotas y dárselas de comer a una oveja.

¿A una oveja?

Antes que pueda cuestionar eso, mi compañero de equipo dice:

—¡Nos vemos en un minuto de Nueva York! —Y luego cuelga.

Realmente Blake es jodidamente raro. No entiendo la mitad de la mierda que dice. De acuerdo, no creo que nadie lo haga, incluida su novia.

Me pongo una sudadera con capucha sobre mi camiseta, luego salgo de la habitación en busca de mi abrigo. Este apartamento no tiene un armario ropero junto a la puerta de entrada, así que siempre tiro la maldita cosa a algún lado y luego no recuerdo dónde. La encuentro en uno de los taburetes de la cocina, me la pongo y me paso el gorro por la cabeza cuando salgo por la puerta.

Blake vive cerca del lago, y está demasiado lejos para caminar, especialmente ahora que el clima se ha vuelto loco. Crecí en Tampa, por lo que me tomó un tiempo acostumbrarme a los inviernos de Toronto. Todavía no me gustan. El frío en una pista de hockey, me desahoga. ¿Los inviernos canadienses? Apestan en las pelotas. Así que voy al ascensor y me meto en mi Porsche Cayenne, haciendo clic en el calentador del asiento.

Cuando entro en el apartamento de Blake media hora más tarde, el resto del equipo ya está allí. Wes y Jamie viven en el mismo edificio, a solo un corto paseo en ascensor. Lemming y Hewitt viven cerca, también.

—¡Yo! ¡Matty-Cake! —grita Blake desde su asiento junto a la mesa de póker cubierta de fieltro verde—. ¿Estás listo para un trasero-golpeado?

Le sonrío. Está usando visera y tiene un palillo de dientes que sobresale de la comisura de su boca, como en una anticuada estampa.

—Tal vez debería haberme quedado en casa —señalo secamente.

Jamie Canning, quien me dejó entrar, me ofrece una sonrisa irónica a cambio.

—Estaba pensando lo mismo en el segundo que vi esa visera.

Blake demuestra tener audición sobrehumana.

—¿Qué pasa con mi visera? —Se ve genuinamente insultado—. ¿No sabes eso? Una visera te hace más sabio.

—Eso no es un dicho. —Wes suspira desde el mostrador de la cocina. Está en el proceso de sacar dos cervezas del refrigerador de acero inoxidable—. ¿Eriksson, cerveza?



—Sí, por favor. —Tomo la botella que me da y me uno a los demás en la mesa.

Ben Hewitt y Chad Lemming, extremo izquierdo y defensa, respectivamente, me saludan con gestos y gruñidos. Blake está ocupado barajando barajas, mientras Wes comienza a repartir fichas de colores.

—¿Dónde está Jess? —pregunto a nuestro anfitrión.

—Abajo, en casa de Wesmie. Está estudiando para un examen de enfermería y afirma que necesita completo silencio. —Blake sacude la cabeza—. No lo entiendo. Puede estudiar en el dormitorio, ¿verdad? No es como si fuera ruidoso. ¿Creen que soy escandaloso?

—Amigo, escandaloso es una subestimación —Wes le informa—. Eres... —Se detiene, buscando la palabra correcta.

—Eres decibelios de desafiante —dice Lemming amablemente.

Wes frunce los labios.

—Todavía no lo describe con precisión.

—Estremecedor de paredes —ofrece Jamie.

—Mejor.

—Silenciosamente deficiente —sugiere Hewitt.

—Que les jodan a todos ustedes —refunfuña Blake.

—Oye, al menos no eres tan ruidoso como tu madre —digo en un intento por tranquilizarlo.

Jamie aclara.

—Estoy bastante seguro de que uno de mis tímpanos está destrozado permanentemente gracias a la madre de Blake.

—¡COME SUS BEBÉS, BLAKEY! —grita Wes en una perfecta imitación de la señora Riley y todos estallan en carcajadas, incluido Blake.

—Vamos —dice Hewitt, buscando su montón de fichas—. Hagamos esta mierda. Katie me quiere en casa a las diez.

Lemming imita el sonido de un látigo.

—Si estás insinuando que soy un cobarde azotado, entonces, sí, ciertamente lo soy. —Hewitt se encoge de hombros—. Y estoy feliz de serlo. Mi esposa es maravillosa.

—Lo es. —Tengo que estar de acuerdo. Katie Hewitt es impetuosa, ardiente y muy divertida. Siempre quise que Kara y yo hiciéramos una cita doble con los Hewitt, pero descubrió que Katie estaba demasiado “*en tu cara*”, sus palabras, no las mías.

—Por supuesto que sí —dice Lemming amablemente, antes de estallar en una sonrisa—. ¿Pero sabes qué más es increíble? La vida individual.



Ese bar al que OC y yo fuimos en Chicago era como un buffet de pollo con todo lo que pudieras comer. No es mentira.

—¿OC? —Jamie se hace eco mientras Blake reparte cartas.

—Will O'Connor —explica Lemming—. Estamos probando nuevos apodosos el uno para el otro. Quería llamarlo Willie, pero me dio un puñetazo cuando lo sugerí.

—¿Cuál es su apodo para ti? —pregunto, tratando de no poner los ojos en blanco. Desde que Lemming rompió con su novia, ha estado pasando mucho tiempo con O'Connor, quien le da un nuevo significado a la palabra *mujeriego*.

—Madagascar —responde Lemming antes de mirar sus cartas.

—No lo entiendo —dice Wes.

Yo tampoco. Reviso mis cartas, reina y siete, fuera de juego. Blake hace un sonido y mi espíritu se levanta. Estoy mirando una reina, siete y diez. Bonito.

—Porque mi apellido es Lemming y Madagascar tiene una gran población de Lémures.

Jamie resopla ruidosamente.

—Falso. Esos son *lémures*, amigo.

—¿Qué diablos es un lémur? Acabas de inventar esa palabra.

Jamie, Wes y yo nos reímos.

—¡No es inventado! —Wes balbucea—. Es un animal real.

Lemming pone sus cartas boca abajo sobre la mesa y entrecierra los ojos hacia Wes.

—¿Cómo se ve? ¿A qué familia de animales pertenece?

Eso detiene a Wes por un momento.

—¿Es como un roedor?

Hewitt arruga la frente.

—Nah, hombre, es un primate, creo.

Jamie asiente.

—Creo que es un primate.

Lemming mira alrededor de la mesa, su expresión sospechosa.

—Ustedes, idiotas, están jugando conmigo.

Eso provoca otra ronda de estridente risa, hasta que Blake se aclara la garganta y golpea su visera en un movimiento exagerado.

—Chicos. Por favor. Estamos jugando póker.



—Sí —murmura Lemming—. Estamos jugando póker, así que cierra la boca.

—Apuesto cinco —anuncia Blake.

—Igualado. —Hewitt.

—Doble. —Wes.

—Veo tus cinco y aumento a diez. —Jamie.

—¡Gran derrochador! —blasfema Blake—. ¡Ahora estamos hablando!

Apuesto y también lo hace Lemming, y luego Blake reparte el turno: otro diez. No es genial, pero sigo buscando reinas y sietes. Hay otra ronda de apuestas. Lemming y Blake se retiran esta vez, dejándonos a mí, a Hewitt y a Jamie para pelear. Blake voltea la siguiente carta y *maldita sea*. Otra reina. *Tenemos un full, bebé*.

Entro durante la última ronda de apuestas, lo que provoca que Hewitt me mire boquiabierto.

—¿En serio? ¿De primera mano?

—Está mintiendo —decide Jamie, estudiando atentamente mi rostro.

Sonrío.

—¿Lo hago?

—Estoy totalmente de acuerdo —concuera Blake, pero los trescientos dólares en fichas en medio de la mesa son aparentemente demasiado caros para Jamie y Hewitt. Se retiran. Alegrementemente tomo mis ganancias.

Mientras se reparten varias manos más, disparamos mierda sobre nada en particular. Nuestro próximo horario. El equipo de juveniles que entrena Jamie. El nuevo Escalade que Hewitt compró para su esposa. Eventualmente, la conversación se remonta a las escapadas de Lemming con “OC”. O, más específicamente, al fourgy⁴ que se permitieron después de esa visita al bar de Chicago.

—Esperen, ¿entonces estabas haciéndolo con una chica y O'Connor estaba con la otra, y estaban justo en la misma habitación? —pregunta Wes con curiosidad—. ¿Ustedes, muchachos, todos, ya saben, estaban en compañía de los demás?

Lemming ríe disimuladamente.

—Sin ánimo de ofender, Wesmie, pero no me gustan los penes. Entonces, no, no hubo ningún tipo de toque involucrado. Pero las chicas estuvieron felices de tocarse... —Me mira, moviendo las cejas—. Deberías haber ido, E. Fue un buen momento.

⁴ También conocido como forgiá, es un término para referirse a una orgía de cuatro personas.



Honestamente, suena terrible, pero no lo digo en voz alta. A Lemming se le permite que se divierta. Es seis años más joven que yo y todavía está enamorado del estilo de vida pro-hockey que yo aproveché al máximo antes de conocer a Kara.

En estos días, no estoy buscando etiquetar a dos polluelas con uno de mis compañeros de equipo. Prefiero ver películas de Disney con mis hijas y ver algunos momentos destacados deportivos antes de acostarme. Y tal vez disfrutar de una buena cena con un bombón en particular...

—¿Matty-Cake? —dice Blake.

Me doy cuenta de que todos están esperando que juegue. Reviso mis cartas, siete, nueve. Luego el rey de la mesa, la reina, el rey, el diez, el diez. Hay alrededor de quinientos dólares en el bote.

—Me voy —anuncio, lanzando mis cartas hacia abajo.

—De todos modos —dice Lemming, mirándome de nuevo—. No te entiendo, amigo. Estás soltero ahora. Toma ventaja de eso.

Me encojo de hombros.

—Estoy en la escena de la conexión completa. He estado allí, hecho eso.

Hewitt habla en tono cuidadoso.

—¿Qué hay de algo más que conectarse?

Levanto mis pestañas hacia él.

—Aw, Ben-Ben, ¿estás diciendo que quieres “más que conectarte” conmigo? Estás enamorado de mí, lo sabía.

Él levanta su dedo medio.

—No, idiota, estoy hablando de citas. Como salir con alguien.

Blake asiente con seriedad.

—Sí, Luko y yo estábamos hablando de eso el otro día...

¿Um, qué? ¿Por qué mis compañeros de equipo están discutiendo sobre mi vida amorosa?

—Y estaba diciendo cómo la hermana de Estrella era una zorra, Z-O-R-R-R-A.

—Zorra tiene doble R —interviene Jamie.

—No cuando te pareces a la hermana de Estrella —declara Blake—. Definitivamente merece tres R. O más, sí, eso tiene más sentido. Cuádruple R. Entonces, Z-O-R-R-R-R-A.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Conoces a la hermana de Estrella?

—No —dice Blake con ligereza—. Pero confío en los ojos de Luko.



—Sí, ajá. Bueno, creo que voy a pasar —digo en un tono gracioso—. No puedo salir con la cuñada de mi capitán, ¿y si le rompo el corazón? Me encadenará por las bolas. —Dudo—. Además, yo, eh... —Me detengo abruptamente. *¿Cuál diablos es el problema conmigo? ¿Estaba realmente a punto de hablarles sobre Hailey?* Esta es la noche de póquer, no un episodio de *Sexo en Nueva York*.

Pero Blake se apresura a saltar.

—¿Además, qué? —exige.

Me muevo.

—Hay alguien en quien podría estar interesado.

—¡La trama se complica! —grita, maniáticamente frotándose las manos—. ¿Quién es?

—La que pasea a mi perro —dejo escapar.

Todos ríen.

—¿En serio? —dice Jamie.

—Sí y no. Pasea a Rufus como un favor para mí porque soy un buen cliente de este genial negocio que posee llamado Fetch.

—¡Oh, sí! —dice Lemming, barajando las cartas—. OC usa Fetch para comprar comestibles y recoger sus camisas. Me mostró la aplicación. Hay una nena en la pantalla de inicio.

Mi mandíbula se tensa con irritación. Siempre he pensado en esa foto de Hottie como mía, incluso si eso es ridículo.

—Ese es el lugar.

—¿Cómo funciona? —pregunta Wes, bebiendo su cerveza.

—Les pagas por hora —digo—. Y cobran un recargo por las cosas que compren para ti. Pero vale la pena. Si vuelas a casa a una nevera vacía y la tintorería cierra en una hora, se encargan de eso.

—¡Boom! —concuerta Blake.

—Te encuentran cualquier cosa —agrego—. Si necesita un regalo para el cumpleaños de tu madre o reservas en un restaurante, simplemente pones las instrucciones en la aplicación y listo. Me decoraron todo mi apartamento. No puse un pie en una tienda.

—Eh. —Wes empuja a Jamie con el codo—. Es como si me conocieran. Voy a probarlo.

Jamie se encoge de hombros. Pero probablemente acabo de mejorar los resultados de Hottie. Si todo el equipo comienza a usar Fetch, tiene que ser bueno para los negocios.



—¿Pueden encontrarme una cita para la ópera? —pregunta Lemming, acumulando sus fichas restantes—. Nuestra función benéfica favorita es en diez días.

Todo el mundo gime. Los jugadores deben asistir a ocho o diez eventos al año, pero no todos son creados igual. El de la ópera es el menos favorito de todos. El dueño del equipo tiene alrededor de noventa años y le encanta la mierda de la ópera. Sin falta, la cosa durará tres horas. Mínimo. Incluso la buena comida y el alcohol no son suficientes para mantenernos alegres.

—Aquí hay una idea —dice Blake, repartiendo las cartas—. Esta ronda no es por dinero en efectivo. El ganador se reportará enfermo la noche de la ópera, y el resto de nosotros tendremos que responder con virus estomacales de veinticuatro horas.

Wes recoge sus cartas.

—Me encanta ese plan.

Me alegra que la conversación se haya alejado de Hailey. Parece que mis compañeros de equipo se olvidaron de mi pequeña confesión, y es algo bueno, porque todavía no sé cómo me siento acerca de salir nuevamente. Mi matrimonio fracasó debido a mi carrera, y no es como si hubiera cambiado de trabajo. Cualquier nueva relación en la que me meta está más o menos condenada.

—Probablemente te guste la ópera —bromea Lemming.

—¿Porque soy raro? —Wes resopla—. Piensa otra vez.

—¿J-Bomb? —pregunta Blake—. ¿Qué piensas de la ópera? —Inclina la botella de cerveza hacia su boca.

—Bien, Blake. Soy bisexual, así que solo me gusta la mitad que a Wes.

—Ahora, cariño —argumenta Wes—. Eso significa que te gustaría el doble.

Blake se ríe tan fuerte que le sale cerveza por la nariz, y luego todos nos carcajamos después.

Tengo una gran mano de cartas, pero realmente no importa.

—Sabes que todos iremos a esta maldita ópera —refunfuño—. El festival anual de besos es el evento favorito del propietario.

—¡No para mí! —dice Jamie con una sonrisa, empujando sus fichas al centro de la mesa.

—Oh, tú vas por completo —refunfuña Wes.

—Mis chicos tienen un juego esa noche.

—Espera. —Su esposo levanta la vista—. ¿Sabes qué noche es?



—No. Pero estoy muy ocupado.

Dios bendiga la noche de póker. Las disputas y las bromas distraen mi mente de las cosas más difíciles. Acepto otra cerveza y me relajo con mis muchachos.

Sniper87: ¡Ayuda! Mi esmoquin es sagrado.

HTE: ¿Tu esmoquin es feligrés?

Sniper87: Cristo. Me refiero a lleno de agujeros. Lleno de agujeros.

Sniper87: Grrr. Lo necesito para la obra a benéfica más aburrida del mundo la próxima semana.

HTE: Bien. ¿Alquiler o compra? ¿Probablemente lo usas bastante a menudo?

Sniper87: Comprado, supongo. Lo uso unas 8 veces al año. ¿Puedes hacer lo tuyo y que aparezca uno?

HTE: Te ayudaré. Pero no es como la mezcla de gofres. Tienes que probártelo. Y si vas a usarlo con frecuencia, no puede ser solo un ajuste rápido de manga como hacen para las bodas. Necesitarás una adaptación.

Sniper87: Refunfuño, gruñido.

HTE: No mates a la mensajera. Puedo encontrarte una tienda con buen inventario de esmóquines y hacerte una cita adecuada. ¿Cómo suena eso?

Sniper87: Bien. Comprobando mi calendario.

HTE: Tómate tu tiempo. Solo sentada aquí comiendo bombones.

Sniper87: ¿De verdad?

HTE: No. Date prisa. Esto es una locura hoy. Debe haber luna llena.

HTE: * Tamborilea con los dedos sobre el escritorio. * * Esperando a Sniper. * * Se pregunta cómo puede patinar tan rápido, pero tomarse 80 años para ver un calendario. *

Sniper87: ¿Eres impaciente con todos tus clientes? Podría probarme trajes mañana después de patinar. Entonces a las 12:30 seguro. O el mismo viernes.

HTE: ¿Cuándo es la obra benéfica? Tendré que asegurarme que sepan que tenemos prisa.

Sniper87: El próximo viernes. Desafortunadamente.

HTE: ¿Quién es un chico gruñón hoy? Iré a buscarte un traje de pingüino. Pero no es una camiseta de pingüinos.



ELLE KENNEDY

Sniper87: *Espero que no.*

HTE: *Tienes razón. Hay un montón de perdedores. ¿Quién quiere la Stanley Cup, de todos modos? De vuelta, Snipes.*

HTE: *Klingerman's, mañana a las 12:30. Adjuntando la dirección de Yonge Street. Envié tus medidas para que puedan sacar algunas cosas del estante para que te las pruebes. Están preguntando si necesitas algo más mientras estás allí. ¿Estás bien para los trajes?*

Sniper87: *Odio probarme mierda. Ojalá pudiera aparecer en mi armario.*

HTE: *Y yo quiero un poni azul. ¿Necesitas algo más mientras estás parado frente al sastre en bóxer?*

Sniper87: *Soy un tipo de calzoncillos bóxer. Deberías saberlo. Tú los compraste.*

HTE: ** Golpea la cabeza en el teclado **

Sniper87: *Podría usar otro traje. El de rayas se ve pestilente y no he comprado desde que Kara me obligó a ir hace dos años.*

HTE: *Se lo diré. Diviértete mañana.*

Sniper87: *Tengo una solicitud más.*

HTE: *Suéltala.*

Sniper87: *Quiero tu ayuda. La ropa no es mi fuerte.*

HTE: *La tienda de hombres es bastante buena en eso. Solo díselo.*

Sniper87: *¿No irás?*

HTE: *Lo haré si quieres que lo haga. Sin embargo, parece exagerado.*

Sniper87: *¿Por favor?*

HTE: *ESA ES LA PALABRA MÁGICA. :) Te veré mañana.*



Siete

Perdiendo puntos de inteligencia

Hailey

Solía pensar en mí misma como una humana inteligente y funcional. Y cuando estoy mandándome mensajes con Matt, nos divertimos y me las arreglo para completar mis frases y evitar babearme.

Aun así, paso los primeros quince minutos en la tienda de hombres tropezando con mis propios pies y balbuceando como una maniaca. Este hombre me convierte en la idiota del pueblo cada vez que lo veo.

El problema es que está delante de un sastre de edad avanzada en ropa interior. Lleva unos calzoncillos bóxer ajustados de un brillante naranja, y puedo ver el contorno de su culo perfecto en toda su gloria. Y sus piernas desnudas, los poderosos tendones de la corva tensados para la batalla.

Cuando miro en el gran espejo de tres paneles delante de él, es incluso peor. Poderosos muslos y abdominales que ondean bajo su camiseta interior. Me las arreglo para no mirar su paquete, aunque toma un esfuerzo serio, y estoy parlotando sobre el tiempo con el sastre como un mono con exceso de cafeína.

Por fin el sastre tiene todas las medidas que necesita. Se le entrega a Matt una camisa de esmoquin, y espero que entre a un probador en alguna parte para probarse todo, pero ya estamos *en* el enorme vestidor. Así que desliza sus poderosos brazos en la camisa justo delante de mí.

Pierdo otros cinco puntos de inteligencia.

El sastre empieza a dispararle preguntas a Matt. ¿Chaqueta con solapas redondeadas o de pico? ¿Satén o cordellate?

—¿Hottie? —grita, un ceño en su rostro.

Eso me saca de mi estupor. Voy hacia el estante y empiezo a mirar rápidamente las opciones.



—Creo que las solapas redondeadas lucen un poco sofocantes. Estarás más cómodo en unas de pico. —Aparto las opciones con solapas redondeadas y estudio las tres chaquetas restantes—. Esta de terciopelo está muy bien, pero no es lo bastante versátil para ti. —También es apartada al lado—. Eso nos deja esta. —Sostengo una chaqueta negra de esmoquin muy tradicional—. O la azul medianoche. Creo que la azul medianoche es bastante sexy, pero si quieres ser estrictamente tradicional, ve por la negra.

Duda.

—Me gusta la azul. ¿Estás segura de que no es demasiado rara?

—Déjame ver... —Saco mi teléfono y miro en Pinterest—. Aquí está Matt Bomer llevando una. Jake Gyllenhaal. Y, vaya, Ryan Gosling. —Dejo escapar un suspiro, porque las fotos son muy hermosas y mis niveles hormonales ya están por las nubes.

—Dámela —refunfuña Matt, todavía gruñón.

Se ve asombroso, por supuesto. El sastre trae los pantalones a juego y se ocupa del ajuste, sujetando con un alfiler los dobladillos del pantalón y tomando notas en su portapapeles. Mientras tanto, intento no tragarme la lengua. El hombre delante de mí eclipsa a Ryan Gosling cualquier día de la semana con sus profundos ojos grises y elegantes rasgos nórdicos. La fuerte mandíbula luce un poco tensa hoy, pero por alguna extraña razón, solo le añade a su atractivo.

Lo tengo mal.

Matt mira su reflejo en el espejo.

—Vendido —dice—. Continuemos con los trajes. —Pero por supuesto, el sastre necesita hacer algunos arreglos mientras Matt frunce el ceño.

Y entonces, antes que esté lista, está quitándose el traje, sus amplios hombros emergiendo de las mangas. Su mano cae a su cintura, donde desabotona los pantalones, justo como ha hecho cada noche en mis sueños durante la última semana.

Juro por Dios que hace noventa grados en esta habitación. ¿Son los veintinueve demasiado joven para tener sofocos?

Muevo las chaquetas en el otro estante para distraerme.

—No estoy segura sobre este estilo —le digo al sastre, sosteniendo una chaqueta—. La mayoría de lo que tiene aquí está cortado demasiado recto para él. Necesita algo más estrecho desde esos robustos hombros a esa... —me detengo antes que la palabra *deliciosa* escape—... estrecha cintura.

El calor sube por mi cuello y puedo sentir la sonrisa de Matt incluso sin verla.

—Robustos, ¿eh? —murmura por lo bajo.



WAGS # 2 ELLE KENNEDY

—La señorita tiene un buen punto —dice el sastre—. Un momento. —
Desaparece y entonces estamos solos.

Y él está en ropa interior de nuevo.

—Siento ser tan gruñón —dice en voz baja, esos ojos grises estudiándome.

—No eres tan malo.

Me da una sonrisa agradecida.

—Los derroches no son la mejor parte de mi trabajo. Cuando tenía veinte no me importaba. Las fiestas eran una auténtica revelación. Todo el dinero en un lugar, ¿sabes? —Extiende la mano para jugar con la cinta métrica del sastre donde cuelga sobre el hombro de un maniquí—. Pero se vuelve viejo.

—Lo apuesto. Y dijiste que este era tu evento menos favorito del año. No eres un fan de la ópera, ¿eh?

—Ni en lo más mínimo. Y se suponía que fuera mi noche con las chicas. Así que ahora tengo que rogarle a mi ex que me lo cambie. Eso debería ser divertido.

—Lo siento.

Niega como para salir del pensamiento.

—Me gusta el esmoquin azul, Hottie. Es un cambio agradable. Cuando descubrí todos esos agujeros de polilla en el negro, pareció el destino.

—¿Por qué?

Su sonrisa es irónica.

—Me casé con ese esmoquin. Kara lo escogió. Por lo que, por poco que me guste ir de compras, es probablemente el tiempo para un cambio.

—Sí. Todavía estoy viviendo con cosas que elegí con mi ex. Parece estúpido tirar todas las cosas bonitas que recibimos en nuestra boda y empezar de nuevo con reemplazos de Walmart. Pero tengo que mirarlo todos los días.

—¿Has empezado a salir en citas de nuevo? —pregunta de repente.

La cuestión me toma completamente por sorpresa.

—No, en realidad. Esto va a sonar muy raro...

Me da una tímida sonrisa.

—¿Tal vez no estás preparada?

—Es más como... ni siquiera sé cómo funciona. Nunca he estado en una cita.

Sus cejas se elevan.



—¿Quieres decir durante años?

—No. Nunca. Jackson y yo éramos mejores amigos. Luego fuimos una pareja. Un día en la escuela me besó en lugar de darme un abrazo de despedida. Y eso fue todo. Ya ha pasado más de una década. Nunca me han pedido salir. Nunca he ido a cenar y al cine con alguien que no he conocido toda mi vida. ¿La pequeña charla y el protocolo y los primeros besos? Solo lo he visto en las películas.

Probablemente debería callarme, porque sueño como un bicho raro incluso a mis propios oídos, y Matt está mirándome de la manera en que mirarías a un alienígena. Sonríe de repente.

—Y pensé que había estado fuera del mercado mucho tiempo.

—Solo estoy aquí para hacerte sentir mejor —le digo. Y ahora estoy cohibida de nuevo.

El sastre regresa con varias chaquetas de traje, y convengo a Matt que el gris es la mejor opción.

—El corte luce genial, y... —Es muy difícil darle a este hombre consejos de moda sin jactarse.

—¿Y? Termina la frase. Porque Kara me dijo que nunca debería llevar gris.

—¿En serio? —Aliso las solapas porque mis manos pican por tocarlo—. ¿Era del tipo celoso? —Levanto mis ojos a los suyos, y me golpea la realidad de cuán cerca están nuestros cuerpos.

—A veces. ¿Por qué?

—Porque el gris realmente hace resaltar tus ojos. Te ves genial en este color.

—Gracias, Hottie —susurra—. Ha pasado un largo tiempo desde que alguien me dijo algo así.

—Bueno. —Quedo atrapada por un segundo en su firme mirada—. Alguien debería.

El sastre carraspea y doy un rápido paso atrás.

Y desde que Matt ha hecho sus elecciones, no hay más razones para quedarme. Me excuso y salgo como el infierno de allí.



Ocho

Márquenle a la loca

Hailey

—¡Un giro! —grita Jenny a la mañana siguiente, mirando por encima del hombro a la pantalla.

—La trama se complica —estoy de acuerdo en tono serio.

Miramos la foto por tres segundos más, luego nos vemos y nos echamos a reír. Entre risas histéricas, me las arreglo para obtener la esencia del último pedido del señor Polla. Está en el mercado de las cintas adhesivas de doble cara para poder asegurarse de que su Speedo verde neón no se le suba. Aunque tal vez deberíamos llamarlo señor Trasero ahora, porque la foto adjunta muestra una vista posterior de él en dicho Speedo verde neón, y sí, funciona totalmente. Sus nalgas son redondas, tensas y bronceadas. En cierto modo son atractivas.

—Hombre, podría rebotar sobre los glúteos de ese trasero. —La profunda voz hace que Jenny y yo saltemos sorprendidas. Giro mi cabeza para encontrar a Matt Eriksson parado detrás de nosotras.

—¡Math! —dejo escapar—. ¡Quiero decir, Matt!

Jenny se ríe.

—Siempre me llamas Math cuando estás nerviosa —comenta mientras se acerca—. ¿Qué pasa con eso?

—No estoy nerviosa —refunfuño—. Estoy sorprendida. ¡Me asustaste!

—Siento eso. No tienen recepcionista, así que vagué por el pasillo hasta que vi una puerta con tu nombre.

Oh, mierda. ¿Solo estaba deambulando por ahí? ¿Qué pasa si alguien lo vio y descubrió que era un cliente? ¿Por qué se está apareciendo en mi oficina?

—No deberías estar aquí —digo con inquietud—. Querías que tu perfil de cliente fuera anónimo.



Matt agita una mano.

—Ah, no me importa eso. Entonces, ¿qué pasa si el mundo sabe que uso Fetch? Es un servicio increíble.

Se mueve aún más cerca, inclinándose para ver mejor la pantalla de la computadora. Como todavía estoy sentada en mi silla, estoy atrapada entre el escritorio y su hombro. Su muy ancho hombro, que empuja el mío mientras dobla su cuerpo grande y sexy. Huele fantástico, y tengo que contener la respiración para no inhalar su aroma cítrico y caer desmayada sobre él.

—Entonces, ¿qué estamos mirando? —pregunta con curiosidad—. ¿Porno de traseros? Tu trabajo es más divertido de lo que pensaba.

—No. —Inmediatamente hago clic con el ratón para cerrar la pantalla—. Lo siento —digo cuando noto que me levantaba una ceja—. Es una solicitud de cliente. Confidencialidad y todo eso.

Se relaja con la palabra *cliente*. Hmmm. ¿Estaba un poco celoso al pensar en mí navegando por porno a tope? *Nah*. Por supuesto que no. Probablemente piense que soy un bicho raro.

—Te traigo un café —dice Matt mientras se endereza. Sostiene un vaso de Starbucks—. Negro, como te gusta.

Las cejas de Jenny se disparan. Casi puedo escuchar sus pensamientos. *¿De la manera que me gusta? ¡Dímelo todo!*

Evito su mirada intensamente curiosa y acepto la taza.

—Gracias —le digo sonriendo.

—De todos modos, vine a... —Con una mirada incomoda, se detiene y luego mira a Jenny.

No entiende la indirecta. O tal vez lo haga y elija ignorarla. Poniendo los ojos en blanco, me levanto de la silla y hago un gesto hacia la puerta.

—Necesitamos un minuto —digo a Jenny.

—¡Tengo un minuto! —chilla.

Con voz firme, repito mi declaración anterior.

—Confidencialidad de cliente.

—Oh, bien. —Claramente decepcionada, resopla por la puerta, cerrándola tras ella.

Matt apoya una cadera contra mi escritorio.

—Ésta en realidad no es una llamada de negocios —admite.

—Aun así —respondo con ironía—. Jenny no es muy buena para captar las señales sociales.

Sonríe, y la imagen caliente mi corazón. Este hombre es tan jodidamente atractivo. Como para derretir tu cerebro, como humedecer tus



bragas sexys. Y cuando sonrío, me hace cortocircuito totalmente en el sistema. Mis piernas se sienten más que un poco tambaleantes cuando me vuelvo a sentar. No creo que pueda soportar mi propio peso ante el potente atractivo sexual de este tipo.

—Entonces, ¿qué pasa? —pregunto.

Matt todavía está apoyado contra el escritorio. Su pierna está a unos diez centímetros de mi rodilla. Me pregunto qué haría si extendiera la mano y le acariciara el muslo. No es que vaya a hacerlo. Eso me sacaría del extraño territorio chica-fan y me dispararía a la tierra psico.

—Estaba pensando en lo que dijiste ayer en la tienda —comienza.

Arrugo la frente. Dije muchas cosas en la tienda. La mayoría de ellas probablemente sean un galimatías, porque ver a Matt Eriksson en ropa interior me había convertido en un lloriqueo tonto.

—¿Sobre cómo nunca has salido realmente? —pregunta.

Siento que mis mejillas se calientan.

—Oh. Eso.

—No sé, parece algo injusto que nunca hayas tenido una cita real. — Hace una pausa—. Pensé en cambiar eso.

Mi corazón salta en mi garganta. Oh.Dios.Mío. *¿Me lo está pidiendo? ¿Matt Eriksson me está invitando salir? ¿A una cita? ¿Matt Eriksson quiere que vaya a una cita con él? ¿Matt Eriksson quiere salir conmigo? Matt Eriksson quiere...*

¡Márquenle a la loca!

Respiro hondo y me obligo a salir de mi trance mental.

—Y tengo una primera cita fascinante en mente —termina, y luego me muestra otra de esas sonrisas paralizantes.

—¿Sí? —Mi pulso está acelerado. Debo decir que no, ¿verdad? La fan loca no es exactamente una buena candidata para este hombre. Necesita una mujer que no lo llame “Math” y tartamudeé cada vez que esté cerca.

—*Rigoletto* —dice solemnemente.

Limpio mis húmedas manos en mis pantalones.

—Oh, me encanta la comida italiana. Aunque nunca había oído hablar de ese restaurante.

Se ríe. Bajo, profundo y teñido de humor.

—Es una ópera —corrige.

Me sonrojo.

—Oh. Eso suena...



—¿Terrible? —provee. Sus labios se contraen hasta que finalmente otra risa se desliza—. Sí, la ópera tampoco sería mi primera cita de elección. Pero puedo llevarte por tapas primero. Es un evento de equipo obligatorio, y pensé que, si me acompañabas, podríamos pasar un buen rato. Nos imaginé: me pondré ese esmoquin nuevo que me ayudaste a elegir. Podremos consolarnos durante la parte de la ópera, y luego habrá una propagación de pateas-traseros después. —Mueve las cejas de manera tentadora, y agrega—: Además de un bar abierto...

—Quieres que vaya a un evento de equipo contigo... como tu cita —digo lentamente.

—Sí. —Se frota el costado del cuello, pareciendo incómodo de nuevo—. ¿Te gustaría ir?

¡Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí!

—Sí, claro —digo casualmente. Excepto que parezco tan casual que bordea la indiferencia, y su leve ceño fruncido me dice que no está emocionado por la frívola respuesta—. Suena divertido —le aseguro, inyectando una dosis de entusiasmo en mi voz.

Una sonrisa curva sus labios.

—Genial. Es el próximo viernes, ¿te recojo a las siete?

—Suena bien. —Eso me da una semana para desenterrar un vestido digno de la ópera. Tengo la sensación de que mis vestidos simples, en su mayoría de descuento, no van a lograrlo. ¡Jenny al rescate!

—Genial. Realmente estaré esperando esto ahora. —Hay algo genuino en la forma en que me está mirando, con calidez y anticipación.

—¿Debido a que arrastraste a una pobre idiota al sufrimiento contigo? —bromeo, sobre todo porque estoy desconcertada por la intensidad de su mirada.

Los ojos grises de Matt permanecen clavados en los míos.

—No, porque podré pasar un tiempo real contigo.

Oh, Dios. No puedo apartarme de esos ojos. Siento que algo está sucediendo ahora mismo. Algo extrañamente íntimo y terriblemente intenso, y, sin embargo, todo lo que estamos haciendo es mirarnos uno al otro. Pero hay una extraña electricidad en el aire. Y la mirada de Matt cae a mi boca. Su intencionada concentración me tiene mordidéndome el labio inferior, y una chispa de calor brilla en sus ojos.

—Hottie. —Avanza lentamente.

Una gran mano agarra la mía, tirándome de mi silla y poniéndome en pie. Y... Oh Dios, creo que me va a besar. Sus labios están separados, y su lengua sale brevemente para humedecerlos. No sé si estoy lista para esto. No he besado nadie desde Jackson.



—Hailey —dice una voz desde la puerta—. Necesito hablar contigo sobre... Oh. Hola.

Hablando del demonio.

Jackson entra a mi oficina sin llamar, con una carpeta en una mano y una taza de café en la otra. Matt suavemente da un paso atrás con la aparición de mi exmarido.

—¡Jackson! —chillo.

Su frente se arruga.

—Lo siento, no fue mi intención interrumpir. No sabía que había alguien más aquí. —Jackson estudia a Matt, y puedo verlo tratando de descubrir de dónde lo conoce. Jackson y yo vimos muchos juegos de Toronto juntos, tanto en televisión como en persona, por lo que está familiarizado con muchos de los jugadores. Después de unos segundos, parece encajar las piezas—. Espera, ¿eres Matt Eriksson?

La larga espera de Jackson me permite reunir mi compostura, y mi tono suena constante y profesional mientras hago las presentaciones.

—Jax, Matt es uno de nuestros clientes. Matt, este es Jackson Emery, el copropietario de Fetch.

Incluso si no le hubiera dicho a Matt que trabajo con mi ex, el apellido lo habría hecho. Todavía no he conseguido dejar “Emery” y volver a simplemente “Taylor”. Probablemente debería hacer eso, lo sé, pero la idea de cambiar el nombre del papeleo parece tan... definitiva. Como que hará que el divorcio... sea real.

Es real.

Mierda. Sí. Sé que es real. Soy una tonta cursi, supongo.

—Es un placer conocerte —dice Matt cortésmente. Extiende una mano y Jackson la estrecha.

—Encantado de conocerte, también. —Jackson sonríe—. Es genial que nuestra lista de clientes tenga un jugador de hockey profesional.

—Y la cita de la ópera de Hailey —dice Matt, guiñándome un ojo.

Jackson frunce el ceño.

Trago. *Oh, Dios mío. ¿Por qué dijo eso?*

—¿Irán juntos a la ópera? —La mirada de Jackson se mueve lentamente de mí hacia Matt y luego hacia mí—. ¿Desde cuándo te gusta la ópera, Hails?

—No lo hace —tartamudeo—. Pero...

—La convencí. —Matt termina por mí.



—Ya veo. —Jackson hace una pausa. Cuando vuelve a hablar, hay un toque mordaz en su tono—. Melinda es una gran fan de la ópera. Debería llevarla uno de estos días.

Todo mi cuerpo se aprieta. Penosamente. *¿En serio acaba de mencionar a la mujer que está viendo?* Algo arde como ácido en mi garganta. Enfado. *¿O tal vez una sensación de traición?* Sin embargo, no son celos. *No estoy celosa porque Jackson esté saliendo con alguien.*

Pero eso no significa que quiera saber de ella.

—De todos modos —Matt suena cauteloso mientras mira entre Jackson y yo—, te llamaré más tarde para repasar los detalles —dice.

Logro un asentimiento.

—Bien.

—Hasta más tarde, Hottie.

Jackson frunce el ceño de nuevo.

Para mi incredulidad, Matt golpea ligeramente mi trasero antes de salir por la puerta.

Lo miro boquiabierta, sin saber si estar enojada o entretenida. Creo que podría haber estado tratando de hacer que Jackson estuviera celoso a propósito al llamarme Hottie y tocarme el trasero, pero... ¿por qué? *¿Quizás vio la forma en que me estremecí cuando Jackson mencionó a Melinda?*

Cuando me giro, veo que a Jackson le arden los ojos de enojo.

—¿Qué fue eso? —exige.

—Debería preguntarte lo mismo —respondo.

Su mandíbula se abre.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Qué hice?

—Hablemos sobre esto —digo—. Acordamos no hablar sobre nuestras vidas amorosas entre nosotros, y mencionaste cómo tu nueva novia es una gran admiradora de la ópera.

—¡Ya mencionaste que irás a la ópera con Matt Eriksson!

—Él lo mencionó —me quejo.

—Bueno, de cualquier manera, se planteó. —Jackson me fulmina con la mirada—. ¿Desde cuándo sales con Matt Eriksson?

—No lo hago.

Su mandíbula se aprieta.

—¿Así que acabo de imaginar toda esta jodida conversación?

Me estremezco ante sus agudas palabras, porque Jackson normalmente no maldice.



—Quiero decir, todavía no hemos salido —lo modifico torpemente—. La ópera será nuestra primera cita. Vino hoy para pedírmelo.

—Y dijiste que sí.

—¿Debería haber dicho que no?

—¡Sí! —Su rostro se pone rojo—. ¡Es un cliente, Hails! No puedes confraternizar con los clientes. Va en contra de las reglas.

—Las reglas que tenemos son para nuestros empleados, Jax. Somos los copropietarios de esta empresa.

—Exactamente —dice bruscamente—. Eres la copropietaria. Lo que significa que debes liderar con el ejemplo. ¡No podemos hacer que nuestro personal piense que está bien salir con los clientes!

—Nadie sabe que Matt es un cliente. Solo nosotros tenemos esa información —respondo con fuerza—. Y que salga con él no afecta el negocio. —Sin embargo, no voy a decirle cuáles son las reglas que voy a romper para no molestar a Rufus. *Mierda.*

—¿Qué pasa si todo se tuerce y lo perdemos como cliente? —cuestiona Jackson—. ¿Alguna vez pensaste en eso?

—Matt y yo somos adultos. Incluso si no funciona, no perderemos un cliente. —Dios, espero que no lo hagamos—. Si realmente crees que es un gran problema, puedo dejar de manejar sus solicitudes.

Jackson pasa una agitada mano por su cabello.

—No lo sé. Esto simplemente parece poco profesional, Hails.

La indignación se queda en mi garganta.

—¿De verdad? ¿Y hablar con entusiasmo de tu novia frente a un cliente es profesional?

—No estaba diciendo mucho —dice fríamente—. ¿Estás diciendo que puedes hacer alarde de tu jugador de hockey en mi rostro, pero no puedo mencionar a la mujer que estoy viendo?

Otra flecha de dolor atraviesa mi corazón.

Nos miramos uno al otro por un momento.

Dejo escapar un fuerte suspiro.

También lo hace él.

—Jackson... —La miseria se aferra a esas dos sílabas—. ¿Qué está pasando aquí?

—No lo sé. —Suena igual de sombrío.

Después de un largo latido, nos sentamos uno al lado del otro en el borde de mi escritorio, ambos mirando al frente. Dios, *¿cómo sucedió esto? ¿De dónde vino esta distancia?* Este es el chico con el que crecí. El chico del que me enamoré y con el que me casé. Jackson y yo nunca alzamos



nuestras voces, ni siquiera una vez, durante nuestro matrimonio de ocho años. Es desalentador que lo estemos haciendo ahora.

Cuando miro su atractivo perfil, cientos de preguntas pican en mi lengua. ¿Quiere comprar mi parte para sacarme del negocio? ¿Para dejar de trabajar juntos? ¿Por qué es tan difícil pensar en él con otra mujer? ¿Y por qué me hace secretamente feliz que le moleste pensar en mí con otro hombre?

¿Cómo llegamos aquí?

Jackson se aclara la garganta. Entonces finalmente habla.

—Sabía que sería duro, pero no pensé que tanto —admite.

Trago de nuevo.

—¿Qué?

—Salir con otras personas. Quiero decir, estamos divorciados, pero aún me importas, Hails.

—Me importas también.

—Yo... —Se detiene torpemente—. Siento haber mencionado a Melinda de la nada de esa manera. Me tomaron por sorpresa, y fue solo una sacudida.

—Lo sé. Está bien. Probablemente exageré un poco.

Después de un momento de vacilación, me rodea con su brazo. Inclino mi cabeza en su hombro, y es una postura tan familiar que mi garganta se tensa.

Su voz está cargada de emoción.

—No quiero verte lastimada.

Arrugo la frente.

—¿Por qué me lastimaría?

—Eriksson es un jugador de hockey profesional —señala Jackson—. Los atletas profesionales tienen cierto tipo de reputación, ¿sabes? No quiero que juegue contigo.

—Él no es así, Jax.

No puedo explicar por qué estoy tan segura de eso, pero lo estoy. Vi a Matt con sus hijas, cuán amable y cariñoso era con ellas. Sé que está en casa la mayoría de las noches cuando no tiene partido, porque es cuando envía sus solicitudes de búsqueda, y siempre está ahí para aceptar las entregas. Muchos de los otros chicos del equipo de Toronto están en internet, todo el tiempo. Como ese tipo, O'Connor, los foros de hockey dicen constantemente cómo fue visto en algún club nocturno en Richmond o besuqueándose con una modelo en algún bar de la azotea. El nombre de Matt, por otro lado, apenas aparece en esos sitios.



ELLE KENNEDY

—¿Quieres que deje de manejar su cuenta? —ofrezco.

—No. —Jackson suspira—. Somos amigos, ¿verdad, Hails?

—Siempre —susurro.

—Eso nunca va a cambiar —dice, antes de plantar un ligero beso en la parte superior de mi cabeza—. Pase lo que pase, siempre seremos amigos.

Se pone en pie, recoge su carpeta de archivos y su taza, y sale de mi oficina.

¿No importa lo que pase? Como en, ¿intentará sacarme del negocio?
¿Es eso lo que quiso decir?

Miro hacia la puerta vacía, las respuestas me eluden. Pero hay una sensación muy mala en la boca de mi estómago.



Nueve

Como el área de castigo, pero más lujoso

Matt

Estoy de pie en los escalones del teatro de la ópera, extrañamente nervioso. Esta es una idea estúpida para una primera cita. Quería llevar a Hottie a una tranquila cena primero, algún lugar donde pudiese alimentarla y contarle mis mejores bromas. Pero así no es como resultó esta noche. En cambio, la estoy llevando a una noche con mis compañeros de equipo hiperactivos, a una ópera donde tendré problemas para mantenerme quieto en mi asiento.

Astuto, Eriksson, me reprendo. Bien hecho.

Hottie no podía reunirse conmigo para cenar esta noche porque tenía una reunión de emergencia con su programador. Así que eso apesta. La noche solo se salva gracias a que mi traje me queda perfectamente. Es otra cosa en mi vida con la que ella me ha ayudado.

—De todos modos, ¿de qué trata esta ópera? —pregunta Wes, dándome un codazo.

—Joder si lo sé.

—*Deseo que sea sobre follar* —murmura Blake.

—¡Oh, vamos, chicos! —protesta Jess Canning—. *Rigoletto* es la creación más famosa de Verdi. Es increíble, y prometo que será de su gusto. —Es nuestra amiga artista, así que debería saberlo.

—Bueno, no nos mantengas en ascuas, J-Babe —exige Blake a su novia—. ¿Cuál es la historia? ¡Dios sabe que no hablamos alemán!

—Es italiano, tonto. Esperen, antes encontré una sinopsis... —Pulsa su teléfono—. La historia abre con el duque en una gran fiesta. Está intentando decidir a qué mujer seducir primero. La canción es "*Questa o quella*", que significa "¿esta mujer o aquella?".



—Ahora estamos hablando —comenta Blake—. Es justo como yo en los viejos tiempos. Antes de encontrar a la perfecta. —Rodea la cintura de Jess con uno de sus enormes brazos—. Cuando compré nuestros billetes, noté que este lugar tiene un enorme guardarropa. Ya sabes cómo disfrutamos los guardarropas...

Ella le da una sonrisa tonta, pero Wes masculla.

—Demasiada información, ¿de acuerdo? Ahora, háblame de la maldita ópera.

Jess sigue explicando la historia. Hay una maldición en el duque y su bufón, y la hermosa hija del bufón. En lugar de escuchar, estoy ojeando la calle, mirando cada taxi que estaciona, buscando a Hailey. No puedo encontrarla en ninguna parte.

—La canción en el tercer acto es algo que reconocerán —promete Jess—. “*La donna e mobile*”. Significa “la mujer es caprichosa”.

—Suenan bien —dice Lemming.

—Eh —advierto—. Esas cosas siempre suenan mejor en papel. Pero durará tres horas y lograrán chuparle la diversión a la historia. —Ya he estado en bastantes de estas noches de ópera.

—Hablando de chupar y alegría —insinúa Blake con una sonrisa—. Matty-Cake tiene dos billetes en la mano. ¿Hay algo que deberíamos saber, chico mío? ¿Ahora tú y la que pasea al perro son pareja?

Lo desearía. Y esta noche probablemente no mejoraremos mis posibilidades. Pedirle esto a Hottie fue una idea terrible. Si me deja plantado, puede que sea lo mejor.

—¿Qué tal si no haces ninguna broma *apestosa*⁵ por el resto de la noche?

—¿Cuál es la diversión? Conseguí que nos sentásemos juntos en un palco. Es como el área de castigo, pero más lujoso.

—Tú... ¿qué? —Justo mientras me estoy preocupando por este nuevo desarrollo, se detiene otro taxi. Cuando se abre la puerta, unas largas piernas aparecen desde su interior oscuro. Luego Hottie saca esas impresionantes piernas del auto y se levanta sobre unos tacones, su cabello oscuro brillando bajo las farolas de la calle.

—¿Tengo razón, Matty-Cake? —cuestiona Blake, golpeándome en las costillas. Todavía está hablando, pero lo he ignorado.

—Cállense —siseo—. Aquí viene mi cita. Finjan que son normales.

—Buena suerte con eso —se mofa Wes.

⁵ En el libro dice *sucking*, juega con el doble sentido de su significado, que puede ser apestar o chupar.



—Mamma mia —murmura Lamming entre dientes—. Esa no puede ser tu cita, Eriksson. Es demasiado sexy para ti.

Quiero decirle que mantenga la boca cerrada, pero no hay tiempo. Hottie me ve y sonríe. La veo caminar en la acera abarrotada y bajo unos cuantos escalones para recibirla.

—Hola, lo lograste. —Tomo su mano, luego me inclino y le doy un beso en la mejilla para mostrar mi apreciación. Su perfume me invita a que me quede, así que tomo una profunda bocanada de aire antes de apartarme—. Gracias por venir.

Pestañea hacia mí por un largo momento, luego baja la mirada a nuestras manos unidas.

—El placer es mío. —Su voz es suave y un poco indecisa, le están brillando los ojos azules. Siento el cálido zumbido de la pasión y deseo que simplemente pudiera acercarme a uno de esos taxis y pedirle al conductor que nos llevase de vuelta a mi apartamento.

Pero no puedo, por supuesto. Y no es a lo que accedió Hailey.

Cierto. La ópera lo es.

—Me disculpo de antemano por mis amigos —digo sin rodeos.

—¿Por qué? —Me sonríe de nuevo y me golpea con fuerza. Si así es como va a mirarme Hottie cuando se haya acostumbrado un poco a mí, puede que no sobreviva—. ¿No se duchan después del entrenamiento?

—No es tan malo —contesto, devolviéndole la sonrisa. Ambos estamos ahí sonriendo como unos idiotas, pero no puedo evitarlo—. Solo son un poco rudos. No son fans de la ópera. Excepto por Jess. —Señalo con la cabeza a la novia de Blake en las escaleras.

Hottie mira hacia mis compañeros y se encoge de hombros.

—Soy de Toronto, Snipes. No me asustan unos jugadores de hockey.

Me rio entre dientes.

—¿Snipes?

—Si yo tengo un apodo, tú también lo tienes. Es lo justo. —Me da una mirada apreciativa—. Bonito esmoquin. Alguna persona inteligente debe haberte ayudado a elegirlo. —Se lame los labios y mira hacia el teatro.

Tomando su brazo, la guio escaleras arriba.

—Chicos, esta es H... —Casi digo Hottie—. Hailey Taylor Emery.

—¡Genial! —exclama Blake con su habitual entusiasmo ensordecedor—. ¡Me encanta una chica con tres nombres! Como, umm... —Se detiene—. ¡James Earl Jones!

—No es una chica. —Jess suspira, estrechándole la mano a Hottie—. Bienvenida al manicomio.



ELLE KENNEDY

—Sarah Jessica Parker —ofrece Wes.

—Julia Louis-Dreyfus —añade Lemming.

Interrumpo su recitar de estupideces al presentar a cada uno de estos zoquetes y luego las luces parpadean fuera del teatro, impulsando a que todo el mundo entre.

—¡Vamos, chicos! —exclama Jess, aplaudiendo—. ¡No quiero perderme el principio!

—No me importaría —murmura alguien.

Entramos al teatro y le ofrezco a Hottie mi brazo mientras subimos una escalera de caracol. Alguien nos muestra un palco privado, donde otro ujier espera a colgar nuestros abrigos en un pequeño armario justo afuera.

—¡Lujoso! —dice Jess con aprobación.

Pero ni siquiera puedo escucharla, porque le he quitado a Hailey el abrigo de los hombros. Y ahora casi me atraganto con mi lengua. Está vistiendo un brillante vestido sin espalda. Esa ni siquiera es la razón por la que estoy sin palabras. Hottie tiene un intrincado tatuaje de enredadera cruzando su tonificada espalda.

Dejo salir un pequeño gemido de anhelo y ella gira la cabeza con una mirada inquisitiva.

—¿Todo bien?

—Sí —contesto, mi voz ronca. Pero no, no estoy bien. La ópera acaba de doblar su duración si tengo que sentarme al lado de ella toda la noche intentando no imaginarme la imagen completa de esos tatuajes a lo largo de su cuerpo desnudo—. ¿Dónde te gustaría sentarte? —pregunto, apartando reticentemente la mirada de su fenomenal trasero.

—En cualquier parte.

El palco tiene seis butacas tapizadas en terciopelo. Guio a Hailey a los del frente. Los otros son para Jess, Blake y...

—¡Lo logré! —exclama Jamie, apareciendo en la puerta vistiendo un traje.

—¡Cariño! —grita Wes con sorpresa.

—Mi segundo entrenamiento fue cancelado. Corrí a casa y me cambié.

—Oh. Ahora sé que me amas. —Él tira de James para un beso.

Y luego sucedió algo hermoso. Alguien del personal nos ofrece copas de champán desde un carrito en el pasillo. Le entrego una a Hailey.

—Con clase —dice ella.

—Definitivamente no tuvimos bebidas el año pasado —recuerda Blake—. Deben ser los asientos de palco. Siéntate en mi regazo, Jessie. Ahora es casi una fiesta.



ELLE KENNEDY

Ella se apoya en su muslo y chocan sus copas, luego se besan.

Soy el último hombre soltero en el planeta, al parecer.

—Esto es tan glamuroso —remarca Jess, bajándose del regazo de Blake y colocándose en su propio asiento.

—Esto es exactamente lo que no nos gusta de ella —menciona Wes.

Hailey sonrío y me relajó un poco.

—Gracias por venir esta noche —le digo—. Tal vez la ópera no sería tu primera elección, pero realmente disfruto de tu compañía.

Baja la mirada un segundo, como si encontrase difícil aceptar esta especie de elogio.

—Es agradable salir de mi rutina a veces, Snipes. —Alza su elegante barbilla—. ¿Has visto *Rigloetto* antes?

—No tengo ni idea —contesto sin vergüenza, y ella se ríe.

Cuando las luces del teatro se apagan un momento después, sonrío ante la embarazosa quietud dentro del teatro. Un par de toses y el murmullo de la ropa es todo lo que se escucha por un momento.

—¡Solo de guitarra! —murmura Blake detrás de mí y escucho la risa de Hailey incluso si no puedo verla.

La orquesta comienza con un fenomenal solo de metales y ocarina. Cuando el telón se abre, hay un gran escenario donde se está llevando a cabo una gran fiesta, justo como describió Jess. Intento centrarme y observar, pero no es fácil. Soy muy consciente de Hottie a mi lado. Quiero observarla a ella en lugar de a la ópera.

Bebo de mi champán y observo con más detenimiento el vestuario del escenario. No son del periodo histórico correcto. Alguien decidió ambientar esta ópera en... ¿Las Vegas? ¿Atlantic City? Son mafiosos y mujeres vestidos como en los cincuenta.

Como de costumbre, mi mente se deriva a mejores temas. Hailey y luego el hockey. Pronto noto que he pasado un gran montón de tiempo pensando en estrategias de ofensiva para nuestro partido contra Vancouver. Cualquier esperanza que tuviese de seguir la ópera desapareció hace mucho.

En el escenario, el tipo rico de la fiesta de la escena de apertura se sienta en una silla bebiendo champán mientras dos docenas de otros personajes se colocan alrededor de él en un semicírculo, cantando.

Me inclino hacia Hottie y susurro:

—¿Tienes idea de qué está sucediendo ahora mismo?

Lentamente, gira la cabeza hasta que sus labios me acarician la oreja. Todos mis sentidos prestan atención y la saludan mientras susurra:



—Ni maldita idea.

Su cálido aliento acaricia mi rostro mientras la música aumenta y soy golpeado con una ola de puro deseo. Tampoco es solo por sexo. Con gusto la llevaría a casa a la cama conmigo. Pero ansío esto también, una broma en la oscuridad. Una risa privada con una compañera del crimen.

Giro la cabeza hasta que mi nariz roza sutilmente su suave mejilla.

—En realidad es bastante obvio lo que está sucediendo —murmuro a su oído.

—¿Es así?

—Sí. Ese tipo rico, creo que es el don de la mafia, le está diciendo a sus matones que golpeen a alguien.

Ella asiente con seriedad.

—El hombre que robó la cocaína.

—Correcto —susurro, mis labios rozando el lóbulo de su oreja. Ella se estremece—. Pero creo que primero vamos a conseguir una persecución en auto. Encontrarán las drogas en la parte trasera de la furgoneta. Vigilada por la hermana Maria, mi profesora con verrugas de tercer grado.

Hailey gira su rostro en mi hombro y la siento reír entre dientes. En el escenario, una mujer con un vestido rojo oscuro aparece repentinamente. Abre la boca y comienza a cantar con un dulce soprano.

—Oh, mierda —le murmuro a Hailey—. ¿Sabes quién es ella?

—Por supuesto que sí —sisea—. La distanciada amada hija de la hermana Maria y el don. Ha venido a advertir de una maldición que puso sobre ellos. Nunca consiguió un poni para su cumpleaños, ha enviado una enfermedad a sus casas.

—En su defensa —digo con solemnidad—, el don le prometió conseguirle ese poni.

—En defensa de él —contradice Hailey—, la recesión golpeó con fuerza a la mafia.

—Cierto.

Nos miramos el uno al otro, los labios apretados con fuerza. Jesús. No puedo recordar la última vez que tuve tanta diversión con una mujer.

Me agarra la muñeca con su pequeña mano.

—Oh, no. —Su susurro es tan suave, que es apenas audible.

—¿Qué?

—Se rumorea que la maldición se extenderá.

—¿Todo el mundo tendrá pústulas sangrantes?

Ella niega y su cabello sedoso acaricia mi mandíbula.



—Todos serán atacados en cualquier momento. Por un calamar gigante.

Eso me afecta. Casi se me escapa un estallido de risa del pecho, pero lo trago justo a tiempo.

Pero a Hailey se le escapa la risa. Está tan determinada a retenerla que traga con una extraña tos en el fondo de su garganta. Aun así, como en la verdadera clase de la hermana Maria, eso solo lo hace más divertido. Puedo sentirla temblar a mi lado.

Y no lo sabrías, mi estómago empieza a temblar en simpatía. Me muerdo el labio, pero la verdadera risa todavía amenaza. Sonríe hacia el pantalón de mi traje y me rio silenciosamente.

A mi lado, Hailey está luchando por el control. Toma un aliento profundo y lento, y lo deja salir. Pero tiembla antes de dejarlo salir.

Intentando ser de ayuda, me siento derecho y la miro de soslayo, lo que ella devuelve, sonriendo con sus labios curvados, y mi mirada es atraída a la dulce curva de su boca.

Aprieta los labios de nuevo, tensando los hombros con el esfuerzo de no reír. Y por supuesto, es culpa mía. Afortunadamente hay una cura para este problema.

Sin pensarlo dos veces, cierro la distancia entre nosotros y la beso.

El momento en que nuestros labios se tocan, el humor tonto se evapora. El suave roce de sus labios contra los míos detiene mi risa inmediatamente. Hailey se queda completamente quieta contra mi cuerpo. La esencia floral de su cabello me golpea como una cálida neblina. El beso sucede a cámara lenta, y ambos superamos nuestra sorpresa mutua.

Mientras tanto, mi libido prácticamente se levanta y jadea. ¡Sí!, grita. *¡Más de esto!*

Más, sin duda. Un suave beso simplemente no es suficiente. Me inclino, ladeando la cabeza, perfeccionando nuestra conexión. Hailey suspira, su cálido aliento acariciando mi piel. Sabe a champán y lápiz labial, mis dos sabores favoritos. Toco con mi lengua su labio inferior, pidiendo más. Mi silla rechina cuando me inclino más cerca de ella, pero apenas registro el sonido mientras se abre para mí.

La saboreo, luego se me pone la piel de gallina. Ha pasado mucho tiempo desde que sentí esto, ansia y deseo. Cuando dos suaves manos aterrizan en mi pecho, mi cuerpo se calienta como una llama.

Bajo nosotros, la orquesta comienza un ritmo más rápido y el coro alza su voz en la canción. La beso una y otra vez. No nos detenemos hasta que la audiencia estalla en un aplauso repentino, haciendo que nos separemos con sorpresa.



—¡BRAVO! —grita Blake—. Y por supuesto, me refiero a ustedes dos. ¿Quién podría mirar la ópera con todo ese besuqueo justo enfrente?

Los ojos de Hailey están un poco amplios, y un sonrojo se ha extendido por la piel expuesta de su largo cuello. Le guiño un ojo para hacerle saber que puede sentirse libre de ignorar a mi compañero de equipo. Ella parece recomponerse, uniéndose al aplauso por la actuación que simplemente hemos ignorado.

Mi pantalón ahora está incómodamente apretado y la noche se extiende frente a mí como una larga caminata por el desierto sin un vaso de agua. Tengo que sobrevivir a más ópera después del intermedio y luego una fiesta con el dueño del equipo y sus aburridos amigos filántropos.

Tendré suerte si puedo conseguir unos cuantos besos más en el taxi a casa. Tomo la mano de Hottie en la mía y le doy un apretón.

¿Mencioné que me ha dado fuerte?



Diez

No es de extrañar que esté divorciada

Hailey

El día después de la ópera, Matt voló a la costa oeste con su equipo en un viaje por carretera de siete días. Y Rufus se está quedando en el rancho para perros, así que no los veré ni pondré un pie en el apartamento de Matt durante al menos una semana.

Jenny casi me asesina cuando le digo lo que siento por su partida.

—Estoy un poco aliviada —admito mientras esperamos nuestras bebidas en la cafetería.

—Eso no tiene sentido —farfulla—. ¿Por qué estarías aliviada? —Sus ojos se estrechan—. A menos que hayan tenido relaciones sexuales toda la noche y necesites un descanso. Ha sido un tiempo para ti, ¿verdad? Tu resistencia podría necesitar trabajo.

Mi rostro, cuello y muchas otras partes se ruborizan cuando dice esto.

—No hubo sexo. *Pero habría ocurrido si yo fuera más valiente.*

Mi amiga se muerde el labio.

—¿Te has vuelto loca?

—Bueno... Realmente depende de tu punto de vista. Fue un caballero. El taxi nos llevó primero a mi casa, aunque está bastante lejos de su camino. Me dio un beso de buenas noches, y luego el auto lo llevó a casa.

—Oh. Dios. Mío. —Jenny trago saliva—. ¿No lo invitaste? El hombre viajó contigo hasta Yonge y Eglinton y tú dijiste: "*Gracias por la ópera, ¿nos vemos más tarde?*".

Incluso el gruñón barista me está mirando por encima de la máquina de leche, una expresión de incredulidad en su rostro llena de granos.

—Era nuestra primera cita —protesto—. No iba a invitarlo a entrar.



Jenny toma nuestras dos tazas del mostrador y marcha hacia la puerta. Hago una pausa para darle una propina al barista y luego seguirla.

Está esperando afuera con una expresión severa en su bonito rostro.

—Déjame entenderlo. Tu enamoramiento de toda la vida quería sacarte de mi vestido brillante y hacerte la pachanga horizontal, ¿pero lo enviaste a casa?

Más o menos.

Quito mi taza de café de la mano de Jenny y tomo un sorbo para evitar responderle. Después que el telón de la ópera cayera, Matt me condujo escaleras abajo por comida, más vino y una pequeña conversación con Blake, Jess y Wesmie. Luego, el anciano propietario del equipo se acercó, y Matt hizo un punto de elogiar su elección de óperas.

En el momento en que el hombre se alejó de nosotros, Matt dejó escapar un suspiro de alivio y dijo "*He cumplido mis deberes esta noche. ¿Nos vamos?*".

Así que nos subimos al taxi juntos, donde Matt me besó hasta ver luces todo el camino a casa.

El recuerdo de su boca caliente y ansiosa en mi cuello me da un aleteo inadecuado abajo. De hecho, el viaje a casa fue básicamente la experiencia sexual más excitante de mi vida, y eso es sin que nadie redondee ninguna base en absoluto.

Aunque no me presionó. Cuando le di las gracias por una noche encantadora, su sonrisa fue cálida y feliz. "*Nos vemos pronto, Hottie. Planeo hacerlo*".

¿El problema? Esas palabras son tan aterradoras como emocionantes para mí. Matt me vuelve loca, y no solo de buena manera. Cuando estoy cerca de él, me siento mareada y débil, pero también nerviosa e insegura. No tengo experiencia con hombres. Tengo experiencia con el *hombre*, como en, un hombre. Jackson. No estoy segura si los nervios que siento con Matt son normales, o una señal de que tal vez es demasiado para mí.

—¿Y ahora qué pasa? —exige Jenny—. ¿Tienes otro turno al bate?

—¿Tal vez? Supongo. Si es el tipo de persona que se enoja porque no lo dejé anotar después de una larga velada de ópera, entonces no me he perdido nada.

Ella hace un sonido de asfixia.

—No es verdad. Te perdiste un viaje a la ciudad con el cuerpo más sexy del mejor equipo de hockey del mundo.

Verdad. Excepto por eso.

Cuando Jenny y yo llegamos a la oficina cinco minutos después, ya es un caos, incluso a las nueve de la mañana. Las vacaciones se acercan, por



lo que Fetch está viendo un aumento en el negocio de compras. Doy la bienvenida a la distracción, y me pierdo en el trabajo.

Los próximos días están llenos de pequeñas emergencias y reuniones con nuestro desarrollador principal. Techie Tad se acerca para ayudar con la integración de nuestra nueva aplicación. Lleva su gorra de Toronto y me invita a tomar un café nuevamente, pero antes que pueda acabar la frase, Jackson me llama desde la otra habitación.

—Lo siento —le digo, apretando el codo de Tad cuando paso corriendo—. Tomaremos uno tarde o temprano. —Aunque todavía no sé si me siento halagada o insultada por sus falsas lealtades a Toronto. Por un lado, es dulce. Por otro lado, no quiero que nadie abandone a su equipo para ganarse mi favor.

Paso la tarde finalizando nuestras promociones de vacaciones con Jackson y luego las codifico en nuestro sitio web en mi oficina. No es la parte más estimulante de mi semana, y mi mente sigue vagando de regreso a la ópera y la primera vez que Matt me besó. El suave resoplido de su aliento contra mis labios, seguido del roce de sus labios sobre los míos...

Según mis cálculos, mi último primer beso fue hace más de una década. Tal vez por eso el beso de Matt me iluminó tanto.

Y, esto es terrible, en realidad no recuerdo mi primer beso adolescente con Jackson. No puedo decir dónde estábamos o si me gustó o no.

No es de extrañar que esté divorciada.

El beso de Matt, por otro lado, sigue acechándome en momentos extraños. Mientras espero a que se cargue un archivo, recuerdo la sensación de su gran mano ahuecando mi muslo. Y mientras Dion trata de explicarme por qué no podemos pedir el té importado que exige un nuevo cliente, tengo un recuerdo repentino y urgente de la lengua de Matt en mi oreja en el viaje en taxi a casa.

—¿Estás bien, Hailey? —pregunta Dion.

Mi atención regresa al hombre en mi puerta.

—¡Bien! —digo rápidamente—. Entonces, eh, ¿habrá un retraso? —Trato de recordar lo que estábamos discutiendo.

—Sí. No está contento, pero le dije que podía hablar contigo si tenía preguntas.

—¡Correcto! Bien hecho. ¿Algo más?

Dion me da una sonrisa paciente.

—Las cajas sin etiqueta se están amontonando en el pasillo otra vez. Echa un vistazo cuando tengas un segundo.

—Haré eso, lo prometo.



Se aleja y me siento en mi silla, tratando de recomponerme. La noche que pasé con Matt fue una especie de terremoto emocional, y las réplicas siguen sacudiéndome.

Tal vez estoy lista para admitir que Jenny tiene razón, debería comenzar a ponerme en pie otra vez. Pero Matt no es una gran reintroducción a las citas. Él es demasiado intimidante. Demasiado asombroso. También... todo.

Justo cuando formo esta idea, mi monitor de computadora se enciende y su nombre de inicio de sesión aparece en mi pantalla con una solicitud.

Sniper87: *Hola. La solicitud de hoy es para una cena el próximo martes a las 7 p.m. Ah, y reservas. Donde mi cita quiera ir.*

Por un momento mi corazón se eleva. Una cita para cenar. ¡A donde quiera ir! Con el hombre más sexy del planeta. Solos. Apenas los dos.

Una ola de lujuria rueda a través de mí. Desafortunadamente, es seguido rápidamente por una de pánico.

¿Una cena privada? Probablemente me convertiré en una lunática balbuceando con las habilidades de conversación de un chimpancé asustado. El hombre no tiene idea de cuántas horas de preocupación y preparación pasé esa noche en la ópera. Y, gracias al desempeño en el escenario, ni siquiera tuve que hablar mucho.

Si soy honesta, las partes de conversación de esa noche fueron las mejores. De alguna manera finalmente me había relajado y disfrutado de la compañía de Matt. Justo cuando empezamos a inventar tramas de ópera, olvidé que era Matt Eriksson, delantero de Toronto, y comencé a verlo como Matt, el tipo divertido con el que disfruto hablando.

¿Pero fue mi actuación competente una casualidad? Los rayos rara vez golpean dos veces en el mismo lugar. E incluso si me las arreglo para no balbucear o avergonzarme, seamos honestos. El hombre tiene más testosterona de la que estoy acostumbrada a tratar. Esperará el sexo, el tipo de sexo sucio y apasionado al que están acostumbrados los atletas famosos.

Conmigo, la mujer que ni siquiera está segura de que le guste el sexo.

No me malinterpretes, la idea de Matt Eriksson desnudo y gimiendo es muy atractiva. Pero el acto en sí siempre ha sido una gran decepción. Así que incluso si me armo de valor y continúo con toda la aventura, el resultado será una conmovedora decepción, ¿verdad?

Verdad. Lo decepcionaré fácilmente.

HTE: *Hola, Snipes.*



Sniper87: ¡Justo la chica que estaba buscando! Sentado aquí en el hotel todo para mí solo... Pensando en una cita que tuve recientemente. En el camino a casa...

HTE: Tengo que detenerlo allí mismo, señor. El chat de Fetch se almacena en el archivo del cliente y puede ser leído por cualquier persona que lo ayude.

Sniper87: Hmm. Pero una cierta HoTtiE siempre me ayuda. Eso no puede ser cuestión de azar.

Oh, diablos. Él me atrapo ahí.

HTE: No es aleatorio, pero es suerte. Ciertas cuentas siempre se envían primero a un propietario, que se ocupa de ese cliente personalmente.

Sniper87: Ah, así es como funciona. ¿Para tus grandes clientes?

HTE: Grandes y problemáticos.

Sniper87: Bueno, yo sé qué tipo soy. :-) ¿Por qué no te enteras?

HTE: !!!

Sniper87: :-)

HTE: No estoy bromeando aquí. Si me tomo un día libre no planificado, o si enviaste una solicitud en medio de la noche, estarás coqueteando con el tipo al que llamamos el señor Oscuro, tal vez.

Sniper87: Entonces estás diciendo que no podemos tener conversaciones realmente divertidas a través del chat Fetch.

HTE: Precisamente. Señor.

Sniper87: Me gusta cuando me llamas señor. Me da ideas.

HTE: ¡Snipes!

Sniper87: Lo siento, lo siento.

Sniper87: Está bien. Si insistes.

HTE: Realmente lo hago.

Sniper87: Cinco días es mucho tiempo para no chatear. Pero viviré. Más tarde, HTE.

HTE: Más tarde.

Uf. Y ahora me he comprado un poco más de tiempo para pensar si vamos a salir en una segunda cita. No tendré noticias de él por unos días, y podré aclarar mi cabeza.

¡Ding!

Reviso el monitor de nuevo y aparece Sniper87. En lugar de escribir un mensaje personal, ha completado el formulario de solicitud estándar.



ELLE KENNEDY

Tipo de solicitud: Recogida y entrega.

De: Florería Frankie en Yorkville Ave.

Cuándo: Después de las 2 p.m. de hoy.

Destino: Fetch oficinas, 99 ½ Scollard Street, para la señora Hailey Taylor Emery.

Notas: Envíe esta solicitud a cualquier miembro del personal que no sea el escurridizo HTE. Gracias.

¿Me ha enviado flores?

Vaya...

Eso pone en marcha un fresco recuerdo. En mi mente, veo su sonrisa sexy acercarse, y luego captura mi boca mientras jadeo...

¡Argg!

Con un solo clic del ratón envío la solicitud a Jenny. Luego me levanto para ir a revisar la pila de cajas sobre la que Dion me había advertido. No estoy tan confundida como para olvidar que hay trabajo real que tiene que hacerse. Cuando paso por las oficinas de planta abierta, escucho a Jenny dejar salir un pequeño chillido, pero no busco su mirada porque no tengo ganas de ver su rostro de te-lo-dije.

Como era de esperar, hay un montón de cajas acumulándose fuera de la oficina de Jackson. Me agacho para empezar a clasificarlas. Recibimos un montón de paquetes de nuestros clientes aquí en las oficinas de Fetch, porque solo haciéndonos cargo de la entrega podemos verificar que nuestras órdenes realmente lleguen.

Muchos de esos objetos vienen correctamente etiquetados con el nombre del cliente o, en el caso de esos clientes que permanecen anónimos, una etiqueta de Fetch en ellos; *FBO*, *SrVeinteCentímetros*, etc. Pero bastante a menudo la etiqueta de envío solo dice *Fetch, Inc.* Así que Jackson y yo abrimos las cajas para poder salvaguardar la privacidad de nuestros clientes.

La primera caja que abro en una pelota importada de voleibol japonesa. La factura dice que nos costó setenta dólares. Me levanto y me inclinó hacia la oficina.

—¿A alguien le falta una elegante pelota de voleibol?

Dion gira su cabeza y grita:

—¡WILLLLLSON! —justo como lo hace Tom Hanks en *Náufrago*, mientras todos se ríen.

Entonces otro recadero la reclama para un cliente. Misterio resuelto.



El siguiente paquete está lleno de cartuchos de tóner para las impresoras de nuestra oficina. Bostezo.

Pero el tercer paquete me deja en un dilema. Después de abrirlo, me toma un momento identificar los contenidos. Mi primera suposición es equipo deportivo, porque hay bandas elásticas unidas a aros. Pero está este aparato acompañado por una extrañamente grande pluma. Y un par de... ¿esposas afelpadas? De hecho, son de felpa de leopardo rosada. Ningún leopardo respetado sería atrapado en este color. Pero, lo que sea.

Encuentro la fractura y la nota sobre que la cosa elástica es un objeto llamado “*restricciones personales*”. Y debajo del envoltorio de burbujas está un flagelador. Aparentemente de peso mediano.

Oh.

Oh.

La entrega era fascinante, pero también problemática. En el interés de respetar la privacidad del cliente, no puedo levantar estos objetos y vocear a su dueño. En cambio, llevo la caja a mi oficina y la coloco sobre el escritorio mientras abro nuestra base de datos de Fetch. Ingreso mi contraseña y comienzo la búsqueda intentado diferentes nombres. “Restricciones personales” no arroja resultados. “Esposas” arroja diecisiete solicitudes diferentes, pero todas están completadas y ninguna es reciente. “Pluma” es igual de inútil.

—¿Hailey? —dice Jackson desde la puerta—. ¿Dónde está el archivo sobre...? —Sus ojos caen hacia la caja y sus contenidos—. ¿Um...?

Una risita nerviosa se me escapa.

—Estos no son *míos*, Jax. Llegaron en una entrega hoy y estoy buscando en la base de datos para encontrar al dueño.

Sus ojos se cierran por un momento y luego se abren de nuevo. Luego, sin palabras, entra en la habitación. Mete todos los juguetes sexuales de nuevo en la caja y cierra las solapas, una a la vez. Luego acomoda la caja contra su cadera y se la lleva fuera de mi oficina.

Lo observo irse, mientras mi cerebro trabaja duro para entender. Esos objetos no pueden ser para...

No. ¿En serio?

¿En serio?

No puedo hacerme a la idea de ello. *¿El apacible y delgado Jackson y su novia nueva tienen un nuevo flagelador? ¿Señor Posición del Misionero cada dos martes quiere dominar a su novia?*

O... *¿lo opuesto?* Una imagen de Jackson arrodillado y desnudo en sumisión aparece en mi mente y me estremezco, entonces me río históricamente.



¿A qué está llegando el mundo? Jackson, quien coloca por orden alfabético sus productos para el cabello, tiene un tórrido romance y yo me estoy acobardando después de algunos buenos besos.

Un par de horas más tarde, Jenny aparece con una vasija de cristal cortado que contiene tres docenas de rosas rosadas de tallo largo.

—¡Hay una nota! —canturrea, bailando para entrar en mi oficina y colocando las flores en el centro del escritorio. Prácticamente llenan la habitación. He intentado no pensar en Matt y esto lo hace un infierno más difícil.

Probablemente lo sabe. El bastardo.

—Abre la maldita nota. Estoy muriendo aquí —suplica Jenny.

—Me sorprende que no la hayas leído ya. —Luce culpable—. ¡Jenny! Dámela.

El sobre aterriza en mis manos y aflojo la solapa, sacando un pequeño pedazo de papel.

Hottie,

Me divertí mucho contigo la otra noche. Y estoy bastante seguro de que también te divertiste. No te preocupes mucho, ¿está bien? Solo quiero pasar tiempo contigo. Envíame tu número personal a este número.

—M



—¿Te tiene tomada la medida o qué? —pregunta Jenny, sonriendo con suficiencia.

—Te odio.

—Seguro que lo haces. Pero no me odies demasiado o no te ayudaré a decidir qué vestir para la próxima vez.

Oh, mierda.

—Solo te odio un poquito.

Jenny sonrío.

—Te amo un montón. Y si rechazas a este hombre de nuevo, no seré agradable al respecto.

—Correcto. —Tomo una profunda respiración—. Seré valiente. Realmente lo seré.

—Más te vale.

Y... no lo soy.

No le envió mensajes a su número personal.

En cambio, tomo una fotografía de las flores y le envió una nota apta para el trabajo en su solicitud de Fetch, indicándole que las flores llegaron a su destino y que son adorables.

Esa noche en casa, no le envió mensajes dado que está ocupado. Desde la seguridad de mi sillón lo observo vencer a L.A., es magnífico, con un tanto y una asistencia. Y cuando apago la televisión, estoy impresionada.

No le envió mensajes después, porque es una estrella de hockey que está ocupado con sus compañeros de equipo.

Y no le envió mensajes a la mañana siguiente, porque está en un avión hacia Denver.

Me digo que a Matt realmente no le interesa si envió el mensaje. Probablemente conocerá a una docena de mujeres atractivas y disponibles en cada parada de su viaje. Tal vez una de ellas esté en mejor posición para manejar todo el atemorizante atractivo de Matt Eriksson.

Tal vez una de ellas esté en su cama en este momento.

Esa idea me hace sentir frío por dentro. Pero Matt probablemente sea el tipo de hombre que puede tener encuentros de una noche y olvidarse de ello al día siguiente.

Yo no soy así.

Matt me saca tanto de mi zona de confort que nuestra primera cita me ocasionó una semana de respiración superficial y pérdida de concentración. Nunca he estado tan afectada por alguien.

Esto no puede ser una buena señal.

Sigo navegando bajo esta lógica hasta el día en que sé que estará de regreso en Toronto. No es que sea una acosadora. Soy una ávida fanática del hockey y sé que el equipo tiene un juego en casa la noche siguiente. Aun así, prácticamente estoy vibrando por saber que Matt Erikson se dirige hacia el área metropolitana de Toronto.

Dios, no tengo remedio.

Sentada en mi escritorio, paso toda la mañana preguntándome si ya estará de regreso y qué debería hacer al respecto.

—¿Hailey? —Jackson hace que salga de mi ensoñación cuando asoma su cabeza en mi oficina—. ¿Tendrás la información que compilamos el año pasado sobre los servicios de afinación de pianos?

—Claro. —Levanto la mirada y encuentro sus ojos por primera vez desde nuestro momento incómodo con la caja de equipamiento bondage.



Se ve como siempre lo ha hecho, con una camisa de botones cubriendo su delgado cuerpo y arreglado cabello castaño.

—¿Está aquí? —apunta, esperando. Y me doy cuenta de que lo estoy mirando fijamente.

Abro un cajón del archivo y busco en él, sacando la información que está buscando.

—Aquí tienes.

Se va y lo observo irse. El hombre que se divorció de mí, ha extendido sus horizontes para intentar cosas nuevas y emocionantes (emocionantes para él, de cualquier forma). Y yo simplemente estoy aquí como una estatua en lugar de aspirar a sexo con mi hombre ideal.

Por décima vez en esta semana me digo que tengo que levantarme el ánimo. Solo que esta vez, busco la tarjeta del florista con el teléfono personal de Matt en ella. Activo mi teléfono y...

¡Ding!

La aplicación de Fetch en la pantalla de mi computadora anuncia una nueva solicitud de urgencia de parte de *Sniper87*. Hablando del diablo. Hago clic y leo.

Sniper87: *De Whole Foods, por favor trae dos filetes New York y una ración doble de cualquier acompañamiento con papas que tenga. Con suerte es el que tiene queso. Una ensalada verde para dos. Y también requiero de una botella de vino rojo para acompañar la carne. Cabernet, algo que al tipo de los vinos le guste de alrededor de treinta dólares. También una botella de champán, fría. Y dos rebanadas de cualquier pay de queso que se vea bueno. No todo el pay porque me comeré las sobras. Entregar entre las seis y las siete, por favor.*

Leo toda la cosa tres veces, maldiciéndome. Pero los hechos son los hechos.

Matt va a invitar a alguien a cenar. Va a servir filete y champán. Además, básicamente me pidió que planeara su velada romántica en casa para él. No podía ser más obvio que si hubiera tomado un marcador para hacer un cartel, como el de Jenny para el hockey, y escrito: ESTA PODRÍAS HABER SIDO TÚ.

La tristeza cae sobre mí y pasa un largo tiempo antes que recuerde cómo respirar. Pero justo antes de desmayarme, inhalo y me recuerdo que todo esto era evitable.

Lección aprendida. Mensaje recibido.

Paso el resto del día intentado no sentir lástima por mí. A las cinco voy al baño y vuelvo a aplicar mi maquillaje. Si voy a encontrármelo en el recibidor de su edificio, no quiero verme como una perdedora.



A las cinco y veinte bajo hacia la locura de Whole Foods en hora punta. Elijo cosas maravillosas para Sniper87, hermosos cortes de carne y una botella de vino tinto que el tipo de los vinos jura que hará llorar incluso a los ángeles más escépticos.

Todo es para lo mejor. Realmente lo es.

A diez minutos de las seis llego a su edificio. Mi tiempo está calibrado para llegar a su puerta *antes* que llegue a casa. Preferiría no encontrármelo.

—¿Perecederos? Eso tiene que ser llevado arriba —me informa el portero cuando intento entregar la bolsa—. No puedo manejar eso por ti.

Debería haber enviado a Jenny.

Cuando el elevador me lleva al tercer piso, ya he pensado en una solución. Dejaré la bolsa afuera de su puerta y luego marcaré su orden como “entregada”. Es un hombre listo. Encontrará la comida.

Pero cuando llego a la puerta, hay un pedazo de papel pegado a su superficie. Dice:

Hailey Taylor Emery.

Quito el papel de la puerta y le doy la vuelta.



Hottie,

Dado que no me envías mensajes y no puedo pedirte una cita a través del sitio web de Fetch, ¿podrías, por favor, entrar y tener una cena conmigo?

—M

El alivio que siento es tan rápido y fuerte que casi colapso hasta la alfombra como Rufus después de un largo paseo.

Me quedo ahí quieta por un momento más, intentado controlar mis emociones. Pero es bastante imposible. Matt Eriksson está al otro lado de esa puerta y esperando por mí, incluso si soy una idiota que no puede enviarle un mensaje.

Estoy aterrorizada, pero de todas formas voy a entrar. Levantando mi mano, golpeo la puerta.

Once

*Colgando boca abajo de una lámpara de
araña*

Matt

Cuando me levanto para abrir la puerta me siento como un adolescente en la noche del baile de fin de curso. No porque me esté preguntando ansiosamente si voy a tener sexo, me acosté con alguien mucho antes de la noche del baile de graduación, sino porque hay algo que me pone nervioso en todo esto. No he visto ni oído de Hailey desde la noche en la ópera, y ahora la estoy forzando a una cita que no estoy seguro de que ella quiera.

Al tocar el pomo de la puerta, se me ocurre que tal vez ya no esté ahí. Tal vez golpeó, dejó la comida en la alfombra y corrió de regreso al ascensor. No la culparía. *¿Qué hombre le pide a una mujer que recoja todas las cosas para la cena y se las lleve? ¿Es romántico como la mierda, o un movimiento de idiota total?* Podría ser cualquiera de esas dos, supongo.

Un suspiro de alivio se desliza cuando la veo al otro lado de la puerta. Se ve un poco conmocionada mientras sostiene una gran bolsa de papel, todo ojos grandes y ligeramente sonrojada.

—Hola —dice ella.

—Hola —respondo. Una pequeña sonrisa surge cuando hago un gesto a la bolsa—. Espero que nos hayas traído algo bueno.

—Todo lo que pediste.

Nos quedamos ahí por un segundo, mirándonos el uno al otro. Debe haber venido directamente de la oficina, porque, debajo de su abrigo de invierno, está vestida con una camisa blanca abotonada y un simple pantalón gris, similar al que llevaba el día que pasé por Fetch sin avisar.

—¿Te gustaría entrar? —Inclino la cabeza detrás de mí.



Después de un momento, asiento.

—Me gustaría.

En el vestíbulo delantero, se quita el abrigo y busca un lugar donde ponerlo.

—Déjame coger eso —digo, mi voz ronca por los nervios. Su cabello oscuro se ve grueso y brillante bajo la brillante luz del pasillo, y resisto la tentación de deslizar mis dedos a través de él. Es muy guapa. Más pequeña y delgada de lo que normalmente me atrae, me hace sentir como un gigante. Pero me doy cuenta de que no me importa.

—¡WOOOF! —Rufus entra galopando en la habitación. Se detiene cuando ve quién es. Y cinco segundos después coge su correa y la deja caer a sus pies.

—¡Acabas de salir a caminar! —regañó—. Deja en paz a Hailey. Está aquí por mí esta vez. Mala suerte, amigo.

Rufus emite un quejido que nos hace reír a los dos.

Mi perro ha roto la tensión. Llevo a Hailey a la cocina y desempaco la comida.

—No me enviaste un mensaje —digo sin rodeos.

—Lo sé.

—¿Por qué?

Ella mueve los pies y dice:

—Porque sí.

Lucho con otra sonrisa. No debería estar recordándome a mis hijas, pero June-bug hace lo mismo a veces, saca la barbilla y dice "*porque sí*". Hailey no hace lo del mentón, pero, aun así.

—¿Por qué, qué? —respondo.

Pero sé la respuesta, incluso cuando se queda callada para pensarla. La cita para la ópera, o mejor dicho, el viaje a casa, enloqueció a Hailey. La verdad es que a mí también me asustó un poco. Esa noche estaba duro como una roca, con la polla esforzándose por salir de mis pantalones. Ha pasado mucho tiempo desde que he deseado tanto a alguien. Pero, por Dios, el vestido que llevaba puesto, y ese maldito tatuaje... quería pasar mi lengua por él. Quería devorarla esa noche.

Probablemente fui demasiado directo.

Así que expreso ese pensamiento.

—Fui demasiado directo en nuestra cita de la semana pasada —digo con un suspiro.

Hailey fija esos ojos azules en mí.



—No —asegura—. No lo hiciste. Lo pasé muy bien. Y yo, eh... disfruté besándome contigo... —Se calla, y yo tengo que aguantarme la risa.

Se ve totalmente avergonzada, y es muy linda.

—Yo también disfruté besándome contigo —digo solemnemente.

—Oh. Um. Es bueno oírlo.

Sí, todavía la pongo nerviosa. Ojalá supiera cómo arreglar eso, pero aún no soy un experto en Hailey. Todavía estoy empezando a conocerla y a saber lo que le gusta. Kara solía acusarme de no tener ni idea sobre mujeres. Esperaba que yo supiera lo que estaba pensando y sintiendo en todo momento, y cuando la cagué, fue porque no me esforzaba lo suficiente. Según ella. Pero no leo la mente. Ni siquiera puedo empezar a adivinar lo que pasa por la cabeza de una mujer en un momento dado.

Hailey es más fácil de leer que Kara. Ahora mismo, se está retorciendo y sonrojando, y me siento extrañamente orgulloso de estar dándome cuenta de eso. Me acerco y pongo una mano en su brazo.

—Probablemente nos movimos demasiado rápido esa noche — admito—. ¿Qué tal si vamos más despacio? Vamos a cenar y seguimos desde ahí.

Duda. Luego asiente otra vez.

—Suena como un plan.



Es un plan que realmente funciona.

Veinte minutos después, he asado nuestros filetes a la parrilla a la perfección, Hailey ha preparado una ensalada y nos vamos a la mesa del comedor que Hailey o alguien más de Fetch eligió. El bistec es fantástico y el vino es perfecto, y aunque fue mi Amex negra la que pagó por la cena, elogio a Hailey por sus elecciones hasta que finalmente pone los ojos en blanco y me dice que deje de felicitarla.

A lo largo de la cena, la veo realmente relajada. Le hablo de nuestros recientes viajes por carretera, y sus ojos se iluminan mientras le ofrezco información sobre mis compañeros de equipo y los partidos que hemos jugado. Cuando menciono que la rodilla de Blake sufrió un golpe durante el último partido, jadea.

—¡No! ¿Estará bien para jugar mañana por la noche? —Hailey baja su copa de vino y sacude la cabeza con vehemencia—. ¡Sabía que se estaba tambaleando mientras patinaba hacia el banquillo después de ese golpe!

Sonríó.

—¿Viste el partido?

—Por supuesto —dice con orgullo—. La única forma en que me perdería un partido es estando acostada y escayolada de cuerpo entero en una cama de hospital sin poder alcanzar el mando de la tele. E incluso entonces, sobornaría a las enfermeras para que me lo pusieran.

Mi sonrisa vacila un poco. Me encanta que sea una fanática del hockey, pero al mismo tiempo, no puedo evitar preguntarme si esa es la única razón por la que está aquí. *¿Solo quiere tirarse a Matthew Eriksson, jugador profesional de hockey?* Dios sabe que me he encontrado con esas mujeres antes. Una de las mayores atracciones de mi exesposa era que no le importaba una mierda que yo jugara hockey.

Pero no me parece que Hottie esté aquí solo para atrapar a un atleta. En primer lugar, había huido como un conejo asustado después de besarme. Habría estado más que feliz de bajarme los pantalones por ella la noche de la ópera. *Ungh.* El solo hecho de pensar en su lengua en mi boca hace que mi polla se mueva felizmente.

Por otra parte, esto podría ser parte de su juego: el nerviosismo y la tartamudez. Se sabe que las fans son creativas para destacar entre la multitud.

No.

Mi instinto me dice que Hailey no es de ese tipo. Una fan, sí, pero no una que quiera acostarse conmigo para poder contarle a todo el mundo lo que hizo.

—¿Matt?

Miro a través de la mesa y la veo mirándome mientras se lleva el tenedor a la boca.

—¿Sí? —pregunto distraídamente, porque ahora la veo masticar y me distrae. Sus labios hacen esa cosa sexy y temblorosa que me fascina.

—Acabas de desconectar en medio de la conversación. —Levanta una ceja, y me gusta el desafío en su expresión—. *¿Te estoy aburriendo?*

—No, por supuesto que no. —*Me estás excitando.* La luchadora Hailey es aún más divertida que la tímida Hailey.

Suelta el tenedor y se frota un dedo en la comisura de la boca para limpiar un pequeño punto de salsa del bistec. Luego se lame la punta de ese dedo, y sí, no creo que esté tratando de ser sexy a propósito, pero maldita sea si un gruñido no sale de mis labios.

—¿Qué fue eso?

Las palabras salen antes que pueda detenerlas.

—Me gusta verte comer.

Jesús. Eso sonó como un comentario cursi de una película porno.



—¿Gracias? —Sus mejillas se tornan más brillantes que los tomates, pero su voz es seca y agrega—: Sí, soy una gran comedora. Autodidacta, también.

Me rio, y me obligo a dejar de pensar cosas sucias. Esta es solo nuestra segunda cita, y ya la asusté durante la primera en la ópera. Realmente necesito estar tranquilo aquí, especialmente si quiero una tercera cita.

Pero, *¿lo hago? ¿Quiero una tercera cita?*

Creo que sí. Sí, lo hago. Pero tres citas son... mucho. Para la tercera cita con mi exesposa, ya estábamos pasando la noche juntos y hablando de nuestro futuro. Concedido, éramos jóvenes e impacientes y un poco estúpidos. Deberíamos habernos tomado nuestro tiempo con la relación en vez de seguir adelante a la velocidad de la luz.

Con Hailey, apresurarse se siente como un mal movimiento. Pero salir con ella también podría ser un error. Como puede atestiguar mi ex, apesto en las relaciones. Mi trabajo definitivamente no es propicio para ellas, el estilo de vida y las largas ausencias, mataron mi matrimonio. No sé lo que Hottie está buscando conmigo, pero si es algo a largo plazo, no estoy seguro de ser capaz de eso. Pero no puedo salir y preguntarle qué quiere, no en la segunda cita. Eso sería precipitar las cosas.



—Déjame ayudarte a limpiar. —Hailey recoge su plato vacío.

Rápidamente me levanto de mi silla y tomo el plato de su mano.

—Me ocuparé de ello. ¿Por qué no nos sirves algo más de vino?

—¿Estás seguro?

No estoy seguro sobre nada ahora mismo.

—Positivo. Ve a sentarte a la sala de estar. Estaré allí enseguida.

Llevo nuestros platos a la cocina y los lavo a medias antes de dejarlos en el fregadero. Por la esquina de mi ojo, observo a Hailey llevar la botella de vino y nuestros vasos al enorme sofá seccional de piel. Rellena nuestros vasos, luego toma un pequeño sorbo que me hace sonreír.

Sí, me gusta. Realmente lo hace.

Un momento después, me uno a ella en el sofá. Está sentada en un extremo. Decido sentarme en el medio en lugar de en el otro extremo, pero me aseguro de mantener un poco de espacio entre nosotros. Mantener la calma, ¿recuerdas?

—¿Deberíamos poner algo? —pregunto, haciéndole un gesto al mando a distancia.

ELLE KENNEDY

—Claro. —Sus ojos se disparan hacia mí y luego de nuevo a su vaso de vino—. Tú, uh, eliges, sin embargo.

—De acuerdo —digo lentamente. Parece que la nerviosa Hailey está de vuelta. Y todo lo que hice fue sentarme en el sofá a su lado.

Hmm.

—Tengo Netflix —digo—. Pero no lo uso mucho. O estoy en la carretera, o tengo a las niñas, y todo lo que quieren ver es mierda con princesas cantando.

La sonrisa de Hailey es dulce, pero no me mira a los ojos.

Apuntando el mando a la televisión, la enciendo. Un partido de hockey es lo primero que aparece en la pantalla. No es una sorpresa porque esto es Canadá, y veo los canales de deportes cuando estoy solo.

—Podríamos ver a Detroit patearle el culo a Montreal.

Hottie se anima.

—Esa es una idea excelente.

Se relaja mientras vemos a nuestros rivales anotar un par de tantos. Pero cuando estiro mi brazo sobre el respaldo del sofá, se congela. Luego se congela de nuevo cuando las puntas de mis dedos rozan su hombro. Su camisa tiene mangas, así que no estoy tocando piel desnuda, pero por su reacción, pensarías que estoy pasando un cubito de hielo por todo su cuerpo desnudo.

Gentilmente alejo mis dedos. Hottie se siente atraída por mí. Ya lo sé. Pero está un poco asustada también. Nos divertimos un montón durante la cena, pero el asunto físico la pone nerviosa.

Y ahora está sentada a unos centímetros de distancia de mí luciendo más tensa de lo que jamás la he visto.

Saco mi teléfono del bolsillo trasero.

—¿Oye, Hottie?

—¿Mmm? —Su espina dorsal se endereza como si hubiera sido llamada a la oficina del director.

—¿Todavía tienes mi número de teléfono?

—Sí.

—Bien. Mándame algún mensaje para que tenga el tuyo.

Se levanta del sofá y agarra su bolso. Está tecleando algo mientras se acomoda de nuevo en el sofá, y un segundo más tarde, mi teléfono suena.

Sonrío ante lo que escribió.

Hailey: ¡Soy Hailey!

Matt: Hola, cariño. ¿Estás bien por ahí?



Sus ojos se elevan a los míos. Se sonroja, luego empieza a escribir en su teléfono.

Hailey: *Lo siento. Soy terrible en esto.*

Matt: *¿En qué?*

Hailey: *Teniendo citas.*

Matt: *No es verdad. Nos divertimos un montón durante la cena.*

Hailey: *Bien. Lo hicimos. Es la parte después de la cena en la que apesto.*

Matt: *Eres mala en... ¿sentarte en el sofá?*

Alza la mirada y me pone los ojos en blanco. Le sonrío.

Hailey: *Soy mala estando tan cerca de ti. Eres todo grande e intimidante y sexy.*

—¿Piensas que soy sexy? —pregunto en voz alta, intentando no esbozar una sonrisa comemierda.

Se sonroja salvajemente pero aleja la mirada, y me doy cuenta de que he cortado el flujo de palabras de nuevo.

Matt: *Creo que eres increíblemente sexy.*

Hailey: *No estoy bromeando. Soy malísima en esto, Matt. Me convierto en un charco de nervios cuando estás sentado a mi lado.*

Me lo tomo como un cumplido porque significa que la afecto tanto como me afecta.

Matt: *Así que tienes esta pequeña fobia en la que te asusta tocarme. ¿Sabes cómo se tratan las fobias, Hottie? Con terapia de insensibilización.*

Estalla en risas, así que continúo.

Matt: *En serio. Simplemente te facilitaremos las cosas. ¿Cuál es tu posición sexual favorita?*

—¿En serio? —chilla—. ¡Ese no es un tema de conversación de una primera cita!

Matt: *Técnicamente, es nuestra segunda cita. Solo responde a la pregunta. Este es un paso importante en tu proceso de sanación.*

Con una risita, Hailey se inclina sobre su teléfono. Dos segundos más tarde, otro mensaje aparece en el mío.

Hailey: *No te gustaría saberlo.*

Matt: *Uh, sí. Es por eso que pregunté.*

Hailey: *¿Cuál es la tuya?*

Matt: *Todas. Estudié el Kama Sutra en la universidad.*



Estalla en risas. Y, sí, es raro que nos estemos mandando mensajes en nuestra cita en lugar de hablar, lo cual puedo decir honestamente es una primera vez para mí. Pero está funcionando. Sus hombros ya están perdiendo algo de tensión, y el sonrojo en sus mejillas es de risa, no de miedo.

Hailey: *¿Todas? ¿Intentaste esa donde estás colgando bocabajo de una lámpara de araña?*

Matt: *Oh, ¿te refieres al Mono Invertido? Por supuesto. Fue lo primero que taché de la lista. Pero ya no tengo diecinueve. Esa posición requiere algo de serio estiramiento. Podríamos mantenerlo básico esta noche. El Loto para calentar, tal vez. Luego la Mantis Apareándose. Un par de pinos. Mantenerlo simple.*

Resopla tan pronto como lo lee.

Hailey: *¿Esta es tu manera de hacer que no me abrume?*

Matt: *Buen punto, cariño. La verdad es que soy un tipo muy simple. Y simplemente he estado fantaseando sobre ver ese tatuaje en tu espalda de nuevo. Quiero recorrerlo con mi lengua.*

Después de enviarlo, miro su rostro y veo su respiración atorarse cuando lee lo que he escrito.

Matt: *Quiero descubrir si se envuelve alrededor de tus pechos. Tendría que pasar mis manos sobre tu piel mientras lo compruebo. Luego necesitaré inspeccionarte por todas partes en busca de más tatuajes, porque no querría perderme ninguno.*

Gimotea, y me endurezco solo con el sonido.

Matt: *Primero, tal vez pueda convencerte para que me beses de nuevo. Estoy justo aquí, cariño. Ven por mí.*

Pongo mi teléfono en silencio y lo lanzo a la mesa de café. Miro alrededor por mi vaso de vino, pero no tengo la oportunidad de alcanzarlo. Porque, de repente, Hailey se desliza en mi regazo, montándose a horcajadas. Hay una mirada sexy en sus ojos azules mientras toma mi rostro con sus manos y me atrae para un beso.

No por nada he pasado dos décadas de mi vida practicando mi tiempo de reacción. Envolviendo mis brazos a su alrededor, la atraigo, separando sus labios con mi lengua y saboreándola. Se derrite contra mi pecho con un suspiro y el beso se vuelve salvaje de inmediato. Batallamos por control, lenguas enredándose.

Cuando Hottie pone su mente en algo, entonces observa, mundo. Mi mente sucia se pregunta cómo se vería montando mi polla, un determinado brillo en sus ojos...

—Hiciste ese sonido —me informa cuando nos separamos jadeando.

Parpadeo. Trago a través de mi lujuria.



—¿Qué sonido?

—El de gruñido. —Se muerde el labio. Quiero morderlo también, y toma una fuerza sobrehumana mantener mis manos apartadas de ella.

—Lo siento. —Trago de nuevo. Luego pienso “a la mierda”, y digo—: Estoy ridículamente atraído por ti, Hottie. Pensé que debería ser directo al respecto.

—Cállate y bésame de nuevo, Snipes.

Me siento como un jodido dios ahora mismo. Así que prolongo la anticipación plantando una mano en su hombro y acariciando gentilmente. La otra va a su delgado cuello antes de acunar su mejilla. Paso mi pulgar sobre la esquina de su boca, sobre el mismo lugar en el que la gota de salsa se había quedado antes. Me pregunto si ese fuerte sabor sigue ahí. Por lo que decido averiguarlo.

Hailey hace un pequeño sonido de sorpresa mientras mis labios rozan ese lugar. Mi lengua sale por una probada y, *sí*, es ácido. Dulce también, porque ahora estoy mordisqueando su labio inferior.

Un entrecortado sonido escapa de sus labios.

—Matt...

—¿Mmmm?

—Todavía no me estás besando.

Mi lengua lame una dulce línea por la comisura de sus labios.

—Pronto —susurro.

—Ahora —musita en respuesta, y esa palabra enlazada con pasión rompe el hilo de mi control.

Mi boca está sobre la suya en un nanosegundo, mi lengua saliendo para enredarse con la suya. Es el tipo de beso que derrite la mente y curva los dedos de los pies, endurece mi polla y entumece mis sentidos. Todo lo que puedo sentir es el calor de su boca, su delicioso sabor, sus uñas cuando las clava en mi hombro.

—Joder —gimo. Y entonces planto mis manos en su trasero, presionando la parte baja de su cuerpo contra la mía.

Gime contra mi boca. Ansiosamente bebo el sonido, besándola duro y profundo mientras en el fondo de mi mente una voz grita que desacelere. Pero mierda, es asombrosa. Tan suave y flexible en mis brazos, devolviéndome el beso con un anhelo que parece sorprenderla. De hecho, cada vez que nos separamos por aire, hay un brillo de asombro en sus ojos, como si no pudiera creer que estamos haciendo esto. O tal vez, no puede creer que lo está disfrutando. Se veía de la misma manera la noche de la ópera, sorprendida, asombrada y ansiosa por más.



Diablos, si no hubiera estado casada antes, me preguntaría si tal vez es virgen.

—Estás... tan... duro —exhala entre besos.

Joder, sí, lo estoy, nena. Excepto que me doy cuenta de que no está hablando de la roca en mis pantalones. Sus manos ahora están trazando mis pectorales y abdominales sobre mi camisa, como si estuviera tratando de memorizar cada plano y ondulación de mi torso.

—Y tú eres tan suave —digo en respuesta, mis manos se elevan para ahuecar sus tetas turgentes. Suave, muy bien. Mi boca se seca al pensar en besar y lamer esos pechos suaves y dulces. Casi desabrocho su camisa en ese momento, hasta que me besa de nuevo y procede a distraerme meciéndose ligeramente sobre mi entrepierna.

El calor de su núcleo es un señuelo aún más grande que sus tetas. Mi mano está entre sus piernas antes de darme cuenta. Hailey jadea de alegría cuando la toco, luego gime y se frota sobre la palma de mi mano.

—Joder —gimo de nuevo—. Necesito... —Ni siquiera sé lo que necesito. Ha pasado tanto tiempo desde que hice esto que todo mi cuerpo tiembla de emoción. Mi cerebro ha dejado de funcionar. Sin embargo, mis dedos funcionan bien. Ya están abriendo el botón de sus pantalones, bajando la cremallera, deslizándose dentro de sus bragas.

Los ojos de Hailey se agrandan cuando mi pulgar roza su clítoris. No tenía la intención de dejar que un beso nos llevara a *esto*, acariciando su paraíso resbaladizo y deslizando un dedo en su calor húmedo. Pero está sucediendo y es increíble. Cada sonido que hace es como una dosis de alguna droga fantástica, empañando mis sentidos y encendiéndome más y más. *¿Sonará así cuando esté dentro de ella? ¿Cuando mi lengua se mueva contra su clítoris?*

Las imágenes sucias provocan un gemido estrangulado en mi garganta. Mierda. Estoy cerca de venirme y todo lo que estoy haciendo es tocar a esta mujer.

—Matt —dice, con una nota de desesperación en su voz. Su barbilla descansa sobre mi hombro, sus caderas se mueven a tiempo con los movimientos lentos de mi dedo—. Yo...

—¿Tú qué, sexy? —digo con voz ronca—. ¿Quieres correrme?

Me mira y asiente sin decir palabra, y algo sobre su expresión sincera y francamente honesta me enloquece de deseo. Añado un segundo dedo, y joder, está apretada. Muy apretada. Y mojada. Y caliente. Y... sí, estoy en peligro de correrme en mis pantalones. Realmente lo estoy. Lo que significa que necesito hacerla explotar, lo antes posible. Porque al menos entonces podemos perder el control juntos.

Me inclino más cerca y presiono mis labios en los suyos, besándola mientras muevo mis dedos dentro y fuera de su canal apretado. Su



respiración se vuelve superficial, los labios tiemblan contra los míos mientras la acerco más y más al límite. Mi pulgar acaricia su clítoris, frotando círculos lentos y suaves sobre su carne hinchada, y sus respiraciones son aún más entrecortadas ahora. Sí, está cerca. En cualquier segundo, voy a sentir su coño convulsionando alrededor de mis dedos mientras se...

¡Buzzzzz!

El fuerte ruido hace que separemos nuestras bocas.

—Q-qué... —Hailey parpadea confundida.

—Mierda —murmuro—. Solo el portero. —Intento ignorarlo. Y hago mi jugada, besándola de nuevo.

¡Buzzzzz!

Demonios. La recepción no molesta a los inquilinos a menos que sea realmente importante.

Ambos soltamos un suspiro de derrota. Con la mayor renuencia, deslizo mis dedos fuera del paraíso y suavemente bajo a Hailey de mi regazo y la coloco en el sofá. Luego me levanto en busca del teléfono inalámbrico que siempre extravió. Lo encuentro encima de la nevera, de todos los lugares.

—¿Sí? —Estoy un poco irritable cuando saludo al portero.

—Lamento molestarlo, señor Eriksson, pero tiene visitas —dice Henry cortésmente.

Mi frente se arruga.

—¿Quién es?

—Es su exesposa e hijas, señor. Sé que tiene un invitado, así que les pedí que esperaran un momento. Pero la señora Eriksson está bastante impaciente por subir.

¿Qué demonios? Mi mirada se dirige a Hailey, que está arreglando discretamente su ropa y abrochándose los pantalones.

Mierda. ¿Qué está haciendo Kara aquí? Nunca aparece sin llamar primero.

Una pizca de miedo me traspasa. ¿Están bien las chicas? Oh, mierda, ahora estoy preocupado.

—Déjalas subir —digo en el teléfono.

Y luego cuelgo y me apresuro a la sala para revisar mi celular.

Mierda.

Hay cinco llamadas perdidas de Kara, que no vi porque mi teléfono estaba en silencio. También hay dos mensajes de texto que me aterroriza leer. Jesús, si algo le pasó a una de las niñas...



ELLE KENNEDY

¡Contesta tu maldito teléfono, Matt! ¡Emergencia!

Mi corazón salta en mi garganta, pero el miedo se disipa un poco cuando leo el segundo mensaje.

Las chicas están bien. Pero las voy a dejar en tu casa. Será mejor que estés allí.

Como si fuera una señal, suena el timbre.

—Lo siento —le digo a Hailey, que todavía está mirándome esperando una explicación—. Mis hijas están aquí, al parecer.

Su rostro palidece.

—¿Qué?

En lugar de responder, me dirijo a la puerta, la abro y encuentro a una Kara con aspecto agotado y dos niñas en edad preescolar vestidas con pijamas.

—¡Mamá se cortó todo el pulgar! —grita Libby cuando me ve.

—No me lo corté *todo* —corrige Kara rápidamente—. Pero necesito puntos de sutura.

—Había sa-sangre —susurra June, sujetándose a mis piernas y colgándose con fuerza—. No me gusta la sangre.

—¡Y mami dijo una mala palabra! —anuncia Libby—. ¡Pero luego dijo que podríamos tener una fiesta de pijamas con papá!

June se aferra aún más a mis piernas.

—Te fuiste para *siempre*, papá.

—Solo por una semana —digo, tratando de aclarar mi ausencia a pesar de que mi corazón se aprieta con fuerza.

Kara murmura por lo bajo:

—Una semana puede parecer eterna cuando estás sola en casa y esperando.

La miro fijamente, pero afortunadamente, no creo que las chicas lo hayan escuchado. Todavía. Ella puede culparme de todo lo que quiera por la debacle de nuestro matrimonio, pero no va a hacerlo delante de nuestras hijas.

—¿Puedes arreglar el pulgar de mamá? —pregunta June, con el labio inferior temblando.

Pongo una palma en su pequeña y cálida cabeza.

—Está bien, cálmense, todas. Déjame ver ese pulgar, Kara. —Lo sostiene envuelto en un paño de cocina, tiro de su mano hacia la mía y abro el paño.



—¿Qué? ¿No me crees? —Sus ojos marrones brillan—. Te habría enviado una foto si contestaras tu teléfono.

—Lo siento. Mi teléfono estaba en silencio —admito—. ¿Cómo te hiciste esto? —Hay un corte profundo en la yema de su pulgar, y cuando expongo la herida brota sangre. Pero, oigan. Soy un jugador de hockey. La sangre no me perturba.

—Daniel y yo estábamos cortando zanahorias orgánicas para el almuerzo de las niñas mañana.

¿Y no pudo coserlo por sí mismo? Oh, cierto, es un dentista, no un verdadero médico.

Me sacó de la cabeza el comentario mordaz antes que mi boca pueda darle voz.

—Me está esperando abajo en el auto, en realidad. Habría dejado a las chicas en casa con él si no pensara que sangraría por todo el volante conduciendo yo sola.

Aunque estoy erizándome por dentro, elijo no comentar el hecho de que el novio de Kara estaba en mi antigua casa, preparando almuerzos para *mis* hijas. Al menos no está jodidamente viviendo allí. Todavía, pero hago a un lado esa idea.

Aplico una presión más suave y la envuelvo de nuevo.

—Los puntos son una buena idea.

Kara se estremece ante el pensamiento. Siento una oleada de simpatía por ella, pero se evapora cuando pasa a mi lado hacia la habitación.

—Chicas, su hora de acostarse es en treinta y siete minutos y... oh. Hola.

Sé el momento en que Kara ve a Hailey, porque su tono se convierte en hielo. Lo mismo ocurre con su mirada. Tragando, veo como mi exesposa observa la escena ante ella. El cabello despeinado y la ropa arrugada de Hailey. Las dos copas de vino sobre la mesa de centro.

Después de un largo y tenso momento, Kara me mira de nuevo.

—Ya veo —dice con frialdad—. ¿Entonces ésta es la razón por la que no puedes contestar tu teléfono? ¿Porque estás demasiado ocupado entreteniéndome a niñas universitarias?

Frunzo el ceño, mientras que las mejillas de Hailey se vuelven de color rojo remolacha.

—Hailey, ella es Kara. Kara, Hailey. —Mi tono es tan frío como el de Kara—. Y puedo asegurarte que se graduó de la universidad hace mucho tiempo. —Al menos creo que lo hizo. Ni siquiera hemos discutido cosas



como la educación postsecundaria todavía. Aún nos estamos conociendo. Pero no le estoy admitiendo eso a Kara.

—Es un placer conocerte —dice Hailey débilmente, y la veo acercarse a su bolso como si estuviera planeando su escape.

—Un placer —responde Kara, aunque todos sabemos que placer es lo último que siente en este momento. Entonces despide a Hailey con sus ojos y se gira hacia mí—. No puedo llevar a las niñas a una sala de emergencias con gérmenes. Y no hay manera de saber cuánto tiempo tomará, así que pensé que las chicas solo pasarían la noche aquí y las recogeré por la mañana. ¿Supongo que está bien?

—Por supuesto —digo tensamente. No voy a dejar que mis hijas me escuchen decir que no son bienvenidas. Pero Kara claramente no tiene reparos en restringir mi acceso a las chicas hasta el momento en que necesita algo.

Kara aprieta su mandíbula, luego se estremece como si la acción le causara dolor. Aprieta su pulgar dentro de su envoltura.

—Cristo.

Su evidente malestar descongela algo de mi ira. Podría haber sido grosera con Hailey ahora, pero obviamente tiene pánico.

—Ve —le digo a mi exesposa—. Encárgate de eso. Las chicas estarán bien.

Kara se mantiene enraizada en su lugar. Vuelve a mirar las copas de vino, luego a Hailey, y es fácil adivinar lo que está pensando.

—No te preocupes, me estaba yendo —dice Hailey.

Asustado, la miro.

—Quédate —me encuentro diciendo, incluso mientras Kara me frunce el ceño—. Podemos ver una película con las chicas.

La sugerencia no es reconocida. Hailey simplemente arroja el bolso sobre su hombro y corre hacia la puerta.

—¡Gracias por la cena, Matt! —me dice sin mirarme—. Conozco la salida.

Un segundo después, se ha ido.



Doce

Interruptor de tonterías

Hailey

La mañana siguiente trabajo durante unas horas en paz. Con las puertas de mi oficina cerradas, nadie me molesta y me obligo a no pensar en el desastre de la noche anterior. Pero mi tranquilidad se va a infierno al mediodía, cuando Jenny llega para un turno de doce a nueve.

A las 12:01, Jenny entra.

—¿Dónde te metiste anoche? —exige desde mi puerta.

—Yo... —Eso es lo máximo que logro decir. Lo cierto es que todavía estoy intentando averiguar qué me sucedió anoche. Los encuentros con Matt siempre me dejan un poco confundida.

Por ejemplo, ¿*realmente* me restregué en su regazo mientras nuestras bocas estaban fusionadas? Y entonces, ¿mi enamoramiento de toda la vida metió la mano dentro de mis bragas y casi hizo que me corriese mientras gemía como una estrella del porno? Una cosa sé seguro, a medio gemir, fuimos interrumpidos.

Con un tipo diferente de gemido, pongo la cabeza entre mis manos.

—¡Oh, cariño! —exclama Jenny. Cierra la puerta y se deja caer en la silla para visitantes—. ¡Cuéntale a tía Jenny qué sucedió!

—Fue maravilloso y terrible —me quejo—. Como todos mis encuentros con Matt.

Hace un sonido compasivo.

—Ese pedido de compra que hizo fue porque quería hacerme la cena —comienzo, y Jenny chilla con deleite—. Esa parte de la noche fue realmente divertida. Fui capaz de calmarme y apagar el... ¿cómo lo llamaste?

—El interruptor de tonterías —asegura mi amiga con autoridad.



—Espera... —digo, notando en ese momento la taza para llevar en su mano—. ¿Fuiste a la cafetería sin mí?

—Lo siento —contesta—. Si me cuentas qué sucedió, iré y te traeré una.

—¿Quieres que me humille sin café? —mascullo—. Eso es frío.

Quita la tapa de su taza y me la entrega para un sorbo.

—Ahora, escúpelo. La historia. No el café.

Cierto. Tomo un solo sorbo y se lo devuelvo.

—Después de la cena, nos sentamos en el sofá.

Sus ojos se iluminan con alegría.

—Él notó que estaba nerviosa. Así que hizo un montón de bromas para tranquilizarme. Luego me retó a besarlo.

Se inclina hacia delante, apoyándose contra el borde de la mesa.

—¿Y luego?

—Y luego, como que perdí el juicio. Lo atacé como Rufus ataca su hueso de juguete.

—¡Caray! —Jenny abre los ojos como platos—. ¿Conseguiste un hueso⁶? ¿Frente a esas ventanas que llegan hasta el techo? ¿Fue increíble?

La vergüenza inunda mi cuello mientras me doy cuenta de que hay unas ventanas enormes en el apartamento de Matt. Y no creo que las persianas estuviesen echadas. No solo le hice un baile de regazo, sino que también lo realicé frente a todo Yorkville.

—¡Oh, Dios mío, lo hiciste! —chilla—. ¡Eres mi heroína!

Niego rápidamente.

—¡No! No lo hice. Es una larga historia. Pero él me vuelve *loca*, Jenny.

—¡Eso es lo mejor!

—¡No! —protesto—. No es eso. En absoluto. Lo dijiste tú misma... Solía ser una persona con confianza. Y necesito volver a tener citas de nuevo. Pero Matt no es el tipo para volver a Citas 101. No hace que tenga seguridad. Me vuelve loca. Cuando está en la habitación yo diré algo, *haré* algo. —*Desabrocharé alguna pieza de ropa. Cielos*—. Necesito tener una cita con alguien que no me dé...

—¿Palpitaciones cachondas? —sugiere Jenny.

—¡Exacto!

—Por otra parte... —comienza.

⁶ Juego de palabras con *bone*. Que puede referirse a hueso o a una erección.



Pero es interrumpida por Jackson, que está de pie en el marco de mi puerta.

—¿Palpitaciones qué?

Mi rostro se sonroja otros diez tonos.

—¿Es la hora de nuestra reunión? —pregunto a mi ex, esperando distraerle de la conversación.

—¿Nuestra reunión? No hay nada en el horario.

Por supuesto que no lo hay. Pero estoy desesperada aquí.

—Cierto. ¿Entonces qué necesitabas?

—Ugh. —Mira a Jenny de soslayo—. ¿Podemos hablar?

Se me revuelve el estómago con nerviosismo. Esas palabras nunca comienzan una conversación feliz.

—Claro —respondo, mirando a Jenny significativamente.

Con un suspiro molesto, toma su taza de café y sale por la puerta.

—Sobre el otro día... —comienza Jackson cuando ella se ha ido.

—No vi nada —balbuceo, pensando en los juguetes sexuales en mi escritorio.

Él frunce el ceño.

—Sé que no lo has visto. Por eso quiero mostrártelo.

—Tú... ¿qué? —Busco en mi cerebro una razón por la que estaríamos hablando de juguetes sexuales. Obviamente me estoy perdiendo algo—. Espera. ¿Qué se supone que voy a ver?

—Una propiedad en Bayview. —Frunce el ceño ante mi obvia confusión—. Por la expansión.

—¡Pero pensé que no estabas preparado la expansión! —Sueno herida incluso para mis oídos. Pero él no está teniendo mucho sentido ahora mismo—. Dijiste que era demasiado pronto.

Apoya la cabeza contra el marco de la puerta y cierra los ojos.

—No sé, supongo. Mi padre piensa que esta propiedad es demasiado buena para dejarla pasar. Está muy cerca de todas esas mansiones de Bridle Path.

—¿Y quieres que yo vea esa propiedad? —Preferiría tomar los cuidadosamente afilados lápices de mi lapicero, derribar al señor Emery, y apuñalarlo con ellos.

—Eso creo. —Abre los ojos—. ¿Qué piensas de la idea?

La odio.

—Cualquier propiedad en Bayview tiene que costar un montón. Debe ser el doble de lo que pagamos por este sitio. —Estiro el brazo para señalar



nuestra propiedad en Yorkville, que solo es asumible porque está en una segunda planta de un edificio pequeño, y el señor Emery es nuestro arrendador—. ¿Cuánto cuesta?

Cuando dice un número, gimo.

—¿Y crees que es una buena idea?

—Creo... —Se detiene para mordisquearse su muy fino labio. Nunca lo vi tan fino como en este mismo instante. Pero justo anoche yo estuve cerca e íntima con un engreído, magullado...

¡Céntrate, Hailey!

—Creo que podíamos hacerlo bien en ese vecindario —dice lentamente—. ¿Solo un vistazo? Verlo antes de decidir.

—De acuerdo —accedo, logrando mantener un tono civilizado—. Pero no podemos tomar esta decisión solo basados en una oportunidad de alquiler. Si eres serio sobre la expansión, entonces voy a calcular el rendimiento de la inversión basado en la densidad de ese vecindario y el coste medio del inmueble residencial por metro cuadrado. Luego tengo que comparar los resultados con otros vecindarios ricos. Como Rosedale.

Eso solo me llevará unas cincuenta horas.

Jackson asiente.

—Bien. Pero mira el lugar, ¿de acuerdo? Necesito contestar a mi padre.

Por supuesto que lo hace. Y yo probablemente me convertiré en la primera mujer condenada por asesinato con objetos de oficina.

Cuando Jackson se marcha, saco algunos datos sobre Bridle Path. Realmente debería estar trabajando en el lanzamiento de nuestra aplicación de teléfono móvil, y la interrupción hace que masculle ante mi ordenador.

—Vaya —dice Jenny detrás de mí—. Ese es el sonido de la frustración sexual.

—Detente —espeto.

—Bien. ¿Este es un mal momento para mencionar que hay una petición de... —me da un vuelco en el corazón—... señor Polla?

Me da otro vuelco.

—¿Qué quiere? —Miro la notificación roja en la esquina de mi pantalla y la pulso—. ¿*Un columpio*? —Me rio, sintiendo la tensión abandonando mis hombros por primera vez en horas. Me pregunto si Bridle Path también tiene una clientela colorida.

—Las especificaciones me hacen pensar que puedo encontrarle algo en Home Depot. O un sex shop. Pero mira la fotografía. ¿Por favor?



Cambio el navegador del ordenador para sacar la petición a pantalla completa. Y luego estoy molesta, porque el *SrVeinteCentímetros* no es él hoy. No hay penes en la imagen. Solo un techo con vigas, con ganchos clavados en una de ellas.

—Así que tendrá un lugar donde colgarlo —comento—. Eso hace tu trabajo más fácil, ¿supongo?

—¡Hailey! Mira la pared.

Hay un pequeño indicio de una pared. Cuando miro atentamente, puedo ver más equipamiento clavado. Hay una especie de cadena colgando. Y a su lado puedo divisar una fila de...

—¿Eso son látigos?

—Eso parece.

—¿Siquiera estás sorprendida?

Jenny se encoge de hombros.

—¿Por qué no tuviste sexo con el dios del hockey todavía?

La pregunta me toma completamente con la guardia baja, así que suelto la verdad:

—Lo haría, pero fuimos interrumpidos por una emergencia.

Abre los ojos de par en par, probablemente porque no esperaba que su ataque repentino funcionase.

—¿Qué clase de emergencia?

—Del tipo intimidante —admito—. Apareció su exesposa luciendo como una supermodelo, acompañada de sus hijas gemelas. Ella se cortó el pulgar y lo declaró una emergencia nacional.

Jenny hace una mueca.

—La odio por interrumpir tu primera noche de sexo en un millón de años.

—Dos años —corrijo.

Casi se le salen los ojos de las órbitas.

—¿Dos? ¡Pero tu separación solo fue hace dieciocho meses!

Bueno, esto es embarazoso.

—Siguiente tema, por favor.

—Oh, *querida*. —Parece realmente sorprendida—. No importa que él te convierta en la señora murmullos cada vez que te excita.

—Pero la mayoría de los hombres no me provocan eso —señalo—. Solo él. Obviamente es la mala elección para romper mi sequía.



—No. —Jenny alcanza el escritorio y me golpea la mano—. Eso significa que él es exactamente el tipo *correcto*. ¿Jackson alguna vez te hizo zumbiar como un abejorro?

—No. Solo Matt. Me pongo en vergüenza casi cada vez que estamos en la misma habitación. Y él tiene dos *hijas*, Jen. En serio. Hay un montón de gente en fila por su atención.

El estremecimiento de Jenny solo prueba que tengo razón.

—Los niños son complicados —admite.

—Toda la situación es complicada. Esto es como... decidir si estoy interesada en hacer una pequeña escalada y luego volar al Everest para mi primera excursión.

—¡El paisaje merece la pena! —Se abanica—. Hablemos sobre lo gallina que eres en realidad.

—¡No lo soy!

—Lo eres.

—¡No lo soy!

—Hola, señoritas —saluda una voz masculina desde la puerta. De nuevo me sobresalto. No es Matt.

—¡Hola, Tad! —Lo saludo con gran entusiasmo, porque ha interrumpido la discusión más estúpida que Jenny y yo hemos tenido jamás. Cuando me levanto de un salto de mi silla de escritorio él parece un poco sorprendido—. ¿No íbamos a tomar café en algún momento?

Abre los ojos de par en par.

—Ese era el plan.

—¿Ahora está bien? Jenny fue por un expreso sin mí.

Ella pone los ojos en blanco.

—Ahora sería *muy* bueno. —Su sonrisa no deja ninguna duda que Jenny tenía razón. Ha estado intentando pedirme una cita y yo lo ignoraba.

—Simplemente iré por mi abrigo.

Vamos a la cafetería en Yorkville Ave. Pero en lugar de tomar uno para llevar, tomamos asiento en una de las pequeñas mesas en la parte de atrás.

Hablar con Tad es fácil. No siento ninguna sacudida ni revoloteo en ninguna parte inapropiada. Es tranquilo. Terminamos discutiendo sobre



televisión. Resulta que ambos estamos entusiasmados por la nueva temporada de Sherlock.

—Aunque una “temporada” normalmente solo son unos cuantos episodios —señalo.

—Verdad —dice, sus ojos marrones sonriéndome. Tad es empíricamente atractivo. Tiene un buen corte de cabello y una sonrisa amigable. Es un poco delgado para mis gustos recientes, pero se mantiene bien, y lleva ropa que le sienta bien. Con su suéter de cuello de tortuga y sus gafas *hipster*, luce más como un modelo del Club Mónaco que un técnico nerd.

¿También a favor de Tad? No he tartamudeado ni una vez desde que nos sentamos a hablar. Estoy perfectamente calmada todo el tiempo. No me hace temblar o sentir sudorosa. Es solo... Tad. Me inclino un poco hacia delante, preguntándome si el golpe de atracción que estoy esperando sentir es de alguna manera retenido por la amplitud de la mesa de roble entre nosotros.

Pero... nada.

Interesante.

—Después de acabar Sherlock —dice—, hay hockey siempre. Sé cuánto te gusta el hockey.

Le ofrezco una sonrisa burlona.

—Hablando de hockey, ¿dónde está tu gorra de Toronto hoy?

Las puntas de sus orejas se ponen rosas.

—Voló cuando estaba corriendo a la estación de metro el otro día. Era, o salvar la gorra y perder el tren, o perder la gorra y llegar a casa a tiempo.

—Yo hubiera elegido la gorra.

—Por supuesto. Los tres banderines y el lapicero de Toronto en tu oficina podrían haberme dicho eso.

Sonríe, y es una sonrisa bonita, pero una vez más, no siento ni una chispa.

—Apuesto a que si fuera tu, digamos, gorra de *Boston*, no habrías elegido el tren —me burlo.

Su sonrojo se profundiza.

—Maldición. ¿Quién me delató?

—Jenny. Pero no te preocupes —añado gentilmente—, me parece muy bien si quieres apoyar a Boston sobre nosotros. Una idiotez, pero bien.

Tad ríe, luego me cuenta sobre la vez que tenía entradas para un juego de Toronto en casa contra Boston pero entonces se quedó atascado



en un ascensor en el centro de la ciudad. Es una historia bastante buena, y soy una buena oyente. Pero mientras me está contando cómo usó su teléfono para llamar a la seguridad del edificio, ¡de repente lo siento! Un rubor se extiende por mi pecho y todo empieza a hormiguar. Me siento sonreír un poco más amplio. Siento que algo importante está sucediendo...

—Hottie.

Salto siete centímetros en mi asiento y mi antebrazo golpea los restos de mi café. Busco la servilleta, pero cae de la mesa.

Dos segundos después, Matt Eriksson ha recuperado mi servilleta y la deja caer pulcramente sobre el modesto charco de café derramado. Poniéndome de pie, lo observo. En pantalones deportivos y una chaqueta de Toronto, debe acabar de salir de patinar. Es el hombre más casualmente vestido en la tienda, y el más sexy por un factor de mil.

Simplemente me lo como con la mirada, todavía asombrada por su repentina llegada. Y Tad está incluso peor. Su boca ha caído abierta y sus ojos son del tamaño de los CD que usa para instalar nuevos softwares en nuestra oficina.

—Eres... —balbucea.

Al menos no soy la única que pierde un poco la mente cuando Matt aparece. Tad podría no ser un fan de Toronto, pero todavía es un entusiasta del hockey, y todo gran fan se vuelve un poco loco en presencia de un atleta profesional.

—Hailey —dice Matt con una mandíbula que es más dura de lo normal—. ¿No vas a presentarme a tu amigo?

—Este es T-Tad, el técnico —balbuceo—. Tad, este es Matt Eriksson.

Tad se recompone. Se levanta y estrecha la mano de Matt.

—Es un placer, señor. —Dubitativo, mira entre nosotros—. Entonces, uh, ¿se conocen ustedes dos?

—Podrías decir eso. —Matt retira su mano de la de Tad. Luego la usa para sujetar la parte trasera de mi cabeza. Coloca un firme y posesivo beso en mi pómulo—. Necesitamos tener una pequeña charla, tú y yo. Si tienes un momento.

—¡Oh, hemos acabado aquí! —ofrece Tad con una risa nerviosa. Agarra nuestras tazas de la mesa—. ¡Te veo en la oficina, Hailey! —Se ha ido tan rápido que creo que veo una estela hasta la puerta.

—¿Qué fue eso? —exijo, finalmente saliendo de mi sorpresa—. Espantaste a mi cita de café.

—¿Cita? —pregunta, su fuerte mandíbula levantándose de una manera que es tan sexy que prácticamente puedo sentir la testosterona emanando de él en oleadas.



WAGS # 2 ELLE KENNEDY

—Bueno, no una *cita cita* —corrijo—. Está mejorando nuestros servidores con una nueva instalación.

—Una *instalación*, seguro. —Matt resopla y toma mi mano en la suya—. No vuelvas a la oficina aún. A menos que tengas que hacerlo.

Simplemente niego porque los aleteos locos o como sea que Jenny los llama, se han asentado de nuevo, y no creo que pueda hilar las palabras.

—Bien —dice, su voz ruda. Toma mi abrigo de la silla y me lleva hacia la puerta.

Fuera, somos saludados por una ráfaga del tempranero y frío aire de diciembre. Matt se detiene y pone el abrigo alrededor de mis hombros.

—Ven conmigo.

—¿Dónde? —grazno.

Mueve su cabeza hacia la cuadra, donde su edificio de apartamentos se alza sobre la abarrotada calle.

—Tenemos algunos asuntos sin terminar.

—¿Lo hacemos?

Se mueve rápido, pegándome contra los ladrillos del exterior de la cafetería, su pecho contra el mío, sus labios acariciando mi frente mientras habla.

—Tenemos algunos asuntos muy *urgentes* que atender. —Su mano se escabulle dentro de mi abrigo sin abrochar para posarse en mi cintura—. ¿No estás de acuerdo?

Un jadeo escapa de mi pecho mientras su boca viaja a mi oreja, dándole un mordisco. Estoy aferrando su chaqueta ahora, lista para hacer lo que sea que pida. Y justo aquí, probablemente.

Pero en un destello, Matt da un paso atrás, agarra mi mano y me lleva a su edificio.

—¡Buen día! —dice el portero cuando nos deja entrar.

—Seguro que lo es —dice Matt animadamente mientras me guía hacia el ascensor y se inclina hacia el botón—. Y está a punto de ponerse incluso mejor —susurra cuando las puertas se abren.

Cuando se cierran tras nosotros, me hace retroceder contra la pared del ascensor. Tengo tiempo para inhalar profundamente su esencia de recién duchado antes que ataque mis labios con un beso hambriento.

Mi cabeza golpea el panel de madera mientras profundiza el beso. Este Matt no se toma nada lento. Este es el mismo Matt Eriksson que agarra el disco en una jugada ofensiva y busca la red.

Mi portera interior lanza su palo lejos y olvida preocuparse. Envuelvo mis brazos alrededor de su generosa figura y me aferro por mi vida



WAGS # 2 ELLE KENNEDY

mientras sus besos viajan a la sensible piel de mi cuello, donde su hambrienta boca me eriza la piel de todo el cuerpo. El roce de sus labios hacia mi oreja hace que mis rodillas cedan.

—No me gustó que fuéramos interrumpidos anoche —susurra roncamente entre besos con la boca abierta por toda mi, rápidamente, acalorada piel—. Fui a tu oficina para disculparme.

Entonces, ¿cómo me encontraste?, pienso en preguntar. Pero las palabras no logran salir de mi mente, y solo gimo en su lugar. Sus manos han agarrado mis caderas y puedo sentirme volviéndome menos coherente por segundos. Mis palmas vagan entre las mitades sin abrochar de su chaqueta y por las crestas de sus abdominales. Sisea, luego se inclina...

El ascensor suena, anunciando nuestra llegada a su piso.

Gime y me separa de la pared.

—Vamos, Hottie. El tiempo corre. —Tira de mí a la puerta de su apartamento y mete el código rapidísimo.

Dentro, saca el abrigo de mis hombros y lo deja caer al suelo. Luego hace lo mismo con el suyo.

—Necesitas un perchero —señalo.

—Más tarde —gruñe.

Tengo un último pensamiento racional: *hay percheros en el centro comercial de Yorkdale*. Pero eso es todo, porque Matt me besa de nuevo y nos movemos por el pasillo. Una mano posesiva se posa en mi trasero, dándole un apretón que roba otros diez puntos de inteligencia.

Entonces la parte trasera de mis piernas encuentra una cama y... me congelo. Solo me detengo, a medio beso, y hielo corre por mis venas donde había solo calor un segundo antes. Porque no sé qué diablos estoy haciendo. Mi enamoramiento de toda la vida quiere tener sexo espectacular conmigo, y no tengo ni idea de qué significa eso.

—Hottie —susurra, y su mano se vuelve gentil. Las puntas de sus dedos rozan ligeramente mi espalda y luego bajan de nuevo—. ¿Qué pasa?

—M-me p-pones t-t-tan nerviosa —tartamudeo.

Sonríe y es dulce. Sus nudillos rozan mi mejilla y luego besa ese lugar también.

—Lo sé. No hay entrenamiento para esto.

—¿Q-qué?

Su risa recorre mi cuerpo como una llama. No sabía que era posible estar tan excitada y tan asustada al mismo tiempo.

—Estás fuera de práctica, ¿cierto?



—Cierto. —Es solo que estoy empezando a pensar que nunca tuve ningún juego para empezar. Hace mi cuerpo encenderse de maneras tan extrañas que es obvio que he estado haciendo algo mal toda mi vida.

—Entonces déjame entrenarte esta ronda. Diré las jugadas. Solo escucha el silbato.

—De acuerdo —digo de inmediato.

—Tu entrenador quiere que desabotones esa camisa. —Su sonrisa es un poco burlona, pero también amable.

Mis dedos van a los botones de mi blusa y empiezo a obedecer.

—Buena chica —susurra, quitándola por mis hombros y arrojándola a una silla que elegí en Crate & Barrel. Se inclina para colocar un suave beso en la unión de mi cuello y hombro. Desciende, pasa mi clavícula, trazando la línea de mi sujetador de encaje blanco con sus labios.

La piel de gallina ha vuelto. Y el calor. Mis dedos encuentran su cabello y acerco más su cabeza a mi pecho.

Sus labios me rozan y deja escapar un gemido.

—El entrenador necesita que te quites este sujetador —dice con voz ronca.

Dudo, porque siempre me he sentido bastante indefensa. Y está horriblemente iluminado aquí...

—El entrenador está esperando, Hailey —dice, arrodillándose frente a mí—. Sé una buena recluta y quítate el sujetador mientras me ocupo de esto. —Dedos gruesos encuentran la cremallera de mis pantalones de lana y la bajan lentamente. El sonido de la cremallera me hace jadear. Con manos torpes, encuentro el cierre de mi sujetador y lo desengancho.

Matt no está mirando mientras tiro el sujetador al suelo. Se agacha, sus labios encontrando la piel justo al norte de mis bragas. Me besa allí y siento una ráfaga de deseo *por todas partes*. Entonces sus ojos se elevan y gime.

—Mierda, Hailey. Va a ser un esfuerzo ir despacio. —Lleva sus manos atrás y agarra su camiseta—. Pero el calentamiento es importante. —Se quita la camiseta y la arroja a un lado.

Y, ¡oh, la vista! Mi boca empieza a aguarse ante mi primera vista de toda esa masculina perfección. Baja mis pantalones y luego se levanta, donde parpadeo hacia él, mis ojos viajando por todo su pecho.

—Eso está bien —dice—. Ahora tócame. Con ambas manos.

Mis codiciosos dedos saltan para cumplir con su mandato. Paso mis palmas por sus pectorales, y su respiración se atora. Dejo que las puntas de mis dedos exploren las líneas de sus abdominales marcados. El vello marrón espolvoreado se espesa cuando se acerca a la cintura de sus



pantalones deportivos, y cuando paso mis dedos sobre él, su estómago se tensa.

—Mmm —gruñe. Y cuando levanta sus manos para acunar mis pechos, dejo escapar un gemido que le hace sonreír—. Lo sé, cariño. —Acaricia mi pezón con su pulgar y junto mis muslos con fuerza—. Buena chica. Tan receptiva a tu entrenador. Ahora te quiero desnuda y sobre esa cama. —Chasquea su lengua—. Vamos, aprendiz.

Me revuelvo para obedecer, y un momento más tarde, estoy tumbada en el centro de su colcha, llevando nada más que mi propio deseo por el dios que está acechando hacia mí sobre manos y rodillas. Lleva unos calzoncillos negros de algodón y una sonrisa. Debería estar fría, pero estoy ardiendo mientras me mira, sus ojos recorriendo mi cuerpo antes de dejar caer su cabeza para tomar uno de mis pezones en su boca. Su lengua se mueve en círculos y gimo, largo y alto.

Baja ese perfecto cuerpo sobre el mío, su boca reclamando la mía. Su peso es delicioso.

—Mierda —gime entre besos—. Tu entrenador está ansioso por poner este juego en movimiento.

Suelto una risita en su boca. Está caliente y duro, y todo es... *vaya*. Bajo una mano por su pecho de nuevo, finalmente alcanzando la ambiciosa erección que estira el algodón a su máxima capacidad.

Ambos suspiramos felizmente.

—Buena chica. —Se endereza un poco—. Sácala.

—Sí, señor. —Bajo sus calzoncillos y la polla más hermosa que jamás he visto (en mi limitada experiencia) salta a la vista. Cuando envuelvo mi mano alrededor de toda esa perfección, deja escapar un siseo.

Lamo mis labios cuando una gota de líquido aparece en la punta.

—Saboréame —espeta, sentándose sobre sus talones.

Me arrodillo y bajo la cabeza, mi frente rozando sus abdominales, y su limpia y salada esencia me envuelve. Lamo la gota perlada de su punta y gime. De repente, una gran mano agarra mi cabello con fuerza. No estoy esperándolo, y un estremecimiento me recorre mientras mi subconsciente registra mi indefensión en esta situación.

Por una fracción de segundo, el pánico muestra su rostro de nuevo. Es en mitad de un día laboral y estoy desnuda con mi cliente de noventa kilos. Me tiene, literalmente, de cabeza.

Otra mano se posa en la parte superior de mi espalda, acariciando dulcemente.

—Tan buena chica —susurra—. El entrenador está orgulloso de ti. —Y solo así, me derrito contra él, su polla deslizándose en mi boca—. Chúpame, cariño —dice con voz ronca—. Tómallo todo.



Gimo mientras llena mi boca, su peso sobre mi lengua. Es un montón que manejar, así que tengo que retroceder de inmediato. La mano en mi cabello se relaja enseguida. Respiro hondo por la nariz y lo intento de nuevo. Su gemido es tan dulce que quiero oírlo de nuevo. Relajando mi garganta, pienso en cómo tomarlo profundo. Pronto tenemos un ritmo, su poderoso cuerpo balanceándose hacia delante, follando mi boca en cortas acometidas.

La mano se aprieta en mi cabello y estoy ahogándome con mi propio deseo. *Chúpame, cariño.* Las palabras vibran a través de mi centro. *Tómalo todo.* Nadie nunca me ha dicho algo tan hermosamente sucio antes. Doy una buena y dura chupada y su ritmo vacila.

—Ungh. —Jadea, sujetando mi barbilla y deteniéndome—. De espaldas, ahora.

Aturdida, lo libero con un *pop* y parpadeo hacia él.

—Me alegra que te implicaras en eso, cariño. Pero tengo otros entrenamientos para ti. ¿De acuerdo?

Asiento.

—Di: sí, entrenador. —Guiña.

—Sí, entrenador —susurro, y sonrío.

Entonces alcanza detrás de mí y agarra mi trasero, el cual azota.

—Túmbate.



*Trece**En un minuto, amigo**Matt*

Hailey se tumba sobre mi cama y me giro un segundo para poder calmarme. Me encargo de patear mi ropa interior y de encontrar un condón en la mesita de noche. Abro el paquete y lo coloco sobre mi dolorida polla.

Casi lo pierdo cuando me la estaba chupando. Cada vez que levanta esos confiados ojos azules, me pongo un poco más excitado. Su mirada se pone un poco más dura cada vez que doy una orden. Hailey me quiere a pesar de sus nervios. Y puedo sentir que le gusta un poco sucio, pero que el impulso la confunde.

Menos mal que su entrenador lo entiende.

Me doy la vuelta para verla tumbada, mirándome con ojos excitados. A medida que me acerco a la cama, ella mueve las caderas y suspira.

Vaya... La vista me vuelve loco. Estoy ansioso por complacerla, y un poco nervioso por tener sexo por primera vez desde que mi matrimonio terminó.

Pero no permito que lo vea.

—El calentamiento no ha terminado —digo tranquilamente—. Pon las manos en tus pechos.

Parpadea.

—Ahora mismo —ordeno, poniendo una rodilla en el extremo de la cama—. Tócalos.

Levanta sus manos y acuna sus pechos en ellas, ahuecando su plenitud. La sensación la hace suspirar de nuevo, y mis bolas se aprietan con el sonido.

Tranquila, le digo a mi polla. Hailey no es la única que necesita una guía firme ahora mismo.



—Tócate los pezones —gruño.

Hace lo que le pido, arquea el cuello y cierra los ojos. Sus mejillas están rosas, y tengo que preguntarme si alguna vez se ha tocado delante de un hombre. Y ahora tengo ganas de presionar el tema.

—Hailey. —Sus párpados se abren. Me arrodillo a sus pies y le separo los tobillos unos centímetros. Se me hace agua la boca al ver su coño mojado—. Tócate para mí.

Sus manos siguen en sus pechos.

—Ya me has oído. —Tomo su mano en la mía, dándole un apretón. Luego la coloco suavemente en su montículo—. Muéstrame dónde quieres mi boca.

Se queda sin aliento y aprieta los muslos.

—Muéstrame —presiono—. Está bien, preciosa. Tócate para mí.

Traga, y finalmente sus dedos trazan el pequeño triángulo de vello entre sus piernas. Relaja los muslos y luego las puntas de sus dedos se hunden para deslizarse sobre su clitoris. Me mira para ver si estoy de acuerdo.

Lo apruebo, de acuerdo. De hecho, no puedo esperar más. Apoyándome en mis antebrazos, beso el dorso de la mano que lentamente acaricia su clitoris. El olor de su excitación me aprieta las pelotas de nuevo. *Jesús*. Le doy un empujoncito a su mano hacia un lado con mi nariz y le chupo el centro.

Su gemido es un sollozo. Tomo sus muslos con ambas manos y profundizo mi beso. Mi lengua se desliza sin esfuerzo. Está tan mojada y lista que mi pene se hincha. *En un minuto, amigo*. Estoy ocupado aquí. Hailey jadea, se levanta de la cama, presiona su núcleo más cerca de mí, monta mi lengua. Hace tanto calor que me pongo a sudar por la espalda.

Un minuto o dos más tarde, y ya está cerca.

—Oh, no —regaño, moviendo mis besos al interior de su muslo—. No sin mí. —Sus piernas tratan de agarrarme y abrazarme, pero presiono sus caderas hacia abajo en la cama—. No te adelantes al entrenador —adviento, solo para mantener las cosas ligeras. Pero me muero por ello. Me arrodillo entre sus piernas y envuelvo mi mano alrededor de su cintura. Nuestros ojos se encuentran y la niebla desaparece de los suyos. Solo hay deseo allí. Es hermoso.

La anticipación es tan dulce que la mantengo un hermoso momento más. Si alguien sabe lo efímera que es la intimidad, soy yo.

—Eres tan hermosa, Hailey —digo mientras arrastro la cabeza de mi polla a través de su suavidad y humedad—. Esto es perfecto. —Luego me inclino y le doy un beso rápido mientras me empujo en ella.



Gime mientras la lleno. Presiono de nuevo hacia arriba sobre mis manos, para poder mirar. Tal vez los jugadores de hockey son maridos de mierda, pero soy un gran amante. Respiro profundamente para mantener el control de mi cuerpo. Entonces le doy un buen y lento empujón. Hottie cierra los ojos con placer.

—Mírame, muñeca. Mira la forma en que te estoy mirando.

Sus ojos se abren de nuevo y me sonrío. Todos sus nervios finalmente se han ido.

—Me encanta esto —prometo. Capturo una de sus sedosas piernas bajo mi brazo y cojo ritmo—. Te sientes como el cielo, y pareces un ángel esparcido en mi cama. Te gusta mi polla, ¿verdad?

No es una pregunta, pero tengo una respuesta de todos modos.

—Sí —jadea mientras su espalda se arquea hacia mí otra vez. Sus dedos se extienden para agarrar el edredón mientras yo acelero el ritmo.

—Córrete conmigo dentro —insto—. Quiero sentirte.

Sus manos se elevan a mi pecho, y sus dedos sobre mi carne caliente se sienten increíbles.

—No puedo correrme durante el sexo —susurra—. Pero aun así me encanta.

¿En serio? Me muevo un poco más lento y admiro su hermoso cuerpo debajo de mí.

—¿Cómo lo quieres, entonces? ¿Quieres mi boca otra vez?

—No es necesario —dice con un suspiro—. Está todo bien.

De ninguna manera. Quiero decir, algunas mujeres no son capaces de llegar allí. Es solo que no creo que Hottie sea una de ellas.

—Está bien —digo, porque no quiero presionarla. Luego me retiro—. El entrenador quiere que te des la vuelta.

Sus ojos se abren sorprendidos, pero su vacilación solo dura una fracción de segundo. Y cuando se gira, gruño al ver ese tatuaje asesino en su espalda.

—Tú, cosita sexy. —Me inclino y saboreo la suave piel de su hombro. Luego levanto sus caderas y me deslizo hacia dentro de nuevo. Mi boca está justo en su oreja ahora—. Me vuelves loco —murmuro.

Emite un suspiro de felicidad.

Le deslizo una mano por debajo, justo entre sus piernas.

—Sabes tan bien aquí —digo mientras se apoya en mi mano. Le doy un ritmo agradable, arrastrando hasta que su aliento se entrecorta—. Te gusta eso, ¿no? Dímelo.

—Sí —jadea.



—Monta mi mano, cariño. Necesito correrme.

Folla mi mano y tengo que apretar los dientes mientras mis bolas se aprietan.

—Oh... —Se retuerce, y la nota de desesperación en su voz es hermosa.

Recito el primer verso del himno nacional canadiense en mi cabeza para distraerme.

—Maaaaaatt —gime. Y entonces lo siento, el primer dulce pulso de la victoria. Ella gime y yo maldigo mientras mi control se desmorona. Ahora la follo rápido, mi cuerpo tiembla de impaciencia. Envuelvo mis brazos alrededor de su cuerpo sedoso y me estremezco mientras me vengo en varias explosiones energéticas.

Entonces, mi mente se queda absolutamente en silencio. Nos tumbamos allí, recuperando el aliento. La giro y la abrazo, con los ojos cerrados. Se supone que debería estar durmiendo la siesta, de todos modos.

—Pensé que habías dicho que nunca te corrías durante el sexo —digo adormilado.

—¿En serio? —Su voz es una burla y me besa el hombro—. No me pareces el tipo de hombre que tiene que buscar cumplidos después del sexo.

Abro los ojos y le sonrío, porque se acaba de burlar de mí. Pero entonces las sonrisas se deslizan de nuestros rostros, y nos quedamos mirándonos profundamente a los ojos el uno al otro. Un tipo diferente de calor se extiende dentro de mi pecho.

—Todo el mundo necesita un cumplido de vez en cuando —señalo en voz baja.

Pone su mejilla contra mi hombro y suspira.

—Bueno, estoy bastante segura de que acabo de darte uno grande. Hablar de sexo no es mi fuerte. Pero todo lo de hoy ha sido increíble.

Le acaricio el cabello, y se inclina hacia mi mano. Solo había tenido el sexo en mente cuando fui a por ella hoy. Pero la tranquilidad de este momento es tan rara como dulce. Estoy consiguiendo algo que ni siquiera sabía que necesitaba.

—Pregunta —susurra al cabo de un rato.

—¿Mmhh?

—¿Siempre tarareas “Oh, Canadá” mientras tienes sexo?

Dejo salir un resoplido muy poco sexy, y ella se ríe.

—No. Eso fue especial. Solo para ti.



—Me siento honrada.

—Esta noche, cuando la cante de nuevo desde el centro del hielo, pensaré en ti.

—¡Espera! —Hottie se sienta de repente—. ¿Es noche de juego? Mierda. Lo olvidé. ¡Levántate! ¡Tienes que vencer a Dallas! Creo que pueden ganar este, especialmente si el entrenador Hal no se anda con rodeos defensivos.

Sonríó contra la almohada.

—Es la hora de la siesta, bomboncito. Tranquilízate.

—No. Ahora estoy distraída —dice, pinchándome en las costillas—. ¿Quién empieza?

La agarro, ruedo, y la coloco sobre mi pecho.

—No lo sé. ¿Quieres venir al partido?

—¿Estoy respirando?

Nos abrazamos un minuto más hasta que mi cerebro nublado por el sexo se da cuenta que hay un problema con la invitación que acabo de hacer.

—En realidad.... regalé mis asientos a una organización benéfica. El programa de rescate de perros.

—¿Perros? ¿Dónde está Rufus, de todos modos? —Hailey levanta su cabeza de mi pecho—. ¿Se esconde en algún lugar de todos los ruidos sexuales?

—Lo llevé al rancho de perros antes de ir a buscarte.

—Oh. ¿Cómo me encontraste?

—Jenny. Estaba más que feliz de enviarme a la cafetería a buscarte. —Paso la mano por su suave cabello. Tendré que darle las gracias a Jenny. Le debo una—. De todas formas, doy la mayoría de mis entradas a la caridad. Subastan los asientos por mucho dinero.

—Lo apuesto —dice Hailey con envidia—. Esos asientos son virtualmente invaluable. No hay problema. Te veré en la tele.

—Todavía puedes venir —aclaro—. Pero tendrás que mirar desde la caja de las WAGs.

—¿Dónde?

Me rio, preguntándome si es una idea terrible. Pero Hottie es la mejor, y quiero hacer algo bueno por ella.

—Hay un palco privado para esposas y novias. Puedo pedir a la taquilla que te den un pase. Pero tendrás que venir sola. ¿Debería hacer eso?

Está callada por un segundo.



—Siempre estoy dispuesta a ver el partido, Snipes. No me importa dónde. Pero claro que me encantaría verlo en directo. Eso no hace falta decirlo.

Le doy un apretón. Ha pasado mucho tiempo desde que sostuve a alguien, y lo estoy disfrutando inmensamente.

—Te conseguiré ese pase. El juego comienza a las ocho. Pero necesito dormir una hora. Acuéstate.

Suspira.

—No puedo. Si voy a ir al partido esta noche, tengo que terminar todo lo demás primero.

—Tú te lo pierdes —digo, pasando mis dedos por la parte baja de su espalda—. Soy un buen compañero para dormir la siesta.

Se inclina y me besa el hombro.

—Apuesto a que sí.

Recibo un beso más y luego la dejo ir. Al estilo de atrapar y soltar.

—¿Estás bien?

—Maravillosamente.

—¿No estás nerviosa? —pregunto, solo porque me siento arrogante.

—Para —dice ella, sonriéndome por encima del hombro—. A menos que necesites que tu ego sea acariciado junto con tu...

Me vuelvo a reír.

—Buen trabajo hoy, recluta. Sigue así. La práctica hace la perfección.

Pone los ojos en blanco y luego coge sus bragas del suelo. La veo vestirse con ojos hambrientos.

—No lo planeé bien. Preferiría haberte metido en mi cama cuando no tuvieras que salir de ella de inmediato.

—Eres muy dulce. —Sin embargo, parece que se está apresurando a escapar.

—Ojalá pudieras volver esta noche. Pero no llegaré a casa hasta medianoche, y nos vamos al aeropuerto mañana a las cinco de la mañana.

—Ouch. —Hottie se abrocha la blusa—. Machaca a Dallas, ¿de acuerdo?

Esta chica me mata.

—Lo haré lo mejor que pueda —juro.



Catorce

*Propiedad de Matthew Eriksson**Hailey*

Solo faltan unos minutos para las ocho cuando recojo un sobre de la ventana Will Call⁷ del estadio. Espero encontrar una entrada dentro, pero en su lugar hay una tarjeta de plástico con mi nombre en letras brillantes.

“Para el uso de: HAILEY TAYLOR EMERY”, dice.

Debajo de eso, dice: “Propiedad de: MATTHEW ERIKSSON”.

Cuán extrañamente lo han expresado. *Propiedad de*. Sé que se refieren a la tarjeta, pero suena como si hablaran de mí. También hay una tarjeta comercial color crema que dice solo: “Suite 7”.

—Buenas noches, señorita —me dice un guardia cuando le enseño la tarjeta—. Disfrute su noche.

—Pero no sé dónde ir.

—Ah. —Sonríe—. ¿Primera vez? Tendrá que tomar las escaleras en esa dirección. —Señala—. Su tarjeta activará el torno. Luego lea las placas en las puertas. Si va a pasar tiempo con las WAGs, debería saber que los daiquiris de fresa son fuertes.

—Gracias —digo, esperando que tenga más sentido cuando encuentre el lugar correcto. Continúo a una escalera mecánica, la cual lentamente me aleja de la locura del resto del estadio.

Desde que dejé el apartamento de Matt antes, siento que he hecho un gran trabajo pretendiendo que todo es normal. No lo es, sin embargo. Pasarme por el apartamento de Matt para tener sexo alucinante no es normal. A pesar de besarle como despedida y ponerme despreocupadamente mi ropa de nuevo, mi Hailey interior todavía estaba gritando: ¡Oh. Dios. Mío! Y, ¿De verdad eso acaba de suceder?

⁷ Es un método de entrega en la que el comprador recoge las entradas en el establecimiento donde sucede el evento poco antes de su comienzo.



WAGs # 2 ELLE KENNEDY

En la oficina, Jenny había revoloteado, intentando conseguir la historia. Pero no cedí. Necesito un poco de tiempo para darle sentido a los eventos del día y cómo me siento al respecto.

Y entonces apareció Tad. Asomó la cabeza en mi oficina y dijo:

—Así que, ¿estás saliendo con Matt Eriksson? —preguntó tentativamente.

—Yo... realmente no lo sé —admití. *A pesar de que acabo de tener desnudo y sucio sexo en su cama después de nuestra cita de café*—. Estoy un poco confusa sobre toda la cosa.

Tad ríe.

—Espero que lo resuelvas, entonces.

Yo también.

Mientras las escaleras mecánicas suben, intento visualizar los acontecimientos desde la perspectiva de Matt. Hemos salido en una cita, donde nos besuqueamos en una ópera y en la parte trasera de un auto. Luego me hizo la cena y fuimos interrumpidos antes que consiguiera el gran premio que probablemente estaba esperando.

Así que hoy vino buscándolo. Se lo di. Y mañana a las cinco de la mañana se dirige a la costa oeste para un viaje de cuatro juegos por carretera, el más largo de la temporada. Lo había comprobado.

Nadie sabe si todavía estará interesado en mí cuando regrese a la ciudad después de su viaje.

La escalera mecánica me lleva por un largo y curvado pasillo. Luego hay un tornio en mi camino. Paso la tarjeta de plástico con mi nombre, y la barrera de cristal se desliza hacia el lado para dejarme pasar. Sigo el pasillo. Hay elegantes puertas de madera cada seis metros o así, cada una con una placa de latón. Las primeras que paso tienen los nombres de instituciones financieras. La suite número siete, sin embargo, es etiquetada como: WAGs.

Junto a la puerta hay un escáner, del tipo que podrías ver fuera de una habitación de hotel. Dudo, preguntándome quién hay dentro, y si pensarán que me estoy inmiscuyendo. Eso suena incómodo. Pero quedan dos minutos para las ocho y la idea de perderme el principio del juego es una gran motivación. Muevo la tarjeta frente al escáner y la puerta se abre. Atisbo a varias mujeres de pie en el amplio espacio, iluminadas desde atrás por el brillo de la pista de hielo de fondo.

Para mi consternación, doce cabezas de brillante cabello se mueven en mi dirección al mismo tiempo. *Jesús*.

—Hola —digo con una sonrisa. La verdad es que en realidad no soy una persona tímida. No a menos que Matt Eriksson esté en la habitación. Una habitación llena de extraños realmente no me asusta. Pero esta



habitación tiene paneles de nogal y está suavemente iluminada por apliques en las paredes. Hay una gruesa alfombra oriental en el suelo bajo mis pies. Y enfrentando la pista de hielo hay tres filas de sillas afelpadas de generoso tamaño. Una barra y un buffet se alinean en la pared a mi lado.

Este lugar está seriamente equipado para las esposas del equipo, y no estoy segura de por qué Matt me envió aquí.

—¡Soy Katie Hewitt! —dice una mujer, rebotando hacia mí—. Bienvenida al palco de las WAGs. ¿Eres una invitada de...? —La habitación está en silencio y todas las mujeres están esperando mi respuesta.

—Matt Eriksson.

Hay una colectiva inhalación.

—Él, mmm, donó sus asientos a los de rescate de perros. Así que me dijo que lo viera desde aquí. Si eso está bien —añado, estúpidamente. Pero me están mirando con fascinación.

Katie es la primera en recuperarse de su aparente sorpresa. Cuando junta sus manos, juro que diamantes por el valor de toda una joyería destellan delante de mis ojos.

—¿Matt? ¡Ese pícaro! ¡No sabía que estaba viendo a alguien!

—Nosotros, uh... —Me doy cuenta de que no puedo terminar la frase. No tengo ni idea de qué somos.

—¿Lo conoces desde hace mucho? —pregunta.

—Al menos un año —digo, preguntándome cómo explicar el extraño inicio de nuestra relación—. Es un cliente. Tengo una compañía de asistente personal llamada Fetch...

Los ojos de Katie prácticamente brillan.

—¡Y se buscó una novia!

Me rio nerviosamente.

—No exactamente...

—¡Katie! —reprende otra mujer—. Eso suena terrible.

—No quise decirlo así —insiste Katie—. Fetch es genial. Lo usé por primera vez la semana pasada para encontrarle a mi tía algunos tulipanes para animarla. Es difícil conseguir tulipanes en esta época del año.

—Pero no imposible. —No puedo evitar decirlo—. Tenemos a todos los floristas expertos de Toronto es nuestra base de datos.

Hay un murmullo apreciativo. Algo me dice que estas mujeres reciben un montón de flores.



—¡Oye! ¡Has vuelto! —dice alguien, y giro la cabeza para encontrar a Jess Canning, quien se acerca para darme un abrazo—. Por una vez, no me sorprende verte aquí. Chicas, Matt estaba todo sobre ella en la ópera.

—Uff... —digo en voz alta. Parezco ser capaz de cualquier cosa cuando ese hombre está cerca.

Katie se carcajea.

—Al menos alguien se divirtió en la ópera. Hailey, ¿dirías que eres más una fan del hockey o una aficionada a la ópera?

—Absolutamente hockey —confieso—. Domino más el hockey.

Sonríe.

—Vamos a servirte una bebida —dice Jess, señalando a los refrigerios—. Tenemos todo tipo de cerveza y vino. Y Katie hace unos infames daiquiris. Pero modérate, porque si Matt marca esta noche se esperará que bebas un chupito.

—¿Sí? —digo con no una pequeña cantidad de alarma. No he tomado chupitos desde la universidad.

—Claro, a menos que no bebas. Esto no es una iniciación de hermandad.

—¡Está cerca! —grita alguien.

Habiendo sido advertida acerca de los daiquiris, agarro una cerveza. Katie la abre por mí con sus brillantes uñas rojas, y luego las chicas me llevan a un asiento. El himno nacional ya está en marcha. Me siento hormiguesear con excitación, y no tiene nada que ver con el alucinante sexo que tuve hace unas horas, y todo que ver con el hockey.

Porque es hockey.

Hay que esperar unos minutos más. Están preparando una caída ceremonial del disco en la pista. Bebo mi cerveza y recibo unos pocos saludos más de las mujeres de los jugadores. Soy buena recordando nombres, es algo natural en mí. Pero me pregunto si hay algún punto. Estas mujeres están siendo muy agradables con alguien que probablemente nunca va a repetir su visita al lugar más privilegiado de todo Toronto.

Pero sé que voy a disfrutarlo mientras dure.

La puerta de la suite se abre de golpe y una mujer baja con cabello rizado negro llega como un vendaval.

—¡Chicas! —grita—. ¡Nunca adivinarán quién nos pidió un pase para esta noche!

—¿Fue Eriksson? —pregunta Jess con una sonrisa.

Los ojos de la recién llegada recorren la habitación y aterrizan en mí en mi cómodo asiento.



—¡Ah! —dice, arrojando su bolso a una mesa lateral—. Eso es lo que consigo por llegar tarde a la fiesta. ¡Bienvenida, señorita Hailey! Estamos felices de verte. Ese pobre hombre necesita alguien que lo ame bien. —Me mira de arriba abajo—. ¿Estás lista para el trabajo?

Trago. Su mirada me perfora y no sé qué decir. Amar a Matt Eriksson suena como el trabajo más fácil del mundo, pero realmente no puedo dar por sentado que vaya a tener la oportunidad.

—*Estrella* —protesta Jess con una risita—. No interrogamos a la gente hasta su segunda visita, ¿recuerdas? No hasta que descubran que tenemos buenas intenciones.

Estrella sonríe.

—Lo siento. Es solo que ha pasado por mucho. —Su mirada se mueve sobre mi cabeza hacia el hielo—. ¡Hora del saque!

Mi atención va de golpe hacia la pista. El árbitro deja caer el primer auténtico disco de la noche y eso es todo. He desaparecido. Las WAGs y sus preguntas se desvanecen, y estoy perdida en el desarrollo del juego debajo de mí.

Matt está patinando con Wesley y Riley esta noche. Miran *adelante* también, pasándose entre ellos con apenas un necesario vistazo. Cuando una línea está trabajando bien junta, es instintivo. Sienten la situación del otro sin esfuerzo.

Toma unos pocos movimientos de duro patinaje para sacudir a Dallas. Nuestro primer par de tiros a puerta son rechazados. Luego su defensa comete un error alrededor de la marca de siete minutos que cambia el juego. Riley roba el disco, usando su considerable tamaño para bloquear a sus oponentes. Dispara un pase casi a ciegas a Wesley, que se la pasa a Matt.

Dispara y contengo mi aliento. El portero se tira por él, y mi sangre deja de circular.

La luz en la red es rápidamente seguida por mis gritos de éxtasis.

—¡SSSÍÍÍÍÍ! —chillo—. ¡ACOSTÚMBRATE, DALLAS! —Estoy saltando. La pantalla gigante hace zoom en el hermoso rostro de Matt, sonriendo detrás de su casco de seguridad a sus compañeros felicitándolo.

Toma un poco más de gritos apagar mi fervor, y luego me caigo de nuevo en mi asiento. Mi sistema está un poco asombrado ante toda esta buena suerte. Dos orgasmos y partidos de hockey en vivo son una rareza en mi vida, y tener ambos el mismo día es trascendental.

Alguien me da golpecitos en el hombro y alzo la mirada para encontrar a Katie sonriéndome. Estas mujeres probablemente están acostumbradas a tener orgasmos y hockey en un suministro constante.



Los cómodos asientos y las cervezas están helándose en su asombrosa vida.

—¡Aquí está tu chupito! —exclama Katie. Me entrega un vaso de chupito de cristal con sal alrededor del borde y una rodaja de lima.

Todavía extasiada por el gol de Matt, lo bebo, muerdo la lima y sonrío. La habitación explota con regocijo de inmediato.

Pero tenemos un juego que ver, y soy toda negocios.

La velocidad del juego aumenta en el hielo. Puedo rencorosamente admitir que Dallas es un gran equipo. La siguiente parte del juego es tensa y sin goles. Olvido mi cerveza y todo lo demás. Cuando queda menos de un minuto en el reloj, Dallas hace una jugada más. Contengo la respiración de nuevo cuando Matt roba el disco. No puede dar el pase antes que un jugador de Dallas lo alcance, y el imbécil usa una embestida que me deja atónita.

—¿¡Vieron jodidamente eso!?! —grito, poniéndome de pie de golpe—. ¡OYE, ÁRBITRO! ¡Limpia tus gafas o bajaré ahí y lo haré yo misma!

Estrella chilla desde detrás de mí.

—Señoras, ¡tenemos una fan del hockey entre nosotras!

Me doy la vuelta.

—¿*Viste* eso? ¡Alzó el palo lo bastante alto para jugar al limbo! Imbécil.

Hay risa, pero todavía estoy viendo rojo.

—Respira, Hailey —dice Jess mientras el locutor empieza a hablar—. Le dieron al imbécil un penalti.

De hecho, el jugador transgresor está dirigiéndose al banquillo. Matt patina intacto.

Me siento, y el juego se reanuda solo unos segundos antes que la bocina indique el final del periodo. Jess se levanta para rellenar su bebida, luego se sienta a mi lado de nuevo y se inclina con una sonrisa.

—Eres una bomba —me dice—. ¿Vas a venir al siguiente juego en casa?

Incomodidad me recorre.

—No lo sé —admito, porque supongo que todo depende de si Matt quiere que lo haga. Bajo mi voz y añado—: No estoy realmente segura de qué está pasando con Matt y conmigo, si soy honesta.

O no hablo lo bastante bajo, o estas mujeres tienen audición sobrehumana, porque Katie Hewitt habla desde el otro extremo de la fila.

—Eres su novia —dice con una sonrisa—. Totalmente.

Estoy incluso más incómoda ahora.



ELLE KENNEDY

—No lo soy. Quiero decir, no hemos tenido la conversación de “estamos saliendo” aún.

Katie pone los ojos en blanco.

—Por supuesto que están saliendo.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué estás tan segura de eso?

Mueve una mano bien cuidada y cargada con un anillo de diamantes alrededor del lujoso palco privado.

—Estás aquí, ¿no es así?

Posiblemente no puede ser tan simple.

¿Puede?

Hailey: *¡Buen juego! Estoy un poco borracha por ti.*

Matt: *¿Sí? Sabía que apestaría no poder verte de nuevo esta noche. ¿Bebiste chupitos por mí?*

Hailey: *Yap.*

Hailey: *Yurt.*

Hailey: *SÍP. Estúpido teléfono.*

Matt: *:)*

Hailey: *Problema. Tal vez. Quiero decir, no para mí. Sino tal vez para ti. Un problema, quiero decir.*

Matt: *Uh, ayúdame aquí. ¿Qué?*

Hailey: *Esta noche las WAGs de tus compañeros me informaron que soy “tu” WAG.*

Matt: *Lo hicieron, ¿eh?*

Hailey: *Sí. Al parecer, es muy importante que viera el juego en su palco. ¿Por qué no me advertiste?*

Matt: *Honestamente, ni siquiera lo pensé. Solo quería que vieras el juego.*

Matt: *No te asustaron, ¿cierto?*

Hailey: *No realmente. Pero...*

Matt: *¿Pero qué?*

Matt: *¿?*



ELLE KENNEDY

Hailey: *Supongo que me estoy preguntando qué significa. Ugh. Estoy siendo una chica, ¿no es así?*

Matt: *Está bien. Las chicas son sexys ;) Especialmente cuando están un poco borrachas. ¿Realmente quieres tener LA CHARLA por mensaje?*

Hailey: *¡No dije que quería LA CHARLA!*

Matt: *“Supongo que me estoy preguntando qué significa” = LA CHARLA. ¿Qué quieres que signifique?*

Hailey: *No sé. Persona borracha aquí.*

Matt: *¿Te gusto?*

Hailey: *¡Diablos sí!*

Matt: *Y me gustas. Estamos saliendo, ¿correcto?*

Hailey: *Sí.*

Matt: *Entonces eso fue fácil, ¿cierto?*

Hailey: *Sin embargo, ¿estamos saliendo solo el uno con el otro?*

Matt: *Ah, entendido. Quieres la palabra con E.*

Hailey: *¿Eco? ¿Era?*

Matt: *Exclusivo.*

Hailey: *Ni siquiera pensé en eso. Pero... ahora lo hago. ¿Estás viendo a alguien más?*

Matt: *Nop. Y tampoco tú. Porque somos exclusivos.*

Hailey: *LOL. ¿Es así?*

Matt: *Jodida y absolutamente. Mi vuelo sale a las siete mañana. ¿Cena y sexo alrededor de las ocho? Mantén la calma, novata. El entrenador te necesita ágil.*

Hailey: *Vaya. De acuerdo. Estoy libre entonces. En cualquier momento, en realidad. Para eso. Voy a irme ahora antes de activar el interruptor de tonterías o los aleteos cachondos. ¡Buenas noches!*

Matt: *No sé qué significa eso pero me gusta el sonido de lo segundo. ¡Buenas noches!*



Quince

Chico en crecimiento

Matt

—Entonces, ¿cuándo volveremos a ver a la Dama del Clima? —pregunta Blake mientras cruzamos el Aeropuerto de Pearson en dirección a la salida—. ¿Quieres una cita doble?

Echo un vistazo por encima de él.

—¿Dama del Clima?

Asiente fervientemente.

—Sí. La sexy de la ópera.

—Todavía no veo cómo sacaste lo de Dama del Clima de eso.

—Su nombre es Hailey. Como, *granizo*⁸. Como en, trozos de hielo que caen del cielo. Como en el clima. —Blake me sonrío—. Así que ella es la Dama del Clima.

—Cristo, Riley, tus apodos empeoran cada vez más —le informo, cambiando mi bolsa de mano a mi otro hombro—. Matty-Cake al menos tiene sentido de alguna manera estúpida de Blake Riley.

Salimos al frío de la noche y nos dirigimos hacia la parada de taxis. No hay fila, afortunadamente, y conseguimos un auto en poco tiempo, los dos nos metemos en el asiento trasero. Blake y yo fuimos los últimos en bajar del avión, por lo que la mayoría de nuestros compañeros de equipo ya se habían largado del aeropuerto para regresar a sus respectivos hogares antes que Blake y yo incluso saliéramos de la aduana.

—Mis apodos solo mejoran —dice en desacuerdo mientras el conductor del taxi sale de la terminal en dirección a la rampa de la autopista—. Y no respondiste la pregunta. ¿DC conmigo y con J-Babe?

⁸ En inglés granizo se escribe Hail, que resulta parecido al nombre de la protagonista.



—¿Puedo asumir que DC significa doble cita? Uno nunca sabe contigo. —Saco el teléfono del bolsillo de mi chaqueta para ver si Hailey me envió un mensaje de texto. Tenemos planes de cenar más tarde—. Le preguntaré —digo distraídamente, mis ojos en la pantalla del teléfono—. Pero podría ser demasiado pronto para la doble cita.

Blake ríe lo suficientemente fuerte como para asustar a nuestro conductor.

—¿Demasiado pronto? La enviaste al palco de las WAGs, amigo. ¡Estás prácticamente comprometido!

Mierda. Realmente no pensé las cosas cuando le di a Hailey ese pase de las WAGs. Debí imaginar que crearía una oleada de chismes y emoción en nuestro pequeño círculo incestuoso. Pero realmente quería que viera otro juego en vivo, la mujer es una fanática rabiosa, y esos fueron los únicos asientos que pude conseguir en el último minuto.

Excepto que ahora mis compañeros de equipo y sus parejas están acosándome al respecto. E incluso Hailey cuestionó esa decisión preguntándome si estábamos saliendo. Y lo estamos. Quiero decir, por supuesto que lo estamos. No veo a nadie más, y no tengo ningún interés en hacerlo. Pero tampoco estoy pensando a largo plazo en absoluto. Solo me muero por ver a Hottie esta noche y joderla hasta volverla loca. Necesito la liberación después de esta última serie de juegos de visitante. Me duelen las articulaciones y también mi polla.

—Mis sentidos de Blake me están diciendo que tienes miedo de la palabra N.

Echo un vistazo hacia él.

—¿La palabra N?

—Noooovia. —Extiende la palabra, con una sonrisa en su rostro—. Pero eso es tonto. No debes tener miedo, Matty-Cake. El miedo está en el ojo del espectador, ¿sabes?

—Uno, esa no es la frase correcta. Y dos, no tiene nada que ver con esta situación. No tengo miedo de tener novia.

Está bien, estoy mintiendo. Tal vez tengo un poco de miedo. Pero solo porque la experiencia pasada me ha enseñado que apesto en esa mierda.

Dudo, luego caigo en la trampa y pregunto:

—¿Cómo son las cosas entre tú y Jess cuando te vas? ¿Se enoja? ¿Se siente sola?

Blake entrecierra los ojos, y luego se ensanchan con comprensión. Blake es tan ridículo a veces que tiendo a olvidar que es más perceptivo de lo que parece.

—Entiendo. Yo también hice eso.



—¿Qué hiciste?—pregunto confundido.

—Comparé a todas con mi ex psicópata. Te hablé de la ex psicópata, ¿verdad?

Asiento lentamente.

—¿La mujer con la que ibas a casarte después de la universidad?

También asiente.

—Estaba insegura con insegura mayúscula.

—Con I mayúscula, quieres decir.

—Mayúscula en todo, hermano. —Blake se estremece—. No confiaba en mí, y después que explotó la relación, era como si las mujeres estuvieran locas. Sexo y te vas, ¿tengo razón?

—Correcto. —Aunque no creo que la comparación sirva. La ex de Blake estaba legítimamente loca. Kara no lo está. Y cuando me dejó, hizo algunos puntos muy válidos sobre la frecuencia con la que decepcionaba a la familia.

La expresión de Blake se suaviza, como si estuviera pensando en algo realmente sorprendente. Lo cual es así, porque en el siguiente aliento menciona a Jess.

—Y luego conocí a Jessie y fue como ¡boom! Esta chica no está loca, y confía en mí. Voy con todo.

Miro por la ventana. Con todo, ¿eh? No estoy seguro de poder hacer eso otra vez. La última vez que lo hice, perdí a mi esposa y la custodia de mis hijas. Además, Hailey no ha dicho que quiere una relación seria conmigo, solo una exclusiva.

—Ya lo verás —dice Blake crípticamente—. Cuando el boom está allí, está allí. De todos modos, doble cita. Vamos a hacer que suceda.

Simplemente me encojo de hombros otra vez y me repito.

—Le preguntaré.

Por el resto del viaje en taxi, cada uno tiene sus narices enterradas en nuestros respectivos teléfonos. Blake está escribiendo mensajes sucios a Jess, apuesto. Y aunque me encantaría estar haciendo lo mismo con Hailey, parece que estamos teniendo un malentendido con la cena.

Hailey: *Espera, pensé que estabas cenando antes que nos encontráramos. Dijiste algo sobre una cena posterior al juego, ¿no?*

Matt: *Conferencia de prensa posterior al juego. ¿Por qué iban a servir la cena allí?*

Hailey: *Rayos. Lo siento. Bueno, literalmente acabo de sacar una lasaña del horno y estaba a punto de sentarme a comer.*

Matt: *Entonces, ¿por qué no me dirijo a tu casa en lugar de al revés?*



Hay una gran pausa, en la cual mi pantalla se apaga, y de repente recuerdo que admitió que aún vive en el apartamento que compartió con su exesposo. Me pregunto si sería incómodo tenerme allí. Pero por otro lado, creo que sería una muy buena idea. Vivir con un fantasma no puede ser divertido para ella. Tal vez mi presencia la ayude a sentir que el lugar es *suyo* en lugar de una tumba de su matrimonio.

Así que escribo otro mensaje.

Matt: *Vamos, Hottie. Aliméntame. Estoy muriendo de hambreee.*

La veo escribiendo algo.

Hailey: *Deja de quejarte. Es poco atractivo :)*

Sonrío. No puedo esperar a verla. Y desnudarla de nuevo. Me muero por probarla de nuevo. Por escuchar esos ruidos entrecortados que hace cuando está cerca de correrse. Joder, necesito hacerla llegar otra vez.

Y ella también lo necesita. No sé cuándo sucedió, pero en algún lugar entre nuestro primer beso y esa primera follada, llegué a la conclusión de que Hailey necesita sexo. Buen sexo. Y mucho de eso. He vislumbrado su coraje, su confianza, su atractivo sexual, generalmente en nuestros intercambios en línea. Pero en persona, es como si se estuviera cuestionando todo el tiempo. La pobre chica necesita recuperar su vida, y he decidido que soy el hombre para el trabajo. Solo llámame Matt el Encantador.

—Nos vemos, Matty-Cake. —Blake golpea una mano carnosa en mi hombro cuando el taxi se detiene en su condominio frente al lago.

Asiento.

—Hasta luego, Riley.

Una vez se ha ido, le doy la dirección de Hailey al conductor y luego volvemos a las carreteras cubiertas de nieve, en dirección al centro de la ciudad. El edificio de Hailey es un condominio de poca altura, de aproximadamente ocho pisos, con pequeños balcones que dan a la calle Yonge. Maldita sea. Supongo que no habrá ninguna cogida en el balcón, al menos no sin darle al tráfico de esta concurrida calle todo un espectáculo. Guardaremos eso para mi rascacielos, supongo.

En el pequeño vestíbulo timbro al apartamento de Hailey. Un momento después, la puerta se abre con un clic y subo en el ascensor hasta el cuarto piso.

Responde a la puerta con una sonrisa vacilante.

—Hola.

—Hola. —Cero vacilación en mi extremo cuando pateo la puerta para cerrarla y la levanto en mis brazos para besarla.



Nuestras bocas se unen con entusiasmo, las lenguas se deslizan en un saludo. Es el tipo de beso frenético y codicioso que envía ondas eléctricas directamente a mi polla. Hailey suelta un pequeño gemido y envuelve sus piernas alrededor de mis caderas. En unos segundos nos estamos apretando y estoy más duro que una piedra.

—Vaya, despacio, codiciosa —jadeo mientras aparto mi boca.

—¿Soy la codiciosa? —Está tan sin aliento como yo—. Tú eres el que me atacó en cuanto abrí la puerta.

—Me manoseaste más en respuesta —bromeo.

Poniendo los ojos en blanco, hace un gesto hacia mi abrigo, el cual me quito y le doy. Lo cuelga y luego me dirige dentro del pequeño apartamento. Hay un rincón para comer al lado de la cocina, y está desprendiendo los olores más fantásticos. Mi estómago gruñe cuando veo la enorme porción de lasaña en uno de los lugares.

Espera, ¿solo un plato?

—No podía esperar —dice Hailey tímidamente—. Estaba hambrienta incluso antes que llamaras desde el taxi. De ninguna manera hubiera durado los cuarenta minutos que tardaste en llegar aquí.

—Todo está bien, pero eso solo significa que puedes verme comer.

—¿Quieres algo para beber? Tengo agua, cerveza y vino.

—Cerveza para mí.

Riéndose, se mete en la cocina mientras me siento en la mesa redonda de cristal. Regresa con dos Bud Lights, retuerce ambas tapas y me da una. Tomo con avidez un trago y luego como la mejor lasaña que he probado en mi vida.

—¡Hottie sabe cocinar! —digo encantado.

Se ríe.

—Hottie puede ordenar comidas preparadas, congelarlas y luego prepararlas cuando tiene hambre.

Resoplo y meto más pasta en mi boca. Me como la porción generosa, luego me como una segunda mientras Hailey se sienta allí con los ojos muy abiertos.

—Eres una bestia —se maravilla.

—Chico en crecimiento —digo entre mordiscos—. Y no pude comer después del juego.

A la mención del juego, su expresión se agria.

—Ese fue un penalti de mierda en el tercero —se queja—. ¡Wesley no hizo tropezar a ese idiota!



En realidad, lo hizo, pero me encanta lo leal que Hailey es con el equipo. No podemos hacer nada malo a sus ojos. Aunque técnicamente lo hicimos mal esta noche, ya que perdimos ante Filadelfia. Esa penalización que recibió Wes llevó a la jugada final que aseguró el juego para el otro equipo.

—No puedes ganar a todos —digo, una actitud sorprendentemente magnánima considerando que *odio* perder. Pero creo que Hailey podría odiarlo más. Dios mío, ¿una relación en la que *yo* soy sensato cuando se trata de hockey? ¿Quién lo pensaría?

No es una relación, tengo que recordarme. Nos estamos viendo y divirtiéndonos, pero no imagino anillos de compromiso ni pasteles de boda en nuestro futuro. Ya traté de hacer ese camino, y eso solo llevó a un callejón sin salida.

Seguimos hablando de hockey hasta que termino de comer. Y eso siempre es divertido. Pero parece que no puedo quitarme la idea que se supone que las cosas deben ser un poco diferentes entre nosotros ahora. Que es alguien a quien puedo decepcionar si no tengo cuidado.

Seguro que no quiero eso.

Se apresura a limpiar mientras deambulo por el apartamento, tratando de tener una idea de la mujer que vive en este. Aunque es difícil. No hay arte en las paredes. El mobiliario es sencillo y un poco aburrido.

—¿Así que esto fue todo lo que compraste con tu exesposo? —digo en voz alta para que me escuche desde la cocina.

Hailey aparece con el ceño fruncido, siguiendo mi mirada hacia el sofá beige, bastante cuadrado.

—Sí —admite—. A Jax no le gustan las cosas llamativas. Solo le gustan los tonos neutros y líneas limpias.

Sin embargo, se casó con una mujer con un aro en la nariz y tatuajes. Interesante. Me pregunto si, en el fondo, el viejo Jack es más aventurero de lo que dice, o si su larga historia con Hailey fue la única razón por la que terminaron juntos. Se conocían cuando eran niños, por lo que no habría tenido las perforaciones ni los tatuajes cuando tenía seis años.

¿Se divorció porque ella se convirtió en algo con lo que no se sentía cómodo?

Cristo. ¿De dónde vienen todas estas preguntas? Normalmente no siento tanta curiosidad por las relaciones pasadas de otras personas. Pero habiendo conocido a Jackson, y notando lo estirado que se veía, no puedo entender cómo Hailey terminó con alguien como él.

STAY



—Probablemente debería deshacerme de él, ¿eh? —Ella lanza un gran suspiro—. Es tan caro amueblar de nuevo un departamento completo.

—Te entiendo. Vi los estados de cuenta de la tarjeta de crédito después de tus compras para mi casa —bromeo.

Su labio inferior sobresale mientras mira fijamente la mesa de café rectangular. Es tan seria y sin personalidad como todo lo demás en la sala de estar.

—Deberíamos haber ido a tu casa —dice.

Tal vez no soy la única persona que experimenta un momento de duda.

—¿Por qué? ¿Porque compraste estos muebles con tu ex? —Agito una mano—. No me importa.

—A mí como que sí —confiesa, con sus ojos azules preocupados—. Es raro tener aquí a un hombre que no sea Jackson. Como, quiero pedirte que te sientes, pero miro el sofá y todo lo que veo es a Jax en él.

Levanto una ceja.

—¿Ustedes dos lo hicieron mucho en este sofá?

Manchas rosas se elevan en sus mejillas.

—No. Solo hicimos eso... umm... en el dormitorio. Y conseguí una cama nueva —me asegura rápidamente—. Esa es una cosa que no pude mantener.

—Está bien, entonces si ustedes no follaron en el departamento, fuera del dormitorio, ¿qué ves cuando miras el sofá?

—Jackson leyendo un libro —responde sombríamente. Hace un gesto hacia la barra—. Allí, lo veo leyendo el periódico de la mañana. —Señala las puertas del balcón—. O lo veo por ahí leyendo nuestros estados de cuenta trimestrales.

—Tu ex leía mucho. —Intento no reír. No debería encontrar esto gracioso, porque Hailey se ve tan angustiada, pero la idea que todo lo que Jackson Emery hizo en este departamento es *leer* es algo absolutamente absurdo. ¡Mira con quién se casó!

Respiro hondo y siento que mi propia tensión desaparece.

—Hottie. Ven aquí. —Le hago un gesto con el dedo.

Da un paso más cerca de mí, y la acerco para abrazarla. Luego le susurro al oído.

—¿Cómo pudo tu ex tener en sus manos algún libro o periódico cuando esas manos podían haber estado sobre *tí*? No lo entiendo en absoluto.

Ella mira hacia arriba, sus ojos vulnerables.



—Hagamos algunos recuerdos nuevos. Reemplazar lo viejo con lo nuevo —aclaró—. De hecho... —No pierdo el tiempo plantando mis manos en sus esbeltas caderas y volviéndola hacia el mostrador de la cocina. Antes que pueda parpadear, la levanto sobre uno de los taburetes altos.

—¿¡Qué estás... haciendo!?! —chilla mientras me pongo de rodillas.

Le sonrío, feliz de nuevo porque tengo esto. De verdad que sí.

—Dijiste que miras este mostrador y te imaginas a tu ex leyendo el periódico de la mañana, ¿verdad? Bueno, después que termine contigo, todo lo que vas a recordar es *esto*.

Le quito los pantalones de yoga y las bragas tan rápido que balbucea una risa. Entonces el humor muere y sus ojos adquieren un destello de pánico cuando se da cuenta que está medio desnuda. Intenta cerrar sus piernas, pero hago un sonido de *tsk* y la detengo colocando mis manos sobre sus muslos.

—Nuh-uh, nena. Abre.

—Matt... —Hay una pequeña advertencia allí—. Esto es...

—¿Sexy? —ofrezco. Mi voz se vuelve ronca mientras miro el coño perfecto que está a centímetros de mi boca—. Tienes razón. Lo es.

Entonces, antes que pueda decir otra palabra, cierro la distancia entre la boca y el paraíso y tomo una larga y lánguida lamida que nos hace gemir a los dos.

—Me encanta cómo sabes —susurro contra su núcleo resbaladizo.

—Mmmmmrghh —es su respuesta.

Alzo la vista para ver que sus párpados se han cerrado y sus labios se separaron con anticipación. Joder, sí. No hay nada más sexy que una mujer en éxtasis.

Mi lengua sale por otra lamida feliz. Hailey da un temblor en respuesta. Ni siquiera noto el azulejo duro debajo de mis rodillas, rodillas jodidamente doloridas del juego de esta noche. Estoy demasiado ocupado concentrándome en complacer a Hottie. Pongo los besos más suaves en su clítoris y disfruto la forma en que jadea, la forma en que trata de enredar sus dedos en mi cabello para atraparme en su lugar.

—Matt —suplica cuando le niego lo que quiere lamiendo un camino lejos de su clítoris hacia la parte interna de su muslo.

—Relájate —murmuro—. Estamos haciendo recuerdos aquí.

Una risa ahogada calienta el aire.

—Me estás volviendo loca, eso es lo que estás haciendo.

Eso es lo que me gusta oír. Y así continúo, volviéndola más y más loca con mis apenas lamidas ahí, la insinuación de succión donde lo quiere antes de salir corriendo a probar otra parte deliciosa de ella. Para el



momento en que deslizo un dedo dentro de su apretada vagina, estoy sudando de deseo y mi erección es casi dolorosa. Pero la exploración lenta y seductora vale la pena, porque cuando Hailey se corre, el orgasmo dura *por jodidamente siempre*.

Sus gemidos llenan la cocina. Sus caderas se mecen mientras se viene con fuerza contra mi lengua, mientras sus músculos internos aprietan como el infierno el dedo que estoy empujando perezosamente dentro de ella. Cuando finalmente se estrella desde lo alto, abre los párpados y hace un ruido suave y contento.

—Eres... bueno en eso.

—Lo sé. —Sonriendo, me levanto y busco la hebilla de mi cinturón—. ¿Quieres saber en qué más soy bueno?

Sus ojos azules se fijan en el bulto de mis pantalones.

—Ya sé que eres bueno en eso, ¿recuerdas?

—Oh, lo recuerdo. Recuerdo lo apretada que estabas —digo con voz ronca—. Y qué jodidamente increíble se sentía estar dentro de ti. Quiero sentir eso de nuevo.

La anticipación brilla en sus ojos, pero se convierte en confusión cuando me alejo un paso.

—¿Dónde vas?

Le doy a la habitación una mirada contemplativa. Finalmente, mi mirada se posa en el sofá. A su ex le gustaba leer libros en ese sofá, ¿eh? Perdedor. Preferiría joder los malditos cojines a esa cosa.

—Arriba, bebé —ordeno, tirando a Hailey a sus pies.

Entonces, como un hombre de las cavernas arrastrando a su mujer a su cueva, llevo a Hailey al sofá con toda la delicadeza de un adolescente cachondo. Antes que incluso se haya acostado, me quito los pantalones y me cubro la polla con un condón. La adrenalina del juego de esta noche todavía late en mi sistema.

—Este va a ser un paseo rápido —le advierto mientras me quito la camisa—. Así que será mejor que te agarres.

El calor chisporrotea en sus ojos.

—Dámelo.

Oh, sí. *Esto* es lo que esperaba lograr esta noche, persuadir a salir a la chica mala de esta mujer. Sé que es una chica mala. Ella solo necesita recordarlo.

En cuestión de segundos, estoy tan enterrado en ella que veo estrellas. Hailey me rodea con sus piernas y nos vamos al paseo que prometí, y, ¡diablos, es fantástico! Cada empuje profundo amenaza mi control. En realidad, ¿qué control? Estoy cachondo, ansioso y desesperado



por terminar, y gracias a Dios, ya la hice correrse antes, porque *terminar* es lo que hago. Diez golpes, como máximo, y luego me vengo con un gruñido, en un rápido estallido de placer que me quita el aliento de los pulmones.

Me inclino hacia delante, redistribuyendo mi peso a mis codos para que mi pecho no aplaste a Hailey.

—Lo siento —jadeo contra su mejilla—. Te dije que sería rápido.

—No me quejo —murmura, envolviendo sus brazos alrededor de mis hombros. Sus uñas comienzan a dibujar pequeños círculos en el centro de mi espalda sudorosa.

—Estaré listo para ir de nuevo en... —Incluso mientras me retiro, mi pene se contrae ante la idea de otra ronda, trayendo una sonrisa a mis labios—. Bueno, mucho antes de lo que piensas.

Ella se ríe, y luego ambos nos quedamos en silencio por unos momentos. Cuando habla nuevamente, es con una nota de asombro en su voz.

—Nuevos recuerdos.

—Nuevos recuerdos —conuerdo, volteándome para estar acostado de lado con mi brazo colgando sobre su estómago plano. Agregó—: Siento no haber enviado muchos mensajes de texto estos últimos días. Es difícil cuando estoy de viaje.

Hailey mueve su cabeza para que estemos frente a frente.

—Estabas trabajando. Lo entiendo. Yo también lo estaba.

Me trago mi sorpresa. Esperaba alguna condena por el hecho que solo le envié mensajes de texto dos veces en tres días, uno para decir *hola* y otro para decir *cansado, yendo a dormir*. Ella envió varios mensajes relacionados con los juegos en los que había jugado, pero no los respondí. No porque la estuviera ignorando, sino porque los viajes por carretera son agotadores. Apenas puedo mantener los ojos abiertos para marcar el número del piso en el ascensor del hotel, y mucho menos para escribir un mensaje de texto completo.

—¿No estás enojada? —tanteo.

—Por supuesto que no. —Frunce el ceño—. ¿Quieres que lo esté?

—Por supuesto que no —repito. Aunque todavía estoy un poco confundido. Si hubiera estado tres días sin contacto constante con Kara, la mujer me habría golpeado. Hubiera argumentado que eso significaba que no me importaba, que no estaba pensando en ella.

Y la verdad era que Kara tendría razón. Hubo muchas veces en las que no pensaba en mi esposa. Antes de un juego, me concentro tanto en el hockey que es todo en lo que mi cerebro es capaz de pensar. Ver la película del juego del equipo contrario, prepararme mentalmente, entrenar. La vida



de un atleta profesional se basa en la concentración, trabajo duro y determinación, Kara sabía para qué estaba inscrita antes de casarse conmigo.

Además, no es como si me quisiera cerca la mitad del tiempo. A ella le gustaba tomar todas las decisiones sobre las niñas, la casa, las finanzas.

¿Tal vez porque sabía que sería una mierda en eso?

Maldita sea, el divorcio realmente jodió mi cabeza. *Dolió* cuando Kara me sentó en la mesa de la cocina y deslizó tranquilamente esos papeles hacia mí. Antes de ese día, nunca había fallado en algo tan... *grande* antes. Pequeñas cosas, seguro. ¿Pero el matrimonio?

Suprimo un aliento pesado y miro el rostro de Hailey, con sus ojos todavía vidriosos por el sexo. No quiero fallarle. Puede que no sea capaz de prometer para siempre, pero creo que su divorcio también la arruinó. Creo que necesita pasar tiempo con un hombre que no pueda quitarle las manos de encima, un hombre que pueda mostrarle lo jodidamente buena que es.

—Oye —digo de repente—. ¿Qué vas a hacer mañana?

—Investigación —responde ella—. Estamos pensando en abrir una segunda ubicación de Fetch, así que estoy buscando posibles sitios.

—¿Necesitas hacerlo todo este fin de semana o puedes tomarte un descanso?

—¿Por qué? ¿Qué tienes en mente?

—Mañana llevaré a las chicas a la Torre CN —explico, haciendo una mueca—. Puede que necesite apoyo moral.

Hailey arruga la frente.

—¿Apoyo moral? Pero te llevas bien con tus hijas. Las amas.

—Oh, las amo —estoy de acuerdo—. Necesitaré el apoyo por otra razón.

Sus ojos se llenan de curiosidad.

—Ooh, cuéntame más.

—Nop. —Me siento y cruzo mis brazos sobre mi pecho. Entonces me doy cuenta de que todavía tengo mi sudadera puesta. Y también Hottie. Y eso me hace reír, porque acabamos de tener sexo loco y ambos nos quedamos con las camisas puesta.

—¿Qué es tan gracioso? —exige.

—Nada. —Devuelvo mi atención al tema en cuestión—. Entonces, ¿quieres venir?

Hailey me mira fijamente.

—¿Realmente no vas a explicar el comentario de apoyo moral?



WAGS # 2 ELLE KENNEDY

—Nop —digo de nuevo, mostrándole una sonrisa alegre.

—¿Por qué? —se queja.

—Porque es vergonzoso —respondo con franqueza.

Una leve sonrisa tira de las comisuras de sus labios.

—¿El poderoso Matthew Eriksson se avergüenza? De acuerdo. Bueno, este es un misterio que me niego a dejar sin resolver. —Su sonrisa se convierte en una sonrisa completa—. Estoy dentro.



Dieciséis

Más de trescientos metros

Hailey

—¡Mantente alejada de la ventana, June-bug! ¡Lo digo en serio!

Oh, chico. Estoy presenciando lo imposible. Matt Eriksson... uno de los más grandes y más duros jugadores de hockey en la liga, el hombre que puede matarme con una sonrisa torcida y ponerme de rodillas con una palabra con voz ronca... es un miedica.

De acuerdo, no es un miedica. Pero al parecer, mi dios del hockey es humano. Como en, un humano que tiene un miedo mortal a las alturas.

—¡Pero es tan bonito! —se queja la hija de Matt—. ¡Quiero ver!

—¡Yo también! —añade Libby, corriendo a la enorme ventana de cristal para unirse a su hermana.

Matt se ve como si estuviera a punto de tener un ataque al corazón. Su rostro está más pálido que las esponjosas nubes blancas que tenemos prácticamente al nivel de los ojos. Sí, estamos en las nubes. Esta torre es jodidamente *alta*. Más de trescientos metros, si el folleto en mi mano está diciendo la verdad. ¿Es raro que haya vivido en Toronto toda mi vida y nunca haya visitado su atracción turística más popular?

—Chicos, escuchen esto —digo, leyendo el crujiente folleto—. Hay algo llamado terraza exterior del cielo un piso bajo nosotros.

Matt hace un sonido balbuceante, su cabeza moviéndose hacia mí con pura traición.

—¿Te dejan salir? ¡Desde esta altura! ¡Jesucristo! Voy a llamar a mi abogado.

No puedo evitar reír.

—¿Tu abogado?

—Sí —refunfuña—. Para demandar preventivamente a este lugar por todos los asesinatos de los que van a ser cómplices.



Suspirando, me acerco y pongo una mano sobre su gran brazo. Lleva un suéter gris que resalta cada delicioso contorno de su torso, y vaqueros azules desgastados que abrazan su trasero tan bien que ya he atrapado a varias mujeres comiéndoselo con la mirada. Pero es difícil para mí hacerlo cuando claramente está tan molesto.

—Matthew —digo suavemente, y sus labios se tuercen ante mi uso de su nombre completo. Paso mis dedos por su brazo hasta que alcanzo su barbilla. Encuentro firmemente sus ojos—. Respira.

Hay un latido. Y luego oigo la más ligera inhalación de aliento.

—Esta torre ha estado aquí durante décadas y sigue en pie. La gente viene desde todo el mundo a verla. Los ascensores llevan a millones de personas arriba cada día. —Echo un vistazo a las chicas para asegurarme que están enfocadas en la vista y no en nosotros, luego acaricio la fuerte línea de su mandíbula—. Estamos perfectamente seguros aquí. ¿De acuerdo?

Exhala lentamente.

—De acuerdo.

—Buen chico. —Le doy a su mejilla un pellizco exagerado—. Ahora vamos, acerquémonos un poco más a las ventanas. Libby quiere descubrir si podemos ver tu apartamento desde aquí.

Matt se cruza de brazos.

—Ve tú. Estoy bien donde estoy.

Otra risa burbujea en mi garganta. Me las arreglo para sofocarla, sin embargo. A decir verdad, es un poco una inyección de confianza saber que Matt le teme a las alturas. Lo baja unos centímetros del pedestal en el que lo he puesto. Además, me hace sentir como si estuviera más en control, cuando normalmente me siento tan salvajemente fuera de balance a su alrededor.

—¡Hailey, ven a ver! —llama June—. ¡Creo que hay un perrito ahí abajo!

Me muerdo el labio con diversión. Estoy bastante segura de que lo que sea que está viendo *no* es un perrito. Desde esta altura, nunca sería capaz de distinguir un mísero perro. Pero sigo la corriente a la pequeña niña, agachándome a su lado, entrecerrando mis ojos extraduro, y luego aceptando que, sí, ese diminuto punto negro a cientos de metros abajo es *absolutamente* un perro.

—Papi está sudoroso —me susurra Libby.

Miro detrás de nosotras, luego de nuevo a los amplios ojos grises de Libby.

—Eso parece —confirmo—. Probablemente es porque hace mucho calor aquí con toda esta gente. —Hago un gesto a la multitud de turistas a



WAGS # 2 ELLE KENNEDY

nuestro alrededor. Todos excepto Matt están asombrándose por la impresionante vista de la ciudad.

—Es porque es un miedica —discrepa Libby.

Un resoplido escapa.

—Bueno. Incluso los papás pueden ser miedicas a veces.

June mueve su mirada de la ventana para estudiarme.

—Eres linda como mi mamá —dice con franqueza.

El calor sube a mis mejillas, mientras que la incomodidad llena mi estómago. No me gusta la comparación con la exesposa de Matt, especialmente desde que la antigua señora Eriksson no es solo linda, es una mujer explosiva.

—Gracias —digo—. Tú también. Y tú —añado, sonriendo a la gemela idéntica de June.

—Tu nariz es brillante —dice Libby en respuesta.

Me toma un segundo darme cuenta de que se refiere al anillo de mi nariz. June decide que necesita tocarlo y, de repente, dos dedos regordetes están investigando el diminuto pendiente de plata, y no sé si reír o morir de vergüenza.

—¿Duele? —pregunta June con curiosidad.

—Nop. La mitad del tiempo olvido que está ahí.

—¿Tienes un perro? —cuestiona Libby.

—¿Te gusta el helado? —pregunta June.

Mi cabeza empieza a girar mientras las chicas aparentemente disparan preguntas al azar hacia mí, pero después de la décima o así, me doy cuenta de que están preguntándome si me gustan las cosas que *les* gustan. Están probándome, intentando descubrir si soy lo bastante buena para ser su amiga, o más bien, si soy lo bastante buena para ser la amiga de su padre.

Respondo cada pregunta honestamente, lo cual creo que aprecian. A pesar de que Libby sube su nariz cuando admito que odio los ositos de gominola, asiento solemnemente ante la explicación que doy.

—No me gustan las cosas viscosas en mi boca.

Matt se ríe en alto ante eso. Lentamente se ha estado acercando a nosotras, no demasiado a las ventanas, pero lo bastante cerca para oír, al parecer.

—Eso es lo que ella dice. —Tose en su mano.

June nota a su padre y chilla.

—¡Papi!



—¿Chicas, tienen bastante de esta vista ya? —nos pregunta—. Porque estoy hambriento.

—Mentiroso. Solo estás buscando una excusa para esconderte en el restaurante —acuso, y las gemelas sueltan risitas de deleite.

Me guiña un ojo.

—Eso también. Pero es la una, lo cual es usualmente cuando las chicas almuerzan. ¿Qué dicen, niñas? ¿Hora del almuerzo?

Terminamos en una cabina en una esquina en el restaurante familiar de la torre, no el giratorio que probablemente volvería loco a Matt. Mientras las chicas farfullan entre ellas mientras comen pollo con forma de animales, Matt desliza una mano bajo la mesa y entrelaza sus dedos con los míos.

—Gracias por venir —murmura.

Sonrío.

—Gracias por invitarme. —Le doy a su mano un apretón—. Aunque creo que solo lo hiciste para que alguien pudiera pararse ante las ventanas con tus niñas.

Su sonrisa en respuesta es irónica.

—Siento que tuvieras que presenciar eso. No sé qué pasa con las alturas, pero... —Da un estremecimiento exagerado—. Hombre, las odio.

—Me gusta eso —admito.

Arquea una ceja.

—¿Te gusta que sea un total maric... miedica sobre las alturas? —Echa un vistazo a sus hijas para asegurarse que no oyeron su casi uso de *marica*.

—No, me gusta que no seas invencible. —Alcanzo mi soda y tomo un largo sorbo—. Me hace sentir menos inclinada a tartamudear y balbucear en tu presencia, saber que eres tal miedica.

—Ja. Ja. —Estudia mi rostro por un momento—. No has tartamudeado o balbuceado en un tiempo, ahora que pienso en ello. —Una sonrisa estira su sexy boca—. ¿Podría alguien al fin estar entrando en calor conmigo?

Entré en calor contigo el día que nos conocimos. Me derretí por ti al segundo en que me besaste.

Me trago la urgencia de expresar esos pensamientos. No tengo ni idea de cómo me siento sobre Matt, excepto que me encanta pasar tiempo con él y, sí, definitivamente estoy empezando a relajarme a su alrededor. Jenny tenía razón, mi confianza se vio mermada tras el divorcio. Pero lentamente está volviendo. Me siento más fuerte. Más segura de mí misma.



—Podría haber algún calentamiento —concedo con fingida mala gana—. Pero no estoy segura de poder tratar con la cosa de temer a las alturas. —Me inclino para susurrar en su oído—: Ahora probablemente no es el momento para decirte que disfruto el paracaidismo, ¿cierto?

Palidece.

—Oh, Dios. Por favor, dime que estás mintiendo.

—Me temo que no. Intento hacerlo un par de veces al año si puedo. La mayor emoción *jamás*.

—Estás muerta para mí —dice inexpresivo.

Estallo en risas, luego levanto mi mano de debajo de la mesa y palmeo su amplio hombro.

—Está bien. Nunca te obligaría a hacer paracaidismo conmigo. Todos tenemos nuestra cosa.

Somos interrumpidos cuando Libby extiende la mano para tirar insistentemente de la manga de Matt.

—Papi. Tengo que hacer pipí.

—Ah. De acuerdo. Vamos a ocuparnos de eso, ¿sí?

Empieza a retirar su silla, pero me levanto en su lugar.

—Puedo ocuparme —ofrezco—. Salvarte de un incómodo viaje al servicio de hombres.

Se ve agradecido.

—Gracias, Hott... Hailey —se corrige.

—Por supuesto. —Extiendo mi mano a la pequeña niña—. ¿Lista, Eddie?

Suelta una risa aguda.

—¡¡No soy Eddie!! ¡¡Soy Libby!!

—¡Es Libby! —añade June.

—Lo sé, solo estoy burlándome de ti. —Revuelvo el cabello suave como la seda de Libby y luego la alejo de la mesa. Mirando atrás, veo a Matt acercarse más a June y susurrar algo que la hace soltar una risita. Su dura sonrisa mientras habla con su niña hace que mi corazón dé una voltereta en mi pecho.

En el baño de damas, me aseguro de que Libby se lava las manos después de salir de la cabina. Cuando cierra el agua, estoy lista con una toalla de papel, la cual agarra y seca sus pequeñas manos.

Una mujer mayor me sonrío justo cuando Libby devuelve su toalla usada.

—Su hija es hermosa —dice, una sonrisa en su arrugado rostro.



El halago me atrapa totalmente fuera de guardia. Mis ojos caen a los azules pálidos de Libby mientras intento ver qué vio la mujer. Desde mi divorcio, prácticamente no me he permitido pensar sobre tener una familia propia. Por ese camino yace el abismo. Así que tomo aliento e intento componer una explicación educada. Pero antes que pueda formar las palabras, “Solo soy una amiga de la familia”, Libby sale corriendo por la puerta del baño de mujeres. Y ya que no quiero perder de vista a la hija de Matt en la aglomeración turística, solo suelto “gracias” antes de perseguirla.

Después del viaje a la torre, pasamos otra hora caminando junto a todos los escaparates de tiendas que han sido especialmente decorados para la Navidad. Las niñas chillan por los deslumbrantes arreglos, y Matt desliza su mano en la mía.

El paraíso.

Así que cuando me pide subir con ellos y quedarme para una cena temprana, acepto a pesar de que debería decir que no.

—¿Puedo ayudar? —pregunto cuando va a la cocina.

—¡Nop! —responde animadamente. Hay una olla sobre su encimera, y lo veo tomar un guante de horno para levantar la tapa—. Ya está hecho.

Después de acariciar a Rufus como saludo, miro en la olla.

—¿Chili? Huele genial.

—La receta de mi madre —dice, removiéndolo—. Y además, libre de gluten. —Saca un pedazo de papel de su bolsillo trasero, lo desdobra y lo alisa sobre la encimera—. *Matthew...* —empieza. Muchos párrafos siguen en letra pequeña. Sus dedos pasan por la página hasta que encuentra la sección en amarillo brillante llamada COMIDAS DESAPROBADAS—. Yuju. El arroz todavía es legal. Haré un poco de arroz como acompañamiento.

—Es todavía... ¿qué?

Hace una mueca.

—Kara tiene cientos de reglas, e intento romper tan pocas como sea posible.

—Esta carta es, como, ¿su manual de instrucciones permanente?

Se ríe, pero el sonido es amargo.

—Eso es solo para hoy. Recibo un nuevo manual actualizado en cada visita. No solía imprimirlos y remarcar partes, sin embargo. Eso es nuevo.



Literalmente me muerdo la lengua para evitar hacer un comentario. Criticar a la exesposa no es algo que quiera hacer. Pero acabo de pasar varias horas con Matt y sus niñas, e hizo todo parecer fácil.

Después de pasear al perro por unos minutos, las niñas desaparecen en su habitación con Rufus, y me siento en un taburete ante la encimera con una cerveza, mirando a mi sexy hombre hacer arroz. Mi gran contribución a esta comida es poner las servilletas y la cubertería en su mesa y servir leche en dos tazas de plástico con asas.

—Medio lleno —advierte—. Hay derrames frecuentes.

—Entendido.

—A Rufus le encanta cuando las niñas están aquí.

En efecto, el perro menea su cola felizmente desde el suelo entre sus dos sillas cuando todos nos sentamos más tarde, esperando por granos errantes de arroz o lo que sea que caiga del cielo.

El increíble chili de Matt está delicioso y me hace avergonzarme de haberle servido lasaña comprada en una tienda. Al menos, el postre que saca del armario es comprado.

—¡YUJU, galletas! —grita una de sus hijas—. Mami se enojará.

—No, no lo hará —dice él rápidamente—. Son orgánicas y bajas en azúcar.

—¿En serio? —susurro mientras abre el paquete a mi lado. Son macarrones de coco cubiertos por chocolate negro y se ven deliciosos.

Me da un encogimiento de hombros culpable y reprimo una risa.

—No tienen gluten, sin embargo —susurra en respuesta—. No puedes tenerlo todo.

Tiene razón. No puedes. He pasado las últimas horas intentando no preguntarme cuán diferente podría ser mi vida si me hubiera casado con alguien que quería seguir casado y tener hijos. Los niños siempre habían estado en mi lista y la de Jackson de cosas por hacer. O al menos, había pensado que lo estaban. Pero dado que ni siquiera tengo treinta años, nunca fue un asunto urgente. Y teníamos un negocio en crecimiento que dirigir.

Matt desaparece por un ratito para cambiar a sus hijas a sus pijamas. Hacen cualquier cosa para evitar cepillarse los dientes, parece. Un juego de atrapa-atrapa estalla, y luego Libby trata de montar a Rufus como a un caballo. Su reacción es bostezar y hundirse en el suelo.

Después hay un libro de cuentos en el sofá, seguido de ruegos por más.

—Eso es todo —dice él, cerrando el libro de golpe—. La hora de dormir fue hace dos minutos y siete segundos. —Suenan vagamente como un



sarcástico eco de su ex, y cuando sonrío, recibo un sexy guiño de él—. Den las buenas noches a Hailey.

—Buenas noches, Hailey —dicen ambas.

—Buenas noches, chicas. Fue divertido asustar a su papá antes.

Sueltan una risita, pero Matt me da una mirada de soslayo por eso. Al parecer, está bien para un mandón macho alfa admitir su miedo por las alturas, pero solo una vez al día. Matt las lleva a su habitación y reaparece unos minutos después.

—Debería irme —digo de mala gana, levantándome del sofá.

Alza una ceja.

—Como el diablo deberías. Esta es la noche perfecta, todas mis chicas favoritas bajo un mismo techo. —Besa mi frente y siento el cálido hormigueo a través de mí—. Además, acabas de sobrevivir siete horas al circo Eriksson. Ahora ganas un vaso de vino y acurrucarte en el sofá.

Me rindo como una mano mala de póquer. Cinco minutos después, estoy sorbiendo cabernet y mirando los momentos destacados del partido Pittsburgh-Montreal.

Cinco minutos después de eso, estamos besuqueándonos como un par de adolescentes justo antes del toque de queda. La mano de Matt sube mi camisa, su pulgar haciendo círculos en mi pezón a través del encaje de mi sujetador. Su muslo musculoso separa mis piernas, y mi cuerpo prácticamente arde en llamas. Juro que oigo el mismo sonido de zumbido que cuando la calefacción se enciende en mi apartamento. Estoy acariciando sus pectorales y frotándome contra él como un gato en celo.

Atrapa mis muñecas con una de sus grandes manos y las levanta sobre mi cabeza, sujetando mis manos contra el brazo del sofá. Entonces su boca se posa, caliente y determinada, en mi cuello. Zumbido, de nuevo. Firmes y generosos labios empiezan a chupar mi piel. Zumbidito-zumbido. Estoy convirtiéndome en líquido justo aquí sobre el sofá.

Delante de Toronto.

Mientras sus hijas duermen a poca distancia.

—Matt —jadeo, levantando mi barbilla—. Tenemos que parar.

Su mano me suelta de inmediato y pierdo su caliente boca en mi cuello.

—Lo siento —jadea—. Pensé que estabas en ello.

—Mmmm —conuerdo, intentando recomponerme—. Pero... tus niñas.

Su pulgar hace círculos en mi pezón de nuevo. Sabía que había una razón por la que había pasado mi vida deseando a jugadores de hockey. Matt es realmente bueno con sus manos.



—Hottie —dice, su aliento volando sobre mi mandíbula. Hace una pausa para besar ese lugar, y me estremezco—. Mi dormitorio tiene cerrojo. Usémoslo.

—¿Estás seguro?

En lugar de responderme, se levanta y apaga la televisión. Luego me levanta del sofá. Inclinandose, murmura en mi oído:

—Seremos muy silenciosos, ¿de acuerdo?

Asiento para mostrarle que entiendo la necesidad de silencio.

—Camina lentamente a mi dormitorio. —Su susurro es un caliente siseo en mi oreja—. Luego quítate tu camiseta y vaqueros. Espérame junto a la cama.

Un estremecimiento me recorre mientras asiento de nuevo. Pellizca mi trasero e inclina su cabeza hacia el dormitorio, haciendo que me mueva en esa dirección deprisa.

Su dormitorio luce diferente en la oscuridad con las luces de Toronto brillando, bañando la colcha blanca con luz plateada. No hay oportunidad que nadie pudiera espirarnos en la habitación oscurecida. Pero todavía se siente arriesgado quitarme mi camiseta delante de sus ventanas. Hay otros apartamentos iluminados por el vecindario. Otro sábado noche en juego.

Ninguno es tan genial como el mío.

La puerta se cierra con un clic mientras mis vaqueros caen al suelo. Manos se posan en mis hombros y me vuelven para enfrentar su sexy sonrisa en la oscuridad. Levanta sus cejas y luego señala los botones de su camisa.

Me toma solo una fracción de segundo entender que se supone que los desabroche. Mis manos se apresuran a hacerlo en la oscuridad. Es cálido y sólido bajo mis manos mientras rápidamente suelto los botones. Tan pronto como he revelado una porción de su pecho, tengo que inclinarme y besarla. El único sonido es su aguda inhalación de aliento cuando mi lengua encuentra su suave piel. Dos manos le dan a mi trasero un apretón lleno de expectación.

Hay tantos zumbidos ahora que pierdo la cuenta.

De alguna manera, le quito esa camisa, mis ansiosos dedos moviéndose a su cremallera.

—Eso es —exhala en mi oreja mientras sus jadeos se desvanecen. Engancha sus pulgares en la cinturilla de mis bragas y las deja caer al suelo. Luego hace lo mismo con sus calzoncillos—. Ahora vuélvete.

Espero que me empuje a la cama, pero no lo hace. Solo me sujeta ahí, mi espalda contra su torso, su erección presionada posesivamente contra mi espalda baja. Su mano desabrocha el cierre de mi sujetador y ahora estoy completamente desnuda. Un jadeo escapa de mis labios cuando sus



manos se deslizan por mi piel, despertando cada terminación nerviosa y haciéndola cantar. Un brazo rodea mi cuerpo, su endurecida palma sosteniendo mi pecho. La otra palma va a mi centro, acunándome.

Sus desvergonzados dedos se hunden entre mis piernas y muerdo mi labio, los ojos cerrados con fuerza, mientras descubre cuán húmeda estoy ya para él. Puedo sentir el latido de su corazón contra mi espalda, y me hundo contra su mano, mi cabeza cayendo sobre su hombro. No puedo evitarlo. En esta habitación, soy una Hailey diferente, el tipo cuyas caderas se mueven al mismo tiempo que sus embestidas. La modestia no existe.

—Mira —ordena tan silenciosamente que la “a” es casi el único sonido que oigo.

Mis ojos se abren para ver nuestro reflejo en el espejo de tamaño completo en la parte de atrás de la puerta de su armario. La luz es tenue, pero mi pálida y desnuda piel es inconfundible. Sus fuertes brazos rodean mi cuerpo. No puedo decidir cuál es más sexy, el que agarra posesivamente mi pecho, o la gran mano trabajándome abajo, los tendones flexionándose en su muñeca.

Jadeo alto. Demasiado alto. Y su mano tiene que renunciar a mi pecho para cubrir mi boca. Mi gemido es amortiguado por su mano, gracias a Dios.

Este hombre va a arruinarme.



Matt

Maldición, es asombrosa.

Poner a Hottie cachonda es mi cosa favorita en el mundo. He derribado las puertas de su zona de confort, y la recompensa es la jadeante y sexy mujer en mis brazos. Es hermoso verla deshacerse de sus inhibiciones y relajarse contra mí, su cuerpo blando y dispuesto.

No tiene ni idea de cuánto significa esto para mí. He pasado el último año creyéndome inapropiado para ser el compañero de alguien. Tal vez es verdad. Pero pasando su día conmigo, y su noche, Hailey me permite creer que no soy una causa perdida, que mi alborotada vida merece la pena ser compartida, al menos cuando puedo manejarlo.

Ahora es mi turno para mostrarle cuán sexy es realmente. Ayudarla a sentir eso es lo mejor.

STAY

Mi polla está tan dura como las estatuillas de la torre CN que vimos en la tienda de regalos hace unas horas, pero dejó este momento durar, provocando su coño con mis dedos, besando su cuello. Cuando no puedo soportar la anticipación más, la guío al lado de la cama, pero no sobre la misma. En su lugar, la hago arrodillarse sobre la alfombra junto a ella. Coloco sus brazos sobre el colchón, palmas abajo.

—No te muevas —susurro.

Pone una mejilla sobre la colcha de algodón e inhala un aliento profundo y estabilizador mientras agarro un condón de la mesita de noche. Lo pongo con rapidez. Pero entonces me tomo un segundo extra para ajustar la puerta del armario unos centímetros, dejándola entreabierta, el espejo apuntado hacia el lugar donde Hailey se inclina sobre mi cama.

Cuando me agacho detrás de ella, paso mis manos sobre su sedosa espalda, acunando sus nalgas. Separo más sus rodillas.

—¿Estás lista para mí? —pregunto. Pero sé que lo está.

Hailey asiente ansiosamente, mirándome sobre su hombro.

Levanto sus caderas gentilmente, metiendo mi polla bajo su cuerpo. Cuando froto la cabeza contra su humedad, aspira un aliento. Me posiciono en su entrada, luego hago una pausa.

Su cuerpo está tenso con expectación. Pero estoy esperando por algo importante. Se mueve apenas un centímetro, ofreciéndome su cuerpo.

Espero, latiendo con deseo.

Finalmente sucede. Sus ojos van al espejo. Está intentando averiguar por qué no la estoy follando aún. Pero tan pronto como nuestros ojos se encuentran en el espejo, embisto.

Su barbilla se levanta, su boca se abre con deseo. Es jodidamente hermoso. Tomo sus tetas con ambas manos y pellizco sus pezones.

—Mira —gruño—. ¿Ves cuán hermosa eres? —En el espejo, veo a la mujer más sexy que jamás he conocido, su pequeño cuerpo rebotando mientras embisto. Está apretada y caliente, y siento una ola de lujuria rodar a través de mí, hasta que tengo que cerrar los ojos antes que las cosas se descontrolen.

Es magnífica, y me esfuerzo por hacerlo durar. Se lo hago bien y constante mientras su corazón late salvajemente en mis manos. Entonces deslizo una mano entre sus piernas y toco con el dedo nuestra conexión, lo cual la hace gemir.

—Shhh —susurro, y su respiración se hace más fuerte.

Cuando no creo que pueda durar mucho más, me retiro y subo a la cama, tumbándome de espaldas. Me sigue ansiosamente, sentándose sobre mi polla. La he hecho olvidar sus inhibiciones totalmente ahora.



WAGS # 2 ELLE KENNEDY

Estamos frente a frente, su ansioso cuerpo montándose como un campeón.

—Eso es —urjo—. Toma lo que necesitas.

Sus grandes ojos azules están pesados con lujuria, las pupilas dilatadas. La atraigo contra mi pecho, tomando su boca en un beso duro. Con un gemido, se tensa contra mí, desesperada por encontrar su liberación. Chupo su lengua mientras alcanza la línea de meta, su cuerpo temblando sobre el mío. Mis caderas embisten por voluntad propia y estoy derramándome y gimiendo y sosteniéndola con fuerza.

—¡Shhh! —reprende cuando doy un último y alto gruñido de satisfacción. Su pequeña mano se desliza sobre mis labios.

La beso, luego la aparto con una mano torpe.

—Está bien —digo, luego aspiro el oxígeno que necesito—. Duermen como los muertos, Hottie.

—Entonces, ¿por qué fuimos silenciosos?

—Porque es excitante —murmuro, mis párpados pesados.

—¿En serio? —dice a volumen normal, y solo le sonrío con mis ojos cerrados—. Eres tan...

—¿Sexy? —ofrezco.

Golpea mi hombro y luego colapsa sobre él.

—Sí. Bien. Tú ganas.

Aprieto su cuerpo contra el mío, simplemente sintiéndome afortunado.



Diecisiete

Migas

Hailey

Despertarse en la cama de Matt es sorprendente.

No es su cuerpo desnudo a mi lado lo que es una sorpresa. Sentí su calor toda la noche. La mejor cosa del mundo.

La parte más sorprendente es el ligero golpe en la puerta.

—¡Papi! Es hora de gofres.

—Grrmf —dice él en la almohada.

Hay un momento de silencio antes que los golpes comiencen de nuevo.

—¡Los haré si no lo haces!

Eso lo pone en movimiento. Me da un beso rápido y una disculpa.

—Prepararé el café. Tómate tu tiempo —insiste—. Usa lo que necesites del baño.

—Está bien, me las arreglaré.

Cuando desaparece, cerrando la puerta detrás de él, me levanto y corro a su baño. Decido que no le importará si tomo prestada su fabulosa cabina de ducha, con tres chorros y un calentador de toallas.

Me lavo y trenzo mi cabello para que no parezca que tuve sexo. Su botiquín tiene algunos de esos cepillos de dientes de avión, y me viene bien.

Cuando estoy casi presentable, me pongo mis pantalones. Pero mi camiseta está arrugada como un papel tisú en el piso. Debería haberla colgado anoche. Parece ridículo, así que le doy un vistazo a su armario (el espejo me hace sonrojar) y tomo prestada una camisa de franela.

Y huele a él. ¡Gah! Me siento perdida.



—Bonita camisa —dice en voz baja cuando me da una taza de café negro unos minutos más tarde.

—La mía se veía como el infierno.

Me sonrío.

—Eso luce mejor en ti de lo que nunca lució sobre mí. —Me besa el cuello subrepticamente, y me recuerda a la noche anterior, cuando estábamos...

—¿Hailey? —me pregunta Libby—. ¿Puedes trenzar mi cabello como el tuyo? Papá no puede hacer cosas de chicas.

—Oh. Claro —digo, alejándome de su papá antes que lo mate—. ¿Tienes un lazo de cabello y un peine?

Ella sale corriendo para buscarlos.

—No tienes que hacer eso —dice, rompiendo un huevo en un recipiente para mezclar.

—No me importa en absoluto. Es lo más fácil del mundo. —Me aclaro la garganta—. No parece importarles que yo esté aquí.

—Por supuesto que no —asegura. Cuando Libby regresa, me siento en el sofá con ella en el suelo frente a mí. Rufus viene brincando, con su correa en la boca—. ¿Necesitas que lo saque? —pregunto a Matt, que está batiendo la mezcla de gofres. No hay nada más sexy que un hombre sin camisa cocinando. Impresionante...

—Le debo una caminata —dice—. Pero esperará hasta después del desayuno.

Me lleva dos intentos trenzar el cabello de Libby porque no puede quedarse quieta. Pero logro una trenza decente en su cabello sedoso. Entonces June me pide, así que también hago la de ella. Luego todos comemos gofres y salchichas en la mesa de Matt.

Los gofres están... horribles. Cuando renuncio al mío, miro a Matt para ver que también ha dejado el suyo.

—Sin gluten —gesticula hacia mí con la boca sobre su taza de café, luego frunce el ceño.

Sin embargo, a sus hijas no parece importarles. Ellas devoran los suyos. Cuando terminan, Matt está listo con una toallita húmeda para sacar el almíbar de sus dedos pegajosos. Luego le ruegan que les lea un capítulo de *Ramona la Valiente*.

—Antes que mamá venga a buscarnos —añade June, luciendo triste.

Él mira su reloj.

—Después que termine mi café —promete, colocando sus pies debajo de la mesa al lado de los míos.



ELLE KENNEDY

Subrepticamente, ofrezco un bocado a Rufus.

Después de un solo olfateo, aleja su nariz.

Pero luego, como tiene mi atención, toma su correa nuevamente y me mira con lástima. “¿No puedes verme?”, dicen sus ojos. “¡Estoy aquí!”

—Voy a llevar a Rufus a dar un pequeño paseo —anuncio.

—No tienes que...

—¡Lo sé! —digo, poniendo la correa en su cuello—. Lee a tus chicas.

—Gracias, cariño —dice, su mirada gris calentándome.

—De nada. Ve.

Me pongo la chaqueta y saco al perro. Cuando pasamos por la cafetería, tengo una idea. Un barista que conozco está detrás del mostrador, y agito mi mano frenéticamente hasta que me ve.

—¿Me puedes dar dos croissants de chocolate para llevar? Perdón por hacerte venir aquí.

—No hay problema, Hailey. Un segundo. —Toma mi dinero y trae mis pasteles en una bolsa, y el cambio—. ¿Es tu perro? Es lindo.

—Es de un amigo —digo—. Te veo mañana.

No nos vamos por mucho tiempo, porque planeo dejarle el cruasán a Matt y largarme antes que su ex venga a buscar a las chicas a las diez.

Vuelvo a entrar en el vestíbulo a las 9:30 y corro hacia las puertas del ascensor, que se están cerrando.

—Gracias —jadeo cuando una mano las mantiene abiertas.

Pero cuando entro al ascensor, me doy cuenta de mi error. Es Kara, la ex de Matt. Y ahora me está mirando como si fuera el portador de una enfermedad desagradable.

—Buenos días —digo, deseando haber llevado a Rufus a dar un largo paseo.

—Buenos días —dice con fuerza.

Rufus trata de saludarla también, pero le quita las patas de su abrigo de color camel. Así que le hago retroceder, chasqueando mi lengua.

Ninguno de los dos la complace, aparentemente.

Es el viaje en ascensor más largo de la historia. Trato de pensar en algo agradable que decir, pero las puertas se separan antes que haya resuelto lo que podría ser.

La dejo bajar primero, y ella camina delante de mí a la puerta de Matt con una postura tan majestuosa que la reina podría tomar lecciones. Cuando llama, él abre de inmediato.



—Hola... llegas temprano, Kara —dice rápidamente. Entonces sus ojos se levantan para encontrarme en la retaguardia.

Pongo expresión de disculpa, pero la suya solo parece divertida.

—¿Son gofres? —pregunta a modo de saludo.

—Libre de gluten —asegura.

Ella huele de todos modos.

—Vamos, chicas.

—¡Íbamos a leer otro capítulo! —Libby se queja.

—Ve a vestirme —dice en voz alta. Las chicas todavía están en pijama.

—¿No es bonita mi trenza? —pregunta Libby, dando vueltas delante de su madre—. Hailey lo hizo.

Los labios de Kara se crispan, y no la culpo. No me conoce, y parece que he intentado convertir a sus hijas en mis dos pequeños clones.

—Por favor, ponte la *ropa*. Deja tu pijama en la cama. Se quedan aquí. Matt —dice ella—. Ayúdalas.

Abre la boca y luego la cierra de nuevo, tratando de decidir qué hacer. Levanto la barbilla ligeramente. *Vamos. No hay problema.* Él corre hacia el cuarto de las niñas mientras yo me arrodillo y suelto a Rufus. Luego le froto la barriga. La última vez que Kara apareció, me escapé como un conejo asustado. Podría hacerlo ahora, pero ¿por qué? El daño ya está hecho. Y ya no le tengo miedo.

Es lo que es.

Matt reaparece, sosteniendo una pequeña bolsa de lona rosa.

—Todo listo —dice, entregándole la bolsa a Kara. Cuando me levanto, él se acerca y me frota la espalda.

Kara pone los ojos en blanco.

—No hablamos de que las chicas pasaran tiempo con tus ligues.

Matt prácticamente gruñe.

—Hailey no es un ligue —escupe—. Estamos saliendo.

—Uh... huh. —Sus ojos irritados me miran fijamente—. No durará, ya sabes. Él nunca está aquí. Las mujeres se lanzan sobre él en la carretera.

—Lo cual no importa —dice él con los dientes apretados—. Y nunca lo hizo.

Vaya. Nada como una pequeña discusión post-matrimonial el domingo por la mañana.

Afortunadamente, June y Libby han vuelto a la habitación calmando a todo el mundo. Me escabullo, entrando en el baño de Matt para lavarme



las manos mientras él se despide de sus hijas y ve a su ex salir por la puerta.

Un par de minutos más tarde le oigo entrar en el dormitorio.

—¿Qué hay en la bolsa? —pregunta.

—Croissants de chocolate —digo, entregándoselos—. Uno para cada uno.

—Joder, sí. —Pone la bolsa en su cómoda—. Estoy recargando nuestros cafés. Comámoslos en la cama.

Mi primer impulso es preocuparme por las migas. Luego me refreno.

—Sí, vamos.

Matt

—Te ves sexy en mi camisa —le digo a Hailey. La acabo de follar en medio de mi cama. Estoy desnudo y ella solo lleva puesta la camisa.

—Mmh. —Es todo lo que puede manejar, ya que sigue respirando con dificultad.

Nos abrazamos durante unos minutos.

—Gracias por no asustarte cuando mi exesposa se ha comportado como una perra.

Se ríe.

—Lo entiendo. De verdad que sí.

—Siempre soy el malo —digo. Contarle a Hailey mis problemas no es mi modus operandi, pero el sexo me ha aflojado la lengua—. Ella tiene novio. Estoy seguro de que él pasa la noche la mayoría de las veces.

—El dentista, ¿verdad?

—Buena memoria. No dije ni una palabra cuando entró en escena. Pensé que Kara era muy exigente con cada maldita cosa. Pero lo conocí en la secundaria, y si lo ha traído a la vida de mis hijas, debe ser un buen tipo. Le di el beneficio de la duda. Pero casi nunca puedo con ella. Todo lo que les doy de comer es cuestionado. No puedo decir a qué escuela van el año que viene, ni dónde deberían pasar la Navidad.

—Lo siento —dice Hailey, acariciando mi pecho—. Eres un buen padre. Tienen suerte de tenerte.



—Lo hago bien —murmuro. Ya me he quejado bastante.

Se levanta sobre un codo.

—No estoy bromeando. Eres el mejor tipo de padre. Escuchas cuando hablan. No corriges cada pequeña cosa que sale de sus bocas. Solo las *aprecias*.

—Eso es lo que haría cualquiera.

—No es verdad.

Hay algo vehemente en su tono que me da la pausa.

—¿Punto sensible?

Resopla.

—Tal vez. Mi madre pasó todos los días de mi infancia asegurándose que supiera que la había defraudado. Mi padre se fue cuando tenía cinco años, y ella dijo que era mi culpa.

Me siento rápidamente.

—¿Qué demonios, Hailey? ¿Quién le dice eso a un niño?

—Lo sé. —Su sonrisa es tensa—. Tal vez no tenga el nivel de paternidad muy alto. Pero eres bueno con ellas, Matt. No dejes que te convenza de lo contrario.

Acomodándome de nuevo, suelto un gruñido.

—La co-paternidad es difícil.

—Lo sé —dice en voz baja—. Ni siquiera puedo imaginar el estrés que añade. ¿Qué le dijiste a tus hijas cuando te mudaste?

—Bueno... —Intento no pensar en ese día si puedo evitarlo—. Kara las sentó y les dijo: *“Nuestra familia funcionará mejor si papá vive en otro lado”*. Y simplemente me senté y asentí, como si eso tuviera sentido. Creo que lo sacó de un libro de paternidad sobre el divorcio. Las niñas ni siquiera tenían tres años. Y viajaba tan a menudo que no estoy seguro de haberlo comprendido hasta pasado un tiempo.

Todo ese mes me parece borroso ahora. Pero aun así duele, maldita sea. Nunca quise hacerle eso a mis hijas. Y nunca me dieron otra opción.

—¿Extrañas a Kara? —pregunta Hailey en voz baja.

—Joder, no —digo, y es la verdad—. Las cosas no iban bien entre nosotros. Pero no me rindo así. Hice un voto, y no iba a dejar que un horario de mierda lo arruinara, ¿sabes? Ella odiaba el estilo de vida. Dijo: *“Estar divorciada no será diferente la mayor parte del tiempo”*.

Hailey hace un ruido de angustia.

—Eso es frío.



WAGS # 2 ELLE KENNEDY

—Y estúpido —señalo—. Estaré retirado antes que las chicas necesiten brackets. Dijimos *para siempre* en nuestra boda, pero ella no sabe contar. —Me río, pero resulta amargo.

Me acaricia la cadera con los dedos suaves.

—Lamento tus problemas.

—No tengo ningún problema en este momento. Excepto por las migas de croissant en mi cama. —Es hora de aligerar esta conversación.

—Fue idea tuya, grandullón.

Me doy la vuelta y la beso.



Dieciocho

Sticks & Stones

Hailey

Tres semanas después

Afortunadamente, las vacaciones pasan rápido. Lo bueno sobre dirigir un negocio como Fetch es que todo el mundo y sus madres están abrumado por la mierda de vacaciones de último minuto, lo que significa que soy capaz de enterrarme en trabajo, así no tengo que pensar sobre *mi* mierda de vacaciones y mi madre.

Ni siquiera envía una tarjeta. No es que alguna vez lo haga, pero todavía me molesta. A alguna gente le gusta creer que los padres quieren a sus hijos sin importar qué, pero me di cuenta a una edad temprana que ese no es el caso.

Mi madre no se preocupa por nadie salvo ella misma. Mi padre... demonios, ni siquiera recuerdo cómo es, así de rápido huyó por la puerta.

No logré pasar Navidad con Matt, porque voló a Tampa con las chicas para visitar a sus padres. Me pidió que fuera, pero no había manera que pudiera abandonar a Jackson durante la temporada más ocupada de Fetch. Jax me invitó a la cena de víspera de Navidad en casa de su familia, lo cual decliné educadamente. Decidir con quién querría pasar menos tiempo, mi egoísta madre o el horrible padre de Jackson, sería una hazaña imposible. Al final, fui a casa de la familia de Jenny a cenar y pasé toda la noche haciendo rebotar a su adorable sobrino en mi rodilla.

Ahora, la locura de vacaciones se acabó, Matt está de vuelta en la ciudad, y estoy emocionada por ver lo que este nuevo año traerá. Buenas cosas, espero. Y montones de sexo ardiente. Pero eso tendrá que esperar hasta más tarde esta noche.

—¡Dama del Clima! —grita Blake Riley mientras me acerco a la cabina trasera del bar. Es tan ridículamente ruidoso que su voz supera el bullicio



de la abarrotada habitación, causando que una docena de cabezas se vuelva en mi dirección.

Esta será la tercera vez que pase tiempo con Blake, así que pensarías que para este momento ya estaría acostumbrada a sus gritos. Aun así, me sobresalta cada vez. Y no me hagas empezar con el apodo de Dama del Clima. Todavía no tiene sentido para mí, pero Matt sigue aconsejándome que lo ignore.

Hablando de Matt, mi gran y sexy dios del hockey se levanta de su asiento para saludarme con un sofocante abrazo y un beso que curva los dedos de los pies. Y ahora estamos atrayendo un tipo diferente de atención, en la forma de curiosas miradas de clientes y silbidos cortesía de Blake.

—Deja a la pobre chica en paz —regaña Jess Canning desde su posición en el regazo de Blake. Hay un montón de espacio para que se siente, pero he notado que cada vez que Blake y Jess están en la misma habitación, él insiste en que esté sobre él de alguna manera.

Yo, me siento junto a Matt como una buena chica, a pesar de que estoy muriendo por ser mala y atacarlo como un león hambriento. No lo he visto en tres días por juegos lejos de casa, y tuvo que cancelar nuestras dos últimas citas para cenar por eventos del equipo. Habría ido a su casa anoche para darle la bienvenida, pero llegó súper tarde y tenía que levantarme súper temprano, para nuestro mutuo desagrado.

Es raro ser la novia de Matt Eriksson. O, al menos, *creo* que soy su novia. No ha dicho la palabra con N, y yo solo la uso en mi cabeza cuando pienso en él. Pero sé que somos exclusivos y estoy bastante segura de que estamos juntos.

Jenny me molesta con que estamos en una relación con R mayúscula. Todo lo que sé es que amo cada segundo que paso con Matt. Es tan... real. Cálido y hermoso y divertido, ¿y cómo diablos me volví tan afortunada?

—Nah, a Hails no le importa —le dice Blake a Jess.

—Sí, estoy segura de que está emocionada cada vez que anuncias su presencia a todo el bar y luego haces sonidos de gato maullando mientras besa a su hombre —gruñe Jess.

Sonríó a la pareja.

—No me importa esa parte. Pero el sinsentido de la Dama del Clima es otra historia.

—¿Sinsentido? —Blake luce indignado—. Me tomó jodidamente mucho tiempo para elegir el apodo perfecto para ti, DC. Deberías estar más agradecida.

Le arrebató la botella de cerveza a Matt de sus manos.



—Ajá. Estoy muy agradecida, Riley. —Tomo un sorbo, luego le devuelvo la botella, ganándome una sonrisa torcida de Matt.

—La tuya está justo aquí, sabes —dice irónicamente, haciéndole un gesto a la botella directamente delante de mí.

—¡Oh! —digo, alcanzando mi cerveza local favorita. Es difícil encontrarla en la mayoría de bares, lo cual es la razón por la que estuve emocionada al descubrir que en realidad se sirve en Sticks & Stones. Sabía que este lugar era un bar de hockey, pero no vivo cerca y nunca he estado aquí hasta que Matt me trajo por primera vez hace un par de semanas.

Y me estoy sonrojando felizmente mientras alcanzo la cerveza. Debe haberla ordenado cuando le mandé un mensaje después de salir del metro, porque todavía está fría. Mi novio es así de atento.

—Me alegra que finalmente esto suceda —dice Jess, haciendo un gesto alrededor de la cabina con su cerveza—. Blake ha estado balbuceando sobre esta cita doble por años.

—Yo no balbuceo —protesta Blake.

—Sí, lamento que tomara un tiempo hacerlo —dice Matt, y hay un aleteo culpable en sus ojos.

Palmeo su muslo bajo la mesa. La última cita doble que intentamos programar fue una de las cosas que tuvo que cancelar porque había sido retenido en una entrevista para *Men's Health*. Terminé saliendo con Blake y Jess sola, y la siguiente vez que vi a Matt, no paró de disculparse por perderse la cena, una mirada infeliz en sus ojos todo el tiempo. Intenté asegurarle que no era un gran problema, pero el hombre parece pensar que cancelarme es un pecado cardinal. Supongo que debería estar halagada porque esté tan determinado a no decepcionarme.

Decido cambiar de tema antes que Matt empiece a disculparse un poco más.

—Entonces, ¿cómo fue el entrenamiento de patinaje de la mañana? —pregunto a los chicos, aunque ya había hablado con Matt antes durante mi descanso para almorzar. Pero amo escuchar cualquier y todos los detalles relacionados con el equipo.

Diablos, amo al equipo en general, y no solo porque la mitad de los compañeros de Matt están usando ahora los servicios de Fetch. No sé quién lo hizo suceder, pero de alguna manera en las pasadas semanas, nuestra lista de clientes ha crecido para incluir a Blake, Wesmie, Ben y Katie Hewitt, el capitán del equipo, Luko, y su esposa Estrella, y varios otros jugadores de Toronto y sus esposas.

Oh, y la mandíbula de mi exmarido casi golpeó el suelo cuando una solicitud llegó del mismísimo entrenador Hal. Resulta que el entrenador Hal y su esposa tienen un gusto por los dulces que necesitaba ser satisfecho a las cuatro de la mañana la otra noche. Jackson estaba en el



turno de noche y cuando llegué a la mañana siguiente, pasó quince minutos delirando sobre que había entregado *personalmente* un tiramisú al entrenador favorito de nuestra ciudad.

Casi me regodeé y dije: “¡Ves! Salir con un jugador de hockey es bueno para el negocio, ¿eh, Jax?”. Pero me contuve, porque Jackson y yo concordamos no discutir nuestras vidas amorosas.

—El entrenamiento fue increíble —responde Blake—. Tienen esta nueva cafetera en las instalaciones de la cocina, y es elegante como la mierda. Escupe pequeñas tazas de paraíso. Es como beber una nube.

Jess frunce el ceño.

—No creo que puedas beber nubes.

—¿Y por qué querrías? —inquire Matt.

—No han probado este café —nos dice Blake—. Confíen en mí. Como una nube.

—Eso no responde mi pregunta —señalo—. ¿Qué tiene que ver tu café elegante con la práctica de patinaje de la mañana?

Matt pone los ojos en blanco.

—¿Qué tiene que ver cualquier cosa que Riley dice con algo?

—Cierto —conuerdo, y Jess suelta una risita.

Me inclino más cerca de Matt, disfrutando la calidez que emana de su fuerte pecho. Su brazo cubre el respaldo de la cabina, sus dedos colgando sobre mi hombro sin apretar. A veces se siente como si fuéramos una verdadera pareja. Quiero decir, estamos en una cita doble ahora mismo, ¿no es una cita doble algo que solo las parejas hacen?

—Pero sí, fue bien —dice Matt—. Excepto por la pequeña refriega entre O'Connor y Lemming.

Frunzo el ceño. Will O'Connor parece meterse en un montón de refriegas.

—¿Ahora qué?

Matt y Blake se encogen de hombros. Jess, sin embargo, luce un ceño que combina con el mío.

—Lo juro, ese chico es un resentido —comenta—. ¿Por qué siempre está causando problemas?

—Probablemente porque no ha aprendido cómo mantener sus pantalones abrochados —dice Matt monótonamente.

—Espera. —Jess hace una pausa—. ¿Dijiste que se metió en una pelea con Lemming? ¿No es Chad como su único amigo en el equipo?

—Prácticamente —confirma Blake—. Pero como Matty-Cake dijo, OC tiene un problema de cremallera. O tal vez un problema de polla, como que



el pequeño mierda no puede quedarse detrás de la cremallera. Supongo que eso está oki-doki cuando la polla no interfiere con las conquistas de Lemur, pero supuestamente anoche lo hizo.

Mi cabeza está girando. El lenguaje inventado de Blake es difícil de entender en un buen día, ¿pero cuando he bebido unos pocos sorbos de cerveza? Es incomprendible. Por lo que logro recopilar, sin embargo, parece que O'Connor fue por la chica de su amigo.

Jess llega a la misma conclusión.

—Entonces, ¿Will se acostó con alguna en la que Chad estaba interesado?

—Fue difícil oír lo que decían sobre los sonidos de puños golpeando rostros, pero sí, creo que es lo que sucedió —dice Matt con un suspiro.

—El entrenador estaba muy enojado —añade Blake—. Los envió a ambos a casa.

—No me sorprendería que ninguno esté alineado para mañana por la noche. —Matt luce molesto mientras alcanza su cerveza.

Uf, espero que no. Tan problemático como es O'Connor fuera del hielo, está progresando para ser uno de los mejores delanteros del equipo. El chico es rápido como un rayo. Y Lemming es uno de nuestros defensas más sólidos.

Al otro lado de la cabina, Jess ve mi expresión y resopla.

—Oh, mierda, chicos. Hailey ha sido reemplazada por la fanática del hockey. Y a la fanática del hockey *no* le gusta la idea de perder a Will y Chad mañana.

Fulmino con la mirada a la sonriente rubia.

—¡Malditamente cierto que no! ¡Necesitamos a todos nuestros chicos en el hielo si vamos a ganar la copa!

—¡Eso, eso! —grita un chico al azar en edad universitaria desde la cabina de al lado.

Vaya, supongo que dije eso más alto de lo que pretendía. Oh, chico. Me estoy convirtiendo en Blake.

Con una profunda risa que siento hasta los dedos de mis pies, Matt se inclina y roza mi mejilla con sus labios.

—No te preocupes, nena, podemos sobrevivir un juego sin el Dueto de Imbéciles.

Nena. Me encanta cuando me llama nena.

Inclino mi cabeza para encontrar sus ojos azules grisáceos y, como es habitual, me pierdo total y completamente en ellos. Tienen estas hermosas motas de plata alrededor de la pupila y, bajo algunas luces, motas de azul bebé también. Sus ojos son tan hermosos como el resto de él.



WAGS # 2 ELLE KENNEDY

Mierda. Estoy pérdida por este hombre. Nuestra relación podría no ser oficial, pero maldito infierno, *oficialmente* tengo *todos* los sentimientos por Matt Eriksson.

—Pidamos nachos —anuncia Blake, alcanzando los menús en el centro de la cabina—. Estoy pensando... ¿ocho raciones?

—¿Ocho?—chilla Jess—. Solo somos cuatro.

—Comeré por lo menos cuatro —le asegura Blake—. Ustedes, chicos, pueden batallar por el resto. ¡Oh! —De repente chasquea sus dedos—. ¡Cazadora de Tormentas!

Estoy ocupada estudiando el menú, por lo que Matt tiene que aclararse la garganta para alertarme.

—Creo que está hablándote a ti —murmura Matt.

Bajando el menú, echo un vistazo hacia Blake.

—¿Ahora soy Cazadora de Tormentas?

Me sonrío de oreja a oreja.

—Podrías serlo. ¿Te gusta más que la Dama del Clima?

Pienso sobre eso.

—Seguro, qué demonios.

—Perfecto. De todos modos —continúa, señalando con un dedo severo hacia mí—, ¿tienes un televisor?

Estoy desconcertada. Blake cambia de tema tan rápido, que se vuelve confuso.

—Um... ¿Sí...?

—Bien. Asegúrate de ver *Mañanas con Matilda* mañana. ¿Creo que se transmite a las ocho?

—A las nueve —dice Jess.

Blake golpea su dedo en el aire.

—Correcto. A las nueve. Míralo, Cazadora de Tormentas.

Tengo que morder mi labio para evitar reírme.

—¿Alguna razón por la que necesito ver ese aburrido programa matutino?

Sus ojos oscuros brillan maliciosamente.

—Eso no te importa.

Con una ceja levantada, me giro hacia Matt.

—Confiesa.

Levanta sus manos.



—Oye, no tengo ni puta idea de lo que está diciendo. Esto es nuevo para mí... —Matt se detiene repentinamente, y como estamos sentados tan cerca el uno del otro, siento que su bolsillo vibra. Busca dentro de él y saca su teléfono, luego frunce el ceño—. Tengo que atender esto. —Se disculpa. Cuando levanta el teléfono hacia su oreja, su tono adquiere inmediatamente un tono severo—. Kara. ¿Qué pasa?

También me pongo rígida. Y maldición, creo que Jess lo nota, porque un destello de simpatía aparece en sus ojos marrones. Bien, así que tal vez no estoy del todo cómoda con la exesposa de Matt. Desde nuestro incómodo encuentro la mañana después de la excursión a la Torre CN, me había asegurado de estar lejos cada vez que está previsto que recoja a las niñas. No me gusta la forma en que Kara me mira, como si hubiera cometido alguna gran ofensa por *existir* cerca de sus hijas.

Al menos mi ex es cordial cuando Matt aparece en la oficina de Fetch. Jackson nunca ha sido más que educado con Matt, y nunca, nunca, se ha burlado de él por no ser nada más que una aventura.

Pero Kara es la madre de las hijas de Matt. No puedo ser grosera con ella, y definitivamente no puedo criticarla frente a Matt. Eso tiene “*nueva novia celosa*” escrita en todos lados.

—¿Qué quieres decir? —Matt suena molesto—. Pero acordamos que las tendría durante dos días la próxima semana.

Escucho la voz de Kara en el otro extremo, pero no puedo descifrar lo que está diciendo. Sea lo que sea, a Matt no le gusta. Las puntas de sus orejas se vuelven rojas, una clara señal que está furioso.

—Kara. —Habla en voz baja, pero hay amenaza allí—. No puedes cambiar nuestro horario a tu conveniencia. Nosotros... —Se detiene nuevamente, mirando alrededor del reservado como si recordara dónde está. Después aprieta mi hombro brevemente y murmura—: Discúlpame. Vuelvo enseguida.

Me deslizo fuera del reservado para permitirle su escape, y después Blake, Jess y yo observamos como Matt marcha hacia la zona del baño con el teléfono pegado a su oreja y sus hombros en una tensa línea.

—¿Exs, cierto? —bromea Blake.

El comentario está destinado a romper la tensión, pero todo lo que hace es poner las cosas más incómodas.

—¿Ya la conociste? —dice Jess evasivamente.

Asiento.

—Ella está... bien.

Blake bufá.

Pensativamente, Jess alcanza su cerveza y toma un sorbo.



ELLE KENNEDY

—Nunca la conocí, ella fue antes de mi tiempo, pero las WAGs no tienen muchas cosas buenas que decir sobre ella.

Yo no tengo muchas cosas buenas que decir, tampoco, pero intento controlar el impulso.

—Es la madre de sus hijas. —Es todo lo que digo, y logro hacer un encogimiento de hombros descuidado.

Jess continúa mirándome simpáticamente. Sé que puede ver directamente a través de mí.

Me alejo de su firme mirada y me enfoco en Blake.

—Entonces... ¿nachos?

La maña siguiente, mantengo mi promesa a Blake y me aseguro de tener el televisor encendido en la sala de descanso mientras preparo otra jarra de café en la pequeña encimera. Ya estoy en mi tercera taza, y ni siquiera son las nueve. Eso es lo que sucede cuando te quedas despierta muy, muy tarde, teniendo sexo con un jugador de hockey muy, pero que muy sexy. Era un desastre somnoliento con cabello desaliñado por el sexo cuando me arrastré fuera de la cama de Matt a las siete de la mañana. Afortunadamente, traje un cambio de ropa, así que fui capaz de ducharme y vestirme en su apartamento y llegar al trabajo a las ocho sin ningún contratiempo.

Jenny entra en la sala, sosteniendo una taza y una pila de correspondencia.

—¡Buenos días! —dice jovialmente.

—Buenos días —murmuro.

—Alguien está de mal humor.

—No dormí mucho anoche —respondo mientras me sirvo algo de café.

Jenny sonríe.

—¡Oh, pobre de ti! ¡Quedándote despierta toda la noche teniendo sexo! Tan *espantoso*.

Le muestro el dedo medio mientras tomo un gran trago de mi dosis de cafeína, luego me acomodo en una de las sillas alrededor de la mesa.

—¿Ese es el correo de hoy o de ayer? —Inclino mi taza hacia la pila de sobres.

—El de hoy. —Se dirige a la cafetera—. En su mayoría son facturas, por lo que parece, pero hay un par de cosas para ti y para Jackson.



Bajando mi taza, alcanzo el correo y empiezo a hojearlo. Un elemento atrapa mi atención. Es un sobre blanco dirigido a mí, con un logotipo familiar impreso en la sección del remitente. Mmm, es de la Asociación de Negocios de Mujeres de Toronto. Espero que no haya olvidado renovar mi cuota anual de membresía. Es una organización muy útil a la que unirse si eres una mujer propietaria de negocio, especialmente por todos los talleres gratuitos que realizan cada mes.

—Además —Jenny sigue parloteando detrás de mí—, te perdiste una épica solicitud del señor Polla anoche. Ordenó cien paquetes de Jell-O⁹. ¡¿Quién necesita tanta gelatina?!

—Quizás iba a ser el anfitrión de una de esas fiestas de lucha desnuda en gelatina —digo distraídamente, deslizando mi uña debajo de la solapa del sobre.

—¡Oh, Dios! ¿Lo imaginas? Me encantaría ser una mosca en la pared de su perversa casa. —Jenny se une a mí en la mesa, envolviendo sus dedos alrededor de la taza—. ¿Qué es eso?

—Todavía no lo sé. —Extraigo una hoja de papel y la despliego. Una pequeña tarjeta cae fuera del papel. Está impresa, en una encantadora y gruesa cartulina y hecha en caligrafía. Parece ser una invitación al banquete anual de la ANMT¹⁰. Al principio estoy desconcertada, porque ni siquiera sabía que la ANMT entregara premios.

Luego estoy atónita, porque aparentemente no solo entregan premios, sino que... ¡me darán uno a mí!

—¡Oh, por Dios! —chillo tan fuerte que Jenny salta en su asiento—. ¡Oh por Dios, Jen! ¡Mira esto!

Empujo el papel y la invitación al otro lado de la mesa. Jenny rápidamente baja su café y lee ambos, después deja salir un chillido.

—¡Santa mierda! ¡Esto es asombroso!

Sonriendo como idiotas, ambas hacemos un pequeño baile feliz mientras todavía estamos sentadas. Por supuesto, Jackson elige ese exacto momento para entrar a la sala de descanso. Sus ojos se agrandan mientras mira de Jenny hacia mí, entendiendo nuestros chillidos felices y brazos moviéndose en círculos.

—Umm. Está bien. —Mi exesposo sonríe mientras va a conseguirse algo de café—. ¿Y qué estamos celebrando?

—¡A mí! —Suelto. Salto fuera de mi silla y busco mi teléfono celular. Mierda. Lo dejé en mi oficina. Pero tengo que llamar a Matt y compartir la noticia—. Ya vuelvo —les digo a Jenny y a Jackson—. ¡No cambien el canal! Estoy esperando *Mañanas con Matilda*.

⁹ Marca de gelatina.

¹⁰ Asociación de Negocios de Mujeres de Toronto.



Estoy bastante segura de que dejé a esos dos confundidos en mi estela, porque ambos me han conocido por un largo tiempo, y ni una vez había expresado interés en la televisión de la mañana.

En mi oficina, agarro mi teléfono y busco el nombre de Matt. Responde al cuarto timbre, sonando aturdido como el infierno.

—Hola, Hottie.

—Oye, Snipes. ¿Estás despierto? —No puedo borrar la tonta sonrisa de mi rostro mientras miro la hoja de papel en mis manos. Probablemente debería haberlo dejado en la sala de descanso para que Jackson supiera por qué demonios estaba enloqueciendo, pero Jenny puede ponerlo al tanto.

—Apenas. *Alguien* me mantuvo despierto anoche. —Casi puedo escuchar la sonrisa en su ronca voz.

—Bueno, despiértate solo por un minuto —suplico—. Solo déjame contarte mi noticia y después puedes volver a dormir.

—¿Noticia? —Escucho el susurro de las sábanas, como si se estuviera sentando—. ¿Qué noticia?

—¿Has escuchado de la Asociación de Negocios de Mujeres de Toronto? —Prácticamente estoy saltando ahora, y no tiene nada que ver con las tres tazas de café que bebí.

—No, pero tomaré tu palabra de que existe —bromea.

—Sí, existen. Y son una de las organizaciones de contactos más influyentes en la ciudad para las mujeres de negocios de Toronto. —Salto un poco más—. ¡Y van a otorgarme un premio! Acabo de ser nombrada Emprendedora Innovadora del año.

—¿En serio? ¡Joder, Hottie, eso es increíble! ¡Felicidades!

—Gracias. —No puedo dejar de sonreír—. Y hay esta gran gala la próxima semana para la ceremonia de premiación. Es de etiqueta y hay barra libre... —Dudo, solo por un momento, antes de continuar—. Es la noche de miércoles. ¿Irías conmigo?

No hay duda de parte de Matt.

—¡Demonios, sí, lo haré! El tiempo funciona a la perfección, ¿eh? Mi vuelo de Nashville aterriza el miércoles por la tarde, así que eso debería darme bastante tiempo para ponerme mi traje de pingüino¹¹ y ser tu acompañante.

Felicidad me recorre.

—Esta es la mejor noticia de todas, Matt. Honestamente no lo esperaba.

¹¹ Esmoquin.



—Las mejores cosas en la vida son las que no esperas —dice en voz baja.

Sostengo esas palabras cerca de mi corazón mientras nos despedimos, y me dirijo de vuelta a la sala de descanso. Justo a tiempo, porque en el momento que entro, Jenny chilla y señala al televisor montado en la pared.

—¡Acaba de mencionar a Fetch! ¡EN TELEVISIÓN EN VIVO!

—¿Qué? ¿Quién? —Me apresuro hacia ella y Jackson, ambos viéndose conmocionados. En la pantalla, me sorprende al encontrar a Blake Riley sentado en el sofá tapizado color beige de Matilda Morgan. Está usando un traje gris de lana con una camiseta de Toronto bajo la chaqueta en lugar de una camisa de vestir. Y a no ser que esté imaginando cosas, Blake realmente está hablando sobre nuestra compañía.

—Trabajadores milagrosos —está diciendo—. ¿Te das cuenta de lo fácil que es mi vida ahora, Matilda? ¿Todas esas cosas que solía querer a las tres de la mañana y no podía obtener porque era un perezoso? Las tengo todas ahora.

La anfitriona del programa de la mañana con cabello blanqueado y rostro inyectado con Botox se ríe fuertemente.

—Bueno, señor Riley, no puedes inquietar a nuestros televidentes de esa manera y no ofrecer algunos detalles. ¿Qué es lo que un atleta profesional requiere a las tres de la mañana?

La expresión de Blake es solemne.

—Tarta. Siempre anhele tarta de manzana en la noche. Oh, y una vez me quedé sin comida de cachorros para Puddles. —Le guiña un ojo a Matilda—. Pero para eso es para lo que uso a Fetch ahora, ¿me entiendes?

La anfitriona cambia de tema hacia la infancia de Blake, pero mi cerebro todavía está atrapado en el tema anterior. ¿Acaso Blake Riley acaba de promocionar nuestra empresa en televisión en vivo?

—¿Acaso Blake Riley acaba de promocionar nuestra empresa en televisión en vivo? —Atónito, Jackson vocifera mis pensamientos exactos.

Lentamente me giro hacia él.

—Creo... que acaba de hacerlo.



Diecinueve

No es culpa de los chocolates

Matt

Tengo una caja de chocolates en la mano y estoy sentado en el jet del equipo, odiándolos.

Sin embargo, no es culpa de los chocolates.

Esta noche cancelé otra cita con Hailey. Tercera vez este mes. Se suponía que el equipo regresaría a Toronto a las seis, que debería haber tenido tiempo suficiente para llegar al boliche y sorprenderla con mi horrible juego de bolos. Habría sido divertido.

Pero llegamos tarde al aeropuerto de Denver y perdimos nuestro vuelo. Luego comenzó a nevar en las Montañas Rocosas, y todo el aeropuerto fue cerrado por problemas de visibilidad. Si eso no fuera suficiente, el espacio aéreo de Toronto está demasiado lleno, y ahora estamos dando vueltas, esperando para aterrizar.

Todos los chocolates del mundo no son suficientes para compensar el hecho de que sale con un tipo que la deja plantada cada vez que dice que quiere invitarla a cenar.

Mi angustia se ve interrumpida por un aullido de victoria en el pasillo. Chad Lemming acaba de derrotar a Will O'Connor en cualquiera que sea el videojuego con que esté obsesionado esta semana.

—¡Te vencieron, OC! —dice Blake, mirando por encima de sus asientos desde la fila de atrás—. Me toca ¿verdad?

O'Connor se levanta y se aleja, plantándose en el asiento vacío a mi lado, permitiendo que Blake tome su lugar.

—¿Qué pasa contigo, E? —pregunta, haciendo una señal a la azafata para que le traiga algo de beber.



—No mucho. —Suspiro, revisando la hora una vez más. Me pregunto qué estará haciendo Hailey en este momento. Espero que aceptara mi oferta de dirigirse a mi casa y esperarme.

Excepto... ugh. *Esperar*. Eso es lo que mi ex odiaba de estar conmigo. Y me lo dejó saber muy a menudo durante el último año de nuestro matrimonio.

O'Connor acepta un refresco de dieta de la azafata y me da una mirada de valoración.

—¿Algo va mal?

Sí. Pero no me estoy quejando con este joven por eso.

—Tú y Lemming estaban peleando el otro día —señalo, cambiando de tema—. ¿Se besaron y se reconciliaron?

—Fue un malentendido —dice O'Connor, estirando el cuello.

Me río.

—¿Lemming *malinterpretó* tu intención de seguir adelante con su conquista?

—Sí, lo hizo. —O'Connor entrecierra los ojos—. Llevé a esa chica a casa y la acompañé a su puerta. Se la entregué a sus padres.

—¿Padres? —Jesús.

—Sí. Era menor de edad y estaba mintiendo al respecto. Vi su licencia de conducir real cuando sacó su identificación falsa para el barman. Lemming no me creyó. Estaba borracho y cachondo. Y la niña estaba trabajándolo *duro*.

—Mierda.

—Exactamente. Era una chica de secundaria, y eso no es genial. Me gusta divertirme, pero todo el mundo tiene que ser un adulto con consentimiento, ¿sabes?

—Demonios —digo—. Estaré retirado de la liga para cuando mis chicas estén saliendo. Pero estoy planeando mantenerme al día con las pesas. La primera vez que un niño venga a llevar a una de mis chicas a una cita, le pediré al niño que me vea mientras levanto pesas en la banca. Solo para que sepa que puedo darle una paliza.

O'Connor se ríe.

—¿Así que arreglaste las cosas con Lemming?

—Sí. —Su sonrisa se desvanece—. Le dije que necesita ser más cuidadoso. Y prometí que sería el mejor compinche que jamás haya conocido la próxima vez que estemos en los bares. Al nivel de Top Gun.

—Ah. —Estoy un poco aturdido por este estallido de humanidad del imbécil residente de nuestro equipo. Pero creo que es bueno saber que



tiene un corazón latiendo en alguna parte. Mi teléfono vibra con un mensaje de texto, lo que significa que la conexión Wi-Fi del jet está nuevamente activada—. Disculpa —digo—. Tengo que rogar un poco porque llegamos tarde a casa.

O'Connor levanta las cejas, y me preparo para otra ayuda de su cinismo sobre las relaciones, pero no llega. Inclina su cabeza hacia atrás contra el reposacabezas y cierra los ojos.

Desbloqueo mi teléfono, y el mensaje es de Hailey. Está respondiendo a mis profusas disculpas de antes.

Hailey: *No te preocupes por eso. Utilicé las horas extras para ponerme al día en el trabajo.*

Estoy seguro de que eso es cierto. Es solo que una de estas noches dejará su trabajo y se dará cuenta de lo divertido que sería tener una cita con alguien que estuviera cerca más de dos noches aleatorias por semana.

Matt: *¿Y ahora? ¿Estás en mi casa?*

Tarda un segundo hasta que recibo una respuesta. Pero luego mi pantalla se llena con una foto de los pies descalzos de Hailey cruzados en mi edredón. Sus uñas de los pies están pintadas de color rosa, y no lo notarías, pero la nariz de Rufus está sobre su tobillo.

Matt: *Una vez más, estoy celoso de mi perro. Se supone que no debe estar en la cama, por cierto.*

Hailey: *Es buena compañía.*

Auch.

Matt: *No puedo esperar para tomar su lugar.*

Hailey: *:) No necesitas dormir en mi tobillo, sin embargo. Está bien si usas la almohada.*

Matt: *¿Sabes lo que sería divertido?*

Hailey: *¿Tres victorias consecutivas esta semana? Considero que estuviste excelente en velocidad anoche, por cierto. Buen juego.*

Matt: *Mmm, gracias. ¿Sabes qué más sería divertido? Si estuvieras desnuda en mi cama para cuando llegue.*

No hay respuesta por un par de minutos.

Hailey: *Rufus se ha trasladado a la cama para perros en la sala de estar. Y me puse más cómoda.*

Mi ingle se aprieta con expectación.

Matt: *¿Cómo de cómoda?*

Aparece una fotografía en la pantalla. Es una foto del pecho desnudo de Hailey de perfil, el pezón rosado. *Santo cielo. ¡Hottie me envió una*



imagen sucia! Eso está fuera de lugar para mi chica tímida. Cuando miro la foto, me endurezco solo imaginando cuánto quiero poner mi boca allí.

Matt: *Esa es la mejor vista que he visto en mucho tiempo. No puedo esperar para poner mi boca en ti.*

Hailey: *Hace mucho calor aquí, de repente.*

Agrega unos cuantos emoticones de llamas y estoy sonriendo a mi teléfono. Hailey es linda y sexy y me estoy excitando de muchas formas.

Matt: *Me encanta chuparte. Te pone tan mojada. Voy a pasar mi lengua sobre tus tetas, cariño. Justo como te gusta.*

Hailey: *Vaya. Realmente no hacen emoticones para expresar cómo me siento ahora. Piensa en las cataratas del Niágara.*

Matt: *Pon tu mano en tu pecho. Juega con tu pezón.*

Me siento allí, imaginándolo, cada vez más excitado. Y un minuto después me regala otra foto, y esta vez está pellizcando ese pequeño pico sabroso. Dios. Miro a mi alrededor para asegurarme que nadie más pueda ver esto. Pero los chicos sentados detrás de mí están durmiendo. Al otro lado del pasillo, Blake y Lemming aún están en la batalla por su videojuego en la computadora portátil de Lemming. Y Will O'Connor duerme a mi lado.

Bien.

Me desabrocho sigilosamente el cinturón de seguridad. Luego uso una mano para apretar suavemente la lana de mis pantalones, hasta que el bulto obvio sea fácil de detectar. Con mi otra mano, tomo una foto rápida con mi teléfono.

Cinco segundos después, he presionado enviar, me vuelvo a poner el cinturón de seguridad y pongo una revista sobre mi erección. La imagen tarda un poco en subir.

—Amigo. ¿Acabas de tomar una foto de tu paquete?

—¡No! —digo demasiado rápido, incluso antes de ver la sonrisa malvada de Will O'Connor. *Mierda*—. Solo estaba...

La sonrisa se ensancha.

—Los muchachos van a divertirse mucho.

—Cristo. ¿Cuánto costará tu silencio? Te compraré una cerveza.

—Olvídate de la cerveza. —Está listo con otra solicitud de chantaje, pero no es nada que esté esperando—. Dile al entrenador que he estado trabajando duro en las carreras de velocidad —dice—. Me están molestando por mi patinaje.

—Todos necesitamos un poco de actualización técnica en algún momento. Es fácil formar malos hábitos. —No es nada de lo que avergonzarse, tampoco. Pero un jovencito como O'Connor podría ser el tipo



de persona que asume que no puede permitirse admitir que necesita el entrenamiento adicional.

Efectivamente, hace una mueca.

—¡Oye, OC! —grita Lemming desde el otro lado del pasillo—. Te toca, amigo.

Will toma su refresco y vuelve a cambiar de asientos.

Tan pronto como estoy solo, abro mi teléfono otra vez. Hay un mensaje esperando.

Hailey: *¿Alguien me extraña?*

Matt: *Como si hubiera alguna duda.*

Espero que no lo dude. Sin embargo, Kara siempre parecía hacerlo. Y extraño a Hailey como loco.

Matt: *Por favor, dime que estás completamente desnuda en mi cama ahora mismo.*

Hailey: *¿Te gustaría una prueba?*

Matt: *¿Si me gustaría? ¿El papa usa sombreros graciosos? ¿Es el hockey el mejor deporte de todos? :)*

Un minuto después, llega mi prueba y es la mejor de todas. La foto es en blanco y negro tomada desde arriba, del torso desnudo de Hailey, con una mano metida entre las piernas, cubriendo mi visión de las cosas buenas.

Matt: *Mmm, Hottie. Estaré duro todo el camino sobre los Grandes Lagos, y vale la pena.*

Hailey: *Mi trabajo aquí está hecho.*

Matt: *Y me encanta que no incluyas tu rostro en estas tomas, cariño. Porque eso significa que no tengo que eliminarlas instantáneamente en caso de que mi teléfono se pierda. Voy a aferrarme a esto, eso es seguro.*

Hailey: *¿Dónde está mi foto sin rostro de tu sexy yo, entonces? Estoy arriesgándome aquí. Pero lo hago mucho por ti. Nunca tomé una foto desnuda antes. Tampoco lo hice en el mostrador de la cocina. Así que gracias por tachar eso en mi lista el fin de semana pasado.*

Matt: *¿Mencioné que me estoy muriendo aquí? De la mejor manera. Gracias por arriesgarte por mí. Me siento honrado de ser el que te lleve a hacerlo.*

Esto es cien por ciento verdad. Y cuando Hailey confía en mí de esa manera, como si yo importara, puedo sentir durante unos minutos que no soy el peor novio de todos.



Naturalmente, nuestra conexión Wi-Fi se corta justo en medio de este intercambio sexy y sincero. No hay más mensajes de Hailey, y todos los demás jugadores están maldiciendo por sus conexiones perdidas también.

Finalmente aterrizamos en Toronto. Desde que pasé la última hora pensando en todas las cosas que quiero hacer con Hailey desnuda, me pongo rígido como una tubería mientras aterrizamos. Tenemos unos diez minutos antes que nuestro equipaje llegue a la cinta transportadora, así que meto los chocolates en mi equipaje de mano y entro al baño de hombres en la terminal para lavarme los dientes.

Wes y O'Connor están teniendo una conversación en los lavabos, así que me meto en un cubículo. Me desabrocho y saco mi celular. Hottie tenía razón en que lo justo es justo. Agarro la base de mi dolorosa polla y encuadro la foto. Es la expresión perfecta de lo mucho que estoy esperando a que pase una hora a partir de aquí, cuando llegue al apartamento. Presiono el obturador.

Y el flash me ciega.

Mierda. Tal vez nadie se dio cuenta.

Guardo el teléfono y me abrocho. Luego descargo el inodoro casualmente.

—¿Acabas de tomarle una selfie a tu polla? —pregunta O'Connor cuando salgo.

—No. —Me acerco al lavabo y me lavo las manos.

—Entonces, ¿por qué se disparó el flash? —pregunta Wes, luciendo divertido.

—Ni idea.

Blake Riley emerge de un cubículo.

—¿Cómo se llama una selfie polla? —pregunta, frunciendo el ceño pensativamente—. *Delfie*¹² es un poco incómodo.

—Ustedes, señoras, tengan una buena noche —refunfuño, y me largo de allí.

Su risa me sigue por la puerta.

Una hora después estoy ingresando el código en mi sistema de seguridad. Dejo caer mi equipaje al suelo, y luego salto cerca de treinta centímetros en el aire cuando veo una sombra desconocida que emerge de la esquina más oscura.

Afortunadamente, me doy cuenta de lo que es antes de padecer un infarto al miocardio.

¹² Juego de palabras con dick (pene, polla) y selfie.



Es un perchero. El abrigo de Hottie es la única cosa que hay en él. Me río suavemente en la tenue luz. Me consiguió un perchero, porque obviamente soy demasiado tonto para recordar conseguir uno yo mismo.

Dios, amo a esta mujer.

Normalmente ese pensamiento casual con tú-sabes-la-palabra con A me asustaría. Pero ahora mismo ni siquiera tengo tiempo de detenerme y preocuparme por eso. Solo arrojo mi chaqueta encima del nuevo perchero y me quito los zapatos. Luego me apresuro hacia la habitación, todavía iluminada por la cálida luz de la lámpara. Rufus levanta su nariz de la cama para perro cuando paso. Pero tengo prisa.

Y... Hottie está desmayada en mi cama, boca abajo en el centro de la cama.

Ah, bueno.

Cepillo mis dientes. Ahora que el sexo está fuera de discusión, mi cuerpo se relaja. Bostezo mientras seco mi rostro. Dejando caer mi traje, camisa y corbata en el sillón, me arrastro a la cama, atrayendo el cuerpo cálido de Hailey a mis brazos. Dios, es agradable. Me hace un sonido de ronroneo soñoliento. Mi polla se despierta inmediatamente, pero sus extremidades están pesadas. Y no voy a acosar a Hailey por sexo si está demasiado cansada después de un largo día.

Y, sin embargo, se presiona contra mi pecho, su suspiro suave y profundo. *Mmm*. Inclino mis caderas, presionando mi pene contra su exquisito trasero. Su cuerpo reacciona, piernas se mueven, piel cremosa busca la mía. Mis labios encuentran su cuello y estoy perdido besando su dulce piel. Esta mujer en mi cama, ha estado esperándome. Mi corazón palpita a un nuevo ritmo. *Agradecido. Complacido. Gracias.*

Intento girarla, pero se resiste con un movimiento de cabeza.

—¿Quieres que te tome desde atrás? —pregunto, mi voz ronca.

Se presiona contra mí en respuesta.

—Dilo, cariño. —Solo quiero asegurarme de que esté despierta y completamente a bordo con la diversión que estamos a punto de tener.

—Es difícil para mí —susurra, el arco de su pie acariciando mi pantorrilla.

Está muy *duro*¹³, mi cuerpo concuerda. La deseo tanto.

—¿Quieres decir que es difícil... decir las palabras en voz alta?

Asiente, entonces sé que está realmente despierta.

—La charla sucia te incomoda un poco.

—Me *encanta* en ti —dice, y sonrío en la oscuridad.

¹³ Juego de palabras con "hard" que significa difícil, duro, rígido, erecto.



—Bueno. —Levanto su rodilla y deslizo mi pene entre sus piernas, solo rozando su dulce coño para tentarla. Ambos gemimos, porque ella ya está mojada—. Dime lo que quieres y te lo daré. —Giro su pezón entre las yemas de mis dedos para hacer mi punto.

—Mmm —gimotea—. *Fóllame*. Hazlo ahora mismo. Tuviste práctica en la mañana y tuve que trabajar y me enviaste esa foto de tu pene, tú, maldito seductor.

—Delfie —susurro, moviendo la cabeza de mi pene sobre su clitoris.

—Dá.me.lo. —gimotea.

Como no soy un hombre estúpido, no hago que me lo pida de nuevo. Levanto su rodilla y ella jadea mientras empujo dentro de su apretado calor. Y ahora, también, estoy jadeando. Habíamos tenido una rápida charla sobre anticonceptivos y el estado de salud la semana pasada, pero esta es nuestra primera vez juntos desde entonces. Y es el cielo. Con un gemido, empiezo a empujar. Ella agarra las mantas y empuja contra mí. Encontramos nuestro ritmo, y mis temblorosas manos se envuelven alrededor de su cadera para poder tocarla. Mis dedos encuentran piel suave y ella gime mi nombre.

Joder, estoy perdido. Se siente muy bien alrededor de mi dolorido pene. Se lo doy duro y rápido, y apostarí a que no pasan ni sesenta segundos cuando siento que mi cuerpo se tensa.

—Jesús, nena —gimo en su oído—. Tengo que correrme en este momento.

Aprieta sus piernas y gira su rostro hacia el mío. Nuestras lenguas se tocan por primera vez en una semana cuando estalló dentro de ella, gimiendo y jadeando como el hombre desesperado que soy. Y ella tiembla y se estremece, su coño apretándose a mi alrededor mientras me sigue sobre el borde.

Un minuto más tarde se vuelve para dejarse caer sobre mi pecho. Ambos estamos jadeando como velocistas. *Somos velocistas esta noche*. Creo que establecí un récord de velocidad en tierra para el sexo. El taxi que me trajo a casa desde el aeropuerto probablemente no haya salido de Yorkville todavía.

Empiezo a reírme haciendo que Hailey rebote en mi pecho.

—¿Qué es tan gracioso? —dice arrastrando las palabras.

—Nosotros. El rapidito más rápido en la historia.

—Buen movimiento —dice contra mi pectoral—. Buena velocidad de pie. Velocidad de pene.

Me rio un poco más. Estoy totalmente exhausto, pero totalmente feliz también.



—Lamento que no hayamos hablado mucho esta semana. Espero que sepas que no es porque no me importe.

—No es que me pase el día aquí viendo reposiciones en televisión, nene. Trabajé doce horas al día. ¿Alguna vez has estado en las Cataratas de Niagara?

—¿Mmm? —Tengo sueño, y el cambio de tema me ha confundido.

—Sigo olvidando que no eres de los alrededores —dice—. Las cataratas son realmente impresionantes. El torrente más grande de agua que jamás haya visto. Así es como el negocio en Fetch ha sido desde que Blake hizo su referencia en TV. Nunca he visto nada así. —Su voz sonando más y más lejana—. ¿Matt? ¿Cariño?

El sueño me lleva lejos.

Hailey

Matt está en California ahora. Ese rapidito que tuvimos la semana pasada fue uno de nuestros pocos momentos juntos. Fui a su juego en casa con Jenny, sentada en su fila de asientos D. Pero estaba de guardia, y cuando dos Fetchers llamaron para reportarse enfermos después, tuve que hacer un turno nocturno por primera vez en meses.

El equipo jugará en San José mañana, así que ya están en California. Están teniendo una cena temprana en algún lugar hermoso esta noche, y Matt acaba de enviarme una foto de él y Wesley en un restaurante en el muelle, comiendo camarones y probando vinos.

Estoy pasando la noche con... datos. Muchos datos. En lugar de camarones, tengo barras de granola. En lugar de vino tengo... agua. Incluso el café está fuera de cuestión porque llegué a mi límite de cafeína hace horas.

No es glamuroso, pero no estoy amargada. Me encantan los datos. Realmente me encantan. Es infinitamente interesante y nunca se pierde tu cita para cenar. No te susurra cosas sexys en la oreja desde lejos, para después terminar la llamada repentinamente cuando el avión está a punto de despegar.

Está bien. Tal vez solo estoy un poco amargada. Pero no con Matt.

Si fuera a culpar a alguien por mis días de trabajo de doce horas, debería ser a Jackson. Incluso cuando estamos a máxima velocidad en este momento, él es quien no permite que la loca idea de expansión muera.



Me dio un discurso sobre cómo la propiedad iba a venderse rápidamente si no actuábamos. Sonó como un comercial. Sonó como su padre, maldición.

Desafortunadamente, expresé esta opinión un par de horas atrás, y no funcionó.

—¿Cuál es el apuro? —Había presionado cuando mi ex había entrado a mi oficina para preguntarme lo que pensaba sobre la idea. De nuevo.

Jackson había frotado la parte posterior de su cuello, como si le doliera.

—Él quiere que consigamos ese sitio, eso es todo.

—¿Jax? —pregunté cuidadosamente—. ¿Acaso tu padre es dueño de ese edificio?

Su ceño se profundizó.

—Sí. Pero y eso qué. Es dueño de este. —Jackson extendió sus brazos para indicar nuestro actual espacio de oficina.

—Pero este es más barato —señalé—. ¿Por qué está tan desesperado para que consigamos ese espacio caro? —No confío en ese hombre. Y peor, no confío en Jackson para enfrentarse a él.

—No puede reservarlo para nosotros por siempre. Eso es todo.

Estudié a Jackson, de la misma forma que lo hice desde que éramos niños. Todavía estaba jugueteando con su cuello, y movió sus dedos a través de su cabello. Se veía tan nervioso como un hombre que tiene pulgas.

—Te daré una respuesta para el martes —dije lentamente—. Todavía hay trabajo que hacer.

Eso lo había satisfecho. O quizás no lo había hecho, pero en todo caso, había desaparecido.

Ahora son las nueve de la noche y estoy dando vueltas en datos, tratando de manejar la cuestión del futuro de mi compañía. Muchos negocios prometedores se han puesto en la ruta de colisión con el sol intentando crecer demasiado rápido. No quiero que eso le pase a esta compañía que amo. Aunque una pequeña parte de mí, la parte que está sentada aquí sola y patética en un viernes por la noche, está tentada de tomar el medio millón de dólares que el señor Emery quiere darme y alejarme. Para dejar que Jackson maneje mal este lugar.

Puaj. No. Esa idea me llena de horror. Esa es la solución para las personas que no les importa. Pero a mí sí me importa, maldición.

Así que aquí estoy, sentada en mi escritorio, construyendo la madre de todas las hojas de cálculo. Ahora que hemos estado abiertos por cuatro años, nuestro récord de clientes es un tesoro escondido de datos. He decidido que necesito saber más sobre nuestros clientes antes de poder



decidir cómo debería ser nuestra expansión. Había hecho un mapa de densidad de sus ubicaciones. Pero después me di cuenta de que necesitaba saber más acerca de nuestros *mejores* clientes. Ya que un cuarto de nuestros clientes activos proveen *tres* cuartos de nuestros ingresos, esos son las personas que necesito entender.

Desafortunadamente, entenderlos ha probado ser un proceso tedioso. He pasado las últimas horas abriendo archivos de clientes y etiquetándolos con varios atributos. Tenemos personas que usan Fetch por sus necesidades de negocio (para entrega de documentos, material de oficina, entretenimientos de los clientes). Después tenemos a las que llamo las Madres Ocupadas (pañales, comida orgánica) y a las Solteras Desinhibidas (selección de vino y entrega, suministro de comida y entrega de regalos).

Alguien tiene que pensar sobre esas cosas, y esta noche ese alguien soy yo.

Empecé en orden alfabético y ahora estoy en las E. Sonríe cuando cliqueo en *Eriksson*, pero luego me doy cuenta de que no es la cuenta de Matt. Es la de Kara. Esa no es una gran sorpresa ahora que lo pienso. Una vez me dijo que se había enterado de Fetch por su ex, quien se había vuelto dependiente de nosotros cuando las gemelas eran más pequeñas.

Revisar los cobros se siente un poco extraño, pero tengo un trabajo que hacer esta noche, y no tomará mucho tiempo.

Rápidamente reviso su larga lista de pedidos y veo que ella pertenece a la categoría de las Madres Ocupadas. Muchas entregas de pañales en días pasados. También obtiene una etiqueta por los servicios de conserjería, porque hizo que Fetch hiciera una reserva para almorzar cada viernes, bajo el nombre del Dr. Daniel Bryant. Las reservas ocurren exactamente una vez a la semana, sin falta. La elección de restaurantes varía mucho, pero la consistencia es admirable. Ella ha estado almorzando con el Dr. Daniel Bryant cada viernes por... sigo bajando. Por dos años.

Bueno. Kara obviamente encontró lo que estaba buscando, un Estable Eddie¹⁴. Matt dijo que odiaba sus viajes. Odiaba el estilo de vida de la esposa de un jugador de Hockey. Ella quería un dentista con el que almorzar como un reloj. Y consiguió uno.

Cierro esa cuenta después de etiquetarla y sigo adelante. El siguiente en orden alfabético es Matt. No necesito mirar la lista cobros, porque ya los he visto antes. Aunque, etiquetarlo es difícil. No encaja en ninguna de mis categorías ordenadas. Me muevo a través de la larga lista, preguntándome dónde colocarlo. Los cargos empiezan hace dieciocho meses, pero no me permito sacar ninguno de nuestros viejos mensajes de texto porque estaría aquí toda la noche releýéndolos y extrañándolo.

¹⁴ Término utilizado en el argot para referirse a alguien estable que estará siempre que lo necesites para hacerte compañía o darte un orgasmo.



WAGS # 2 ELLE KENNEDY

Hace dieciocho meses, cuando estaba separado. Ya sabía la fecha, porque él y yo estábamos llevando vidas paralelas y no lo sabíamos. Nuestros cónyuges pidieron el divorcio solo con un par de semanas de diferencia.

Ahí es cuando el vello se eleva en mi nuca, y piel de gallina sube por mis brazos. El matrimonio de Matt estaba acabado hace año y medio. Su esposa había estado almorzando con el dentista Dan cada viernes por *dos años*.

Con un corazón palpitante, abro su cuenta de nuevo. Está justo aquí. Hace dos años el mes pasado, ella hizo su primera solicitud de reservación Fetch: una cita para almorzar en Sassafras. Mesa para dos. Bajo el nombre del Dr. Daniel Bryant.

Debe haber algún error que estoy cometiendo. Quizás ese Daniel no sea su novio. Quizás es su padre.

¿Pero quién come en restaurantes lujosos con su padre cada semana?

Busco en Google Daniel Bryant, dentista pediátrico, y aparece inmediatamente. Su página web muestra una foto de él usando uniforme con ositos de peluche. Reviso las horas.

Su oficina no abre hasta las tres los viernes. Suficiente tiempo para almorzar y tener un rapidito.

Santa mierda.



Veinte

*Siempre en mi mente**Hailey*

—¡Oh, Dios mío! ¡Ella le estaba engañando! ¿En serio?

El grito de indignación de Jenny me hace estremecer. Estamos en mi habitación. Ella estaba tumbada en mi cama antes que arrojara la bomba. Ahora está sentada erguida, con los ojos y la boca bien abiertos.

Jenny no viene a menudo, pero está aquí esta noche para peinarme y maquillarme. Tengo que estar en el hotel en una hora, y normalmente no haría tanto escándalo por mi apariencia, pero esta noche me darán un premio. Es un gran evento. Y quiero estar a la altura.

Pero aún no hemos llegado a la parte de la preparación. El descubrimiento que hice a principios de esta semana ha estado pesando en mi mente, y finalmente cedí y se lo conté a Jenny, ya que no puedo decírselo a Matt. Pero aunque acababa de exponer los hechos y Jenny llegó a la misma conclusión que yo, no puedo evitar hacer de abogado del diablo.

—No necesariamente —respondo—. Tal vez se iba a encontrar con este tipo para una comida semanal de amigos.

Jenny arquea una ceja.

—¿Pero no están juntos ahora, la ex y el dentista?

Asiento.

—Entonces ya no son amigos y seguro que no eran amigos en ese entonces. —Se pone contra mis almohadas y cruza los brazos sobre su pecho.

—Podrían haberlo sido —digo débilmente.

—Mentira. Incluso si no estaban enganchados, seguían teniendo una aventura, una aventura *emocional*. Quiero decir, vamos, Hailey. Una mujer



casada no queda con el mismo hombre para comer durante *seis meses* si no siente nada por él.

Estoy de acuerdo, pero odio pensar que Kara le estuviera haciendo eso a Matt. Por alguna tonta razón, quiero darle el beneficio de la duda, incluso cuando no puede darme la misma cortesía. Desde el momento en que nos conocimos, Kara asumió que yo era una aventura de una noche o una relación casual. Incluso después de los meses en los que he salido con Matt, la mujer sigue girándose cada vez que me ve. Así que, sí, Kara es una perra. Pero si estaba viendo a un dentista a espaldas de Matt durante su matrimonio, está más allá de ser una perra. Eso es cruel.

—¿Se lo vas a decir?

Jenny hace la pregunta que me ha estado molestando durante días. Había hablado con Matt varias veces esta semana, pero ni una sola vez mencioné que creo que su exesposa era una infiel mentirosa. No hay una buena manera de sacar eso a relucir. *Sí, yo también te extraño, no puedo esperar a desnudarte. Por cierto, tu ex te engañó, ¡buen juego esta noche!*

—No lo sé —admito—. Una parte de mí está como, demonios, sí, merece saberlo. Pero otra parte se pregunta si le haré daño innecesariamente. Ya están divorciados, así que obviamente el matrimonio no funcionaba. ¿Qué hará el saber, además de herirlo?

Jenny muestra una sonrisa maligna.

—Hará que odie a esa perra.

—Exactamente. Pero es la madre de sus hijas —digo en voz baja—. ¿Es correcto que yo cree una grieta entre ellos?

Su mandíbula cae.

—No los estás separando. ¡Lo hizo!

—Sí... —Entonces se me ocurre algo—. Tal vez él lo sepa, Jenny. Es vergonzoso, ¿verdad? Tal vez lo sepa, y no me lo dijo. Es algo privado.

Jenny cae en la cama.

—No lo sé. Dices que se culpa a sí mismo por su ruptura. ¿Haría eso si lo supiera?

Tiene razón. Sé que se culpa a sí mismo, gracias a los comentarios que ha hecho sobre ser un marido de mierda y un fracaso. Pero no engañó a Kara. Y si ella realmente había ido a sus espaldas con otro hombre, entonces tal vez todas las razones que le había dado cuando le pidió el divorcio eran solo una manera de disculpar sus propias y terribles acciones.

—O... ella quería dejarlo pero no quería ser la mala de la relación —dice Jenny, poniendo voz a las sospechas de mi cabeza—. Así que culpó a su horario, a su carrera en el hockey, y a cualquier otra cosa, e hizo que



pareciera que eso fue lo que destruyó su matrimonio. De esa forma no tendría que asumir la responsabilidad de ser una infiel.

—*Tal vez.* Pero de nuevo, ¿es asunto mío? —contesto.

—¡Es *literalmente* asunto tuyo, Hailey! Usó tu negocio para engañar.

Me tambaleo, con una mano levantada para frotarme la mejilla. Sí. Tiene razón. Kara utilizó los servicios de Fetch para tener esas citas con su amante dentista. Si Matt es el tipo de hombre que comprueba los recibos de las tarjetas de crédito, habría visto "Fetch" en todos esos estados de cuenta, en lugar del nombre del restaurante donde se iba a reunir con Dan, el dentista.

—Oh, chico. —Levanto la otra mano y empiezo a masajearme las sienes—. Acabo de darme cuenta de algo.

Jenny me mira con recelo.

—¿Qué?

—¿Somos facilitadores de trampas?

Hay un silencio. Luego se ríe a carcajadas.

—Lo siento, ¿qué?

—Fetch es el paraíso de los infieles —explico con un quejido infeliz—. ¿Quieres comprar lencería sexy para tu amante? Usa Fetch, y tu esposa no verá *sexylingerie.com* en los estados de cuenta de tu tarjeta de crédito. También ofrecemos a nuestros clientes la opción de permanecer completamente anónimos. ¿Estamos ayudando a los inmorales?

Jenny pone los ojos en blanco.

—Está bien, no estamos entrando en un debate sobre moralidad ahora mismo. Son adultos, si quieren usar un servicio de entrega para que puedan recibir sus juguetitos en secreto, déjalos. Además, hay muchas maneras de ocultar los cargos sospechosos de las tarjetas de crédito. —Otra risa sale—. No somos facilitadores de trampas, rarita.

Aparto mis manos y las froto contra la parte delantera de mis pantalones de yoga. Mis palmas se sienten húmedas por alguna razón.

—De todos modos, volvamos a Matt —dice Jenny—. Están saliendo. ¿No crees que merece saberlo?

—Sí. No. Dios, no lo sé. No quiero hacerle daño. Y aunque ya superé lo de Kara, sé que esto le hará daño. —Un gemido se me escapa—. Por eso no me gusta que la gente me cuente sus secretos. No puedo soportar este tipo de cargas.

Y, sin embargo, no creo que pueda ocultarle esto a Matt.

Me estoy enamorando de él. Toda la semana solo he pensado en él. Los mensajes de texto sexys y las llamadas telefónicas apresuradas que intercambiamos no se han acercado a satisfacer mis antojos de Matt.



Afortunadamente, esta noche voy a estar en sus brazos. Llevará puesto su esmoquin sexy, sonriéndome desde el público mientras me levanto para aceptar mi premio. Nos daremos de comer entre nosotros, tendremos algún baile lento y, si tengo suerte, tal vez nos escabulliremos para estar juntos en algún lugar del hotel. Jess me dijo que los armarios de abrigo están de moda. Podría ser divertido, un rapidito en un guardarropa....

—Por favor, no me digas que estás pensando cosas sexys sobre su ex. ¿Estás bateando para el otro equipo ahora?

Asustada, levanto la cabeza.

—¿Qué?

Jenny ríe.

—Te sonrojaste, lo que significa que estás pensando en sexo. Pero estábamos hablando de la ex infiel, así que...

Es mi turno de poner los ojos en blanco.

—Um, no. Mi cerebro decidió que ya no necesito pensar en ese horrible tema. —Me detengo, sintiendo que el calor sube por mis mejillas—. No puedo esperar a ver a Matt esta noche.

Está callada por un momento, una lenta sonrisa subiendo en los labios.

—Vaya. Realmente te gusta, ¿eh?

Mis mejillas se calientan más.

—Demasiado.

—¡El rizador está listo! —grita—. Siéntate. —Me arrastra a la silla que había colocado frente al espejo de pared de mi habitación—. Y habla mientras te hago extra hermosa.

—No hay nada que explicar. —Me encojo de hombros—. Me gusta.

Jenny toma un puñado de pinzas de la cómoda y comienza a seccionar mi cabello. Luego sujeta un trozo pequeño y lo retuerce alrededor de la plancha caliente. El vapor sale por un momento y rezo para que no me quemé el cabello. En realidad, nunca he visto a Jenny peinar a nadie antes, ahora que lo pienso. Pero sus largos mechones siempre están perfectamente curvados, así que espero que sepa lo que está haciendo.

—Te gusta —dice—. ¿Qué más?

—No entiendo la pregunta. —Nuestros ojos se encuentran en el espejo, y ambas empezamos a reír.

—Eres la peor amiga de todas —declara—. Quiero *detalles*, Hailey. Como, ¿el sexo sigue siendo genial después de tres meses? ¿Ha surgido la palabra matrimonio?



—¿Matrimonio? —chillo—. ¡Ni siquiera se ha referido a mí como su novia todavía!

—¿De verdad? —Un fruncido estropea sus labios. Desliza la rizador hacia abajo y una perfecta espiral de cabello oscuro rebota en mi hombro. A medida que suelta el siguiente trozo, su ceño fruncido se hace más profundo—. ¿Crees que esto es solo una aventura para él?

—No lo creo —admito—. Pero no me preguntes *qué* es esto, porque aún no estoy segura. —Un suspiro sale—. Todo lo que sé es que ahora lo entiendo.

—¿Qué entiendes?

—La pasión —digo francamente.

Jenny se ríe y sostiene otra sección del cabello. Mi reflejo en el espejo muestra rizos sueltos y saltones que, junto con mi flequillo, dan una vibra de los años 20. Me gusta.

—En serio —insisto—. Honestamente, no lo había entendido antes. Pensé que lo que Jax y yo teníamos era sexo misionero normal y placentero un par de veces a la semana, *te quiero* en vez de *te quiero follar*, sin orgasmos la mayoría de las veces... —Me encojo de hombros—. Es diferente con Matt. Lo juro, le quiero *todo el tiempo*. Ojalá pudiera llevarle en mi bolsillo y sacarle cuando lo desee.

Lanza su cabeza hacia atrás y se ríe.

—Um, todos deseamos eso. Pero nunca irías a trabajar si tuvieras un Matt de bolsillo.

—El trabajo está sobrevalorado.

Mientras Jenny termina con mi cabello y se mueve hacia mi maquillaje, charlamos un poco más sobre el completo atractivo de Matt Eriksson. La anticipación arde en mi sangre. No puedo esperar a verlo esta noche.

—¡Oh, vaya! —exclama Jenny treinta minutos más tarde cuando salgo del baño con mi vestido puesto.

—¿No es demasiado atrevido? —Mordiéndome mi labio, me acerco al espejo y examino el profundo escote en v del largo vestido de seda. Es negro y tiene una espalda alta para cubrir mis tatuajes, normalmente no los oculto, pero no estoy segura de quiénes estarán en el evento esta noche y qué tan abiertos de mente son. La AMNT se fundó hace tiempo y algunas de las mujeres que están en el consejo son... mayores.

Oh, hermano. ¿Ahora discrimino a la gente por su edad?

—Es la combinación perfecta entre elegante y atrevido —me asegura Jenny—. Tu futuro marido caerá muerto cuando te vea. —Muerde su labio—. Espera, eso no es algo bueno. Quieres que esté vivo para tu boda.



—Piensa en ello durante un segundo, luego me sonrío—. Tu futuro marido se correrá en los pantalones cuando te vea.

Seguro que espero que lo haga.

La gala se desarrolla en el Hotel Fairmont Royal York, un hotel de lujo cerca del puerto de Toronto. Es increíblemente lujoso y no puedo creer que realmente esté siendo honrada aquí esta noche. Entro en el vestíbulo sola, maravillándome ante el imposiblemente alto techo, los suelos brillantes, y el reloj antiguo que está colocado entre dos escaleras en espiral. Cerca del mostrador de registro está una pequeña área con dos mesas largas y un letrero de la Asociación de Mujeres de Negocios de Toronto. Me dirijo directamente hacia allí, saludando a la mujer en la mesa con una sonrisa nerviosa.

—Hailey Taylor Emery —digo, señalando hacia los identificadores alineados en las mesas.

Revisa su tablero, garabatea algo, y luego encuentra mi nombre entre los gruesos identificadores apilados.

—¡Una de las galardonadas! —canturrea—. ¡Felicidades!

Me siento sonrojar.

—Gracias. Estoy un poco nerviosa.

—No lo estés. Todos aquí están emocionados por ti. Somos afortunadas de tenerte como miembro.

Peleo contra la urgencia de dar vueltas de felicidad.

—Gracias —digo de nuevo—. Estoy orgullosa de serlo.

—Estás en la mesa tres —me dice, antes de revisar su tablero de nuevo—. Dice aquí que vienes con un invitado.

—Sí, llegará pronto. —No he hablado con Matt desde esta mañana, pero me confirmó más temprano que me encontraría en el Fairmont. El horario de su vuelo cambió de las tres a las cinco. Pero había anticipado esto. Para asegurarse de evitar cualquier caos, Matt dejó su esmoquin en el auto en el aeropuerto, por si no tenía tiempo de ir a casa antes de venir aquí. Y solo es un vuelo de noventa minutos desde Nueva York, con el cielo despejado esta noche—. Esperaré en el vestíbulo hasta que llegue —le digo a la anfitriona.

—Por supuesto. —Baja el tablero y sonrío—. Todavía luces nerviosa.

—Todavía lo estoy —respondo con una débil risita—. Nunca he recibido un premio.



Me guiña un ojo.

—No te preocupes, no es tan devastador como te lo imaginas. Los discursos toman poco tiempo. Nuestra presidenta, Barbara Dubois, dará su discurso a las ocho, los premios serán entregados a las ocho y media, y para las nueve todos estarán en la pista de baile.

Eso me relaja un poco. Escribí un pequeño discurso, pero temo que no sea lo suficientemente bueno. O que no suene lo suficientemente agradecido. Aunque lo estoy. Al crecer con una madre que era imposible de complacer, tiendo a compensarlo cuando se trata de mi trabajo. Me desvivo por trabajar y algunas veces me pregunto por quién lo estoy haciendo. Si estoy persiguiendo el éxito por mí, o si es porque todavía, subconscientemente, intento silenciar esa voz crítica que me decía que nunca conseguiría nada.

Aunque esos pensamientos son demasiado oscuros para indagar en ellos en este momento. Todo lo que sé es que estoy orgullosa de mí. Lo que supongo que responde a esas preguntas profundas. Estoy haciendo esto por *mí*. Porque construir este pequeño negocio desde cero me ha traído una enorme cantidad de alegrías.

Mi otra fuente de alegría, sin embargo, no aparece por ningún lado. Miro fijamente hacia las puertas principales, deseando que Matt las atraviese. Tiene diez minutos de retraso, pero tenemos tiempo. La ceremonia empieza a las ocho y el reloj del vestíbulo dice que solo son las siete y cuarenta.

Mucho tiempo, me aseguro.

Más personas entran en el hotel. Matt no es ninguno de ellos.

Saco el teléfono de mi pequeño bolso negro de satén, pero no hay mensajes esperando por mí. Tomo una respiración tranquilizadora. Con suerte, está estacionando el auto y estará aquí en cualquier segundo.

Camino hacia las puertas del vestíbulo y observo el tráfico nocturno circular por Front Street. Tres autos diferentes se detienen en el puesto del aparcacoches frente al hotel. Matt no sale de ninguno de ellos. Reviso mi teléfono de nuevo. Son las siete y cincuenta. Tiene un retraso de veinte minutos. Maldición, espero que no fuera retenido en migración en el aeropuerto.

—¿Señora Emery?

Me giro para encontrar a la mujer del escritorio de registro detrás de mí.

—Se les está pidiendo a todos que tomen sus asientos —dice suavemente.



—Oh. Correcto. —Indecisa, observo hacia las grandes ventanas de nuevo. Maldición. Necesito entrar en ese salón. Pero Matt todavía no está aquí.

La mujer sigue mi mirada.

—Te diré qué, ¿por qué no me deja el nombre de su invitado? Cuando llegue, personalmente lo acompañaré hasta su mesa.

Es un compromiso con el que no estoy emocionada, pero no tengo mucha opción. No puedo quedarme esperando en el vestíbulo para siempre. La idea de entrar justo en mitad del discurso de Barbara Dubois y ocasionar una escena mientras camino sigilosamente hasta mi mesa revuelve mis entrañas en nudos. Eso sería vergonzoso.

—Está bien. El nombre de mi novio es Matt Eriksson.

Su expresión no cambia, lo que me dice que no es una fanática del hockey. Probablemente sea mejor así. Eso significa que no lo adulara cuando llegue.

Sigo los letreros hacia las puertas del salón, mientras rápidamente escribo un mensaje de texto en mi teléfono.

Hailey: *Tuve que tomar mi asiento. La señora en el frente te traerá a la mesa 3.*

Espero a que las burbujas de escribiendo aparezcan, pero la pantalla permanece en silencio. Sin respuesta.

Hailey: *¿¿Dónde estás??*

El salón está lleno. Entro y todo lo que veo son resplandecientes candelabros, mesas redondas con elaborados centros de mesa y un mar de mujeres bien vestidas. Varias de ellas me sonríen mientras me muevo hacia mi mesa. Les devuelvo la sonrisa y la emoción se construye de nuevo. *Santa mierda.* Reconozco a algunos rostros como mujeres prominentes de los noticieros y personalidades de la televisión. Hay un montón de estrógeno de alto nivel en esta habitación. Las mujeres superan a los hombres en números en una proporción de dos a uno y parece que muchas de ellas ni siquiera traen acompañantes. Hay algo seriamente impresionante sobre eso, las mujeres haciéndolo todo por ellas mismas.

Encuentro la mesa número tres e incómodamente me siento en una de las dos sillas vacías. Me presento con todos y descubro que esta mesa está reservada para todas las ganadoras y sus acompañantes. A diferencia de las mujeres solas que vi en otras mesas, en este grupo todas traen acompañantes. Soy la única sin el suyo.

Ya llegará.

Por supuesto que lo hará. No hay razón para que no lo haga. Revisé el pronóstico del tiempo hace solo una hora y no vi ninguna tormenta o alerta de clima que pudiera retrasar su vuelo. No tenía ningún evento de



prensa obligatorio en Nueva York. Literalmente solo tiene que bajarse del avión, cambiarse y conseguir un taxi. ¿Tal vez el tráfico del aeropuerto esté peor que lo normal?

—Así que, Hailey. ¿A qué te dedicas? —pregunta educadamente la mujer a mi derecha. Está en mitad o finales de sus cuarenta y se presentó como Maryann Winston, pero no dijo qué tipo de premio iba a recibir.

—Soy dueña de un negocio llamado Fetch —respondo, sintiéndome extrañamente tímida.

El esposo de Maryann se inclina hacia ella y me muestra una gran sonrisa.

—Bueno, ¿quién lo diría? ¡Utilizo sus servicios todo el tiempo!

Maryann levanta sus delgadas cejas rubias hacia su esposo.

—¿Lo haces? —dice con sorpresa.

Empuja su delgado brazo.

—Cariño, he tenido flores siendo entregadas en nuestra casa precisamente a las seis y veintinueve de la mañana en tu cumpleaños durante los últimos tres años, ¿cómo piensas que logré eso? —Se ríe—. Ciertamente no estuve vagando por las calles tan temprano en la mañana, golpeando a las puertas de las florerías y rogándoles que me abrieran.

—¿Seis y veintinueve de la mañana? —pregunto, conteniendo una sonrisa.

Maryann se sonroja y me mira.

—Es la hora en que nací.

Me derrito un poco. Oh, vaya. ¿Este hombre ama tanto a su esposa que se las arregla para que las flores sean entregadas a la hora exacta de su nacimiento? Eso es malditamente dulce.

Maryann se estira y palmea ligeramente mi antebrazo.

—Me alegra que negocios como el tuyo existan, Hailey. Aun si solo es para demostrar que el verdadero romance todavía existe.

Y para ayudar a los infieles...

Aparto ese pensamiento. Esta es una noche feliz. No puedo pensar en Kara. Aunque estaría mucho más feliz si Matt ya estuviera aquí.

Socializamos durante unos minutos más mientras esperamos a que la ceremonia comience. Reviso mi teléfono cada dos segundos hasta que Maryann finalmente me llama la atención sobre ello, su expresión inundada de simpatía.

—¿Tu esposo llega tarde? —dice.



—Novio —respondo, dando un preocupado asentimiento. Realmente espero que todo esté bien. No es normal que Matt no escriba un mensaje o me llame si va a llegar tarde. En voz alta digo—: Estará aquí pronto.

—Por supuesto. —Se gira hacia su esposo, pero no antes que vislumbre un destello de lástima en sus ojos.

Oh, Dios mío. No me cree. Piensa que he sido plantada.

Pero no he sido plantada. Estará aquí. Matt total, y absolutamente, estará aquí.

No he sido plantada.

He sido plantada.

Matt nunca apareció. Esto podría no ser tan doloroso si hubiera llamado. O mandado un mensaje. *O cualquier cosa.*

Son las nueve y la ceremonia hace tiempo que ha terminado. Estoy apoyada contra una columna, los restos de mi bebida en mi vaso, sintiéndome horrible. La correa del pequeño bolso que traje esta noche (porque, ¡hola, vestido elegante!) se clava en mi hombro. Mi premio sobresale por la parte de arriba. Es un trofeo de una mujer sentada con expresión pensativa, su pluma posada sobre un libro de contabilidad. Luce solitaria. Y es sorprendentemente pesada.

Me siento mal. Y para empeorarlo, están tocando “*Always on My Mind*¹⁵” para las parejas en la pista de baile. Esa es mi canción triste, la que escucho cuando necesito una buena depresión. La versión de Elvis.

Cuando mi premio fue anunciado, todos aplaudieron mientras me levantaba para dirigirme al podio. Me sentí temblorosa mientras rápidamente daba el breve discurso de aceptación que había ensayado. Esto se suponía que fuera un gran momento para mí. Pensé que me sentiría... completa. Negocio exitoso. Novio sexy. Noche feliz.

Dios, estoy tan sola en su lugar. Después de la ceremonia hablé un poco con los otros miembros de TWBA. Pero no hay nadie en esta habitación que me conozca realmente. Voy a cumplir treinta este verano, y todo lo que tengo en mi vida para impresionar es un negocio del que mi ex quiere que me vaya y un hombre que no me llama cuando llega tarde.

De acuerdo, eso probablemente no es justo. No es como si Matt me hubiera abandonado completamente. Pero si no estoy molesta con él, la alternativa es *preocupada*. ¿Qué diablos le sucedió para no poder enviar

¹⁵ *Siempre en mi mente.*



un mensaje? Incluso si su teléfono murió, está en un avión con docenas de amigos.

Tal vez el Wi-Fi del avión murió. ¡A menos que tuviera un accidente de auto! ¡Mierda!

*You were always on my mind*¹⁶...

Tengo que salir de aquí antes de perder mi bendita mente.

En el vestíbulo, me toma solo un momento recuperar mi abrigo. Luego llamo a un taxi y monto atrás, a pesar de que el transporte público sería más barato. A la mierda.

Mi teléfono suena, sobresaltándome.

¿Matt?

Lo busco con torpeza, pero el maldito trofeo se interpone. Lo dejo en el asiento del taxi y agarro el teléfono. ¡Y es él!

—¿Matt? —respondo sin aliento—. ¿Dónde has estado?

—Lo siento. —Su voz es ronca—. Nos retrasamos. Estoy en un taxi de camino al centro.

—¡No llamaste! Y yo... —*Asumí lo peor*. De acuerdo, es probablemente una mala idea describir el sangriento accidente que había conjurado con mi preocupado cerebro.

—Me perdí tu discurso —murmura—. Realmente quería oírlo también.

—Eso está bien —digo automáticamente. Pero no, tal vez no está bien—. En realidad, también quería que lo oyeras. Realmente estaba esperando esta noche. Y bueno, fue... —Escojo mis palabras con cuidado, intentando procesar mi propia avalancha de emociones—. Una decepción.

Su suspiro es pesado.

—¿Puedes venir para que pueda intentar compensártelo?

—No empaqué una bolsa —admito—. La caminata de la vergüenza en la mañana con este vestido sería brutal. ¿Puedes venir a mi casa?

—Claro —dice, su voz áspera—. Voy de camino.

Mi viaje en taxi toma demasiado tiempo. Están haciendo algún trabajo de noche de servicios públicos en la calle Yonge. Pero finalmente estacionamos frente a mi edificio. Y para el momento en que pago al taxista, un sedán negro se detiene también. Mientras mi taxi se aleja, la hermosa forma de Matt sale del asiento trasero del auto. Lleva sus pantalones de traje y una camisa blanca, no el esmoquin que pensé que vería esta noche. Su rostro es cansado, y ha echado una vieja sudadera con cremallera sobre su ropa. En otras palabras, es un desastre.

¹⁶ *Siempre estuviste en mi mente*, frase de la canción que están tocando.



Y todavía es el hombre más guapo que jamás he visto.

Algo se suaviza en mi alma cuando nuestros ojos se encuentran.

—Hola, cariño —digo, una sonrisa empezando a formarse.

Pero su boca luce tensa. Me recorre con su mirada y luego alza la mano para frotar su rostro.

—Mierda —dice desde detrás de sus manos—. Te ves increíble. Pero se suponía que dijera eso hace unas cuatro horas.

—Bueno... —Tristeza, y unos tres metros de pavimento, nos separan. Aprieto un poco más mi chal para combatir el frío—. Desearía que hubieras llamado para no haber mirado a la puerta toda la noche.

—Me quedé dormido. —Cierra los ojos con fuerza, como si sufriera, y luego los abre de nuevo—. Caí rendido cuando el avión estaba en la pista de Nueva York. Nos sentamos allí por más de dos horas, pero no desperté hasta que tocamos tierra.

—Oh —digo lentamente. Eso explica por qué no me había avisado—. Solo entra, ¿de acuerdo? Dejemos esto atrás.

No se aleja del auto, sin embargo. De hecho, mantiene una mano sobre la puerta abierta.

—No debería, Hailey.

—¿Qué? —Vino hasta aquí. Cuán ridículo que cambie de idea ahora—. ¿Tienes entrenamiento temprano?

Tristemente, niega.

—No. Pero siempre va a suceder esto. Aparezco a todo justo después de ser demasiado tarde. Así es como funciona conmigo.

—No me importa —digo, de repente asustada—. Bueno, me importa un poco —balbuceo, intentando controlar la situación—. Pero se me permite estar frustrada de vez en cuando, ¿cierto? No significa que no te am... —Uppps. La palabra con A casi se escapa. Ahora no es el momento—. La vida de nadie pasa suavemente todo el tiempo, Matt. No te culpo.

—Correcto. —Mira sus zapatos—. Lo harás, sin embargo. Tal vez no esta noche o la semana que viene. Pero se acumulará rápido. Y tal vez es simplemente así. Mereces a un chico que pueda aparecer cuando importa.

—Matt —digo firmemente—. Durmamos un poco, ¿de acuerdo? Las cosas no parecerán tan sombrías en la mañana.

—No, nena. No puedo hacer esto de nuevo. —Levanta su barbilla y sus ojos están dolidos—. No quiero ser ese chico que hace promesas que no puede mantener. He sido ese chico. No hay suficiente de mí para estar alrededor. Y solo terminarás odiándome.



Empiezo a asimilar sus palabras. Me estoy dando cuenta que es serio sobre decir adiós. Me despego del lugar en el camino a mi edificio y corro a donde está parado.

—Matt. No es tan malo, cariño. —Tomo su mano en la mía y le doy un apretón—. Entra conmigo.

Da un paso adelante y levanta una mano a mi mejilla. ¡Sí! Entonces labios suaves acarician los míos. Cierro los ojos y espero por el resto del beso.

Pero no viene. Aire frío encuentra mi rostro en su lugar. Deja caer mi mano y retrocede. Cuando abro mis ojos, está volviendo al auto.

—No hagas esto —digo rápidamente—. Solo ha sido una noche de mierda. No llamaste y me asusté. Así que dije que estaba decepcionada, pero...

—Lo siento, Hailey —dice, interrumpiéndome—. Eres genial. Pero no puedo hacer esto de nuevo.

Entonces la puerta del auto se cierra.

Y el auto se aleja.

Las luces traseras desaparecen mientras me pregunto qué en el infierno acaba de pasar. Estoy en la acera como una idiota en el frío y Matt se ha ido. El frío del invierno me hace moverme, al menos. Entumecida, arrastro los pies hasta mi puerta y entro en el pequeño vestíbulo frontal, luego subo al ascensor hacia mi apartamento. Dejando caer mi bolso en la mesa de café, observo mi solitario y pequeño apartamento. En el dormitorio, el maquillaje está todavía desparramado por la asistencia de Jenny.

La conversación que tuvimos hace unas horas se siente como otra vida.

Mi teléfono suena en mi bolso y me quito los tacones y corro por él. Desesperadamente necesito que sea Matt. *Eso fue estúpido de mi parte, dirá. Lo pensé mejor y estoy afuera de tu puerta ahora mismo.*

No reconozco el número. Pero la esperanza es eterna, así que respondo al teléfono.

—¿Hailey? —pregunta una voz femenina.

—¿Sí?

—Soy Katie Hewitt. ¿De las WAGs?

Por supuesto que sé quién es Katie Hewitt.

—¡Hola, Katie! Uh, este es... —*Un muy mal momento.*

—Oh, cariño. ¿Se lo perdió?

—¿Perder qué? —digo, tragando con fuerza.



—¡Tu ceremonia de premios! Tuvieron este gran retraso con el avión en Nueva York. En la noche de póquer en Philly, Matt dijo que esta noche era importante para ti, así que he estado preocupándome por ti toda la noche.

—Lo... —trago— ¿hiciste?

—Oh, sí. Siempre. Nosotras las WAGs tenemos que cuidar unas de las otras. Lamento que no tuvieras una cita esta noche.

—Bueno, probablemente podría haber superado esa decepción si Matt no acabara de *dejarme*.

—¿QUÉ?

—Dijo... —Sollozo—. Que no podía hacer esto de nuevo. Que terminaría odiándolo. —Ahora estoy derramando mi corazón a una extraña que lo ha conocido por más tiempo que yo.

—Oh, Matt. —Katie chasquea la lengua—. Idiota. ¡TAXI! —Hay un sonido de frenos chirriando hasta detenerse—. Sí, lléveme al veintiocho de la calle Yonge.

—¿Katie? —digo, confusa—. Esa es mi dirección.

—Lo sé, dulzura. Voy a verte.

—¿En serio?

—¡Por supuesto! Te dije que las WAGs tenemos que permanecer juntas. Ahora ve a la cocina y dime si tienes vino. Mezcla de daiquiri es mi recurso habitual, pero me doy cuenta de que esto es una emergencia.

—Mmm... —Voy a la cocina y abro el refrigerador—. Hay, uh, dos de esas latas de mezcla de margarita congeladas. Mi amiga Jenny las dejó aquí hace un tiempo.

—Perfecto. Entonces haré que Estrella traiga una botella de tequila.

—Uh...

—Llegaré en diez. —*Clic*.

Pasé los siguientes once minutos limpiando en pánico, apilando el correo y escondiendo mi pila de ropa. Pero al menos no hay tiempo para pensar en Matt. No sé si quiero apuñalarlo con un lápiz o arrojarme a sus pies, llorando.

Cuando suena el timbre, lo abro para encontrar a Katie y Estrella en el otro lado.

—¡OhDiosmío! —grita Katie—. ¡Te ves increíble!

Miro hacia abajo, dándome cuenta de que todavía estoy usando un vestido elegante.

—Gracias. Necesito cambiarme.



—¡Primero queremos ver ese premio! —dice Estrella, deslizándose en la habitación—. Es tan emocionante. Nunca he ganado un premio.

—Bueno, no es nada. Es solo que... —Miro hacia la mesa de café donde está mi bolso. Ninguna estatua—. Oh, mierda.

—¿Qué pasa, cariño?

—Yo... —Mi premio estaba en el asiento del taxi. Me olvidé de recogerlo cuando salí—. *Lo perdí.* —Y por alguna razón esa es la gota que rebosa el vaso. Así que me echo a llorar.

—¡Oh! —grita Katie, corriendo para abrazarme—. Noche dura, cariño. Eso pasa. ¡Rápido, Estrella! ¡Margaritas!

La otra mujer va corriendo a mi cocina.

—Dura... n-noche —hago eco, temblando—. La más dura que he tenido en un ti-empo.

—Estarás bien. —Me mece contra su generoso y brillante pecho—. Las próximas semanas todas estaremos celebrando en el palco de las WAGs otra vez. Eso también pasará.

Me alejo.

—No lo estaré. Él tenía bastante claro eso. —Y me doy cuenta de algo horrible—. Katie, chicas, ustedes deberían estar en casa esta noche. ¡No has visto a tu esposo en ocho días! ¿No te estás perdiendo algunos momentos sensuales?

Me da una dulce sonrisa.

—Ben estaba tan cansado cuando tropezó a través de la puerta que solo señalé el sofá y le llevé una almohada. Después de un viaje por carretera de tres juegos, a veces necesita dormir antes que pueda sacarme.

—Amen, hermana —dice Estrella desde mi cocina—. Luko se tambaleó en la puerta tan gruñón como un ogro. Aterrizaron en el aeropuerto equivocado, ya sabes.

—¿Qué?

—Hubo un problema de señalización en Pearson, y el avión se desvió a Porter. Afortunadamente, nuestro auto no estaba estacionado en Pearson.

—Matt sí lo tenía —digo lentamente—. Con su traje adentro.

—Pensé en eso —responde Estrella, llevando dos margaritas a mi sala de estar. Ella había encontrado mis copas de Martini—. Bebe esto. Es medicinal. Asusta a los dementores.

—Pensé que era chocolate —le digo, tomando un vaso.



—Pffft —responde Estrella, entregándole una a Katie—. No puedes decirme que esas brujas y magos adultos no estaban golpeando las cosas difíciles después de un día duro con Voldemort.

Sonríó por primera vez desde mis falsas sonrisas en el podio de esta noche. Estas mujeres son impresionantes. Realmente las voy a extrañar.

Hay una explosión de golpes rápidos en mi puerta, y mi corazón se eleva. Pero entonces la voz que escucho desde el otro lado es femenina.

—¡Chicas! ¡Mis manos están llenas aquí!

Me lanzo hacia la puerta y la abro para encontrar a Jess Canning al otro lado. Sus brazos están *llenos*, hay una caja de una panadería en una mano y un ramo de rosas en la otra.

—¡Vengo con pastel de queso! —anuncia—. Y estas son para ti. ¡Felicidades!

—No tenías que...

—Las WAGs se mantienen unidas —dice Estrella, cambiándole a Jess un margarita por el pastel de queso.

—Pero no soy una WAG —sostengo—. Aunque realmente las aprecio esta noche.

—Sin embargo, lo eres —dice Katie—. ¿La forma en que Matt te mira? No hay ninguna posibilidad que terminen. —Ella sale de la habitación, regresando un momento después con mi servidor de pasteles. Lo cual es un milagro, porque no podría haberle dicho dónde estaba esa cosa. Hace años que no servía un pedazo de pastel a nadie.

—Voy a conseguir los platos —ofrece Jess, tomando un sorbo de su bebida.

Abro la boca para discutir y luego la vuelvo a cerrar. Con las WAGs, he aprendido que solo tienes que seguirles la corriente.

—Todas, siéntense —ordena Estrella—. Espera, Hailey, ve a cambiarte. Estoy cortando el pastel.

No merece la pena resistirse. Así que entro en mi habitación y me quito el vestido. Lo tiro sobre una silla sin mirar. No tiene sentido lamentarse más esta noche. Voy a comer pastel de queso y emborracharme un poco con las WAGs. Una última vez.

De vuelta en la sala de estar, arrastro una almohada del suelo hacia la mesa de café y me siento allí, dejando el sofá y una silla para mis invitadas. Jess toma la silla y se recuesta en ella con un suspiro. Luego toma un sorbo de la bebida que le hizo Estrella.

Katie entrecierra los ojos.

—Te tomó unos minutos extra llegar aquí.

—Tráfico —dice Jess, alcanzando su plato de pastel.



—Tu cabello está desordenado —dice Estrella—. No me digas que Blake se recuperó mientras el resto de nuestros hombres se desmoronaron esta noche.

Se muerde el labio, pareciendo culpable.

—Aparentemente, todos tomaron siestas en el avión. —Se aclara la garganta—. La serpiente Blake se sentía bastante alegre cuando entró por la puerta.

Katie deja caer su tenedor.

—Tú, perra.

Jess sonríe.

—No es como si estuviera presumiendo. Tú sacaste el tema. Tuvimos una bienvenida rápida. Demándame. Probablemente se haya desmayado en la silla de masaje ahora, babeando hasta barbilla.

—¿Dónde se llevó a cabo este rapidito? —Estrella se entromete—. Sé que ustedes dos rara vez llegan a la cama.

—Las cosas eran muy urgentes esta noche —dice Jess, cortando un trozo de tarta de queso con su tenedor—. Corrí a besarlo en el vestíbulo y terminamos haciéndolo en la alfombra de bienvenida. No es la primera vez. La desventaja, sin embargo, es que Puddles observó todo el tiempo, porque se sentía menospreciado. Cuando Blake se apartó de mí, el perro le lamio el rostro.

Me ahogo con un sorbo de mi margarita y luego suelto una carcajada mientras las otras mujeres aullaban.

—El perro de Blake es un perverso. —Katie se ríe—. Qué apropiado.

—No es de sorprender, de verdad. —Le da un mordisco al pastel—. Este es muy buen pastel de queso. Puedo decir eso porque no lo hice yo.

—Lo podrías decir incluso si lo hubieses hecho tú —argumento.

—Maldita sea —Katie está de acuerdo—. Tenemos que darnos un poco de crédito, ¿verdad? Empezando por ti, Hailey. Mañana por la mañana tienes que derribar las puertas. Dile a ese hombre que es un idiota por decir que te dejaría.

—Sí. —Tiene razón, por supuesto. Matt podría dejarme de todos modos. Pero no puedo escabullirme en las sombras como un cachorro pateado. Él me importa. Si no me defiende, ¿qué dice eso de mí?

—Te ves mejor, Hailey —observa Estrella—. Puedo ver tus ruedas girando.

—Oh, lo están. Creo que su ex hizo un gran daño en su confianza.

—Pero no puede decirlo en voz alta, porque es un hombre alfa. —Jess pone los ojos en blanco—. Les gusta sufrir en silencio.



—Lo convenció de que no era suficiente —digo, y suena ridículo en voz alta—. Pero no creo que ella fuera totalmente honesta acerca de sus sentimientos.

—¡Incluso si ella lo fuera! —Katie discute, golpeando su rodilla—. *Está equivocada*. Quiero decir, todos tenemos noches de mierda cuando los hombres están en el camino. Eso pasa. No hay manera de evitarlo.

—Amy tuvo una cesárea durante los playoffs —dice Estrella, sacudiendo la cabeza—. Sully estaba a mil kilómetros de distancia tratando de castigar a Tampa cuando nació su hijo. Cosas importantes se pierden. Pero por otro lado, los altos son bastante altos...

—¡Lo son! —Katie está de acuerdo, levantando su bebida para enfatizar—. Los mejores chicos del mundo. El mejor deporte del mundo. Y tenemos asientos en primera fila. ¡Los altos son como la corriente de aire! Y si somos honestas, los bajos no son tan bajos. Quiero decir, si Amy hubiese estado casada con un hombre que tenía que trabajar tres empleos para mantener a su nuevo bebé, podría haberse perdido el nacimiento sirviendo café en Tim Hortons en un doble turno.

—Y no olvidemos que vivimos como reinas —señala Estrella—. Mi abuelo cavó zanjas para pagar el alquiler. Sé cómo se ve la lucha. Sería muy malo quejarse por las horas de tu hombre cuando lloras en tus fundas de almohada de miles de hilos.

—Como lo hizo Kara —agrega Katie, dando voz a los pensamientos en mi mente.

—Cuando las cosas se ponen difíciles, hacemos esto. —Jess agita la tarta de queso y las margaritas—. Entonces recordamos que la vida es buena.

Su comentario se queda conmigo por el resto de la noche. Puedo hacer eso. Puedo capear cualquier tormenta, enfrentar cualquier baja que se nos presente. Lo haré por Matt.

Si él me deja.



Veintiuno

Necesitamos hablar

Matt

Son las ocho de la mañana y estoy sentado en mi sofá sintiéndome vacío.

A las seis y media, recogí a Rufus del rancho para perros. Luego lo llevé a un paseo tan largo que me estaba dando miradas suplicantes para terminarlo. Ahora estamos en el sofá, su barbilla sobre mi rodilla.

No dormí anoche. Tomar una siesta de cuatro horas y luego dejarlo con la novia es una mala receta para una noche pacífica de sueño.

En este momento, quiero llamar a Hailey desesperadamente. Solo quiero oír su suave voz. Pero me niego a darle señales confusas. Cuando dije que no podía hacer esto, lo dije en serio. La lenta rutina hacia la desilusión y el divorcio es jodidamente horrible.

¿Qué puede ver ella en un chico que nunca está alrededor?

Todavía quedan dos horas hasta que tenga que estar en la pista para ver un video de nuestros próximos dos oponentes. Debería hacer café, pero el peso de la cabeza de Rufus sobre mi rodilla es un consuelo, y acaricio su cabeza mientras le doy vueltas a las cosas.

Pero entonces, levanta su barbilla repentinamente, sus orejas alzándose. Un momento después, hay un golpe en la puerta de mi apartamento.

Hailey. Sé que es ella incluso antes de levantarme y cruzar la habitación. Cuando abro la puerta, está de pie ahí en un traje y tacones, dos vasos de café en sus manos.

—Hola —dice—. Oí todo lo que dijiste anoche, pero hay algo que necesitas saber.

Por un segundo, no hago nada. No la saludo o abro más la puerta o incluso me aparto del camino. Estoy demasiado ocupado observando su



dulce rostro, su tentativa expresión tan querida para mí. Estoy sin palabras. Me siento como ella las primeras veces que estuvimos juntos en una habitación.

Rufus hace mi trabajo. Suelta un pequeño ladrido de reconocimiento y luego mueve sus dos patas delanteras contra el suelo, como si dijera: “Bueno, no te quedes ahí, ¡entra ya!”.

Me las arreglo para dar un paso atrás finalmente, mi intención clara a pesar de no encontrar mi voz.

Hailey entra en mi apartamento, sus largas y sedosas piernas en un par de medias transparentes, su falda ajustada tentándome. Va directa al sofá, deja los vasos de café sobre la mesa y toma asiento.

—Ven aquí, Matt —dice con voz clara—. Necesitamos hablar.

Bien. ¿Quién está enseñando a quién estos días? Hago lo que pide, tomando asiento a una respetuosa distancia, dándole toda mi atención.

Me entrega un vaso de café y quita la tapa del suyo.

—Sé que tu esposa te dijo que esperar por ti era una tortura. Bueno, no soy Kara. Mi vida es diferente. Y no somos la misma persona. Pero realmente no hay manera en que pueda predecir el futuro.

—Lo sé —farfulto—. Probablemente soy un idiota por intentar hacerlo.

Levanta una ceja, pero una sonrisa se cierne sobre las esquinas de su boca.

—Lo es, señor. Pero volveremos a eso en un minuto. Tengo que preguntarte algo específico. ¿Tu matrimonio terminó por alguna razón que no me has dicho?

—No... —Intento imaginar qué podría incluso significar esa pregunta—. Dijo que había acabado y me pidió el divorcio. Pareció bastante franco para mí.

Las manos de Hailey se inquietan sobre el borde de su vaso de café.

—Localicé algo que creo que debería decirte, incluso si se siente egoísta.

¿Egoísta?

—Hailey, cariño, me pareces la persona menos egoísta que jamás he conocido.

Sus ojos se alzan a los míos ante este halago.

—No estoy tan segura de eso. —Nuestras miradas se fijan, y su control vacila un poco. Sus ojos se vuelven suplicantes, pero luego niega un poco como para aclararse—. Sabes que he estado haciendo un montón de investigación en la base de datos de nuestra clientela.

—Sí. Intentando descubrir si la expansión tiene sentido.



—Buen oyente. —Me da una sonrisa triste—. La cuenta de tu esposa apareció en mi archivo de búsqueda. Ha sido cliente de Fetch por un largo tiempo.

—Cierto. Así es como supe sobre Fetch en primer lugar.

Asiente.

—Bueno, Kara tiene una cita programada para almorzar los viernes.

—Sí, con sus padres y las chicas. Dios prohíba que se pierdan un almuerzo del viernes con el abuelo y la abuela.

—No, Matt. —Hailey se muerde el labio—. Kara va a almorzar con el doctor Daniel Bryant cada viernes a mediodía. Les gusta Sassafras. Pero a veces lo mezclan con el Greenwich Bistró o el restaurante en el hotel Drake.

Intento imaginarlo.

—De acuerdo. ¿Entonces llevan a las chicas con sus abuelos, y Kara y Dentista Dan salen a comer? No sabía eso. Pero tiene sentido, ¿cierto? Ella quiere a un hombre que pueda mantener una cita para almorzar.

Hailey suspira.

—Son muy buenos manteniendo sus citas para almorzar. Han estado teniéndolas durante dos años.

—Durante... —Hago las matemáticas—. Eso no parece correcto.

Silenciosamente, saca su teléfono de su bolsillo y da un golpecito en una aplicación. Da otro golpecito y se desplaza.

—Probablemente debería despedirme a mí misma por esta indiscreción —murmura. Luego me entrega el teléfono.

Y está justo ahí en la pantalla. Reservas que van hasta hace dos años.

—Están a nombre de él. ¿Cuán estúpida es mi exmujer? Jesucristo. —Le devuelvo el teléfono rápidamente porque tengo la tentación de aplastarlo como un envoltorio de chicle—. ¿Ella fue *infidel*?

—En realidad no lo sé —dice Hailey rápidamente—. Podría no haber sido así originalmente.

Mi cabeza late de repente y froto mis sienes.

—¿Qué me estoy perdiendo?

—Tal vez nada. —Hailey se levanta y se acerca más a mí. Pone una mano cálida en mi espalda y acaricia. Joder, eso se siente bien. Necesito su toque—. Pero me pregunté sobre Kara y su dentista. Tal vez la razón por la que se convenció de que no eras un buen compañero, fue que estaba enamorada de otro.

—Oh, Dios mío. —Los últimos meses con ella fueron tan duros. ¿Había siquiera un punto en todas las peleas que tuvimos? Estaba



intentando salvar nuestro matrimonio, y sus demandas aumentaban cada día. Quizá no podía ser salvado sin importar qué—. Ellos... ella fue a una reunión de la escuela. Él estaba allí. Fue, no sé, un año antes de que me mudara.

—¿Se conocían de la escuela?

—Salió con él. No sé toda la historia.

—Bueno... —Hailey duda—. No conozco a Kara, y no quiero suponer qué pasó. Pero pensé que deberías saber que tal vez faltar algunas noches en casa no era el único problema.

Me aferro a esta idea. Me *encanta* esta jodida idea. Estoy tan cansado de sentirme como un imbécil y un fracaso.

—Mi cabeza está casi explotando aquí.

Pone una mano en mi nuca y da a los músculos un agradable apretón.

—Lo sé. No sabía qué hacer con esa información. Realmente no es asunto mío.

—Claro que lo es. —La miro, y toda la duda ha vuelto a su expresión. Y es mi culpa—. Quiero que sea tu asunto, Hottie. Realmente enloquecí anoche. Pero mantenerme lejos de ti nunca iba a funcionar.

Su mano deja mi cuerpo y se aleja unos centímetros cruciales de mí.

—Tengo que ir a trabajar. No tienes que resolver toda tu vida esta mañana, ¿bien? Llámame si quieres hablar más.

Pero eso no es lo bastante bueno.

—Espera. —La atrapo en mis brazos antes que pueda huir. La atraigo y la sostengo contra mi cuerpo—. Si prometo no enloquecer así de nuevo... —Respiro hondo su dulce esencia y suspiro—. ¿Puedes perdonarme? Normalmente no soy tan dama del drama.

Hailey se ríe.

—No voy a presionarte. No voy a rogar. Pero realmente tampoco quiero romper.

Le sonrío.

—Entonces no lo hagamos. —Mis brazos la envuelven con fuerza y deja escapar un aliento tembloroso.

Vamos a estar bien. *Voy* a estar bien. De verdad lo creo ahora.



Veintidós

Porno, dulzura

Hailey

Un mes después

Estoy sentada en mi escritorio, intentando leer una lista de ideas para promociones de primavera que Jackson me envió. Pero no puedo concentrarme, porque vi al señor Emery entrar hace unos cuarenta y cinco minutos, cerrando la puerta de Jackson tras él.

¿Qué demonios están haciendo ahí durante tanto tiempo? En el mejor de los escenarios, están jugando a un combate a muerte de Scrabble. En el peor, están planeando mi salida de la compañía.

Hace dos semanas terminé mi informe de expansión. También realmente lo trabajé. Los datos muestran en términos muy nítidos que la expansión en Bridle Path no es el siguiente movimiento para nosotros. Mi búsqueda probó que podíamos crecer más rápido como compañía si primero ampliamos nuestros márgenes aquí, en Yorkville, y luego nos expandimos a algún lugar un poco menos insular, como Rosedale.

Para apoyar mi argumento, había creado gráficos en cuatro colores, un apéndice mortal y un gráfico informativo que me tuvo levantada media noche para crearlo. Si pensase que podía ser más persuasiva, habría escrito el informe en pentámetro yámbico o coreografiado una danza interpretativa para dejar clara mi postura.

De acuerdo, tal vez no lo último. Tengo que considerar mi dignidad. Pero no permitiré que esta compañía, mi bebé, se tense hasta el punto de ruptura por una expansión innecesaria.

Mi moderna silla de oficina cruje cuando me retuerzo en mi asiento por décima vez en una hora. Siento como si estuviese en un gran punto de inflexión en mi vida, y no es completamente cómodo. Salir con Matt es la parte excitante. Tomar riesgos está dando sus frutos. Tomo mi teléfono solo para ver la nueva fotografía en mi pantalla de bloqueo, un selfie de



Matt y yo después de la victoria de la semana pasada contra Denver. Estamos celebrando en *Sticks & Stones* con el equipo, yo tengo una gran "T" por Toronto pintada en la frente y él me está besando la mejilla.

Podía mirarla todo el día.

Pero la vida no te deja elegir los cambios que quieres. Siento que mi vida laboral está llegando a un punto de ebullición en la otra habitación. Jackson y su padre no están haciendo ningún sonido que pueda escuchar en mi oficina. Pero siento una perturbación en la fuerza. Algo está sucediendo.

—¡Hailey! ¡Tienes que ver esto! ¡Enseguida! —Es la voz de Jenny gritando desde la oficina.

¿Enseguida? Bueno, *debe* ser importante. Tomo mi taza y salgo de la oficina hacia la mesa de Jenny. La encuentro sentada en su silla, mirando la pantalla de ordenador con los ojos tan brillantes que pensarías que es la mañana de Navidad.

—¿Qué sucede? —pregunto, clocándome tras ella.

—¡Esto! —Señala la pantalla con un dedo de manicura perfecta.

Me inclino y jadeo.

—Oh, Dios mío.

—Oh, Dios mío —confirma ella.

—Oh, Dios mío —repito, algo boquiabierta.

—Oh, Dios mío —recita ella.

—¡Chicas! —grita Dion desde su cubículo—. Acaba de llegarnos una petición de un cliente prioritario. Debería...

—¡Nosotras nos ocupamos de esto! —chillamos Jenny y yo al unísono. Luego nos miramos la una a la otra y estallamos en risas.

Suavizando mi tono, miro hacia Dion.

—No te preocupes, lo tenemos cubierto. Jen y yo hemos estado lidiando con esta cuenta personalmente durante meses.

Y nuestro duro trabajo finalmente está dando sus frutos, porque, o estoy malinterpretando el correo electrónico, o... realmente vamos a *conocer* al señor Polla esta mañana.

Asunto: *Lubricación necesaria Ahora Mismo*

SrVeinteCentímetros: *Hola, necesito un bote de lubricante, preferiblemente en la siguiente hora. Dispuesto a pagar un extra por el pedido apresurado. Una botella grande de dos kilos de lubricante caliente, preferiblemente comestible, pero no es necesario.*

La dirección que envía no es el edificio donde normalmente entregamos, donde solo dejamos sus misteriosos paquetes al portero. E



incluye una serie de instrucciones crípticas: *Dile al guarda de la puerta que estás aquí por Thomas. Saldré y me encontraré contigo.*

Jenny está prácticamente saltando en su silla.

—¡Tiene un nombre! ¡Se llama Thomas! ¡Thomas! ¡Y va a venir a encontrarse con nosotras! ¡Vamos a conocerlo!

Ojeo el resto del pedido. Esta vez no incluyó una fotografía, pero suena como si tal vez tuviese demasiado pánico para tomarse el tiempo para posar para nosotras. ¿Quién puede culparlo? Las emergencias de lubricante suenan estresantes.

Jenny no deja de reír mientras salta de su silla y toma su bolso del cajón inferior del escritorio.

—Estoy tan excitada ahora mismo —asegura.

Honestamente, también lo estoy yo. Hemos estado respondiendo a las peticiones de este tipo obseso del sexo durante meses. Y me estoy *muriendo* por poner un rostro a ese paquete de veinte centímetros. Me pregunto si estar así de emocionada por conocer a un hombre al azar es considerado engañar. No, ¿cierto? Quiero decir, Matt no puede culparme por desear conocer a un cliente tan infame, ¿puede?

—¿Crees que Matt se enfadará porque me voy a encontrar con un hombre al que le gusta mostrarme su polla? —le pregunto a Jenny mientras dejamos la oficina para tomar un taxi. Normalmente iríamos en metro, pero el señor Polla necesita su lubricante en la siguiente hora. No podemos fallarle.

—Um, no. No creo que Matt sea capaz de enfadarse contigo —contesta Jenny, haciéndole señas a un taxi acercándose.

Unos segundos después, estamos en el asiento trasero y dirigiendo al conductor al sex-shop más cercano, porque no creo que un ultramarino tenga el lubricante extragrande, caliente, y comestible, que requiere nuestro cliente.

—En serio, ese hombre adora el suelo que pisas —añade Jenny.

Me siento sonrojarme. Aunque creo que puede tener razón. Desde *La Noche de Muchos Desastres*, como la llamamos, nuestra relación ha sido increíble hasta el punto de inimaginable.

Incluso se refirió a mí como su *novia* el otro día. ¡Frente a sus hijas! Sí, la otra noche cuando June intentó acurrucarse conmigo en el sofá mientras veíamos una película Disney, Matt alejó su pequeña mano en broma y dijo: *“Hailey es mi novia, June-bug. Encuentra la tuya”*. Pero, de todos modos, todos terminamos acurrucándonos juntos, las hijas de Matt se colocaron entre nosotros mientras él me lanzaba una sonrisa dulce y cariñosa sobre sus cabezas a cada segundo.



Me gusta lo que tenemos. No, *amo* lo que tenemos. Y creo que él también. El único punto negro en nuestras brillantes vidas es la creciente tensión entre Matt y su ex. Después que le hablase de las posibles indiscreciones de Kara, estaba segura de que se enfrentaría a ella. Pero no lo hizo.

No, Matt se niega a discutir la potencial aventura de su ex. Alega que no quiere que ella me culpe a mí o a Fetch por romper la confidencialidad de los clientes, y que no quiere que ninguna hostilidad afecte su relación como padres, pero... la hostilidad está ahí. La siento en el aire cada vez que ella viene a recoger a las gemelas. La veo en los ojos de Matt cada vez que está alrededor de Kara. Es como una gruesa tormenta cerniéndose sobre nuestras cabezas. O más bien, *Matt* es la tormenta.

Los resentimientos están creciendo dentro de él, y tengo miedo de que uno de estos días vaya a explotar en la madre de las confrontaciones.

Por ahora, todo lo que puedo hacer es contener la respiración y esperar que deje ir todo ese resentimiento. No afecta a nuestra relación en lo más mínimo, pero me preocupa que sus hijas comiencen a darse cuenta de la tensión.

—De cualquier modo, ¿cuán divertido fue el partido del sábado? — comenta Jenny, girándose para sonreírme.

La había llevado conmigo al palco de las WAGs, lo que más tarde descubrí que no estaba permitido. Pero Katie Hewitt hizo una excepción especial cuando le dije que simplemente podía ir a sentarme con Jenny en las gradas. Por alguna razón, Katie y las demás realmente me han aceptado. Quiero creer que es porque soy increíble, y estoy segura de que es parte de la razón, pero, honestamente, nunca tuve tantas mujeres reclamando estar a mi lado.

—Fue la bomba —coincido—. ¿Cuán potente fue el margarita de mango de Estrella?

Jenny gime audiblemente.

—Oh, Dios. Muy potente. Mi estómago estuvo haciendo el mango-tango todo el día después. Creo que ahora estoy saliendo con mi retrete.

Resoplo.

—Hablando de salir, ¿qué sucedió con el tipo que estabas viendo? ¿Hank?

—Frank —corrige, luego suspira—. Lo dejé con él. Me estaba enviando demasiadas fotografías de penes. En serio, se volvió molesto. Quiero decir, has visto una polla, las has visto todas, ¿verdad?

El taxista se gira para sonreírnos. Tiene cincuenta y tantos, creo, con la cabeza afeitada y dientes blancos que brillan cuando sonrío.

—Amén, hermana.



Jenny y yo intercambiamos una mirada, ninguna muy segura de qué quiere decir con eso. Afortunadamente, hemos llegado a nuestro destino. El taxi espera fuera mientras entramos en *Travieso por Naturaleza* para comprar el lubricante de nuestro cliente, y luego estamos de vuelta en el taxi dirigiéndonos a una zona industrial cerca de la orilla del lago.

Jenny aplaude con alegría cuando llegamos a la dirección que se nos dio.

—¿Crees que es guapo? —cuestiona.

—¿Por qué? ¿Planeas salir con él? Porque hace cinco minutos dijiste literalmente que estabas cansada de fotografías de pollas —le recuerdo mientras salimos del auto—. Y este tipo es de la clase de fotografías de pollas.

—El Rey de las Fotografías de Pollas haría un gran libro de autoayuda sobre citas, advirtiendo a las mujeres del peligro de las citas online —murmura Jenny.

No puedo evitar reírme entre dientes.

—Te diré qué, tú lo escribes y yo venderé copias en la página web de Fetch.

—Trato.

Como unas adolescentes atolondradas, nos dirigimos a la entrada de un extenso almacén de un piso con un exterior gris y una única puerta de metal. A varios metros de la puerta, Jenny se detiene y me agarra el brazo, llevando su boca a mi oreja.

—¿Crees que estamos a punto de ser asesinadas? —susurra.

Inclino la cabeza hacia nuestro taxi esperando.

—No te preocupes, nuestro taxista nos salvará si necesitamos ayuda.

—Amén, hermana.

Estallamos en risas y todavía nos estamos riendo cuando llamamos a la puerta. Se abre para revelar a un hombre alto y musculoso vistiendo una camisa negra apretada y lentes de sol. Estaba llevando lentes de sol en el interior. Extraño.

—Hola —digo con mi voz más profesional—. Estamos aquí para una entrega. ¿Para Thomas?

El hombre se coloca las Ray Ban sobre su frente, sus ojos llenos de alivio.

—Oh, bien. Ellos han estado esperando por esto.

¿Ellos?

Había esperado que el señor Polla saliese como había comentado en su pedido, pero Hombre Musculoso nos hace señales para que entremos.



Jenny y yo compartimos una mirada precavida, hasta que él sonríe tranquilizadamente y dice:

—Nada de lo que preocuparse ahí, señoritas. Tommy simplemente no puede salir ahora mismo. Está desnudo.

Con eso, se gira, dejándome para que mire boquiabierta a Jenny.

—¿Acaba de decir desnudo?

Ella asiente ansiosamente.

—Dijo desnudo.

Querido Dios. ¿En qué demonios nos estamos metiendo?

A pesar de nuestra aprensión, seguimos a Hombre Musculoso en el almacén. Lo que resulta no ser un almacén. Es... un estudio, me doy cuenta cuando admiro el conjunto de iluminación y varias cámaras. Y el set. Hay un set de verdad, diseñado para parecer una clase, completado con mesas de profesor y alumnos, y una pizarra.

—¡Fetch salva el día de nuevo! —grita una profunda voz alegre.

Lo siguiente que sé es que un hombre muy, muy, pero que muy, desnudo corre hacia nosotras. Corre desnudo. *Corre*. Lo que causa que sus impresionantes partes se bamboleen como si nos estuviesen saludando.

—Oh. Dios. Mío —dice Jenny sin aliento.

Su respuesta aturdida iguala la mía. Al menos ella es capaz de sacar las palabras. Yo, estoy sin palabras. Y mirando. Sí, no puedo evitar mirar al señor Desnudo mientras se acerca a nosotras con una gran sonrisa en su rostro e incluso una erección más grande ahí abajo.

—Ah. Lo siento. —Nos nota mirando y baja la mirada a su erección—. La viagra acaba de hacer efecto. —Cuando continuamos aturdidas, ofrece un encogimiento de hombros—. Es un rodaje de dieciocho horas, ¿saben? Tengo que permanecer duro o no hay nada que bombear.

—¿Bombear? —digo estúpidamente.

—Ya sabes, bombear el coño. —Ahora él nos está mirando a nosotras—. ¿Qué creen que estamos haciendo aquí?

Me quedo boquiabierta.

—Um. ¿Qué *están* haciendo aquí?

Su sonrisa desaparece.

—Porno, dulzura. —Señala con la mano el amplio espacio bien iluminado—. Dark Door Studios, poseo esta compañía. ¿Nunca oíste de nosotros?

—No —respondo.

Al mismo tiempo Jenny asegura:



—Sí.

Dirijo mi mirada hacia ella.

—¿Has *oído* de ellos?

—Por supuesto —afirma alegremente—. Sus escenas de profesor-estudiante son excelentes. —Jenny se acerca y da palmaditas al señor Polla en su grueso brazo embadurnado de aceite—. Buen trabajo. Y todo tiene mucho más sentido ahora.

Él ladea la cabeza.

—¿Antes no tenía sentido?

—Nosotras, umm, lo entendemos ahora —balbuceo mientras todas las piezas del rompecabezas se colocan en su lugar.

Él todavía sigue frunciendo el ceño.

—¿Todo este tiempo no sabían que las entregas eran para una compañía productora de porno? Puse esa información en mi ficha de cliente de Fetch.

Jenny y yo intercambiamos una mirada cuando me doy cuenta de que mi estricto enfoque de la confidencialidad del cliente tiene sus inconvenientes.

—Pero su cuenta está establecida como privada, señor. La gente trabajando en sus peticiones no tienen acceso a esas anotaciones. Tal vez es, umm, un fallo en el sistema —admito—. Lo siento.

—Bueno, demonios —comenta él, su sonrisa regresando—. Hice un montón de fotografías muy tontas a propósito. Pensé que entendían la broma, sería divertido. —Se ríe con pesar—. Pero si no entienden la broma, es un poco extraño.

—Me encantó la broma —insiste Jenny—. Y compramos lo suyo. Dos kilos.

—¡Gracias! —Su sonrisa es cálida—. Realmente aprecio que llegasen aquí tan rápido.

Estoy a punto de entregárselo cuando una mujer desnuda pasa junto a nosotros. Tiene un largo cabello rojo, una talla de pecho doble D y unas piernas por las que yo mataría.

—¿Dónde estás las lentes de carey? ¿Pensé que íbamos a hacer la escena de la biblioteca?

—Hailey —sisea Jenny.

Salgo de mi estupor.

—¿Qué?

—El hombre necesita su lubricante —apremia, señalando la bolsa de mi mano.



—Oh. Cierto. —Extiendo el brazo—. Aquí tiene, señor. —¿Señor? Por Dios santo. Pensarías que nunca he estado en un set de porno.

¡Um, porque no lo he hecho!

El señor Polla, alias, Thomas, alias, Estrella Porno, acepta la bolsa agradecido.

—Gracias de nuevo. —Luego se gira y se dirige al escritorio de profesor, dándonos una vista abierta de su trasero apretado y redondo.

—Un trasero genial —murmura Jenny.

Finalmente logro cerrar la boca.

—No puedo discutir con eso.

Todavía estoy sonrojada de reírme cuando volvemos a la oficina. Mi regocijo dura solo dos minutos. Tal vez tres. Justo estoy revisando mi bandeja de correo cuando el señor Emery mete su bulbosa nariz en mi oficina.

—Señora Taylor —espeta.

Me obligo a contar hasta tres antes de levantar la mirada, solo para enojarlo. Para que conste, se refería a mí como “señora Taylor” lo que duró el matrimonio con su hijo. Aunque su negación a reconocermme ni siquiera llega a la lista de las peores cincuenta cosas que me ha hecho. Así que me preparo.

—¿Necesitas algo, Herbert? ¿Dónde está Jackson?

—Manejando una emergencia con un cliente. —Entra y cierra la puerta, y me da un vuelco en el estómago.

Aquí viene, advierte mi estómago saltimbanqui.

Y mi barriga lo ha adivinado correctamente, porque sus primeras palabras son:

—Quiero comprar tu salida de Fetch.

—¿Tú, qué? —Ugh. *Tranquilízate, Hailey*—. Mi mitad de Fetch no está en venta. —Ya estoy nerviosa.

—Todo está en venta —comenta el señor Emery, probando por sí mismo que es un cliché andante además de un de cara culo. Estoy bastante segura de que escuché esa frase en una película de mafiosos esta pasada semana—. Con medio millón podrías irte como una chica muy rica.

—Si crees que medio millón me hace una “chica muy rica”, entonces no has notado que el precio de un bien inmueble en Toronto es



enloquecedor —espeto. También, un poco mayor para ser una chica. Pero lo mantengo para mí.

—Quinientos cincuenta mil —ofrece rápidamente—. Mi última oferta. Tómate un descanso, Hailey. Explora el mundo. Y serás bien recompensada por dejar que mi hijo lleve su negocio del modo en que quiere.

—*Su negocio* —repito, mi tono plano de incredulidad. Este hombre es el más sordo que he conocido nunca.

—Su idea. Por lo tanto, es su derecho legítimo. Toma el dinero, Hailey. Si él no te quiere en su cama, ¿por qué supones que te quiere ver en el trabajo cada día?

PLAF. Ese es el sonido de mi paciencia estallando contra las cuatro paredes de mi oficina, justo como la olla a presión de mi tía Linda hizo en su cocina una pascua.

—¡Eres un prepotente... *idiota!* —grito, recomponiéndome justo a tiempo. Las obscenidades solo me harán sonar grosera. Ya que siempre ha creído que no soy lo suficientemente buena para su querido hijo, voy a intentar no ayudarlo a probar su punto—. Construí este lugar junto con Jackson. ¡La mitad es mío porque vengo aquí cada día y trabajo... mi trasero hasta el cansancio! Así que por favor, llévate a ti y tus sugerencias fuera de mi oficina. ¡Ahora mismo!

La puerta se abre de golpe y Jackson está allí.

—¿Qué demonios, papá? ¿Por qué está exigiendo Hailey que te vayas de su oficina?

—Ni idea. —El imbécil se encoge de hombros y se levanta—. Se está pasando de la raya. Todo lo que hice fue sugerir que debería aceptar mi compra. La compañía debería volver a la familia donde pertenece.

El rostro de Jackson se sonroja de furia.

—¡Te dije que no quería comprar su parte!

—No lo vas a hacer tú. Voy a hacerlo yo.

—¡De ninguna *puñetera* manera! —explota mi exmarido y mi corazón se alza de esperanza—. Hay una probabilidad del cero por ciento de que vaya a asociarme contigo. Solo intentarás avasallarme en el trabajo del modo en que me avasallas en todo lo demás.

—¡Jackson Herbert Emery! Esto es increíblemente desagradecido. Sabes que he sido un hombre de negocios veinticinco años más que...

—¡No importa! —interrumpe Jackson. Tiene una actitud completamente seria. No creo que le haya visto nunca tan molesto—. Tú y yo no vamos a llevar juntos un negocio. Jamás. Y Hailey no va a ninguna parte. Deja de forzarla. Deja de forzarme a mí. ¡Y no vamos a alquilar ese lugar tan caro en Bridle Path! ¡Ya es suficiente!



Su rostro es rojo brillante y me estoy asustando un poco. Tomo una carpeta de mi mesa y abanico un poco de aire fresco en su dirección.

—Respira, cariño.

El señor Emery me mira fijamente, me quita la carpeta de la mano y la lanza contra la pared.

Luego sale apresuradamente, abriendo mi puerta con tanta fuerza que los papeles de la carpeta se esparcen por el suelo. Mi oficina parece como si hubiese pasado por ella literalmente una tormenta. Y supongo que lo hizo.

—Caray, Jax —exclamo un momento después, todavía intentando recuperarme de la conmoción—. No tenías que hacer eso.

—Sí, tenía —contesta, dejándose caer en la silla para visitantes—. Se veía venir desde hace tiempo. Y me disculpo por no hacerlo antes. Como, hace cinco años. No puedo tenerlo insultando a mi mejor amiga.

De repente se me cierra la garganta.

—¿Mejor amiga?

—¡Por supuesto! Cristo, Hails, nos conocemos desde los seis años. Tal vez no estábamos hechos para ser amantes. Pero muy seguro que estamos hechos para ser amigos.

—Y... —Me aclaro la garganta intentando sonar casual—. ¿Compañeros de negocios?

Alza las manos.

—Bueno, uh. De otro modo no sé qué hemos estado haciendo los pasados cinco años. —Frunce el ceño—. No pensarías seriamente que quería comprar tu parte, ¿verdad? Eso es una tontería.

Oh, mierda. Ahora se me están llenando los ojos de lágrimas. Porque pensé que era lo que quería.

—¡Hailey! —Salta de la silla y rodea mi escritorio—. Jesús, Hails. —Me rodea con sus delgados brazos—. ¡No quiero que te vayas! Mierda. ¿Crees que quiero encargarme yo solo de este lugar? ¿Qué diversión hay en eso?

Trago lo que bien puede haber sido un sollozo.

—Lo escuché decirlo hace meses. Pensé que tal vez tú realmente lo estabas considerando.

—Juro que es la peor idea que he escuchado jamás. De ningún modo.

—De ninguna *puñetera* manera —indico, y es medio risa y medio sollozo—. Realmente lo escandalizaste con la palabrota.

—Cállate. —Jackson me pellizca—. Ese soy yo poniéndome salvaje.

Me rio entre dientes.

Él también lo hace.



ELLE KENNEDY

—Este año trata sobre ponerse salvaje, creo.

—Sí. Es lo mejor. —Me sonrío y la sonrisa es un poco torcida. Es tan familiar que me duele el corazón—. Estás, uh, volviéndote salvaje con el jugador de hockey. ¿Se me permite sacar ese tema por un segundo?

—Claro. Todo está yendo genial. Hay un evento la semana que viene, patinaje en familia. Voy a patinar con todo el equipo.

Me aprieta el hombro.

—Eso suena increíble.

—Y tú te estás volviendo salvaje con... —De repente el recuerdo de los juguetes sexuales de la caja que desempaqueté aparece en mi mente—. Uh, me alegro de que te estés... divirtiendo con Melinda.

Se endereza y se sienta en el borde de mi mesa.

—Es aventurera —comenta, sus orejas enrojeciéndose.

—Eso es... genial —contesto, luchando contra la risa—. Esas esposas...

—Nunca hablemos de ello otra vez.

—¡Claro! —accedo rápidamente—. Hablemos sobre las promociones de primavera. Van a ser increíbles.

—Las primaverales —concuerta.

—En colores primaverales como... estampado de leopardo rosa — menciono.

—¡Hailey!

Ambos estallamos en risas. De nuevo.



Veintitrés

Qué increíble participación

Matt

—¡Blakey! ¡Estamos aquí!

Me encojo ante la llegada ensordecedora de la madre de Blake Riley. Mientras cada persona en la zona de entrenamiento se gira en su dirección, la señora Riley entra al hielo en unos patines negros desgastados, abre los brazos y va volando hacia su hijo, que está apoyado contra los tableros con Jess y Jamie Canning.

—¿Trajiste tapones para los oídos? —murmuro a Hailey, que se está deslizando a mi izquierda. Su mano enguantada está entrelazada con la de June-bug, mientras Libby está aferrada a la mía.

No estoy diciendo que no sea una mujer encantadora. Pero la señora Riley también sucede que es la mujer más ruidosa del planeta, y probablemente en toda la galaxia. Resulta que es nuestra mayor fan. O, al menos, echándole una carrera a Hailey por su dinero en el departamento de mayor fan. No creo que jamás haya conocido dos mujeres que estén más obsesionadas con el hockey.

Esta mañana, no hay palos o discos en la pista, solo gente. El equipo está celebrando un evento mixto de caridad para tres organizaciones benéficas de niños en Toronto, dos que tienen por objetivo ayudar las zonas deprimidas, juventud en riesgo y una para el Hospital de Niños.

La última significa que muchos de los asistentes en realidad no pueden estar en el hielo a la vez. Muchos de los niños están demasiado enfermos para patinar, así que están reunidos en las gradas, sentados bajo los calentadores. Dos o tres a la vez, mis compañeros de equipo están llevándolos a la pista en trineos y arrastrándolos, así pueden sentir lo divertido que es deslizarse por la superficie resbaladiza.

Will O'Connor esquía hacia mí, la soga de un trineo alrededor de su cintura. Detrás de él está arrastrando un niño de una edad indeterminada.



Un gorro cubre lo que creo que es una cabeza calva. Y las piernas del niño son mucho más largas que las de mis hijas, pero este pobre niño no parece pesar más que mis hijas preescolares. Aun así, está sonriendo mucho mientras O'Connor se desliza junto a nosotros, bailando como un oso polar. Incluso está cantando.

Aparentemente todo el mundo tiene un caso de alegría hoy. Incluso nuestro ligón residente. Mientras los niños esperan su turno, otros jugadores del equipo están patinando alrededor frente a las gradas, mostrándose. Los selfies y la firma de autógrafos vendrán después.

Por ahora, consigo disfrutar el frío contra mis mejillas mientras patino con mis tres chicas favoritas. Este es un evento íntimo para los jugadores, sus familias y los niños de las organizaciones, junto con algún miembro de la prensa elegido. Es mi tipo favorito de función obligatoria. Sin trajes de etiqueta, sin cotorreos y mucha diversión.

—¡QUÉ INCREÍBLE PARTICIPACIÓN!

—Es *ruidosa* —susurra Libby, mirándome con los ojos abiertos de par en par.

—¿Quién es esa chica patinando con Jess? —pregunta Hailey con curiosidad, tocándome el brazo.

Sigo su mirada hacia la adolescente sonriente y vibrante junto a la novia de Blake.

—Oh, caray. Creo que esa es la Layla —contesto después de un momento, sorprendido cuando reconozco a la chica—. ¿Recuerdas cómo Jess estaba diciendo que trabaja en la planta pediátrica de cáncer como parte de su programa de enfermería? Es una de los niños que conoció allí. Riley dijo que la chica estuvo muy enferma durante un largo tiempo, pero ahora está en remisión.

A Hailey se le llenan los ojos de lágrimas mientras mira a la hermosa adolescente. Me encanta lo sensible que es, cuánto se preocupa por la gente, incluso los extraños.

—¡Papi! —interrumpe Libby—. ¡Patinemos!

Le sonrío.

—Claro. ¿Qué tal si corremos hasta los tablonos?

Su expresión se ilumina.

—¡De acuerdo! *Uno... dos...*

La pequeña diablilla se lanza hacia delante antes de contar hasta *tres*, y finjo gruñir con disgusto mientras su cuerpo vestido con chaqueta rosa cruza la pequeña superficie. Aun así, ambos sabemos que la estoy dejando ganar. Cuando se refiere a mis hijas, perdería cualquier día de la semana si eso significa poner una sonrisa en sus rostros.



Incluso conmigo patinando a cámara lenta, Libby todavía no es mucho más rápida. Tiene unas piernas pequeñas pero mucha determinación. Sacude los brazos con fuerza mientras aumenta de velocidad. Me quedo incluso más atrás, espero hasta que está alejada unos metros de los paneles, y luego finjo esforzarme en patinar.

—¡Eres rápida! —La alcanzo unos diez segundos después, jadeando como si apenas pudiese respirar—. ¿Cuándo te volviste tan rápida?

Me sonrío.

—Cuando cumplí cuatro.

Se me escapa una risa. Dios, mis hijas son divertidas. Hailey y June patinan tranquilamente hasta nosotros, y mi risa se convierte en un tipo diferente de sonrisa. June está vistiendo la misma chaqueta que Libby, excepto que la suya es de violeta brillante. Y Hailey se engalanó con un jersey de lana gris, un vaquero apretado y una gruesa bufanda roja rodeándole el cuello. Se ve fantástica.

A veces todavía no puedo creer que sea mía. Y muy seguro que no puedo creer que estuviese preparado para todo esto. La vergüenza de perderme su ceremonia de premios todavía me persigue, y definitivamente me siento culpable por no poder pasar tanto tiempo con ella como me gustaría. Pero estamos haciendo que funcione. Nos enviamos muchos mensajes de texto, nos vemos cuando estoy en casa, y hemos hablado sobre ella volando a Dallas la siguiente semana para nuestro partido fuera de casa. El vuelo de vuelta del equipo no se va hasta última hora de la tarde del día siguiente, así que nos daría toda una noche y casi la mañana para follar como conejos en mi habitación de hotel.

—Matt... —Hay una nota de advertencia en la voz de Hailey.

Me encuentro con su mirada y me doy cuenta de que está leyendo mi línea de sucios pensamientos. El brillo sucio en sus ojos lo confirma.

—¿Qué? —Pestañeo con inocencia.

—Nada —contesta, pero luego se desliza más cerca y me susurra al oído—: Este es un día de patinar en familia, no el día de desvista a Hailey con la mirada.

—¿No puedo hacer las dos cosas?

—¿Dos qué? —Will O'Connor, esta vez sin el trineo, se detiene al estilo hockey frente a nosotros, salpicándome con virutas de hielo.

—Tú mal... conejo —me corrijo justo a tiempo.

En lugar de molestarme por el insulto improvisado, coloca las manos frente a él como patas de conejo y comienza a saltar como un conejo en patines. Es la cosa más tonta que he visto en mi vida, pero naturalmente mis hijas lo encuentran *hilarante*. Incluso Hailey se ríe entre dientes.



WAGS # 2 ELLE KENNEDY

O'Connor tiene encanto con las mujeres de cualquier edad, aparentemente.

—No habría adivinado que eras bueno con los niños, O'Connor — señalo.

—¿No? —Deja de saltar y hace un giro tonto—. Soy inmaduro. Pregúntale a cualquiera. ¿Cómo es que eso no computa?

—Buen punto.

—¡Tengo que usar el baño! —anuncia June—. ¿Tengo que quitarme los patines?

—Afortunadamente, no —respondo, ya que hay una alfombra negra de goma hasta los vestuarios.

—Yo la llevaré —ofrece Hailey—. También puedo usar una parada yo misma. Y así puedes seguir perdiendo carreras con Libby.

Mi otra hija exclama hacia Hailey:

—¡Soy más rápida que papi!

—¡Lo vi! —Hailey acaricia la cabeza de Libby—. Sigue así de rápida y tal vez, algún día jugarás al hockey profesional.

—No —anuncia Libby, dirigiendo la mirada más allá de Hailey—. ¡Quiero ser eso!

Seguimos su mirada al otro lado de la pista. Ahí, una mujer joven con leggins negros y un jersey verde brillante, ha aceptado el trabajo de entretener a los niños esperando. No la reconozco. Sobre una pierna, gira hacia atrás en círculo. Luego apoya el pie y salta en el aire, dando al menos dos giros completos antes de aterrizar en la superficie de nuevo.

Silbo entre dientes.

—Caray. ¿Quién es esa? —le pregunto a mi compañero de equipo. Cuando O'Connor no responde compruebo su rostro.

Está grisáceo. Luego rojo brillante.

—Santa m...

—Maldición —interrumpe rápidamente Hailey—. ¿La conoces?

O'Connor abre la boca y luego la cierra de nuevo. Lo hace dos veces más antes de fruncir el ceño con furia.

—Me voy de aquí. Los veré más tarde. —Luego patina a la dirección opuesta, con los hombros hundidos y las manos en puños. Sin más saltos de conejo.

Hailey me da una mirada inquisitiva, pero solo me encojo de hombros en respuesta.

—Realmente tengo que ir —gimotea June, cruzándose de piernas.



Hailey cambia su atención.

—Lo siento, June-bug, me distraje por la hermosa joven. Vamos, ocupémonos de ello. —Observo mientras Hailey guía a mi hija fuera del hielo, y casi me estalla el corazón. Es tan buena con mis chicas. *Para mis chicas.*

Solo resulta que Kara no es la mayor fan de Hailey. Mi ex me ha reprendido por lo inapropiado que es que Hailey pase tanto tiempo con nuestras hijas. Incluso peor, ha intentado quitarme tiempo con mis hijas. De hecho, estuvo firmemente en contra que las chicas viniesen hoy al patinaje en familia, asegurando que sería demasiado “peligroso”.

Señalé que los dueños del equipo no iban a entregarle palos de hockey a los niños y dejar que se peleasen. Por el amor de Cristo, este evento es para niños vulnerables. Con el tiempo Kara se calmó y accedió, aunque frunció el ceño con agravio cuando averiguó que Hailey iba a venir.

Me ha tomado cada gramo de paciencia no discutir con ella últimamente. El novio de Kara pasa más tiempo con mis hijas, y no me ves pelear por ello. Además, Kara no tiene maldito derecho a hablar sobre lo que es *apropiado*. Jodidamente me engañó. O al menos, probablemente lo hizo. He estado intentando esforzarme en no pensar en ello, las comidas semanales entre Kara y el dentista Dan, con el que empezó mucho antes que firmásemos los papeles del divorcio...

—¡Papi! ¡Corramos de nuevo! —suplica Libby.

Una sonrisa indulgente tira de mis labios.

—Lo tienes, Libby-Lu.

Así que seguimos corriendo con la misma rutina, Libby engañando para empezar a correr antes y yo fingiendo que no sé cómo mover las piernas en patines.

—La niña es natural —señala Wesley, patinando hacia nosotros—. ¿Has pensado en apuntarla a clases de patinaje?

—Creo que está más interesada en patinaje artístico —admito. De nuevo, la mirada de Libby está pegada a la hermosa morena y esos giros elegantes—. ¿Quién es, para que conste?

—¿Recuerdas que Hal dijo que íbamos a tener un nuevo entrenador de patinaje? Es ella.

—¡De ninguna manera! —Es muy gracioso, en realidad. La mitad del equipo tendrá las lenguas colgando, porque la joven mujer es realmente alguien a la que mirar. Y la otra mitad perderá los nervios ante la idea de una entrenadora femenina diciéndoles qué hacer—. Esto va a ser interesante.

—Lo sé, ¿cierto? —se burla Wesley.



Mientras observamos, un tipo que no he visto nunca se acerca patinando y toma su mano. Los dos arquean las espaldas con elegancia. Luego ella gira cerca de su compañero y él la eleva del hielo, lanzándola al aire. Los niños aplauden cuando aterriza sobre un pie, deslizándose hacia atrás como si no requiriese ningún esfuerzo.

—¡Papi! ¡Hagamos eso! —exclama Libby, tirando de mi mano—. Lánzame, ¿de acuerdo?

—No voy a lanzarte —digo mientras Wesley se ríe de mi intrépida hija.

—¿Por qué?

—En primer lugar, mamá se enfadará...

Aunque no está escuchando. Libby abandona mi aburrida explicación de adulto en favor de patinar tan rápido como puede en círculos. Estira los brazos intentando girar, pero se tropieza y cae al suelo con fuerza.

—¡Cariño! —chillo con fuerza—. No...

—¡Está bien! —contesta, levantándose muy rápido. Vuelve a patinar en círculos, acelerando, su cabello volando bajo su gorro de lana—. Mira lo rápido que puedo...

Wesley y yo lo observamos suceder a cámara lenta. Un momento, Libby está girando, sus pequeños patines blancos sacando lascas de hielo. Al siguiente, uno de los trineos se cruza en su camino. No se detiene. Abro la boca para advertirla justo cuando se choca con la cuerda entre mi compañero de equipo Lemming y el trineo del que está tirando.

Libby golpea las cuerdas y me preparo. En lugar de caer hacia atrás salta sobre ellas. Tengo el corazón en la garganta mientras su cabeza se inclina hacia el hielo. Pero luego sigue rotando, aterrizando sobre un costado en lugar de su cabeza. Está tirada en el hielo, moviendo los pies y chillando con más fuerza que la madre de Blake Riley en un partido en casa.

El miedo y la adrenalina bombean en mi sangre, haciendo que me mueva. Me echo hacia delante y corro hasta mi pequeña. La levanto del suelo antes incluso que Lemming pueda girar el trineo y mirarnos.

—¡Oh, Dios! —exclama mi compañero de equipo—. ¿Qué sucedió?

No es culpa suya, por supuesto. Ni siquiera respondo. Estoy demasiado ocupado comprobando el rostro lleno de lágrimas de Libby.

—¿Dónde te duele? —exijo.

—Mi... b-brazo —solloza.

Y, mierda, no se supone que un brazo se doble por donde se le está doblando. Es como la broma de un brazo roto.

Tengo exactamente dos pensamientos antes de ponerme en modo arreglo.



SARINA BOWEN WAGs # 2

WAGs # 2 **ELLE KENNEDY**

Uno: Espero que mi hija no esté a punto de ver llorar a su padre. Y,
dos: Kara va a matarme.



STAY

Veinticuatro

Debido a los radiadores

Matt

—¡iiiiQué le hiciste a nuestra hija!!!!

Me preparo mientras el grito de terror mezclado con acusación hace eco en las paredes de la sala de espera del hospital. Sus botas de tacón alto taconeán con impaciencia por el linóleo mientras se dirige en mi dirección. Es seguida por Dan el dentista, que apenas puede seguirle el ritmo. Miro hacia la esquina alejada de la sala de espera, donde Hailey está sentada con June. Están comiendo una bolsa de M&Ms y ojean juntas una revista.

—Kara. —Mi tono contiene una advertencia. No es que ella fuese a escucharlo—. Tranquilízate.

—¡NO me tranquilizaré! —chilla—. La dejo sola contigo *dos* horas y...

—*Detente* —espeto. Sale más alto de lo que pretendía y varias cabezas se giran en nuestra dirección. Ignorando nuestro público, miro a Kara, *realmente* la miro. Está impecablemente vestida como siempre, pero tiene los ojos enrojecidos y su boca es una línea apretada de estrés. Parece completamente agotada—. Sé que estás asustada —comento, mi voz baja—, pero Libby va a estar bien.

—Nunca más —sisea—. Te dije que era una mala idea...

Alzo una mano.

—No. No finjas que soy un niño incompetente que no sabe cómo ocuparse de sus propias hijas. Soy su *padre*, y los accidentes suceden.

—No, a *mí* no me suceden —espeto Kara.

Toquemos madera, estúpida... Tomo una profunda respiración y busco en el interior por mi última reserva de calma. Puedo derribar a cualquier oponente, estar frente a frente con un matón de metro noventa y



cinco sobre patines, y aun así mantenerme calmado. Pero Kara me vuelve loco. Y no en el buen sentido.

—Deja que te diga lo que he aprendido, ¿de acuerdo?

—¡Aunque no lo haces! —grita—. No aprendes. Nunca van a ir a uno de tus eventos de equipo, jamás.

Este último par de meses ha sido una verdadera lucha ser civilizado con Kara. He intentado salirme del camino que estoy con ella. Pero cuando determina algo así, sé que tengo que terminarlo ahora mismo.

—*Suficiente*. —La palabra es como un yunque tirado al suelo—. Estoy cansado de permitirte fingir que tomas el camino difícil. *He acabado*, Kara. —Más cabezas se giran en nuestra dirección. No quiero una escena, incluso si Kara está deseando hacer una. Bajo la voz—: Eres mejor que esto. Si fuese un padre tan malo, ¿por qué las primeras palabras que salen de tu boca son sobre mí? Si hoy fuese al revés, y yo apareciese aquí, lo primero que saldría de mi boca sería “¿Dónde está Libby?”. Pero tú no, ¿verdad? Me atacas primero. Lanzas ese desafío y ni siquiera tienes tiempo de tranquilizarte y permitir que te explique que le están haciendo unas radiografías a Libby ahora mismo.

Mi exesposa traga saliva, intentando mantener el equilibrio.

Observándola, siento que mis ojos finalmente están completamente abiertos.

—¿La cuestión? No eres una mala madre, aunque estés actuando como una ahora mismo. Has estado jugando este juego durante tanto tiempo que ya no eres tú misma. *Culpa a Matt. Demoniza a Matt*. Intentando no pensar demasiado sobre por qué querías el divorcio.

Abre los ojos de par en par, sus mejillas sonrojándose.

—Sí, lo sé. Vamos a llegar al fondo de eso muy pronto.

Sintiendo problemas, dentista Dan se acerca, entrecerrando los ojos.

—¿Y si dejas las amenazas para otro momento?

No soporto verle el rostro ahora mismo, y básicamente espeto:

—¿Eres bueno dejando las cosas para después? —cuestiono, igual de frío.

Pestañea, no teniendo ni idea de a dónde voy con esta pregunta. Pero Kara lo entiende. Nunca fue una mujer estúpida. Comienza a abrir y cerrar la boca como un pez.

—Dime esto —presiono—, ¿cuántos viernes llevaste a mi esposa a una comida elegante antes que yo supiese que iba a divorciarme?

Dan también se queda boquiabierto. Son gemelos, como diría Blake. Pero donde Kara se ha sonrojado, él palidece.

—Yo... yo... uh... —Ni siquiera puede juntar dos palabras.



Sonrío, y no es lo más mínimo amigable.

—Eso es lo que pensaba. ¿Me engañaste? —Dirijo esta pregunta a Kara—. Si quieres recitar todos mis defectos aquí mismo, en esta sala de espera, ¿por qué no miramos también los tuyos?

—¡No! —dice ella jadeando.

—¿En serio? —Alzo la voz más de lo que desearía—. No estoy seguro de si lo creo. ¿Quién fue a comer una vez a la semana con un amigo *durante meses* y nunca lo mencionó? *Mentiste*, Kara. Viernes con los abuelos.

—Yo... —Su voz está temblorosa por las lágrimas—. Mentí. Pero no fue así.

—¿Cómo fue? —espeto. Veo a Haile tomar a June y llevarla hacia los elevadores. Me da un asentimiento reconfortante sobre el hombro para decirme que está todo bien con ella. Las observo desaparecer por el pasillo, y me calma verlo.

—Era... una comida —susurra Kara—. Hablaremos de ello más tarde.

—¿Más tarde? Ya es más tarde. Pasé un año y medio pensando que nuestro divorcio fue completamente culpa mía. Que soy un tipo de mierda al que nadie querrá jamás. Me hiciste eso.

Se lleva la mano a la boca, y dos lágrimas se deslizan por su rostro.

—Mientras tanto, tú te sentías muy culpable por enamorarte de otra persona... —Le lanzo al dentista una mala mirada, solo porque puedo—. Sigues echándome la mierda a mí. Porque si te detienes, no sabrás qué hacer con tu culpa.

—Lo siento. —Sus lágrimas ahora son un torrente—. No quería hacerte daño.

—Tuviste una forma horrible de demostrarlo —contesto, pero las palabras no son crueles. Repentinamente ya no me queda furia, del modo que un auto puede quedarse sin gasolina. Un minuto corre con fuerza, al siguiente tropieza hasta detenerse.

—No sucedió nada entre nosotros —interviene Dan, decidiendo hablar—. Quería que supieses que no toqué...

—Guárdatelo —murmuro—. Ambos son unos cobardes. Podían habernos salvado de muchos problemas confesándolo en primer lugar.

—Lo siento. Lo siento mucho —balbucea Kara.

Las puertas dobles que he estado observando se abren repentinamente y aparece Libby, empujada en una silla de ruedas por una enfermera vistiendo una bata de ositos de peluche.



—¡Mami! —grita Libby—. ¡No llores! Voy a conseguir un yeso rosa. La gente puede escribir en él con un Sharpie¹⁷. ¿Tenemos Sharpies? ¿Qué es un Sharpie?

Observo a mi exesposa recomponerse en esa forma tan impresionantemente rápida que a veces necesita una madre. Sonríe ampliamente y le rodea las mejillas con las manos.

—¿Qué color de rosa? ¡Y Sharpies son unos rotuladores que podemos comprar de camino a casa!

—¡Tuvieron que cortarme la camiseta! —exclama Libby—. Fui muy valiente.

—Oh, creo que eres la más valiente —asegura Kara y una serie de lágrimas frescas corren por su rostro—. ¿Puedo ir contigo cuando te pongan el yeso?

—Por supuesto —contesta Libby—. Papi estaba conmigo, pero no lo dejaron quedarse en la sala de rayos X debido a los radiadores.

—La radiación —corrige la enfermera, luchando con una sonrisa—. Venga por este camino, señora Eriksson.

—Iré por June —señalo.

Kara se da la vuelta.

—¿Dónde está?

—Con Hailey. Con quien tendrás que ser más amable —indico, aunque no es el momento correcto. Pero finalmente estoy sintiendo mi propio poder. Esta mujer ha tenido mucho control sobre mí durante mucho tiempo.

—Volveremos y nos encontraremos con ustedes —dice Kara, pareciendo avergonzada.

—Lo tendré en cuenta.

La enfermera, Libby y Kara desaparecen de nuevo tras las puertas dobles, dejándome con el dentista.

—Solo quiero decir... —intenta él.

—Guárdatelo —espeto—. Necesito encontrar a mi hija y a mi novia.

Me alejo, sin importarme lo que él u otra persona piensa. Y voy en busca de mis chicas.



¹⁷ Marca de rotuladores.

Hailey

—Está realmente calvo —comenta June, señalando el último bebé en la fila.

—Calva —corrijo—. El cartel dice que es una niña. ¿Cómo vamos a llamar a esta? Es tu turno para empezar.

—Mmm —reflexiona, y la muevo ligeramente para descansar un poco la cadera. Tengo que alzarla, así puede ver la habitación de los bebés y continuar nuestro juego—. Jenny.

—Ya llamaste Jenny a una —índice—. Ella. —Señalo un bebé en la fila de atrás.

—Puede haber dos Jennys —señala June—. Hay dos Ashleys en mi clase.

—Te escucho. Pero pensemos otra cosa para ella. A mí no me parece una Jenny.

—¿No? —June frunce su pequeño ceño con concentración, como si estudiase al bebé—. Tienes razón. No es una Jenny.

—Sí. Llamémosla George —sugiero.

—¿Qué? —grita June, horrorizada—. Es un nombre de chico.

—Georgia es nombre de chica.

—Georgia no tiene equipo de hockey —dice June con cierto disgusto, haciendo que estalle en risas. De vez en cuando las niñas de Matt suenan justo como él, y me mata. Cada vez.

Hablando del diablo. Matt aparece al final del pasillo, con el teléfono en la mano. Le había enviado un mensaje sobre dónde estábamos, así no se preocuparía. Ahora me sonríe, y en mi interior me derribo. No porque sea guapo, aunque es más sexy que el infierno. Sino por la forma en que me mira, como si estuviésemos compartiendo una broma y fuésemos las únicas dos personas de la Tierra que conociesen el chiste.

Me mira como si me amase.

Es un gran esfuerzo recordar que estoy en medio de una conversación con June.

—¿Qué tal Henrietta? —ofrezco.

—No. Se parece mucho a Henry.

—¿Anne Marie?

—Meh.

—¿Belcebú?



ELLE KENNEDY

—¡Hailey! —exclama con risas.

—¿Hepziba? ¿Zebedee?

—Jeanmarie —intenta June.

—Eso es casi como Jenny.

—Mala suerte —dice June y resoplo de risa—. ¡Papi! —exclama, viendo a Matt—. Estamos nombrando a los bebés.

—Muy bien —contesta él—. Los llamaron a todos Matt, ¿verdad?

—No. —June mueve las piernas, haciendo que me sea más difícil sostenerla.

Matt alcanza a su hija y la alza con un movimiento suave.

—Todos deberían ser Matt. Incluso las niñas.

—Papi...

—Tu nombre real es Matt. ¿Lo sabes? Igual que el de tu hermana. — Me rodea con el brazo mientras se mofa de su hija—. Simplemente te llamamos June, así no nos confundimos.

Apoyo la cabeza en su hombro y sonrío. Un pensamiento aparece en mi cabeza mientras escucho su voz profunda y masculina conversando con June. Si tuviese un bebé, ¿qué nombres le gustarían a Matt? *Cuidado ahí*, me digo a mí misma. *Ahora no es el momento para eso.*

Ahora ni siquiera está cerca del momento para eso. Continúa.

—¿Cómo está? —pregunto.

—Consiguiendo un yeso rosa y dando órdenes —contesta, besándome la barbilla—. Siento que esto fuese tan m... —se detiene.

—¿Mierda? —indaga June.

Masculla.

—June-bug...

Ella pestañea con inocencia.

—¿Qué?

—Está bien —digo. Tal vez no tuvimos la tarde que planeamos. Pero estoy extrañamente feliz y calmada estos días. Casi no me reconozco—. ¿Qué te parece el nombre de Mandy? —le pregunto a June.

Mira por el cristal.

—Lo pensaré —contesta en una pausa larga y seria.

Permanecemos allí nombrando a los bebés y no puedo pensar en otro lugar donde prefería estar.



Matt lleva a June al baño un poco después, y es cuando Kara aparece. Mientras se acerca, me está mirando directamente, y recuerdo que Matt finalmente dijo la verdad sobre sus citas de comer. Había escuchado su discusión comenzar, y ahí fue cuando tomé a June y puse un poco de distancia entre Kara y yo.

Estaba bien conmigo que Matt se lo dijese. Ya se lo había afirmado. Pero no quiero que tengamos un enfrentamiento en la zona de espera del hospital ahora mismo.

Aunque puede que no tenga elección. Está caminando hacia mí con propósito en su paso. Se atusa su ridículo precioso cabello.

—Hailey —dice, determinación en su tono.

Glup.

—Gracias por toda tu ayuda hoy.

Pestañeo. *Espera, ¿qué?*

No dice nada más, así que finalmente encuentro mi voz:

—Todo lo que hice fue venir al hospital —digo sin importancia.

—No, me refiero a lo que hiciste en la sala de espera. —Hay un aire de derrota en ella, pero supongo que cuando tu exmarido se enfrenta a ti por tus engaños, exactamente no te vas a sentir victorioso—. Llevaste a June a la máquina expendedora cuando Matt y yo estábamos... —Deja la frase sin terminar.

—¿Discutiendo? —ofrezco.

Asiente débilmente.

—Realmente aprecio que hicieses eso. Matt y yo tratamos de no alzar nunca la voz frente a las niñas, pero perdimos la tranquilidad.

Logro encogerme de hombros.

—No fue un problema. Disfruto estando con las niñas.

—Y ellas disfrutaban contigo —asegura. Cuando arqueo las cejas, continúa farfullando, como si realmente no quisiese estar diciendo esto—. A Elizabeth le encanta la forma en que trenzas el cabello. Y June dice que haces unas voces geniales cuando les lees cuentos para dormir.

El calor inunda mi estómago. No sé por qué, pero me gusta escuchar que las hijas de Matt hablan de mí cuando están con su madre. No porque esté deseando reemplazar el lugar de Kara, sino porque eso significa que me ven como parte de su familia. Dios, espero que lo hagan. Me he enamorado de esas dos niñas casi tanto como me he enamorado de su padre.



—Como dije, me gusta pasar tiempo con ellas. —Miro en el pasillo vacío—. ¿Dónde está tu novio?

Arruga la frente con malestar.

—Le pedí que se fuese. No tenía nada que hacer aquí. —Kara duda—. Supongo que ya sabes sobre...

Obviamente no quiere terminar esa frase, y me apiado de ella no obligándola.

—Así es —respondo con cuidado.

—Nunca lo engañé —susurra.

No respondo.

—No físicamente —añade—. Dan y yo salimos en el instituto, rompimos cuando fuimos a la universidad. Lo vi en una reunión y... —Niega—. No quería que sucediese. —Me mira con los ojos cargados de culpa, y maldición, ahora siento más que pena, siento simpatía.

Como las WAGs pueden atestiguar, no toda mujer está hecha para el estilo de vida del hockey. Algunas, como Katie, Jees y Estrella, están hechas de hierro. Pueden soportar esas largas ausencias porque el tiempo separados solo hace el tiempo juntos más dulce. Otras mujeres, como Kara, se amargan y tienen celos, y a veces, buscan consuelo en los lugares equivocados. O en la cita para comer equivocada.

No creo que Kara sea una mujer maliciosa. Creo que su culpa la llevó a atacar y culpar a Matt porque no podía soportar sus propias acciones. Pero aun así lo hirió profundamente, y maldita sea si la dejo salirse con eso.

—Las aventuras emocionales todavía son aventuras —murmuro.

Se muerde el labio inferior.

—Lo sé.

—Necesitas hablar con Matt de eso, Kara. Y necesitas pedirle perdón. Lo que sucedió hoy en la pista no fue culpa suya. Fue un accidente, y podría haberle sucedido a cualquiera. Libby pudo romperse el brazo cayendo en el patio de juegos cuando las llevas al parque. De hecho... —Me detengo significativamente—. Justo el otro día, June me dijo que se había caído de las barras en preescolar. Sin huesos rotos, pero pudo haberlos habido. ¿Acusaste a su profesora de ello?

Otro brillo de culpa pasa por sus ojos.

—Lo estás dejando claro, Hailey.

—Eso espero. Porque Matt no se merece la forma en que lo trataste antes.



—Lo sé. —La vergüenza marca su tono—. Voy a disculparme con él. Lo haré, solo... —Baja la mirada a sus caros tacones—. No sé qué decir, cómo explicarlo.

—Bueno, deberías averiguarlo pronto... —Indico con la cabeza sobre su hombro.

Sigue mi mirada para ver a Matt caminando por el pasillo con Libby en sus brazos y June caminando a su lado.

—¡Chicas! —grito alegremente—. Sé que están deseando irse de aquí, pero su mamá y papá necesitan tener una rápida conversación. Así que, ¿por qué no bajamos a la cafetería a tomar un aperitivo?

Kara me lanza una mirada maligna.

—Sin gluten —añado rápidamente, luchando contra una sonrisa.

Hunde los hombros con derrota una vez más.

—Está bien. Chicas, vayan con Hailey. Su padre y yo bajaremos enseguida.

Matt deja suavemente a Libby en el suelo, y tomo a cada niña de la mano. La mirada que me lanza Matt está llena de miseria y una traza de *tú, traidora*, pero sé que estoy haciendo lo correcto al dejarlo a él y la antigua señora Eriksson solos para que resuelvan su mierda. Matt y Kara ya no se aman, pero tampoco se odian. Y aunque lo hiciesen, comparten dos hijas increíbles y encantadoras que merecen dos padres que puedan ser civilizados el uno con el otro.

Créeme, como hija de una mujer que no hacía otra cosa que criticar a mi padre ausente, sé de primera mano qué es tener unos padres tóxicos.

Así que simplemente le doy a Matt una sonrisa alentadora y guio a sus hijas a los elevadores.



Veinticinco

Pulgares oponibles

Matt

—¿Es esa Libby otra vez?

Puedo oír la sonrisa en la voz de Hailey mientras se acurruca cerca de mí. Son solo las nueve, pero tuvimos un día largo y decidimos acostarnos temprano. Por supuesto, al segundo en que nos deslizamos bajo las sábanas, nos olvidamos de dormir y fuimos directos al plan de follarnos el uno al otro como locos. Ahora estamos cálidos y desnudos en mi gran y cómoda cama, y no hay ningún otro sitio en el que preferiría estar.

—Sí. —Me rio entre dientes ante el mensaje de voz que mi hija acaba de dejarme, el tercero de la noche—. Quiere saber si Rufus puede firmar su escayola cuando esté aquí la próxima semana. —Empiezo a escribir un mensaje—. ¿Cómo le explicas a una niña de cuatro años que los perros no tienen pulgares oponibles?

—Dame, déjame. —Hailey se sienta, la sábana cayendo de su delgado hombro. Agarra el teléfono, escribe algo y me lo devuelve.

Escribió: *“¡Por supuesto que puede!”*.

Gimo en voz alta.

—Qué manera de hacer promesas en mi nombre, Hottie. Ahora tengo una semana para enseñarle a un perro a usar un rotulador.

Suelta una risita.

—Tengo fe en ti. Además, sabes que no puedo decir que no a tus hijas. Son demasiado malditamente dulces.

Le doy una mirada severa.

—Bueno, más te vale aprender a decirlo. Si alguna vez tenemos los nuestros, no puedo ser el malo todo el tiempo porque mami apesta en disciplina.



Hailey se congela y al instante me doy cuenta de lo que dije. *Nuestros.* Como en, nuestros propios hijos. Bien... vaya. No puedo creer que mis pensamientos fueran ahí, pero honestamente no puedo decir que me importe.

—Tú... ¿quieres tener más hijos? —pregunta despacio.

Me siento también, asegurándome que las sábanas cubren mi entrepierna. Esta conversación de repente se volvió mucho más seria.

—Sí, lo hago. —Decido ser honesto—. Al menos dos más.

Sus cejas oscuras se fruncen.

—Dos más.

—Sí. —El calor sube por mi cuello—. Siempre he querido, ah, cuatro hijos.

—Cuatro hijos.

—Sí. O cinco.

—O cinco.

—Sí. —Pretendo que no me está mirando como si me hubiera crecido un bigote de proxeneta—. Fui hijo único —explico en voz baja—. Y al crecer, todo lo que quería era un hermano. La mayoría de mis amigos tenían un hermano o dos, pero este amigo mío, Cody, tenía dos hermanos mayores y dos hermanas menores. Cada vez que iba a su casa a cenar, era puro caos. —No puedo evitar sonreír—. Me encantaba. Siempre quise eso para mí. Kara y yo... —Me detengo por un segundo, porque es incómodo nombrar a mi ex cuando estoy en la cama con otra mujer—. Queríamos más niños —admito—. Pero fue bastante difícil concebir a las niñas, y hubo complicaciones durante el parto, así que el doctor le aconsejó a Kara que no tuviera más hijos. Se ligó las trompas un año después.

—Oh. —Hailey jadea suavemente—. No tenía ni idea.

—Esa es probablemente una de las razones por las que es tan sobreprotectora con ellas, porque son todo lo que tiene, ¿sabes?

—Lo entiendo. —Hace una pausa por tanto tiempo que me pregunto si va a hablar en absoluto. Pero entonces lo hace, y el cambio de tema me sorprende—. ¿Se disculpó Kara cuando los dejé a solas en el hospital?

—Sí, lo hizo. Dijo que tenía razón sobre que quería terminar nuestro matrimonio. Pero que nunca se había imaginado divorciándose.

—Así que lo convirtió en tu culpa.

Paso una mano por mi frente, preguntándome por qué llevó la discusión en esa dirección.

—Sí, cariño. Pero está bien. Estoy en un buen lugar.

—Tan bueno que quieres dos o tres niños más —dice Hailey.



ELLE KENNEDY

Asiento y busco sus hermosos ojos azules.

—¿Estás evitando esta conversación? Pensé que dijiste que Jackson y tú estaban planeando tener hijos con el tiempo.

—Así es. —Se desliza más cerca y apoya su cabeza en mi hombro. Su sedoso cabello roza mi piel desnuda, enviando un estremecimiento por mi espina dorsal.

—¿Todavía quieres eso?

—¿Con Jackson? No. Estamos divorciados.

Extiendo la mano y tiro de un mechón de su cabello.

—Listilla. Sabes a qué me refiero.

Esboza una sonrisa descarada antes que su expresión se ponga seria.

—Sí, aún lo quiero. —Su voz es suave y entrecortada—. Pero estás extremadamente cerca de sugerir que vamos a hacerlo juntos.

—¿Y eso te asusta?

Parpadea.

—No, eso me hace ridículamente feliz. Solo necesito saber si estás bromeando o no.

Agarro sus caderas y atraigo su cuerpo desnudo contra el mío.

—No bromeo, Hottie. Si es algo que puedes manejar, quiero una familia contigo.

Respira hondo y sale tembloroso.

—Dos o tres niños suena bastante maravilloso para mí, Matt.

No puedo explicar la dicha pura que fluye por mi pecho. O la instantánea erección que sus palabras producen. Supongo que la idea de embarazarla me excita. Diablos, todo sobre esta mujer me excita.

Mi boca está en la suya antes que pueda decir otra palabra. Chilla con sorpresa, pero mi Hottie sabe cómo recobrase; en segundos, su lengua se desliza ansiosamente sobre la mía como si quisiera lamer cada centímetro de mi boca. El beso es chisporroteante y ardiente y provocador de gemidos, y unos minutos después, ruedo sobre ella, mi cuerpo cubriendo el suyo mientras mi mano se desliza entre sus piernas.

—Matt... —jadea cuando deslizo dos dedos en su interior.

—¿Te gusta eso?

Se arquea contra mis indagadores dedos.

—Sí.

Cristo, amo su capacidad de respuesta. Y mi polla palpita para expresar celos porque mis dedos estén consiguiendo toda la acción.



Rápidamente enmiendo la situación levantando su rodilla y embistiendo profundo.

Ambos gemimos felizmente al momento en que me hundo en casa. Amo estar dentro de esta mujer. Amo follarla y amo besarla y...

—Te amo —digo con voz ahogada.

Hailey se queda quieta por un momento, sus uñas clavándose en mi espalda.

—¿Tú qué? —dice sin aliento.

—Te amo —repito—. Te amo, Hailey Taylor. —Dejo fuera el *Emery*, porque ya no está casada con Jackson. Es Hailey Taylor, y es toda jodidamente mía.

—Yo... —Su respiración suena superficial a mis oídos. El golpeteo de su corazón contra mi pecho combina con el mismo tempo frenético del mío—. También te amo.



Epílogo

Regreso a la Torre de la Muerte

Matt

Julio, cinco meses después.

—Te ves asombrosa —le digo a Hailey cuando sale del baño llevando un elegante vestido verde. Es *nuestro* baño ahora. Se mudó a mi apartamento el pasado mes cuando su alquiler subió.

—¡Gracias! —Me sonrío—. No te ves nada mal.

Paso las manos por las solapas de la chaqueta que llevo. Es un blazer ligero, y no me he puesto corbata. Pero ya que estoy llevando a mi chica a una cena de cumpleaños, y siempre se ve fabulosa, necesito estar presentable. Me estoy sintiendo un poco inquieto sobre el lugar para cenar que escogí. Pero, oye, es una ocasión especial.

Toma su bolso y pasa por mi lado hacia la puerta. Y gimo en ese momento. Es un vestido sin espalda y sabe que me vuelve loco. Toda la tarde estaré captando vistazos de su tatuaje de hiedra y pensando en cosas sucias sobre quitarle el vestido para ver el resto.

—Vamos, grandote. Puedes lamer el tatuaje después —dice, leyendo mi mente.

La alcanzo en la puerta de nuestro apartamento. Rufus gimotea, pero lo paseé hace quince minutos.

—Lo siento, amigo. No estás invitado. —Agarro la bolsa de compras de debajo del perchero que Hailey compró. Hay más fotos en las paredes también. Unas pocas. Y una o dos nuevas alfombras. Mi apartamento luce más hogareño de lo que solía, pero no puedo darle el crédito a las cosas que Hailey compró cuando se mudó.

Es *ella*, en realidad. No nuestras pertenencias.

Siguiéndola, entro en el ascensor que mantiene abierto para mí.

—¿Dónde vamos, de todos modos? —pregunta—. No lo dijiste antes.



—360 en la torre CN.

Se ríe.

—Muy divertido.

—No —digo con calma—. Allí es donde vamos en realidad.

Sus ojos se amplían.

—Esa es una elección realmente extraña, Matt. Odias las alturas.

—Lo sé. Y es un poco una trampa de turistas. Pero solo tenía la urgencia de llevarte allí. ¿Está bien?

—Por supuesto. Me encantaría ir contigo allí. —Sonríe—. Es tu funeral.

—Eso no es divertido —gruño, y se ríe.

Noventa minutos más tarde, nuestros platos son quitados, dejándonos sorbiendo el exquisito vino que escogí mientras admiramos el atardecer sobre el lago Ontario.

—Es perfecto —dice, atrapando mi pie entre los suyos—. ¿Estás seguro de que te encuentras bien?

—Perfectamente —digo—. Siempre y cuando no mire abajo a la calle.

—Sin embargo, ese es el punto de venir aquí. —Me da una suave sonrisa.

—No, verás, siempre y cuando mire al horizonte, está bien. Solo abajo me molesta. Cuando los autos se ven como hormiguitas... —Niego, intentando alejar la imagen—. Esa parte no es fácil para mí. Pero si observo el panorama general —señalo al cielo rosa en la distancia—, es hermoso. Y es lo que me ayudas a hacer.

—¿Qué?

Encuentro su mirada.

—Observar el panorama general. Estaba muy atascado el año pasado preocupándome sobre mis problemas. Olvidé por un tiempo cómo es la felicidad. Pero eres buena recordándomelo.

—Gracias. —Hailey parpadea—. Pero estoy bastante segura de que hacemos lo mismo el uno por el otro.

Estoy bastante seguro de que tiene razón.

—De acuerdo. Es tiempo de seguir con la parte del regalo de esta cena de cumpleaños.

Hailey mira sobre su hombro, observando la habitación.



—No les pediste a los camareros que me canten, ¿no? ¿Debería estar preocupada?

—¡No! —Esa habría sido una idea divertida. El próximo año, entonces—. Pero tengo regalos. —Mi estómago hace otro giro.

Estoy aterrizado, pero esta vez no es por las alturas. Metiendo la mano en la bolsa, saco dos hermosamente envueltas cajas, cada una de unos veinte centímetros de largo. Jenny de Fetch me ayudó con este proyecto. Le debo una grande.

—De acuerdo, estas se ven idénticas. Pero esta es más pesada... — Apunto a una caja—. Y esta es ligera. ¿Cuál quieres abrir primero? — Encuentro los ojos de Hailey, esperando que no note que estoy nervioso.

—¡Hmm! —Los ojos de Hailey se mueven—. Esta. —Alcanza la caja ligera.

Rápidamente cubro su mano con la mía.

—Nop, lo siento. Abre la pesada primero.

Hailey se ríe.

—¡Preguntaste! De acuerdo, bien. —Desliza la caja pesada hacia sí y quita el lazo. Sonrío mientras levanta la tapa para revelar...—. ¡OhDiosmío! —chilla, levantando el perdido trofeo de la caja—. ¡Pensé que se había perdido para siempre! —Lo deja sobre la mesa, asombrada—. ¡Cómo lo encontraste! Llamé a la compañía de taxi. Fueron de muy poca ayuda...

—Sí —admito con un suspiro—. Lo fueron. Jenny lo intentó de nuevo. Pasó horas en ello. Pero entonces, simplemente llamé a la asociación de mujeres de negocios de Toronto y pregunté si podíamos pedirte uno nuevo. Las convencí.

—Eso fue muy lindo de tu parte. —El júbilo brilla en sus ojos—. Puedo ponerlo sobre mi nuevo escritorio.

—Exactamente. —Hailey va a ocupar la oficina de Jackson cuando él abra la sucursal de Rosedale en noviembre. Ella y Jackson programaron que su expansión sucediera durante la temporada de hockey para que ella y yo pudiéramos pasar gran parte del verano juntos antes que su vida se vuelva más loca durante la apertura. Y Jenny va a ocupar la oficina de Hailey, junto con una promoción a responsable de localizaciones. Jenny me lo recuerda todo el tiempo porque sabe que me hace poner los ojos en blanco.

—Por “convencerlas” asumo que tuviste que donar a su fundación — adivina Hailey, riendo.

—Algo de dinero podría haber cambiado de manos, sí.

Se levanta y rodea la mesa para sentarse a mi lado, rodeándome el cuello con los brazos.



—Gracias, cariño. Eso fue muy considerado. No necesito el trofeo, pero...

—Es un poco genial tenerlo —termino.

—Claro que lo es.

—Esto, uh, podría ser genial tenerlo también. —Muevo la otra caja hacia ella.

—Hmm... —La levanta y la sacude un poco. No hay sonido en absoluto. Quita el lazo y lo deja en otro montón de satén sobre la mesa. Hailey abre la caja para encontrar un rollo considerable de papel de seda. Empieza a desenrollarlo para obtener el regalo en el centro.

Dejo de respirar.

Es fácil notar cuándo localiza la pequeña funda de satén con la insignia de la joyería, porque todo su cuerpo se queda quieto. La levanta con dedos temblorosos y abre más la abertura de la pequeña bolsa, deslizando el anillo de diamante en su palma.

—Oh, *cariño* —dice en tono susurrante.

—¿Te gusta? Quiero decir... —Carraspeo—. ¿Podemos casarnos? ¿Serás mi esposa?

Cuando se vuelve hacia mí, es con lágrimas en sus ojos.

—Cualquier día de la semana —declara.

—¿Sí? —La atraigo contra mí—. Esas son las mejores noticias jamás. Casi vale girar aquí arriba en la torre de la muerte.

Suelta una risita en el cuello de mi camisa.

—Quiero decir, los restaurantes no se supone que giren. —Estoy balbuceando ahora, pero soy tan feliz que podría no ser capaz de parar.

—El anillo es hermoso —dice, y me echo atrás para verlo en el centro de su palma. Lo está mirando con asombro en su dulce rostro—. Apenas puedo creer que esto sea real.

—Oh, es real. Y si te lo pruebas, entonces tienes que casarte conmigo.

Sonríe al anillo, luego lentamente se lo pone.

—¿Qué tipo de boda quieres tener? —Busca mi mirada—. No necesito que sea un asunto grande y recargado. Para una segunda boda parece un poco raro.

—No es raro celebrar cuando finalmente estás consiguiendo algo bueno —digo.

—Ese es un buen punto.

—Pero aun así podemos celebrar el tipo de fiesta que quieras. —La atraigo para un beso. Y luego un segundo beso. Y uno más solo por suerte—. ¿Hottie? —Sonríe contra sus labios.



—¿Mmh?

—Ni siquiera tengo que cambiar tu apodo.

—¿Qué?

—Todavía serás HTE después de casarnos. Tengo una E también.

Suelta una risita.

—¡Estaba destinado!

También lo creo. Y la beso de nuevo solo para decirle que estoy de acuerdo.

Fin



SARINA BOWEN WAGs # 2

WAGs # 2 **ELLE KENNEDY**

Sarina Bowen & Elle Kennedy



Sarina Bowen es autora de éxito en EE.UU.

Hoy en día está llena de ideas, le encanta escribir sobre romance contemporáneo angustioso y ficción New Adult. Vive en los bosques de Vermont.

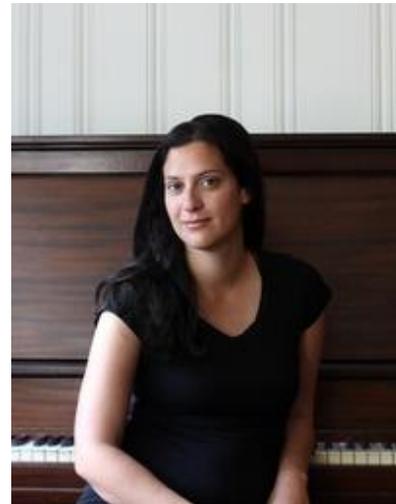
Es la autora de *The Ivy Years*, una serie premiada por el paisaje marcado por el equipo de hockey en un colegio de élite de Connecticut. Además, de la serie *Gravity*.

Junto a Elle Kennedy, Sarina es la autora de *Him y Us*.

Elle Kennedy, autora Best Seller del New York Times, EE.UU.

Hoy en día es una exitosa escritora, creció en los suburbios de Toronto, Ontario, y tiene una B.A. en Inglés de la Universidad de York. Desde muy temprana edad sabía que quería ser escritora, y comenzó activamente a perseguir ese sueño cuando era una adolescente.

Actualmente escribe para varias editoriales. Ama las heroínas y héroes fuertes, alfas atractivos, ¡¡y solo si sin suficientemente sexys y peligrosos para mantener las cosas interesantes!!



250

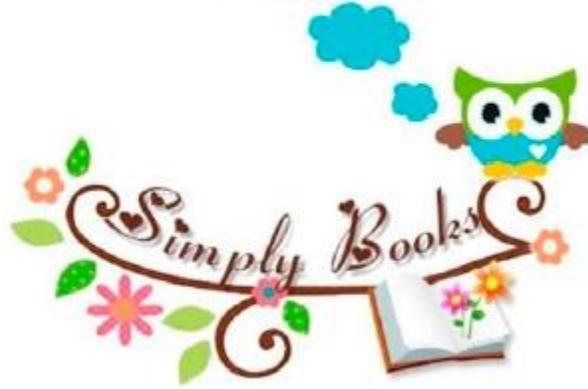
STAY

SARINA BOWEN WAGs # 2

WAGs # 2 **ELLE KENNEDY**



Simply Books te invita a apoyar
la lectura y comprar los
libros de tus autores favoritos



STAY